

### CAPITULO III.

EN QUE SE DA UNA LIGERA IDEA DE LO QUE ERA LA GENTE NON  
SANCTA DE ENTONCES

#### I.

El paje habia salido rápidamente de las habitaciones de la reina á la galería principal del gran patio de Honor, habia recorrido la galería hasta un ángulo opuesto, y en el departamento de los pajes de la reina se habia metido en su aposento y habia dicho á un viejo escudero que en él estaba:

—Pronto, Nuño, cíñeme el jaco dorado que dió á mi padre el rey de Granada; dame la espada Tajadora, una adarga y un manto: busca á Diego, á Llorente, á Mendo, y tú con ellos, y armados todos, venid al momento.

Nuño descolgó de una panoplia una especie de coracina aovada, forrada de brocado de oro labrado con bellos arabescos, que era lo que habia llamado jaco Alvaro, la puso sobre el pecho y la espalda del jóven, la enhebilló, ciñó á su amo una espada ancha y corta, le dió una adarga de cuero redoblado, á manera de

broquel, le puso en la cabeza un capacete árabe de acero el interior, y el exterior brocado con amatistas, granates y esmeraldas, le echó sobre los hombros un manto rojo á manera de dalmática ó clámide, y salió.

Poco despues volvió con tres hombretones armados hasta los dientes.

—Connigo, dijo Alvaro á sus servidores.

Y salió.

## II.

Era temprano, aún la campana del Alcázar no habia dado la señal del toque de queda ó cubre fuego; por lo mismo no se habia alzado aún el puente levadizo, ni se habia cerrado la puerta de Nuestra Señora, inmediata al Alcázar.

El jóven, con sus cuatro escuderos, tomó por el barrio de Reoyo y por la calle de Garcimontes, hasta salir por la puerta de Nuestra Señora, fuera de la ciudad, y luego por la puertecilla de San Llorente, pasó al otro lado del Esgueva, siguió hácia el Alcázar, y llegó al fin á la barbacana del puente del Postigo, en la cual continuaba punteando el músico nocturno.

Alvaro, al estar á poca distancia de este, tiró de la espada y se lanzó sobre él exclamando:

—Yo os escarmentaré, hermano rui señor, para que no volvais á ofender con vuestros necios gorjeos á las damas del Alcázar.

Y soltó un tan formidable tajo al músico, que este no encontró otro medio que repararse con el laud, que del furioso golpe vino al suelo.

Inmediatamente, el músico, que indudablemente no era manco ni corto de resuello, tiró de la espada, y gritó acometiendo á su vez al que le habia acometido:

—¡Oh, los míos! ¡á mí, que vienen muchos!

Y de las inmediatas callejas del arrabal de los Molinos, que

se estendia hácia el Pisuerga, salieron algunos hombres armados, que emprendieron á cuchilladas con las gentes de Alvaro, que no se hicieron atrás; antes bien, se trabaron de tal manera con los del músico, que produjeron aquel áspero estridor que hizo temer por un momento á la reina que una nueva rebeldía hubiese brotado al pié mismo de los muros de su Alcázar.

### III.

Fuertes, bravos y diestros los combatientes de la una parte y los de la otra, bien armados y apercebidos todos, sin llevarse ventaja y arremolinados, hubieron de meterse por la calleja mas inmediata del arrabal de los Molinos.

### IV.

Este arrabal le componian dos calles largas y tortuosas con dos aceras de casas.

La una de estas calles se llamaba de la Santa Cruz, por una magnífica de piedra bizantina que se alzaba en una especie de plazuela que existia en la parte media de la calle.

Por encima de las casas raquíticas de esta plazuela, se alzaba una gran masa de piedra con botareles y pirámides crestadas y una bellísima torre: era este el monasterio de padres descalzos de San Agustín.

La otra calle se llamaba de Mari-Ponce, por una molinera buena moza y muy rica que la habia construido, tomando á censo el terreno de los padres agustinos.

A los costados de estas calles y al extremo de ellas, habia hermosas huertas regadas con las aguas del Esgueva y del Pisuerga, y en la márgen de este último rio, desde el puente Ma-

por hasta medio kilómetro de distancia, se veía una sucesion de molinos que daban nombre al arrabal.

La vegetacion era fresca, pomposa y lozana, como acontece en las riberas: el agua es la sangre del árbol: podia decirse que el arrabal de los Molinos estaba entre jardines naturales.

Toda la parte que hoy ocupan el Espolon y el paseo de Las Moreras era fructífera, frondosa, encantadora; mayo habia vestido de verdor la tierra y los árboles.

Los estudiantes, los aventureros, los entretenidos, la gente alegre, se salian á bandadas por la puerta del Puente ó por la de Nuestra Señora, para ir á solazarse en las huertas del arrabal de los Molinos, y acontecia muchas veces que entretenidos en sus devaneos, sentados en las largas mesas de los figones apurando la orgía, se les pasaba el tiempo, sobrevenia el toque de cubre fuego, se cerraban las puertas, y toda aquella turba maleante de ambos sexos se quedaba fuera, lo que venia muy bien á los dueños de los merenderos de las huertas, de los molinos y de los figones del arrabal, porque continuando la broma continuaba el gasto.

Se contravenia á las ordenanzas que determinaban que á cierta hora todo el mundo estuviese recogido en su casa; pero los merinos se guardaban muy bien de hacer cumplir las ordenanzas en el arrabal, porque acometido por la justicia uno de los contraventores, todos los demás hacian causa comun con él, y como todos eran gente brava, ellos y ellas, alcaldes y alguaciles salian muy mal parados, por lo que habian dejado en libre franquicia al arrabal, haciendo, como suele decirse, la vista gorda, para dejar bien puesto el principio de autoridad, no comprometiéndolo.

Siempre ha sido así el pueblo español; bueno, sensato, pero resistente á toda presion, que ha sufrido siempre muy mal y que no ha podido durar mucho tiempo: este es el país clásico del *se guarda y no se cumple*, el país conservador de sus tradiciones y de sus libres fueros y costumbres, el gran país que dentro de sí se agita en largas luchas civiles, en largas contiendas de partido, pero que á la invasion del extranjero se levanta á combatir como

un solo hombre de honor, valiéndonos de la espresiva frase del prisionero de Santa Elena.

## V.

Por las razones antedichas, en cuanto en las sinuosidades de la calle de Mari-Ponce resonaron las cuchilladas, se aumentó rápida y progresivamente el número de los acuchilladores.

En la calle de Mari-Ponce habia cuatro ó cinco figones atestados de gente brava, que se quedaron vacíos en cuanto penetró en ellos el primer retintin de las espadas.

Lo primero que se les ocurrió á estudiantes, hampones, rufianes y gente alegre, fué que algunos de sus semejantes habian sido acometidos por el merino del arrabal, y esto era mas de lo que podia tolerarse.

¿Quién metia al merino en honduras? ¿Ni cómo se atrevia á medirse con gente de espada?

Pero cuando acudieron y vieron de cerca que habia en el juego broqueles y armas defensivas y que no se oian las voces, aquí de Dios y del rey, favor á la justicia, cayeron en la cuenta de que se habian equivocado, y un bachillerote de derecho civil gritó con voz estentórea:

—¡Alto ahí, infanzones de la Hampa, y los que no lo son! ¡cuerpo de Judas! que equivocados estamos, y no hay aquí merino ni cosa que lo valga: ténganse todos, digo, que aquí hay gente de letras y de puños, que por derecho ó por espada pueden dirimir la contienda.

Fuése que á causa de la oscuridad de la noche lidiassen, reueltos, de mala gana los combatientes, ignorando si se herian á sí propios ó al enemigo; fuése que la prepotente voz del bachiller hubiese ejercido sobre ellos cierta influencia, el caso fué que cesaron las cuchilladas y se bajaron las espadas, si bien no se envainaron.

Los del cantor y los de Alvaro no podian evadirse, porque

habian acudido de una parte y de otra de la calle tanto estudiante, tanto soldado de aventuras y tanto tuno, que estaban, por decirlo así, presos.

—¡Aquí, luces, aquí! ¡que vengan aquí todos los candiles, todas las candelillas y todas las luces del barrio! exclamó el bachiller: *fiat lux videamus*.

Y como por ensalmo, aparecieron candiles y faroles que reflejaron de improviso en las galas del músico y en el luciente capacete y en la brillante coracina del paje Alvaro.

Los arneses de los escuderos de entrambos lanzaban un brillo sombrío.

—¡Ah! cuestion de caballeros, dijo el bachiller, que era agigantado y con una marcadísima espresion de pillo redoblado: dama anda de por medio, y no de chapin liso, sino de alto coturno, que por menos no se combatirian estos señores.

## VI.

—¿Quién sois? dijo con altanería el músico al paje.

—Yo me llamo Alvaro de Estuñaiga, contestó este último, sobrino por parte de mi madre del conde de Benavente y paje de la reina mi señora: ¿y vos quién sois?

—¡Yo!..... exclamó el músico y se detuvo; yo soy quien soy.

—Pues mirad no os saque yo el nombre á estocadas, contestó Alvaro.

—Ténganse, exclamó el bachillerote metiendo una descomunal espada que tenia en la mano entre Alvaro y el músico; ténganse, que aquí somos mas que vosotros, y puesto que la aventura ha venido rodada y que cada cual se fastidiaba por no saber qué hacerse, entretengámonos con lo que sobreviene: ¡sus todo el mundo! A casa de la Marilinda, que allí hay una cámara grande donde cabe un ejército, y jarro en mano, aclararemos lo que esto es, y daremos la razon á quien la tenga: conmigo, se-

ñores del Hampa; que no se nos vaya ninguno de estos hidalgos.

Y sin que pudieran valerse Estúñiga ni el músico, ni los suyos, envueltos por aquella tromba de locos que pasaban de ciento, fueron arrastrados y metidos por el portalon de una casa poco distante, á cuya puerta se puso por orden del bachiller, que á lo que se veía tenía una gran influencia sobre aquella gente, una guardia con el encargo de que dejasen entrar á todo el que llegase, y que no se dejase salir á nadie.

## VII.

Al olor de aquella aventura acudió toda la gente que en el arrabal se divertía, y que era mucha.

El número de las ellas sobrepujaba con mucho al de los ellos, porque cada una de aquellas damiselas llevaba adjunta su vieja con el especioso pretexto de tía ó de madre, porque ni madres ni tías eran, aunque lo fuesen las que á tales lugares llevaban á sus hijas ó á sus sobrinas.

La concurrencia nocturna del arrabal de los Molinos, en aquellos tiempos, se parecía mucho á lo que hoy se admira en el centro de la córte, en el café Imperial.

Con el hierro que llevaban, como llevan ahora, los concurrentes, había lo bastante para blindar una fragata de á 75, é inútil era buscar entre todas aquellas gentes un hombre medianamente tonto; chispeaban todos los ojos, sonreían picarescamente todas las bocas, la desvergüenza brotaba de todas partes, y se sentía la necesidad de una red que copase á todos aquellos peces y los sacase del círculo social que contaminaban.

Pero eso sí; ellos y ellas eran todos gente brava y sin pena, espuma infecta, irremediable en todas las córtes, córte de los milagros, donde se espanta el que entra sin conocerla y se encomienda á Dios para salir de ella ileso.

## VIII.

Y allí tambien se reflejaba la guerra civil que affigia á Castilla; allí se representaban todos los partidos; habia allí hombres que habian servido como pasto de matanza, ya á los unos, ya á los otros, dispuestos siempre á servir al que mejor les pagase y á esponer el pellejo, no por el señor, no por la causa, sino por el precio.

## IX.

El músico estaba inquieto, terrible, se veia á merced de toda aquella gente capaz de cualquier enormidad.

No estaba menos inquieto Alvaro de Estúñiga.

Aquellos malditos, aquellos estudiantes de la Hampa, aquellos buscavidas, aquellos soldados, le habian impedido cobrarse á estocadas del músico la audacia de este, de venir á dar música bajo los miradores de la cámara de la reina.

Alvaro temblaba de coraje y estaba pálido como un difunto.

—No sé con qué derecho, dijo, se nos ha traído aquí, arrastrándonos, envolviéndonos.

—Os habeis metido en nuestra jurisdiccion, dijo el bachiller, y tenemos derecho de preguntar por qué nos habeis alborotado haciéndonos creer que sucedia alguna cosa grave. ¿No es verdad, compadres, que el que se entra así sin mas ni mas en el arrabal de los Molinos y le alborota, tiene que pagarla?

—Sí, sí, que la paguen, que la paguen, gritaron en coro y de una manera discordante todas aquellas bocas.

El músico sacó de su escarcela un repleto bolsillo y le entregó al bachiller.

Alvaro de Estúñiga no sacó nada, pero miraba sombríamente al bachiller y á sus compañeros con una espresion de reto.

—Pagados estais ya, dijo el músico; dejadnos ir.

—Cincuenta florines de oro del cuño de Aragon, dijo el bachiller con gran calma: aquí vino, aquí cecina, aquí de todo lo que haya, *gaudeamus me fecit*, bebamos, comamos, bailemos, aniquilémonos gozando; ¡viva la Hampa! ¡viva el amor! cincuenta florines de oro del cuño de Aragon, con lo que hay para divertirse hasta que suene la trompeta; vamos, vivo, Marilinda, haz que anden listos tus domésticos; en cada mano un jarro, en cada otra mano un tasajo; hablen todos, chillen todos, canten todos, haga cada cual lo que quiera, este es el gran dia, aunque es de noche; porque en fin, y no digo mas sino que envainen sus espadas los que las tienen desnudas y vayan querellas al aire, que tiempo hay de matarse despues de divertirse, que nunca muere mejor un hombre que cuando al darle una estocada le sale del cuerpo mas vino que sangre.

## X.

Se armó un griterío y una zalagarda infernal: aquello era la orgía en todo su esplendor.

En vano Alvaro de Estúñiga y el músico querian evadirse.

Como los dos eran buenos mozos, jóvenes y con un grande aspecto de ricos y principales, estaban cercados, no por un enjambre de hombres, sino por un enjambre de mujeres; todas les ofrecian sus jarros, todas les miraban de una manera provocativa, todas les sonreian; hubo un momento en que sintieron una especie de vértigo y se creyeron en poder del diablo.

Aquello zumbada, rechinaba, retronaba, rugia; lo peor de la sociedad de entorces les rodeaba; no habia escape, habia que sufrir todo aquello, estaba próximo el momento en que recargadas las cabezas por el vino, sobreviniesen los insultos.

## XI.

De improviso se oyó un gran tumulto en la puerta.

La guardia que el bachiller habia puesto dió una oleada hácia adentro, y por el portalon de la casa arremeti6 un caballero armado.

Del otro lado de la puerta se vier6n algunos ginetes.

El caballero llevaba casco de media bellota, capellina de mallas, una sobrevesta de paño negro, y bordada en seda, sobre ella, un águila rampante roja.

Montaba un corcel blanco con paramentos de mallas, embrazaba una fuerte adarga y mostraba terciada una robusta lanza.

Sobre el rostro llevaba un antifaz de seda.

Era, en una palabra, el caballero del Aguila Roja, esto es, Zayda Fatima.

¿Cómo estaba allí? Vamos á esplicarlo en el siguiente capítulo.

## CAPITULO IV.

EN QUE SE ESPLICA LO QUE SE HA PROMETIDO EN EL ANTERIOR.

Nos vemos obligados á retroceder al momento en que el conde don Diego Lope Diaz de Haro y Zayda Fatima con sus aventureros, salieron de la Selva del Abrojo para ir á buscar los escondidos tesoros del conde.

En cinco dias, en buenas jornadas llegaron al fin una noche á un lugar agreste á las orillas del Duero, á una profunda gruta cuya entrada estaba completamente cubierta por la maleza.

Rompieron los aventureros con sus hachas esta maleza, penetraron el conde, Zayda Fatima y algunos de los suyos con antorchas de tea que llevaban prevenidas, y allá en un escondrijo de la gruta el conde dijo:

—Levantad aquí la tierra.

Cavaron un poco dos hombres con útiles que tambien á prevención llevaban, y á poco se descubrieron cinco piedras blancas que formaban una cruz.

—Aquí es, dijo el conde; cavad con brio porque está profundo.

Se cavó bravamente, y al cabo de media hora uno de los azadones chocó en hierro.

Quedaron al fin descubiertos dos cofres como de una vara de largo por media de alto y ancho.

Se sacaron fuera del hoyo á fuerza de brazos porque eran muy pesados, y Zayda Fatima los forzó de un solo golpe cada uno con su maza de armas.

Aquellos cofres estaban llenos de bolsas de cuero que contenian cada una mil doblas de oro alfonsinas de las viejas, cuyo valor venia á ser en cada una el de sesenta reales de nuestra moneda.

Cada dobla de estas valia treinta y ocho maravedises viejos de plata.

Contadas las bolsas, se halló que en cada arca habia ciento cincuenta, es decir, trescientas mil doblas alfonsinas, lo cual montaba á unos diez y ocho millones de nuestra moneda.

Esto era un recurso que el conde habia ocultado para en el caso de una confiscacion ó de un suceso que le dejase ostensiblemente pobre, lo que demostraba que el buen conde don Lope Diaz de Haro durante su privanza, habia sido una bravísima sanguijuela del real erario.

Aquellas bolsas se distribuyeron para que las llevaran, haciéndoles cargo de ellas, á los aventureros, y es de admirar que ninguno desertó llevándose la parte que se le habia entregado, que venia á ser para él un tesoro.

Volviéronse el conde y Zayda Fatima á Castilla, entráronse en Medina del Campo, y desde allí Zayda Fatima escribió á la reina la carta siguiente:

«Señora: Don Gutierre de Silva, capitán aventurero sobrenombrado el caballero del Aguila Roja, viendo el encarnizamiento con que los traidores acometen á vuestra señoría, y la necesidad en que vuestra señoría se halla de leales servidores que defiendan al señor rey don Fernando el IV, vuestro hijo, legítimo señor de estos reinos, ruega á vuestra señoría le conce-

da licencia para levantar bandera y tomar por su cuenta gente á sueldo en servicio del rey.»

Esta carta obtuvo una respuesta satisfactoria, y Zayda Fatima levantó bandera en Medina del Campo, y echó pregones ofreciendo un sueldo de cuatro maravedises viejos á todo hombre ginete probado en armas y que quisiese servir al rey en la compañía franca del caballero del Aguila Roja.

## II.

Compraba además Zayda Fatima por lo que la pedian, caballos y armas, que escaseaban á causa de la guerra, y al principio del mes de mayo salió una tarde de Medina del Campo con una fuerte compañía de quinientos caballos y mil quinientos peones ballesteros.

Dos dias despues, Zayda Fatima acampaba con su gente alrededor de la ermita de Nuestra Señora del Cármen, pequeño edificio gótico de piedra, cerca entonces de Valladolid, y comprendido hoy en él, y en cuyo sitio se erigió mas tarde el monasterio del Cármen descalzo.

## III.

A aquel sitio habian ido por consejo del conde don Lope Diaz, á quien, sea dicho de paso, no conocian los soldados de Zayda Fatima sino con el apellido del caballero Sin nombre.

A mas de esto, el conde llevaba siempre sobre el semblante un antifaz de hierro.

—Habeis de saber, dijo el conde á Zayda Fatima cuando hubo acampado con su gente á poca distancia de la ermita, que os he traído aquí, porque aquí muy cerca tenemos una puerta del alcázar mayor de Valladolid.

—¿Cómo es eso? preguntó Zayda Fatima.

—Habeis de saber, contestó el conde, que cuando el rey don Alfonso mandó labrar el alcázar mayor, encargó secretamente á los alarifes hiciesen en él salidas ocultas, y una de ellas es una mina que empieza en la ermita de Nuestra Señora del Cármen, y va á parar á la galería de los Apóstoles del alcázar mayor, por cuya galería se pasa, ya á los aposentos del rey, ya á los de la reina, ya á la cámara del Trono: en esta galería nunca hay guardas, porque pertenece al interior de los aposentos del rey y de la reina: guardó el maestro mayor de las obras el secreto, hasta que rebelándose don Sancho contra su padre, le proclamaron por rey todos los reinos de don Alfonso: entonces el maestro mayor creyó que debia revelar el secreto á don Sancho, y se lo reveló; este á su vez me lo reveló á mí, como que yo era sus piés y sus manos y no veia mas que por mis ojos: la ermita del Cármen fué construida al mismo tiempo que el Alcázar, como que puede decirse que forma parte de él. Esta ermita se encargó á dos santos varones, tan recoletos, que nunca salen fuera de ella, y que siempre ha de estar uno en oracion y de rodillas delante de la Santísima Vírgen mientras descansa el otro. La puerta es una reja que no se abre nunca sino cuando está enfermo alguno de los ermitaños, que por esta reja reciben las limosnas de que se alimentan.

—Y siendo esto así, dijo Zayda Fatima, ¿cómo podemos usar de la mina por donde se llega al Alcázar?

—Esto se habia tenido en cuenta, dijo el conde don Lope, y por lo mismo la entrada de la mina no está dentro de la ermita, sino fuera, y es su puerta una lápida de mármol, en que hay una inscripcion en que se habla de la ereccion de la ermita y de las indulgencias concedidas por el Papa Nicolás IV á los que fuesen devotos de la Santísima Vírgen del Cármen que en esta ermita se venera: la lápida tiene un ingenioso juego de hierro en la parte interior que se pone en movimiento, metiendo un puñal por la juntura, cerca de la parte superior derecha de la lápida, y apretando con fuerza, se encuentra una profunda escalera, al cabo de ella una mina, y continuándola y llegando á su cabo se

encuentra otra altísima escalera que termina en una puerta secreta, por la que se entra en la galería de los Apóstoles.

—Pues habeis hecho muy bien en aconsejarme que vengamos á acampar cerca de esta ermita. Mañana estarán acabadas de construir las barracas, y cuando el campo esté en órden, daré aviso á la reina mi señora, por si quiere visitar nuestro pequeño ejército.

—Pequeño en el número, pero grande en la calidad, dijo el conde: con huestes menores se han llevado á cabo altísimas empresas: ¿vais á daros á conocer á la reina?

—Sí, no tengo por qué ocultarme de ella; su señoría es la prudencia misma: y vos ¿guardareis vuestro incógnito?

—¿Quién sabe! contestó el conde don Lope.

#### IV.

Zayda Fatima activó la construcción de las barracas que debían servir de cuarteles á su gente, cercó con un foso el campo como si hubiera estado al frente de una ciudad sitiada, y cuando todo estuvo en órden, envió á su alférez á Valladolid con una carta para la reina.

Señora, decía esta carta: El caballero del Águila Roja ha puesto su campo junto á la ermita de Nuestra Señora del Carmen, y lo avisa á vuestra señoría por si quiere ver la brava gente que ha tomado á sueldo para serviros.

La reina no se hizo esperar.

Al dia siguiente, una brillante cabalgata, á cuya cabeza iban la reina doña María y el joven rey, pasaba por la poterna de la estacada del campo de Zayda Fatima, y se dirigia á una gran tienda situada en el centro.

Los ginetes, con las bandas de ballesteros á los costados y el estandarte alto, estaban formados en una especie de gran plaza que se estendia delante de los cuarteles.

Las trompas, los clarines y los atabales tocaban con un alto estruendo una brava marcha guerrera.

Zayda Fatima y el conde don Lope, armados de los piés á la cabeza y cubiertos los semblantes con antifaces, adelantaron.

Zayda Fatima dobló la rodilla para servir de estrivo á la reina doña María, y lo mismo hizo el conde don Lope respecto al jóven rey.

Desmontaron y entraron en la gran tienda situada en el centro del campo.

Aquella tienda, en lo interior, estaba entapizada de paños rojos, y en las lanzas que la sostenian se veian trofeos militares.

Una gruesa alfombra cubria el terreno, y en el centro de uno de los costados, en el frente de la puerta, habia magníficos alfafares morunos destinados para que descansasen el rey y la reina.

Acompañaban á estos don Diego Lopez de Haro, don Juan de Alburquerque y el infante don Juan, que habian mirado de reojo aquel bravo escuadron de lanzas con sus mangas de balletes, que habian visto en buen órden al pasar por el campo.

Parecíales estraño que un simple capitán de aventureros se arrojase á hacer lo que no podia hacer un rico hombre, por lo respetable del número de la mesnada y por lo bien apercebida, y atribuíase aquello á cosa de la reina, hecha sigilosamente y como quien empieza á prevenirse, proveyéndose de fuerzas propias contra antiguas é intolerables supeditaciones de vasallos traidores y ambiciosos.

Nada tenia de estraño que pensasen así aquellos nobilísimos y rebeldísimos señores siempre que les convenia, porque el que siempre se vale de malas artes, no cree nunca en la buena fé de los demás.

Para ellos, el hecho de ir á visitar la reina aquel campo, no era otra cosa que una hábil disimulacion; y creyéronlo mucho mas cuando vieron á los dos caballeros armados que parecian capitanes de aquella gente, cubiertos los semblantes con antifaces negros, de hierro el uno, y de seda el otro.

Zayda Fatima tenia sus armas y su sobrevesta de costumbre; en cuanto al conde, y como en señal de luto, llevaba sobre las armas un sayo de lana blanco, sin divisa alguna: las largas mangas del sayo le ocultaban las manos, y no podia notarse la falta de la derecha.

## V.

El rey, que habia cumplido ya los trece años, estaba alto, robusto y desarrollado; mostraba ya aquella fiera espresion que marcaba en él el terrible carácter que tan funesto le fué durante su breve reinado.

Tenia la altivez y la bravura de su padre, y la mirada profunda, tenaz, incontrastable, lúcida, de su abuelo el rey don Alfonso el Sabio.

La reina saludó graciosamente y con aquella noble llaneza que constituia una de las prendas mas bellas de su carácter á los dos capitanes que hincaron sucesivamente la rodilla y sucesivamente besaron las manos del rey.

## VI.

—¿Quiénes sois que tan encubiertos os mostrais? dijo el rey mirando fijamente á Zayda Fatima y al conde: ¿qué os impide el mostrar el semblante?

Se le habia alterado y enronquecido de tal manera con los años y los sufrimientos la voz al conde don Lope, que no tuvo reparo en hablar para que le oyesen la reina y aquellos señores que tanto le habian conocido, seguro de que por la voz no podian conocerle, y dijo:

—No hay mancilla ni crimen en nosotros que nos impida el mostrar los semblantes, señor; y por lo que por vuestra señoría

haremos, si necesario fuese, se mostrará bien claro hasta dónde llegan nuestra lealtad y nuestro amor por vuestra señoría y por la reina mi señora: yo, por largas historias pasadas, he hecho voto de llegar hasta la muerte con el rostro cubierto, voto solemne que no puedo romper sin la dispensacion del Soberano Pontífice; otrosí, he hecho voto y lo cumplo de no tener nombre, y por eso me llaman el caballero Sin nombre. En cuanto á mi compañero, su voto es mas terrible, puesto que ha jurado no hablar mas que conmigo, ni mostrar el semblante, ni desceñirse el arnés, ni comer pan á manteles mientras sea necesario enristrar la lanza por vuestra señoría ó por la noble reina mi señora, y estos votos cumpliremos entrambos, porque á ello nos hemos obligado con Dios por razones bastantes que suplicamos á vuestra señoría estime por valederas.

—¿Y qué confianza podemos tener la reina y yo en aventureros que ofrecen servirnos con gente de guerra pagando ellos su sueldo, si no les conocemos? dijo el rey.

—Las obras son las mejores razones para conocer á las personas, y tal haremos, que antes de mucho no pueda quedar duda acerca de nuestra lealtad.

—¿No os llamásteis don Gutierre de Silva, caballero del Aguila Roja, en la carta en que me pedísteis licencia para levantar gente de guerra en Medina del Campo? dijo la reina, que miraba intensamente á Zayda Fatima, que á su vez fijaba en la reina á través de las aberturas de su antifaz la mirada ansiosa de sus lucientes ojos negros.

—Señora, contestó el conde don Lope respondiendo por Zayda Fatima: mi compañero no se llama don Gutierre de Silva: como se llama, Dios lo sabe; este es un nombre adoptado como se pudiera haber adoptado otro cualquiera, y suplicamos á vuestra señoría nos perdone si no podemos romper nuestro incógnito por la gravedad de nuestros votos; pero, señora, de hoy mas, y mientras nosotros alentemos, el traidor que se atreva á vuestra señoría ó á su señoría el rey, habrá de medirse de poder á poder contra nosotros, y de esto pongo por testigos á los cieles que me escuchan.

—Gracias, caballeros, gracias, dijo la reina, que no cesaba de mirar profundamente á Zayda Fatima; yo, quienes quiera que seais, os recibo por mis vasallos, acepto vuestro pleito homenaje, y agradezco vuestros servicios.

—Y yo, dijo el rey, espero que llegue un dia en que al recompensaros, pida dispensacion de vuestros votos al Santo Padre para conoceros.

Despues de esto, el conde y Zayda Fatima besaron de nuevo las manos al rey y á la reina, que salieron, montaron, doña María en su hacanea, en su corcel don Fernando, en los suyos los señores que los acompañaban, y partieron, precedidos hasta fuera del campo por el conde y por Zayda Fatima, saludados por la marcha guerrera que tocaban las trompas, los clarines y los atabales de la gente de armas.

## VII.

—Conde, conde, dijo con marcada emocion Zayda Fatima cuando se hubieron alejado el rey y la reina con su comitiva: la reina me ha conocido, lo he visto en sus ojos que me han hablado. ¿Habeis visto nada, nada que sea tan espresivo y tan noble como los ojos de la reina?

—Su señoría, contestó el conde entrando con Zayda Fatima en la tienda, no puede creer que una dama tan delicada como vos se haya convertido en capitán de aventuras.

—Os olvidais de que el infante don Juan Manuel me vió y habló conmigo en la Selva del Abrojo.

—El infante don Juan Manuel ha guardado el secreto, y lo prueba el que al contestaros la reina concediéndoos la licencia de levantar gente, lo hizo como si no os conociera, que á saber que os ocultábais bajo el nombre del caballero del Aguila Roja, os contestara de otro modo.

—Pues os juro que me ha reconocido, y en prueba de ello tendremos pronto las consecuencias.

—Y bien, ¿qué importa que la reina os conozca, si solamente la reina os conoce? ¿No es la reina la prudencia misma? ¿Creeis que revelará á nadie que el caballero del Aguila Roja es doña María de Granada y de Molina, hija del rey Mojammet-el-Ansari?

—¡Ah, no! exclamó ardientemente Zayda Fatima: la reina mi señora comprenderá que gravísimas han debido ser las razones que me han obligado á esta trasformacion, y sobre todo tendrá una gran confianza en nosotros; la reina no se engaña nunca, parece que tiene don de adivinacion, ve en el semblante de los que se le acercan su alma, y nunca confía ó desconfía en balde; si me ha reconocido, como creo, mejor.

—Creo que os engaÑais, que no hay tal reconocimiento por parte de la reina.

—Conoce demasiado mi mirada de amor, don Lope.

—Pues si eso es así, repito lo que vos decís, mejor.

### VIII.

Aún no habia pasado una hora, cuando llegó un hidalgo á caballo á la puerta del Campo, y pidió hablar con el caballero del Aguila Roja.

Avisaron á Zayda Fatima, y esta recibió al hidalgo, que le dijo:

—Yo, señora, soy Gaspar de Mendoza, aposentador de la reina nuestra señora, que á vos me envia con estas letras.

Y dió á Zayda Fatima un pergamino enrollado, sujeto con un cordon de seda y oro, y sellado este con cera encarnada, en que se veian las armas reales.

Zayda Fatima besó el pergamino, le desenrolló y leyó lo siguiente:

«Creo no haberme engaÑado, creo haberos reconocido; si así

es, romped la punta de este pergamino y entregadlo al que le ponga en vuestras manos; es hombre de gran confianza; si que-  
reis, podeis darle una carta para mí.»

Estas líneas no tenían firma ni estaban escritas de mano de la reina.

## IX.

Zayda Fatima entregó el pergamino al conde don Lope.

—Y bien, dijo este; ¿me permitís que escriba en vuestro nombre y en el mio á su señoría?

Zayda Fatima inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

El conde don Lope se acercó á una mesa que habia en la tienda, tomó del recado de escribir un pergamino y escribió lo siguiente:

«Reina y señora: Vuestra señoría no se ha engañado; habeis verdaderamente reconocido la persona que se oculta bajo el nombre de caballero del Aguila Roja: si vuestra señoría quiere saber las causas de la trasformacion de esta persona, recibid esta noche en vuestra cámara á un resucitado, á quien todos creen muerto, y que solo para vos romperá su incógnito. Conozco las entradas secretas del alcázar mayor, y puedo llegar hasta vuestra cámara por la galería de los Apóstoles, si está libre de gentes, á la hora que me mandeis. Por bajo de estas líneas me recomendará á vuestra señoría la persona á quien habeis reconocido, y de cuya lealtad no podeis dudar.»

El conde mostró á Zayda Fatima lo que habia escrito.

Zayda Fatima escribió por debajo:

«Puede vuestra señoría recibir sin temor al caballero Sin nombre que ha escrito lo que antecede; yo aseguro su lealtad.»

Enrolló el conde este pergamino, le ató, le selló y lo entregó á Gaspar de Mendoza, que partió.

## X.

Aún no pasada otra hora, volvió el mismo Gaspar de Mendoza con otro pergamino en que se leía:

«Podeis venir los dos esta noche por donde me habeis indicado; á la hora de maitines os espero.»

Tampoco habia escrito la reina este pergamino; estaba escrito de la misma mano que el anterior.

Zayda Fatima regaló una sortija de gran precio á Gaspar de Mendoza y le dió otro pergamino en que se leía:

«Iremos á la hora de maitines, esta noche.»

## XI.

La entrada de la mina que conducia directamente desde la ermita de Nuestra Señora del Cármen á la galería de los Apóstoles del Alcázar, habia sido reconocida por Zayda Fatima y el conde, que aunque con trabajo, por estar enmohecido su juego de hierro, habian hecho practicable.

Despues, aquellos muelles habian sido suavizados y puestos al corriente.

Habian recorrido la mina, y la inmensidad de telas de araña que en ella habia, les demostró que durante muchos años nadie habia pasado por ella.

El conde y Zayda Fatima limpiaron por sí mismos la mina, porque se ocultaban de todos para penetrar en ella, y podia decirse que ni los ermitaños ni los soldados de Zayda Fatima sabian que aquella mina existiese.

Ya en la alta noche, cuando era de suponer que estuviese abandonada la galería de los Apóstoles, Zayda Fatima y el con-

de habian reconocido por la parte interior y hecho practicable la puerta que correspondia á la galería.

## XII.

Siglos fueron los minutos y eternidades las horas que pasaron hasta la de maitines de aquella noche, tanto para Zayda Fatima como para el conde.

Cuando estuvo próxima la hora, el conde se echó sobre las armas su hábito negro de benedictino, y salió con Zayda Fatima del campo, cuya poterna se cerró apenas salieron.

Segun las órdenes de Zayda Fatima, ninguno de sus soldados podia salir del campo.

La ermita distaba de él como tres tiros de ballesta, y la rodeaban unos espesos álamos negros.

Era la noche oscura: Zayda Fatima y el conde llegaron á los árboles, recorrieron el sendero que entre ellos se estendia, y llegaron á la ermita.

El conde se acercó recatadamente á la reja que cerraba su puerta, y vió á uno de los ermitaños en oracion de rodillas delante del altar.

El conde dejó una dobla de oro de la Banda en el cepillo de hierro colgado de la reja y destinado á recibir la limosna.

Despues de esto se volvió hácia el ábside de la ermita, donde estaba Zayda Fatima junto á la puerta secreta.

El conde la abrió, penetraron ambos, cerró el conde la puerta y sacó de debajo del hábito un farol que llevaba encendido, y alumbrándose con él recorrieron la mina, llegaron á su otro extremo, abrieron la puerta y se encontraron en la galería de los Apóstoles, que estaba completamente desierta.



## CAPITULO V.

## II

## SEGUNDA PARTE DEL ANTERIOR.

## I.

El conde conocia muy bien el alcázar mayor de Valladolid.

Una vez en la galería de los Apóstoles, siguió adelante con Zayda Fatima, y á un extremo de la galería pasó por una hermosa puerta dorada y ricamente ornamentada á una antecámara.

Las luces estaban apagadas, señal clara de que todos se habian recogido en el Alcázar.

Los guardas ballesteros de maza no llegaban hasta allí.

Aquel era el interior de las habitaciones de la reina.

El conde y Zayda Fatima pasaron por una rica cancela á otra antecámara.

En ella se veia, por una puerta y por las aberturas del tapiz de esta, luz en una cámara inmediata.

El conde y Zayda Fatima se detuvieron irresolutos.

En aquella cámara debia estar la reina, y no les parecia conveniente presentarse de improvisó y sin vénia.

Zayda Fatima se quitó el capacete y el antifaz, se echó atrás la capellina de mallas, se acercó á los tapices que cubrían la puerta de la cámara de la reina, y dijo:

—¡Señora!

Se oyó la voz tranquila, dulce, sonora, de la reina doña María.

—Pasad, dijo, pasad, os espero.

Zayda Fatima pasó y tras ella el conde don Lope, quitado también el antifaz y echado atrás el capuz de su hábito.

La reina estaba de pié é inmóvil en el centro de la cámara.

## II.

Vestia sencillamente una túnica de belludo rojo con los bordes tomados de oro, sus blancas tocas de viuda, y sobre las tocas una diadema gótica de plata sobredorada, á juzgar por los puntos mas salientes, en que, gastado por el uso, el dorado, habia quedado el blanco de la plata.

Sin embargo, la diadema era una joya por su belleza artística.

La reina estaba como siempre, tranquila; sus grandes ojos azules no tenían otra espresion que la de su habitual melancolía; estaba pálida y en un estado que revelaba sus grandes sufrimientos.

Al ver á Zayda Fatima ardió en sus ojos un relámpago de afecto, un relámpago brillante, intenso, que pasó sin embargo instantáneamente.

Zayda Fatima adelantó con un vivísimo afán, se arrojó á los piés de la reina, la asió la mano y se la besó.

—¿Qué es esto, hija mia? preguntó la reina: ¿por qué os veo tan trocada y en este traje de hombre?

—Me defendiendo como puedo, señora, contestó Zayda Fatima.

—¿Y de qué os defendeis?

—De asechanzas.





LA BUENA MADRE.

Y la reina continuaba mirando cada vez de una manera mas fija, mas inquiridora  
al conde.

—¿Y no bastaba yo, no basto para defenderos de esas asechanzas?

—¡Ah, señora! exclamó Zayda Fatima: los infames hieren á traicion por la espalda, y cuando se les siente es por la puñalada con que nos atraviesan el corazon: el infante don Juan.....

—¡Ah, el infante don Juan! exclamó dolorosamente la reina: ¡siempre el infante don Juan! Pero no se atreveria.

—El infante se atreve á todo, á todo; he tenido miedo, señora, y me he puesto en defensa.

—Veremos, veremos lo que debe hacerse, doña María, dijo la reina; y luego añadió, volviéndose al conde don Lope, mirándole fijamente: ¿y vos? yo creo haberos visto alguna vez.

El conde se acercó á la reina, se arrodilló, y al besarla la mano, la dijo:

—Yo os juro, señora, leal y sinceramente pleito homenaje, y os suplico me perdoneis mis pasadas traiciones.

—Alzad, dijo la reina, alzad y explicáos: ¿de qué traiciones hablais?

Y la reina continuaba mirando cada vez de una manera mas fija, mas inquiridora al conde.

—Vuestra señoría duda, dijo el conde; vuestra señoría quiere recordarme y no me recuerda bien: es verdad; los años, la soledad, el remordimiento han alterado mi sér. Cuando me conociais, tenia yo los cabellos negros y espesos, negra la barba, sin arrugas la frente: hoy, y no por mis años, sino por el dolor, parezco un anciano, he pasado por la tumba: mirad, señora, acordáos de la matanza de Alfaro y reconocedme.

Y el conde, arrollando la manga derecha de su hábito, mostró la mutilacion de su mano á la reina.

—¡Ah! ¡sí! dijo esta retrocediendo un paso; vos sois don Lope Diaz de Haro: ¡no habeis muerto!

—No, afortunadamente para mí, señora, contestó don Lope; porque puedo hacer tanto bien por vuestra señoría, como mal os hice en los tiempos de mi traicion y de mi soberbia.

—¡Dios! ¡Dios! exclamó la reina, levantando sus hermosos ojos al cielo.

—¡Sí, Dios, siempre Dios! contestó el conde don Lope; Dios protegiendo á los mártires; Dios armándoles con la invencible fé que los sostiene en su largo, en su doloroso martirio; Dios que ha hecho en su infinita providencia que el mal se destruya por el mal mismo, y que sus elegidos prevalezcan sobre sus enemigos; Dios que aterra al protervo y le confunde; Dios que toca su corazon y le aniquila; Dios que prueba la fortaleza de los buenos y los glorifica siempre; sí, sí, noble señora, Dios, siempre Dios.

—En él he puesto mi confianza y él me favorece, dijo la reina; él me ha hecho triunfar de traiciones inauditas; él ha deshecho las tormentas que han venido sobre mi cabeza, sobre la cabeza de mi hijo: el huracan nos ha rodeado en su tromba, ha pasado, nos ha dejado estremecidos de espanto; pero no ha arrancado de sobre la cabeza de mi hijo la corona: aún dura la tempestad; aún se la oye retronar á lo lejos, y por todas partes amenaza; amenaza, pero yo confio en el poder de Dios y en la fé de mi corazon.

—¡Ah, señora! vuestra señoría ha nacido predestinada, exclamó el conde don Lope.

—Deseo oir, conde, la relacion estraña sin duda de vuestros sucesos, dijo la reina. Estoy fatigada, adios; os espero mañana á la misma hora.

Zayda Fatima y don Lope besaron la mano á la reina, y salieron.

### III.

Durante algunas noches, Zayda Fatima y el conde tuvieron largas conferencias con la reina en medio del silencio y del misterio.

El conde era hombre de gran valía, y la reina, que no se engañaba nunca acerca de las personas, le habia visto tan arrepentido, tan convertido, que fiaba ciegamente en él.

En cuanto á Zayda Fatima, la reina la conocia demasiado y la amaba.

Algunas noches entraba solo el conde don Lope, y Zayda Fatima se acercaba con algunos de sus escuderos al Alcázar, y se emboscaba protegida por los árboles de las huertas del arrabal de los Molinos.

En esta situacion se encontraba Zayda Fatima, la noche en que Alvaro de Estúñiga habia salido, ébrio de coraje, á darse de cuchilladas con el insolente que se atrevia á ir á dar música á la reina.

Habia pues oido Zayda Fatima el puntear del laud, y cuando iba por sí misma á castigar al insolente, se le adelantó con los suyos Estúñiga, metiéndose todos revueltos como sabemos por la calle de Mari-Ponce.

Zayda Fatima se volvió adonde estaban los suyos emboscados, les mandó montar á caballo, se metió por la calle de Mari-Ponce, y se entró como hemos visto en el figon de Marilinda.

Algunas noches entraba solo el conde don Lope y Nayda Fatima se asociar con algunos de sus servidores al Alcazar y se emborrachaba por los arboles de las montañas del valle de los Molinos.

En esta situación se encontraba Nayda Fatima, iracunda con que Alvar de Esquivel había salido como de costumbre a hacer de enchilladas con el pasante que se llevaba a la casa real y

Habia pues oído Nayda Fatima el grito del llanto y como lo iba por el camino a casarse al instante se le adelantó con los suyos batallando todos revueltos como se ven por la calle de San-Lorenzo.

Nayda Fatima se volvió alborde estaban los suyos emborrachados, los mandó montar a caballo, se metió por la calle de San-Lorenzo y se entró como buena viciada en el gran de San-Lorenzo.

En el momento en que se iba a montar en el caballo se le adelantó

— ¿Qué es esto? —

Zayda Fatima: bien saben yo que habia de haberme las algamas  
 vos con vos.

—¡Ah! dijo el bachiller de derecho civil: son que vos, señor  
 caballero del Pájar Colorado, no tenéis que ver nada con el al-  
 caide de la villa ni con sus hombres de armas?

—No, dijo Zayda Fatima: solo busco á los dos hidalgos que  
 se han enterado hasta aquí riñendo.

## CAPITULO VI.

—¡Ah! pues eso es de achillar: señoras damas,  
 soidad los jurros, que por lo visto no hay necesidad de tirar-  
 los á nadie: abajo los productos, y á las viudas las espadas, co-  
 balleros de la Hampa, estacionones, despartemones, estenda-  
 monos; mas vino, Marilinda y mas tesoro: la cosa, gracias á  
 Hercules, ha acabado en paz, y así debian acabar todas las  
 cosas.

### DE CÓMO ZAYDA FATIMA SE METIÓ EN OFICIOS DE ALGUACIL.

## II

### I.

El erizo se fue deshaciendo á medida que hablaba el bachil-  
 ler: caso primero el erizo xumbido de colmena que de la sala.

Creyó toda aquella gente brava, divertida, diabólica, que se  
 les echaba encima el alcaide de la villa con sus hombres de ar-  
 mas, y no se crea por esto que se amilanaban; antes bien, echa-  
 ban atrás á las señoras, desnudaron las espadas, se hicieron un  
 ovillo, por decirlo así, es decir, se agruparon en un peloton  
 cogiendo en medio á las hembras, al músico y á los escuderos,  
 desnudaron las espadas, las pusieron de punta, levantaron los  
 broqueles, y tomaron, en una palabra, la forma de un erizo.

Zayda Fatima, á pesar de esta actitud amenazadora, echó pié  
 á tierra, dió la lanza y la adarga á uno de sus escuderos, y dijo  
 adelantándose á aquellos pícaros:

—¡Está aquí el músico que punteaba hace poco un laud jun-  
 to al Alcázar?

—Sí, contestó desde el centro del erizo el músico.

—Y qué bien que cumplís con vuestros juramentos, dijo

Zayda Fatima: bien sabia yo que habia de habérmelas alguna vez con vos.

—¡Ah! dijo el bachiller de derecho civil: ¿con que vos, señor caballero del Pájaro Colorado, no teneis que ver nada con el alcaide de la villa ni con sus hombres de armas?

—No, dijo Zayda Fatima: solo busco á los dos hidalgos que se han entrado hasta aquí riendo.

—¡Ah! pues eso es distinto, dijo el bachiller: señoras damas, soltad los jarros, que por lo visto no hay necesidad de tirárse-los á nadie; abajo los broqueles, y á las vainas las espadas, caballeros de la Hampa, estirémonos, desapretémonos, estendámonos; mas vino, Marilinda y mas tasajo: la cosa, gracias á Hércules, ha acabado en paz, y así debian acabar todas las cosas.

## II.

El erizo se fué deshaciendo á medida que hablaba el bachiller: cesó primero el sordo zumbido de colmena que de él salia. Desaparecieron los broqueles, se envainaron las espadas, y por último, todos, ellos y ellas, se estendieron ruidosos llenando aquel espacio. Apenas habia sucedido esto, una hembra con traje noble y rico, revuelta la cabeza en un rebocillo, de manera que no se la veia el semblante, y acompañada de dos dueñas y de dos viejos escuderos, se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Caballero, no estrañeis el hallarme aquí; ha sido una casualidad, el resultado de una imprudencia; amparadme, y sabed que soy tan principal persona, que no os pesará de haberme amparado; y si quereis recompensa, la tendreis, y tal como no podeis esperarla.

—Aunque fuérais la mujer mas pobre y mas desvalida del mundo, dijo Zayda Fatima, yo os ampararia; y en prueba de ello, si quereis, cuatro de mis escuderos os acompañarán hasta vuestra casa.

—¡Cómo si quiero! dijo la dama; sea eso cuanto antes, y acompáñenme esos escuderos vuestros, que otro día sabreis á quién habeis servido.

### III.

Zayda Fatima llamó á uno de sus soldados y le dió algunas órdenes en voz baja; despues se volvió hácia la dama y la dijo:

—Podeis marchar cuando querais; mis escuderos os resguardarán de todo atrevimiento.

En aquel punto, en el cercano monasterio de San Agustin, respondiéndole sin duda á la señal hecha en el Alcázar, se oyeron las lentas y graves campanadas del toque de cubre fuego.

—¡Ah! ya es imposible entrar en Valladolid, dijo la dama, y es imposible tambien que yo me quede aquí.

—Pues id á mi campo, dijo Zayda Fatima, y en mi tienda estareis tan segura y tan respetada como si estuviérais en vuestra casa.

—¿Quién sois vos, caballero, que tal me ofreceis, á fin de que yo vea si puedo aceptarlo sin reparo?

—Yo soy, contestó Zayda Fatima, el caballero del Aguila Roja, capitan por el rey de gente de guerra, y tengo el campo á poca distancia, junto á la ermita de Nuestra Señora del Carmen. Id con estos escuderos míos y con vuestros servidores, y nada temais.

—Voy á esperaros, dijo la dama, y cuando volvais os esplicaré lo que debeis estrañar.

Y aquella señora, que tal lo parecia, y además de esto jóven, muy jóven y muy gentil, se apresuró á salir, la siguieron sus dos dueñas, que iban temblando, y sus dos viejos escuderos, que no temblaban menos, y la acompañaron seis escuderos armados y á caballo de Zayda Fatima.

## IV.

Terminado este incidente, Zayda Fatima, dirigiéndose al músico y á Alvaro de Estúñiga, que estaban hablando calurosamente y á punto de venir de nuevo á las manos, mientras todos aquellos pícaros y pícaras cantaban, chillaban, reían y se bebían y se comían las cincuenta doblas que les habia dado el músico, les dijo:

—Caballeros, si quereis seguirme con vuestras gentes de buen grado, os lo agradeceré; de no, os prendo en nombre del rey; y no intentéis hacer resistencia, porque será inútil. Me acompañan cincuenta buenos hombres de armas, de los cuales ved algunos.

Y Zayda Fatima señaló á la puerta, delante de la cual habia agrupados y apoyados en sus lanzas diez ó doce de sus feroces soldados, cuyo solo aspecto imponia pavor.

—Está de Dios que me prendais, dijo el músico.

—Puede ser que esté de Dios que os mate, contestó Zayda Fatima.

—Os favorece la fortuna; siempre ha estado de vuestra parte la fuerza.

—Siempre ha estado de mi parte Dios, que lee en los corazones y favorece á los buenos. Seguidme vos, y tambien los vuestros, añadió dirigiéndose á Alvaro de Estúñiga.

—No tengo por qué no seguiros, dijo este.

—Pues adelante, contestó Zayda Fatima. ¡Hola, Garci Diaz! mi lanza, mi adarga y mi caballo. Venid, señor infante, os tomaré á la grupa.

—¡Infante! exclamó con estrañeza Alvaro de Estúñiga al ver que el caballero encubierto calificaba de tal modo al músico.

—Infante, sí, señor Alvaro de Estúñiga, dijo Zayda Fatima.

—¡Cómo! ¿me conoceis? exclamó el jóven.

—Sí, os conozco mucho, os he visto en la córte, sois paje de la reina mi señora. Vos me conoceis mucho tambien; en la córte me habeis visto, pero nunca me habeis hablado, y por esta razon no habeis podido reconocerme por la voz; pero vamos, señores, vamos; montad vos tambien, señor Alvaro, á la grupa de uno de mis escuderos, y que monten asimismo los del señor infante y vuestros criados: dejemos en paz á esta canalla.

—¡Cómo! dijo el bachiller: ¿os vais, caballero, sin dejarnos algo para divertirnos?

—Agradeced que no os dejo las costillas calientes, que no es poco, y no se hable mas, y quédense, y no den ocasion á que lo pasen mal.

## V.

El bachiller no se atrevió á contestar una palabra; tal respeto le habian infundido las que habia dicho Zayda Fatima.

Y esta, llevándose presos al músico, á quien habia llamado infante, y á Alvaro de Estúñiga con los criados que los acompañaban, trasladó su campo.



CAPITULO VII.

DE LA IMPORTANTE ENTREVISTA QUE TUVIERON LA REINA Y EL CONDE DON LOPE.

Dijimos en el final del capítulo segundo de este libro, que en la cámara de la reina había entrado secretamente don Lope Diaz de Haro. Nada tenia de estraño esta entrevista secreta con la reina; en primer lugar, doña María de Molina estaba tan cercada de traidores y de infames, que necesitaba harto de los buenos oficios de vasallos leales, y el conde se la había presentado tal y tan convertido, que olvidadas sus antiguas traiciones por la reina, por leal le tenia. Además de esto, por su casamiento con doña Juana de Molina, hermana de padre de la reina, era su cuñado.

Por otra parte, era suegro del infante don Juan, como que este estaba casado con doña María de Haro, hija del conde don Lope. Habia, pues, no solo antiguo y grave conocimiento entre el conde don Lope y la reina, sino tambien inmediato parentesco de afinidad. Y notorio era á todos, que si la reina, en el terri-

ble día de Alfaro, hubiera podido impedir la catástrofe del conde, la impidiera como la impidió respecto al infante don Juan.

## II.

El conde, en algunas entrevistas anteriores, habia revelado á la reina de qué modo le habian salvado sus servidores, sacándole del alcázar de Alfaro. Lo que habian hecho para que á otro se tuviese por él y se le enterrase en su lugar, haciendo creer á todo el mundo en su muerte, y cómo Dios, por castigar tal vez su crimen, tal vez porque no se divulgase la existencia del conde, habia matado de mala muerte á aquellos servidores. La reina habia reconocido la providencia de Dios, creia que tal vez Dios habia permitido lo aparente de la muerte del conde para convertirle y darle en él un servidor leal, y como el conde era muy experimentado y muy hombre de gobierno, la reina se aconsejaba con él en secreto.

Por esta razon habia esperado aquella noche mas temprano que otras al conde don Lope, y habia mandado á su servidumbre se retirase, para recibirle.

## III.

—Sentáos, don Lope, sentáos, dijo la reina al conde, despues de haberla besado este la mano como en señal de homenaje; estais viejo y cansado, y además, añadió la reina sonriendo melancólicamente, las gentes del otro mundo no están obligadas á los respetos que las de este.

Don Lope se sentó.

—Estoy gravemente afligida, primo, dijo la reina con su voz dulce y pura. Mis trabajos aún no han cesado, estoy sufriendo al infante don Juan; el Papa me niega aún la dispensacion

de mis parentescos con mi malogrado esposo y señor. Los infantes de la Cerda andan alentados, y todo se vencería si se pudiera fiar en la lealtad de los Laras y de los Haros; pero vuestro hijo me pide el Señorío de Vizcaya que os quitamos por vuestras rebeldías, que defendió vuestro hijo y que ganamos á todo nuestro poder.

—Dad el Señorío que os piden, contestó con voz opaca el conde don Lope.

—¡Dar, siempre dar! exclamó la reina: engrandecer y robustecer á los traidores para hacer incontrastable la traicion; dividir vuestro reino en pequeños reinos, para que la traicion insaciable acabe por absorberlo todo; sentenciar á nuestros buenos vasallos á las depredaciones, á la avaricia de esos buitres insaciables que nunca se hartan de oro y mando. Anularse, aniquilarse, ser rey en el nombre y no mas que en el nombre; ver que vuestros vasallos se vuelven ansiosos hácia nosotros pidiéndonos justicia, y no poder dársela; oír las murmuraciones y las maldiciones de los que, sintiendo el mal sin conocer la causa, nos hacen responsables de sus sufrimientos, y nos miran airados; ver que la patria se derrumba, que se nos atreve Francia, que se nos atreve Aragon, que se nos atreve Portugal á pesar del deudo que con nosotros tienen; ver que el infiel rey de Granada pacta traiciones con un hombre que todo nos lo debe y que contra nosotros se vuelve ébrio de ambicion y de avaricia, que no quiere menos que dominarlo todo; ser rey sin corona y tener por esclavo al rey coronado.

—El infante don Enrique es viejo en la traicion y puede decirse que la traicion es su alimento, y que sin traiciones no podría vivir. Conspira perpétuamente, sabe que en los desdichados tiempos que alcanzamos, Dios, la patria, el honor y la lealtad son nombres vanos, que todo se compra y se vende, y que aquel tiene mas servidores sumisos que mejor los paga. Pues bien, señora, perseverancia y paciencia: ceded y siempre ceded, esquivad la lucha mientras no tengais fuerzas para vencer; pero trabajad en silencio, procurad un dia en que debilitados los traidores por la guerra á muerte que se hacen los unos á los otros, pue-

da dárseles el golpe de gracia, y cobrar de una vez en ese golpe todas las infamias, todas las traiciones, todas las humillaciones que os hayan hecho sufrir; inutilizad á esos protervos, comprad vuestros servidores, empezad por comprarlos á ellos. Os piden los Haros el Señorío de Vizcaya, dádselo; os pide el infante don Juan Manuel señoríos en el reino de Murcia, dádselos tambien; vuestro jóven primo aún no os ha hecho traicion, evitad que os la haga dándole lo que quiere; dad á los Laras lo que os pidan.....

—Quieren no menos que el Señorío de los Cameros.

—Ténganlo.

—El infante don Enrique quiere el gobierno de nuestros reinos á título de su tutela sobre el rey, y nos amenaza con traiciones en la frontera de Andalucía.

—Llamadle y que gobierne.

—El infante don Juan quiere á título de tio la persona del rey.

—Ceded.

—Cederemos tanto..... que se nos verán los huesos.

—Esperad, no desmayeis en la fé de vuestro corazon; salvad el mayor peligro que os amenaza. Francia y Aragon vuelven por los infantes de La Cerda, el rey de Portugal pide como dote de su hija doña Constanza, la mitad de la Estremadura; el rey de Granada fija la vista de una parte en Tarifa, de otra en Alcaudete, en Martos, en Jaen; el emir de Marruecos amenaza el Andalucía; necesitais, pues, señora, comprar á vuestros enemigos interiores, para combatir con ellos á los exteriores. El rey de Aragon apercibe un ejército, para obligaros á que os caseis con su hermano el infante don Pedro.

—¡Oh! exclamó la reina, levantándose con energía: eso jamás; antes morir que faltar á la fé jurada al rey mi esposo y mi señor. Ha muerto por desgracia para sus reinos, para su hijo, para la desesperacion de su viuda; pero vive aquí, conde don Lope, vive en mi corazon. No me aconsejeis que ceda en este punto, porque no os tendré por convertido, ni por leal; no me digais como me decia el miserable infante don Enrique, aconsejándome este matrimonio, que tal y tal reina, tal y tal princesa

viudas, habian pasado á un segundo tálamo por el bien de sus hijos y de sus reinos. ¡Vergüenza é infamia! La mujer honesta, la mujer honrada, no conoce la vil intemperancia. Me causa horror, no tiene mas que un alma, la unió á la de su esposo, la confundió con ella, y el alma no muere, el alma es inmortal. El alma de mi marido vive, vive en la mia, yo no soy viuda mas que para el afan y para el trabajo. Por el amor soy casada, lo seré eternamente, porque cuando mi cuerpo se destruya, mi alma continuará viviendo en la eternidad unida á la de mi esposo. Si tal sucediera, que por la enemistad del rey de Aragon, del rey de Francia, hubiera de perder mi hijo su corona, hubiera de verme reducida á la esclavitud, á los mas acerbos sufrimientos, no buscaria el remedio en tal vileza. No, no, y mil veces no; yo tengo confianza en la Providencia de Dios. Él salvará á mi hijo, Él me salvará, sin que yo eche sobre mí tal mancilla.

—Sois un ángel de pureza, de fé, de confianza en la justicia y en la providencia de Dios, señora; y Dios que protege al fuerte en la fé y en la virtud, os protegerá: no os he interrumpido por respeto y por lo noble y por lo grande de vuestras palabras; pero nunca ha sido mi propósito aconsejaros manilleis vuestra pureza, rompais vuestra fé jurada y os unais á ese presuntuoso y perjuro mancebo, á ese ambicioso infante de Aragon.

—¡Perjuro! exclamó con estrañeza la reina.

—Sí, traidor á un juramento prestado aún no há un mes á un vencedor en la Selva del Abrojo.

—¡Oh Dios mio! exclamó la reina; y ese vencedor era acaso.....

—Sí, la infanta de Granada, dijo el conde; la mujer fortalecida por Dios como fortaleció á Débora y á Judit.

—¡Oh, mi buena, mi noble amiga! ¿y cómo sucedió eso?

—El infante don Pedro, á lo que parece, habia pasado de incógnito á la Andalucía para tener vistas con el infante don Enrique el Senador. Súpolo el infante don Juan, así como el dia en que habia de venir á Valladolid don Pedro, tal vez por alguna imprudencia del infante don Juan Manuel, con quien don Enrique contaba para que favoreciese en la parte que le fuese posible las pretensiones del infante don Pedro, ó para que por lo menos

le mantuviese oculto en Valladolid y desconocido, contando acaso con que por hermoso y galan, cansada vos de la viudez, podría enamoraros.

Ardió una súbita llamarada de ira, de desprecio, de repugnancia, en los ojos y en el semblante de la reina; llamarada que se perdió instantáneamente, reemplazándola la tranquila y dulce espresion del semblante de la reina.

—Y como al infante don Juan, continuó don Lope, no le convenia este casamiento, porque veia claro que lo que se buscaba con él era el predominio de Aragon sobre Castilla, y como el infante don Juan es siempre el infame asesino de Tarifa, rompió por medio y encargó á un capitan de aventureros que le habia servido, saliese al camino al infante de Aragon y le matase. Pero mientras fué y vino el mensajero de tal órden, aconteció que habiéndose encontrado la infanta de Granada convertida ya en caballero del Aguila Roja, llevando solo cuatro escuderos con el capitan de aventuras, con quien contaba el infante don Juan, le acometió, le mató de un bote de lanza que le atravesó de parte á parte, y la gente brava del capitan muerto, asombrada de la pujanza del vencedor, le aclamó por su capitan, y con esto cambiaron de todo punto los sucesos. Supo la infanta mora lo que no hubiera sabido á no haber muerto el capitan de aventuras, y salió al camino al infante de Aragon, le combatió, le venció, le tomó preso, y no le dió la libertad sino obligándole á jurar solemnemente que desistiria de sus proyectos de casamiento con vos, y que se volveria á Aragon. Este juramento lo prestó el infante, estando presentes el infante don Juan Manuel y yo.

—Nada me ha dicho el infante don Juan Manuel: es verdad, ¿cómo habia de decirlo? Era necesario para ello que yo supiese que me habia deservido. ¡Oh! ¿qué podemos esperar de unos tiempos en que la traicion y la ambicion se albergan hasta en el alma de los niños! ¿Y dónde conoció don Juan Manuel á doña María? Mi buen primo ha andado muy enamorado de mi buena amiga.

—¡Ah! sí señora, la reconoció; y si ha guardado el secreto, ha sido por la ocasion en que la ha encontrado y la ha reconocido.

—Hubiéralos yo casado de buena gana, dijo doña María; pero ella ama á otro, no sé á quién, no me lo ha revelado, no la he preguntado yo, pero amaba, sufría.....

—Creo haber adivinado á quién ama, dijo don Lope.

—¿Y á quién, conde, á quién? dijo con suma viveza la reina, no por curiosidad, sino por interés hácia Zayda Fatima.

—Creo no engañarme, dijo el conde, si aseguro que ama á don Alfonso Perez de Guzman.

—¡Oh qué desdicha! exclamó la reina poniéndose pálida. ¡Qué desdicha para mis dos mas leales servidores! Porque si ella le ama, él la ama tambien; si ella ha combatido con su amor, y combate, él ha combatido con su amor, con toda su voluntad de héroe; la veia y palidecia, callaba, pero bajo su silencio se veia su amor, esquivaba la mirada de doña María; un dia me dijo:—«Señora, yo, mejor que en la córte, estoy en la frontera contra los moros.—¿Mi córte no es un ejército que cada dia y cada hora combate?—Sí, sí señora, me respondia; pero aquí hay enemigos mucho mas terribles que los moros de Granada.»—Yo creia que lo decia por los traidores, por los intrigantes; lo decia sin duda por mi amiga.

—¿Quién sabe si lo decia por mas alta causa!

—¡Qué! ¡qué decís! exclamó fiera y altiva la reina, pálida como un cadáver, alzándose con ímpetu de su sillón, centelleantes los ojos, trémula de los piés á la cabeza y asiendo con violencia el brazo sin mano del conde. ¡Qué habeis dicho! ¡qué habeis dicho, don Lope Diaz de Haro!

—Los muertos pueden decirlo todo, contestó con acento opaco el conde; á los reyes debe decírseles la verdad, y debe despertarse á los que sueñan.

—Hablad, exclamó la reina, cada vez mas terrible.

—Los traidores y los ambiciosos no se detienen ante nada; la calumnia os envuelve, noble reina doña María.

—¡La calumnia! ¡á mí! dicen, se atreven á decir: ¡oh Dios mio, Dios mio! Dadme fuerzas, dadme paciencia, dadme sufrimiento bastante para tanta infamia. ¡Miserables! ¡oh mil veces miserables! ¡y no poder cogerlos á todos, unirlos en una sola ca-

beza, arrancarles la infame lengua para arrojarla á los animales inmundos! ¡oh, no basta! ¡no basta nada! ¡Sufrir, siempre sufrir! ¡Ceder siempre, contentarlos á todos! Pero no se puede contentar á todos á la vez, es verdad. ¡No se pueden llenar de oro todas las fauces hambrientas! El hambre los irrita, los enloquece, el hambre infame de la avaricia y de la soberbia. ¡A mí, á la viuda de Sancho el Bravo se atreve la calumnia! ¡Y yo lo sé! ¡Y viven!

## II.

Resplandecieron de una manera singular los ojos del conde; habia en ellos ferocidad y sed de sangre.

—Matad, dijo con voz bronca, pero no matéis ahora; no matéis hasta que hayais asegurado el golpe; repetid el dia de Alfaro, pero cogiendo en mayor número los traidores; preparad ese dia en silencio; robustecéos con vuestros vasallos que pagan, que sufren, que lloran, que están desangrados, tiranizados, escarnecidos; fortalecéos agrupando á vuestro alrededor á los que tienen hambre y sed de justicia; callad entre tanto y disimulad; doblegáos, humilláos, repartid vuestro reino entre los ambiciosos; dadles lo que piden el rey de Portugal, el rey de Aragon, el de Francia; entregadles las villas y las fortalezas de la frontera de Granada, y ellos, que no defenderian vuestro reino, siendo vuestro, lo defenderán cuando sea suyo; dejadlos que crezcan y que engorden, y un dia, cuando los enemigos esteriorez hayan sido puestos en respeto, convocad córtes en Valladolid, juntad á todos los traidores, y haced lo que hizo en Alfaro vuestro esposo con el infante don Juan y conmigo; tomadles las cabezas con vuestros hombres de armas, con vuestros pobres vasallos leales; recobrad lo que os hayan quitado por la fuerza, por la usurpacion ó por el amaño, y ahogad en su infame sangre la calumnia en que os han envuelto.

—¡Sangre! exclamó la reina; ¡no se ha vertido ya harta? Yo no he vertido ninguna; la sangre me espanta, he visto correr con

horror la de la guerra civil, y no he perdonado ni concesiones, ni humillaciones, ni sufrimientos, para atajar esa horrenda guerra. He sido pródiga con mis reinos; les he quitado el impuesto de la Sisa; lloraban los infelices porque no podían pagar los tributos, y en vez de pedirles un servicio de hombres y de dinero, para defender los derechos de mi hijo contra los infantes de la Cerda, para defender la patria, que querían llevarse á pedazos los aragoneses y los portugueses y los franceses y los moros; he vendido mis alhajas, nobles reliquias de mis antepasados; he empeñado á los judíos mis villas y mis castillos; me he quedado pobre; he fundado para la piedad de mis vasallos y para su salud, santuarios y hospitales; no ha habido llanto que haya llegado hasta mí, que yo no haya enjugado; no ha habido desdicha que me haya buscado, que no haya encontrado en mí consuelo; yo puedo levantar sin temor la frente al cielo, segura de que no ha de herirla el rayo de la indignacion divina; yo puedo bajar la vista á la tierra, segura de encontrarla sembrada de mis beneficios; y sin embargo se atreven. ¡No me conocen, Dios mio! ¡no me conocen! ¡Si me conocieran, rechazarían la calumnia! ¡La ahogarian!

—Vuestros buenos vasallos, los que pagan, los que sufren, los que gimen, os conocen demasiado. Sienten vuestros beneficios; os llaman doña María la Grande. Doña María la Grande os llamará la historia, señora; os llamará la madre de la patria, y la calumnia que á vos se atreve, morirá con los traidores que la propalan como su infame memoria. No os desesperéis, no desalenteis; ofreced á Dios este nuevo sufrimiento, este nuevo martirio; la infamia de vuestros enemigos no va mas allá de los muros de vuestra córte, dentro de los cuales hierven emponzoñadas y revueltas en un infame consorcio, la ambicion, la avaricia, la soberbia, la envidia, produciendo su repugnante hija la calumnia. ¡Ah! combatid, seguid combatiendo; Dios os prueba, os aflige, pero os guarda la victoria. ¿No veis que vuestros enemigos se devoran, se infaman, se ensangrientan lo unos contra los otros? ¿No oís el sordo murmullo de vuestro pueblo, que dice sin cesar mirando de reojo á los traidores: Mira, mira los ladro-

nes que no se hartan nunca de nuestra sangre; míralos, míralos, cómo tragan y tragan sin hartarse nunca! ¡Y no oís el sordo rugido detrás de estas palabras de los mas, que miran amenazadores á los menos? ¡Y no oís aquí y allá, por todas partes, una voz misteriosa que grita: Reina y señora, por qué no matais á esos miserables que nos matan y que quieren mataros á vos y á vuestro hijo?

—¡Espero en Dios! ¡confío en Dios! exclamó llorando la reina. Él rescatará mi pueblo, Él me rescatará á mí: ¿cómo? no lo sé; pero estoy segura de que no prevalecerá la traicion.

### III.

El conde don Lope se levantó desalentado.

—Inútil, todo inútil, dijo; teneis horror á la sangre, y solo en sangre se ahogan las traiciones. ¡Dios os ampare! ¡Dios ampare á vuestros buenos vasallos! ¡Ay de un dia en que sobre Castilla se echen suertes, como las echaron los impíos sobre la túnica del Salvador!

—Antes el martirio que la matanza, conde don Lope, exclamó la reina; basta con la guerra que me veo obligada á mantener por la patria y por mi hijo. ¡Ah! yo me retiraria á un monasterio á vivir en paz, si mi patria, si mi hijo no me necesitan. Yo no quiero por mí misma las grandezas del trono; el trono para mí es una esclavitud y un martirio. Cumpla mi hijo su mayor edad, vea yo asegurada en sus sienes la corona, entréguele yo los destinos de la patria, responda él á Dios de lo que hiciera, y la reina doña María no pesará mas sobre la rabia de sus enemigos.

—¡Pudiera yo evocar de la tumba al bravo, al tremendo rey don Sancho IV, exclamó con una desesperada energía el conde don Lope, y las traiciones se desvanecerian, como la niebla al sol.

—¡Callad! ¡callad, don Lope Diaz de Haro! exclamó la reina





LA BUENA MADRE.

Madre mia, mi honra, la honra de mis hijos.

con voz opaca y concentrada; el remordimiento mató á mi desventurado esposo. Aún me parece sentir el estremecimiento de su agonía; pesaba sobre él la maldicion de su padre; tenia sobre la conciencia la hirviente sangre de la guerra civil. Nos ha dejado por herencia la ambicion y la rebeldía, de que él dió el ejemplo: yo me reconozco como la víctima espiatoria de los pecados de nuestra familia, y yo no verteré sangre, no, no la verteré jamás, y lloraré siempre la que corra en una lucha que yo no provoco, por la patria y por el rey.

—Adios, señora, dijo el conde don Lope, y que Dios se apiade del reino y del rey.

Y besó la mano á la reina y salió.

La reina permaneció durante algunos momentos inmóvil y silenciosa; luego se volvió hácia su reclinatorio, sobre el cual, en un magnífico tríptico gótico, habia una imágen de Nuestra Señora de la Soledad, alumbrada por una lámpara.

Llegó al reclinatorio, se arrodilló, y con los ojos llenos de lágrimas, exclamó estendiendo los brazos hácia la Virgen:

—Santa Madre de Dios, esto es ya demasiado. Madre mia, mi honra, la honra de mis hijos. Pide á tu divino Hijo, Madre mia, me dé fuerzas para sufrir tan amarga desventura.

Y luego, dejándose caer sobre el reclinatorio, rompió á llorar desesperada.



## CAPITULO VIII.

### LA PALOMILLA.

Entre los personajes repugnantes que existian en aquel tiempo en la repugnante corte de Castilla, se contaba la alta dama á quien se sobrenombraba con el apodo que sirve de epígrafe á este capítulo.

Era esta doña Juana Nuñez de Lara, hija de don Juan Nuñez de Lara el viejo, y de doña Teresa Alvarez de Azagra, señora de Albarracin, y hermana de otro don Juan Nuñez y de don Alvaro Nuñez de Lara.

Habia estado capitulada para casarse con el infante don Afonso, hijo del rey don Sancho IV y de doña María Alfonso de Molina; pero la muerte prematura del infante impidió este casamiento, solicitado y alcanzado por la codicia de los parientes de doña Juana.

## II.

Nuestros lectores habrán advertido que la mayor parte de los ricos hombres, los Laras, los Haros, los Castros, los Pimenteles; estaban próximamente emparentados con la casa real.

Esto se comprende, por la necesidad que los reyes tenían de los servicios de estos magnates, que no los otorgaban, así puede decirse, sino cuando se los pagaban de una manera escandalosa. Ya era una villa, ya un castillo, ya la mano de una infanta ó infante, para uno de sus hijos ó hijas, lo que al rey pedían; y como en aquellos tiempos durísimos, de continua lucha y de perennes rebeldías, les iba á los reyes la corona, porque tal ó cual poderoso rico hombre se pusiese ó no de su parte, de aquí que estos ricos hombres se engrandeciesen á costa del rey, arrancándole territorios, ó levantasen su nobleza emparentando con la casa real.

Podía decirse que el rey reinaba á medias con los grandes señores.

Estas violencias de la rebeldía producían el encono, y á veces la tiranía de los reyes contra los grandes vasallos.

Así vemos en la historia á Sancho IV matando en Alfaro á un cuñado suyo, pretendiendo matar á su hermano; á don Pedro el Justiciero segando cabezas de nobles, y á los nobles acometiendo al rey en abierta rebeldía, y llegando hasta el punto de asesinarle alguna vez, como aconteció con don Pedro I.

No había otro derecho que se respetara que el de la fuerza; no había lealtad que no fuera interesada; no había honra que no transigiese con la traición, teniendo siempre por guía el interés; no había seguridad ni para el rey ni para los grandes, y antes de que la monarquía se constituyese definitivamente bajo los Reyes Católicos, dominándolo todo, la historia de la Edad Media en nuestra patria, no es otra cosa que la continua, la afanosa dependencia de los reyes, de los grandes señores.

Estos aparecen, mas que como caballeros, como bandidos, como salteadores del poder, como aventureros, que no tenian reparo en deservir á su rey y señor natural, si otro rey enemigo les pagaba mejor.

Rara es la casa que se remonta hasta aquellos tiempos, que si puede vanagloriarse con hechos heróicos de sus antepasados, no tenga tambien que avergonzarse con hechos ruines.

Esto era necesario: España se restauraba lentamente, combatiendo primero contra los árabes, despues contra los moros: los caudillos de las primeras conquistas, habian fundado reinos sobre el país conquistado, pero aún no habian fundado verdaderas dinastías.

España estaba dividida en diferentes reinos, pequeños todos, todos insuficientes por sí mismos para hacer con provecho la guerra contra el enemigo comun.

Además, los reyes cristianos se empeñaban en guerras encarnizadas, vertian la sangre de sus pueblos en empresas ambiciosas, y de aquí el largo período de la guerra de reconquista, desatendida siglos enteros, por las luchas que podian llamarse intestinas de los reyes de los diferentes estados de España entre sí.

Cada uno de estos reinos, habia creado una legislacion, un fuero, una manera de ser particular; el feudalismo, demasiado preponderante, habia influido en la formacion de aquellos fueros: resultaba de esto una gran inarmonía entre los pequeños estados de España, inarmonía que no pudieron ó no quisieron destruir los Reyes Católicos, y que hace que España, en nuestros dias, mas que un estado homogéneo, sea una confederacion.

### III.

Pero nos ocupábamos de la Palomilla, y sin saber cómo, de deducion en deducion, nos hemos ido muy lejos de nuestro objeto: volvamos á él.

La Palomilla era la alta dama á quien Zayda Fatima se habia encontrado de una manera tan estraña en el arrabal de los Molinos, dentro del burdel de Marilinda, y anegada, por decirlo así, entre los hampones, que afortunadamente no la habian conocido.

¿Cómo habia ido allí doña Juana Nuñez de Lara?

#### IV.

Se encontraba con una muy noble compañía en una misteriosa casa de la calle de Mari-Ponce: esta casa se elevaba á poca altura detrás de una tapia al otro lado de un pequeño patio, determinado por esta tapia y por el muro de la casa.

En la tapia habia un postigo de roble.

Por encima de ella se veian algunos árboles, y detrás de los árboles tres ventanas que correspondian al único piso que tenia la casa.

Estas ventanas estaban constantemente cerradas; por lo menos, los vecinos nunca las habian visto abiertas.

La curiosidad habia pretendido averiguar quién vivia en aquella casa, pero solo se habia averiguado que vivia en ella un africano, ó que por lo menos, si no vivia, salia y entraba en ella con alguna frecuencia.

Si habitaba en la casa alguien mas, se ignoraba.

Pretendióse saber quién era aquel africano que no se quitaba jamás la cota de mallas, que gastaba birrete de acero y llevaba manto y calzas de grana y espuelas en los borceguíes como un caballero.

Pero como nadie se atreviese á preguntarle, hubieron de contentarse con seguirle muy á la larga, y aun así, no sin miedo de que el africano reparase en ello; tan feroz era su aspecto y tan terrible su mirada.

Sacóse en limpio al fin que aquel misterioso personaje, cuando salia de la cerrada casa del arrabal de los Molinos, tomaba

por la puerta de Nuestra Señora, y siguiendo la ronda interior del muro, cortaba en el punto necesario; hacía el interior, para llegar á una gran casa toda de piedra y muy rica, situada frente por frente de los dominicos de San Pablo.

En aquella casa vivía con su esposa doña María de Haro, con sus deudos y sus servidores, el infante don Juan.

Algun vecino demasiado curioso del arrabal de los Molinos, se atrevió á ponerse en contacto con alguno de los de la baja servidumbre del infante, le llevó á la taberna, le convidó y averiguó que aquel africano era el señor Ben-Tayde, gran escudero del infante don Juan, ennoblecido por él y por él creado caballero.

#### IV

#### V.

Aquí hubo de detenerse, no pudiendo pasar adelante la curiosidad de los del arrabal de los Molinos.

¿A qué iba á la casa cerrada el alcaide de los escuderos del infante don Juan? Se ignoraba.

Para salir de la duda, era necesario habérselo preguntado al mismo señor Ben-Tayde, y no se atrevía á tanto el mas bravo de los vecinos del arrabal; tal respeto infundía lo feroz del aspecto del señor Ben-Tayde.

Decían algunos vecinos y muchos de los de la gente maleante, que como hemos dicho iba á divertirse al arrabal, que algunas noches, entre el oscurecer y el toque de cubre fuego, había visto entrar ó salir una dama muy acompañada de servidores y muy resguardada en la casa misteriosa, y otras noches á dos caballeros de mayor estatura el uno que el otro, y muy resguardados tambien en la misteriosa casa.

Pero no había podido averiguarse, ni nadie se había metido en ello por lo peligroso, quiénes fuesen esta dama y estos caballeros.

## VI.

Ahora bien: nosotros lo sabemos, y no queremos hacer un misterio de ello.

La dama era doña Juana Nuñez de Lara, la Palomilla, y eran los caballeros el señor rey don Fernando el IV y su señor tío el infante don Juan.

## VII.

La Palomilla estaba entre los diez y ocho y los veinte años; era hermosa, hermosísima á maravilla, y sobremanera altiva, ambiciosa y soberbia, lo que no impedía fuese, segun decia la voz pública cortesana, un tanto ligera de cascos por enamoradiza.

Decíase que á esto debia su apodo de Palomilla: á que habia saltado de uno á otro señor sin detenerse en ninguno, como las mariposas que saltan de flor en flor sin detenerse en ninguna de ellas mas que un momento.

Si á esto debia su epíteto de Palomilla, esto es, de mariposuela, los que le pusieron tal nombre, anduvieron muy galantes con los barbudos á quienes habia distinguido un momento el capricho de doña Juana, considerándolos como flores.

La verdad es que si doña Juana, en su versatilidad amorosa, no habia dado motivo grave para que su buena reputacion cayese por tierra, habia adquirido una reputacion problemática.

Por último, habia dejado conocer que su ambicion dominaba á su corazon, casándose con el viejo infante don Enrique el Senador, porque doña Juana, en la época en que la presentamos á nuestros lectores, hacia un año que se habia casado con el tutor del rey.

## VIII.

La educacion de doña Juana habia sido muy descuidada; tanto su padre como sus hermanos, habian pensado muy poco en ella, distraidos con sus asuntos propios y empeñados en una tenaz lucha de ambicion, que en sus alternativas, tan pronto los tenia en Castilla bien avenidos con el rey su señor natural, ó enemistados con él ó desnaturados, refugiados ya en Aragon, ya en Francia, ya en Portugal, y ya tambien en el reino moro de Granada.

La lucha de los magnates con el rey y del rey con los magnates, era el cuento de nunca acabar: tan pronto el rey los declaraba traidores y los quitaba sus villas y castillos, como los llamaba, les volvia su gracia y lo que les habia quitado con creces, y los declaraba lealísimos.

Vicisitudes de los tiempos.

Por su parte, los grandes señores se separaban del rey sin otro motivo que la conveniencia; se levantaban soberbios como quien se enoja para siempre, se desnaturaban con arreglo al fuero de los hijosdalgos, y despues de algunas fechorías, volvian á solicitar humildemente la gracia del rey, y le reconocian por señor y se humillaban y tomaban otra vez la naturaleza que habian dejado.

Con estos vaivenes, que eran mas frecuentes que en otras casas en la de Lara, por la gran importancia que tenian en Castilla, claro es que la educacion de una jóven de la familia no podia ser bien atendida. Se salió del paso metiendo á doña Juana á los tres años en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas.

Pero los conventos de monjas no eran entonces lo que fueron en tiempos muy posteriores y lo que son ahora; nos referimos á la clausura: no existia verdaderamente, por mas que estuviese consignada en las reglas: una monja era una dama que

no tenia otra cosa que la separase del mundo, que el voto de castidad.

Asistian á saraos, á justas, á torneos, salian y entraban libremente, viajaban, vivian en fin como otra dama cualquiera, salvo el voto, y con mucha frecuencia dejaban el hábito para vestir galas.

Acontecia lo mismo respecto á los religiosos y aun á los prelados.

De la órden de San Bernardo, salieron los terribles caballeros del Templo.

Se unian en una sola persona, el monje humilde sujeto á la castidad y á la obediencia, y el soldado feroz.

Los prelados eran á un tiempo pastores y ovejas y caudillos de gente de guerra.

La misma mano que daba la bendicion episcopal, daba en un bote de lanza la muerte al enemigo.

A otros tiempos, otras costumbres.

Los siglos trascurriendo, y las sucesivas reformas hechas en la disciplina de la Iglesia, han relegado al clero secular y regular á la vida del espíritu, apartándole de gestiones mundanales.

El obispo no lleva su cruz como estandarte á la batalla, la monja guarda su clausura, el religioso ha dejado de ser caballero, á escepcion de los profesos de las órdenes militares, lo que va tambien perdiéndose; ya no se encuentran ni en el campo ni en las ciudades, monasterios murados y torreados, con honda cava, fuerte rastrillo y puente levadizo, como en los tiempos de la accion de este relato; inútilmente buscareis hoy á una prelada cubierta de galas asistiendo á las bodas de un príncipe, como la abadesa de las Huelgas de Valladolid doña Margarita de la Cerda, ni á una comunidad de monjas como la de San Pedro de las Dueñas de Toledo, asistiendo fuera de clausura á la córte y entre hombres al duelo; por el rey don Sancho IV.

Entonces no se tomaba esto á mal; estaba en las costumbres: las religiosas, hasta las del Cister, gozaban de una amplia libertad en cuanto al trato de gentes, sin otra cortapisa que el voto de castidad.

Así es que doña Juana vivió en el convento de Santa María la Real, con mas holgura que con la que hubiera podido vivir en su propia casa al lado de su madre, encargada á un aya y rodeada de sus dueñas.

Las costumbres eran algun tanto licenciosas, como acontece en los tiempos de revuelta y de ganancia, en que se atiende mas á la materia que al espíritu.

## IX.

A los quince años declaró formalmente doña Juana á su hermano don Juan Nuñez, que estaba cansada de la vida conventual, á pesar de que, como hemos dicho, esta vida en aquellos tiempos no era muy rígida; de la obediencia de orden, del continuo coro, de los ejercicios y de los trasnoches á causa de los maitines.

Tomóse en consideracion lo dicho por doña Juana, tanto mas, cuanto ya era casadera y hermosísima. Se la montó casa con gran esplendor, se la encargó á un aya, se la dieron dueñas y la espléndida servidumbre que requería su rango; y como su padre don Juan Nuñez el Viejo era un potentado que se hombreaba con el rey, se empezó á tratar el casamiento de doña Juana con el infante don Alfonso.

Sancho IV no podía oponerse á las exigencias de aquel poderoso señor; cedió, y se llegó á las capitulaciones de un matrimonio que no se consumó, por la prematura muerte del infante.

## X.

Murió á su vez en 1294, y cuando ya tenía diez y ocho años doña Juana, su padre don Juan Nuñez el Viejo, que la dejó bien heredada y mejor dotada con sendas villas y fortalezas. Doña

Juana se consideró ya de todo punto independiente y libre, y tal hizo y tantos pretendientes tuvo y á tantos contentó y descontentó á tantos, y tanto entró y tanto salió, que haciéndose pública su ligerísima conducta, la sobrenombraron la Palomilla.

## XI.

Ahora bien, cuando vino á la córte de Castilla libre de la larga prision que habia sufrido en Nápoles don Enrique el Senador, no vió sin estremecimiento, á causa de su hermosura, á doña Juana, ni sin cálculo á causa de su posicion y de sus grandes riquezas.

Mientras vivió Sancho IV, doña Juana se mantuvo indiferente y aun impía respecto al infante don Enrique; pero cuando murió el rey nombrando tutor de su hijo al infante, la conducta de doña Juana para con este cambió completamente.

No se trataba ya de un infante pobre sujeto á la voluntad del rey, viviendo, por decirlo así, á su merced, sino del poderoso tutor de un rey huérfano que no tenia mas arrimo que su madre viuda, ni mas esperanza que la lealtad de sus vasallos.

Doña Juana y el infante, consideraron su enlace como un negocio; ella venia á ser la tutora del rey, por la influencia que necesariamente debia ejercer sobre su viejo marido.

A don Enrique le convenia grandemente una estrecha alianza con la poderosa casa de Lara.

El casamiento, pues, se hizo en Valladolid con gran pompa, grandes fiestas, justas, torneos, farsas, danzas y mascaradas, y doña Juana se consideró mas libre que nunca, puesto que su viejo marido, en vez de ser para ella un estorbo, era un medio.

## XII.

Los sucesos trajeron al homenaje de la reina y á la córte de Castilla al infante don Juan y á su mujer doña María de Haro, al mismo tiempo que se llevaron á la frontera de Andalucía al infante don Enrique, adonde no quiso seguirle su mujer.

La casa de Haro y de Lara estaban de antiguo muy emparentadas, y doña Juana y doña María, esposa del infante don Juan, se hicieron grandes amigas, y entonces se trató del extraño casamiento de don Juan Nuñez de Lara, que ya era hombre duro, con la infanta doña María, hija del infante don Juan, señor de Valencia, y de doña María Diaz de Haro, cuya infanta solo tenia tres años, á pesar de lo que, se la entregó á su esposo.

Este casamiento no pudo llegar á efecto porque la tierna infanta murió antes de la edad nubil.

Estrecháronse pues las relaciones de parentesco y amistad entre doña Juana de Lara y doña María de Haro, de tal manera, que siempre andaban juntas, pasando recíprocamente largas temporadas la una en la casa de la otra, y acechando las dos á la par á la buena reina doña María, á quien afectaban traidoramente y mirando á su provecho, un grande amor.

El jóven rey estaba continuamente al tope de las dos ilustres parientas, y..... pero esto requiere capítulo aparte.





## CAPITULO IX.

EN QUE CONTINÚA LA MATERIA COMENZADA.

### I.

Doña Juana de Lara era alta, esbelta, gallarda, y blanquísima.

Tenia unos poderosos ojos del color del fondo del mar en una bahía tranquila. Aquellos ojos eran poéticos, elocuentes, nobles, profundos, lucientes, tranquilos, pero tenían alrededor de su orbita una especie de aureola *sui generis* que hubiera hecho decir á un pensador experimentado: es necesario tener mucha cuenta con las malas vueltas de este arcángel.

En efecto, aquella especie de aureola indicaba una grande perversidad; pero ésta aureola era una leve sombra que no aparecía siempre en los ojos de doña Juana.

Por lo demás, su juventud era mórbida y brillante, y sus cabellos rubio-oscuros, de un tono escesivamente sensual, eran profusos y larguísimos y se agrupaban voluminosos en anchas y



pesadas trenzas sobre su cabeza, enriqueciendo su diadema de infanta que no se quitaba jamás ni para dormir, y que representaba sus múltiples parentescos con la casa real.

Era ostentosa, y no se presentaba jamás en público sino con trajes rozagantes de tela de seda, plata y oro, cubierta de joyas, llevada en litera ó en hacanea, rodeada de dueñas, pajes y mayordomos, y escoltada por hombres de armas.

## II.

El rey no habia visto sin aficion á doña Juana, ni esta sin íntimo contento la aficion con que la miraba el jóven príncipe.

Esto habia sido reparado tambien por doña María de Haro, que habia hecho reparar en ello al infante don Juan.

El rey, á pesar de sus trece años, era ya un mancebo completamente desarrollado y hermoso, aunque de mala salud porque adolecia de cuartanas.

Habia heredado el enérgico carácter de su padre y de su abuelo, y era violento y terrible, mal sufridor de contrariedades y gran acometedor de enemigos; olvidaba con mucha facilidad la prudencia por la ira; durante esta, buscaba la sangre y no olvidaba ni perdonaba.

Verdad es que, leon de buena raza, no se enojaba sin razon, que su ira era justiciera; pero tambien es cierto que llevaba la justicia hasta la exageracion.

## III.

La reina doña María, que era la prudencia misma, veia con sobresalto estas tendencias del rey á llevarlo todo á sangre y fuego.

Sabia cuán caro le habia costado esto á su padre, y preferia

con un gran corazon y una alta política, los buenos medios á los medios violentos.

Los pueblos son fieras domesticadas, y no debe acostumbrárseles á la sangre para que no contraigan la necesidad de beberla.

Fernando III, Enrique II, los Reyes Católicos, Fernando VI y Carlos III alcanzaron mas por los buenos medios, que otros reyes que han llevado hasta la sangre y por sistema, el principio de autoridad y de justicia.

#### IV.

Fernando IV era violento, habia visto la violencia en su padre, y despues de la muerte de este, habian acabado de irritarle las rebeldes violencias de los altos vasallos.

Esta irritacion de su carácter, las contrariedades que se veia obligado á sufrir, mal su grado, le habian hecho voluntarioso y asequible á los que, conociéndole y por explotarle, se sometian, como el infante don Juan su tio, á las exigencias de su enérgica voluntad.

La reina doña María era una mártir completa; la aturdian, la desorientaban las continuas embestidas de tantos intereses encontrados, y por otra parte veia que su hijo no habia heredado su prudencia, y que tenia el carácter menos á propósito para aquella eterna y encarnizada lucha contra el egoismo, la soberbia y la traicion.

Temia que, llegado á su mayor edad, se despeñase por su propio ímpetu é hiciese inútiles todos sus sacrificios de madre.

#### V.

Tenia además el rey muy malos lados: su ayo don Ruy Perez Ponce, maestre de Calatrava, escelente hombre y probado en

gran virtud, nunca le iba á la mano por respeto á la dignidad real, ni avisaba de los defectos del rey á la reina doña María, temeroso de afligirla.

Esto era funesto; el rey amaba y respetaba á su madre, y delante de ella encogia su carácter.

Lo que el rey hacia ó decia apartado de la reina, no habia quién á la reina lo dijese.

Por otra parte, tenia el rey en su servidumbre, como escudero y camarero, un caballero, natural de Palencia, llamado Juan Alfonso de Benavides, hombre bajo, si no de cuna, de ideas, adulador y ambicioso, que sabia llevar el genio al rey y le complacia en todo y le instruia prematuramente en cosas en que no hubiera debido instruirlo.

Hacíase este tal hipócritamente el honrado y el bueno delante de doña María, contra la cual sentia en su corazon odio, porque temia que la perspicacia de la reina le leyese el alma y le apartase por prevision del servicio del rey.

Juan Alfonso de Benavides conspiraba en silencio contra la reina, y no era él el causante menor de las infames calumnias que contra la reina se sonrugian en la córte.

## VI.

Juan Alfonso de Benavides fué el primero que, por su privanza con el rey, tuvo noticias ciertas de la aficion de este á doña Juana de Lara.

El rey le habia hablado con encarecimiento de ella, y le habia dicho que mejor hubiera querido que le casaran con doña Juana que con doña Constanza, que al fin era una rapaza de ocho años, y ni con mucho tan hermosa como doña Juana.

Sonrióse sutilmente Benavides al escuchar esta manifestacion del rey, y le dijo: que no embargaba el que doña Juana no

fuese su esposa, para que llegase á buen logro la aficion que por ella sentia, y que él haria lo que fuese menester para que el rey y doña Juana se viesen.

Acceptó con gozo el rey los buenos oficios de Benavides, y este se fué á ponerlo todo en conocimiento del infante don Juan, que ya habia notado el enamoramiento del rey por doña Juana, y andaba dando vueltas en su perversa imaginacion para volver á aquel amor en su provecho.

## VII.

Oyó pues con gran contento el infante á Benavides, y empezó desde aquel punto una sorda intriga, que tenia por objeto el desprestigio de la reina, que debia procurarse llegase hasta el punto de que los reinos la quitasen la gobernacion y la tutela del rey, relegándola infamada é impotente á un oscuro retiro.

Don Juan pensaba en que, como tio del rey y emparentado con los mas poderosos señores, nadie podia quitarle la gobernacion del reino y la tutela del rey, sucediendo, cuando mas, que tuviese que partir por algun tiempo su poder con el infante don Enrique, hasta que, envolviéndole en una mala intriga, le perdiese.

Púsose de acuerdo el infante con doña María de Haro, y esta con la ambiciosa doña Juana Nuñez de Lara.

Esta alentó la esperanza de ser reina; cierto es que habia que quitar de en medio á la reina doña María, y que era de todo punto necesario que el rey y doña Juana enviudasen.

¿Pero qué importaba esto? A todo se llega con perseverancia, paciencia, astucia y buenos amigos.

## VIII.

El infante don Juan llamó á su *factotum* Ben-Tayde, y le dijo:

—Es necesario que me busques fuera de muros, en uno de los arrabales de la villa, una pequeña casa en que puedan ocultarse cosas que es necesario que nadie entienda.

Al otro dia, Ben-Tayde dijo al infante don Juan:

—He encontrado en el arrabal de los Molinos, en la calle de Mari-Ponce, una pequeña casa, lo mas á propósito del mundo para lo que vuesa merced quiere; pero está desmantelada, y los frailes de San Pablo, cuya es, piden por ella dos mil maravedises viejos.

—A don Jonás con eso, dijo el infante; que te dé los dos mil maravedises, compra la casa á nombre tuyo hoy mismo, y esta noche iré á verla.

En efecto, aquella noche, rebozado y de incógnito, fué el infante con Ben-Tayde á ver la nueva adquisicion que habia hecho.

La casa, como hemos dicho, tenia ante sí un pequeño patio, en que se elevaban, altos y frondosos, algunos gigantescos álamos negros.

En el fondo de este patio habia, en el piso bajo, una sola puerta, y en el superior tres ventanas.

Pasando por esta puerta, se llegaba á un recibimiento oscuro, que ocupaba todo el ancho de la casa.

De aquel recibimiento se pasaba á un patio estrecho y largo, que á la derecha tenia una altísima tapia, á la izquierda, en un cenador, una sala baja, cuya puerta, de arco de herradura, mostraba una mutilada ornamentacion árabe; el interior de la sala no dejaba ver otros restos de ornamento que un techo de ensambladura gótico-árabe.

Saliendo de la sala y por el fondo del cenador, se llegaba á una estrechísima escalera, y por ella á una galería en el segundo

pisos, en que se llegaba á otra sala que comunicaba con una cámara, buena por lo espaciosa y alta de techo, en la cual estaban las tres ventanas que daban sobre el patio.

Esta casa estaba polvorienta, ennegrecida, rotos los pavimentos, agujereados los techos; pero el infante vió que estaba aislada, que las paredes eran fuertes, que nada en fin de lo que sucediese en el interior podia trascender á lo exterior, y dió órdenes é instrucciones á Ben-Tayde para la restauracion y la ornamentacion de la casa, y á don Jonás la de que aprontase el dinero necesario, lo que hizo decir á don Jonás cuando se hubo quedado solo, que su señor creia que su dinero hacia el milagro de no acabarse nunca.

Sea como quiera, á los ocho dias de la compra de la casa, estuvo esta restaurada, pavimentada, entapizada, alfombrada y amueblada, no de cualquier modo, sino con gran lujo y riqueza.

Los vecinos habian hecho de esto gran conversacion; pero no habian podido sacar en claro quién habia mandado hacer la obra, porque ni para esto habia dado la cara Ben-Tayde.

Poco despues, y de tiempo en tiempo, entre la hora del oscurecer y la de la queda ó cubre fuego, algunos hombres armados interceptaban la calle de Mari-Ponce, mas acá y mas allá de la casa misteriosa, y nadie sabia ni podia saber quién entraba ó salia de ella durante aquel tiempo.

## IX.

Y aconteció que en la misma noche en que el infante de Aragon fué á dar música al pié del Alcázar, y por su irreverencia salió Alvaro de Estúñiga y le acometió y se metió revuelto con él y con los suyos en la callejuela de Mari-Ponce, una dama que con sus dueñas y sus escuderos acababa de salir de la sobredicha casa, fué arrollada y metida contra su voluntad y envuelta en la tromba, en el figón de Marilinda.

Se cruzaban las aventuras: dos caballeros con sus escuderos

habian escapado huyendo del tumulto por el otro lado de la calleja que salia al campo.

Ya sabemos que la dama era la Palomilla.

Los dos caballeros que habian escapado con sus escuderos, sin duda por no ser reconocidos, eran el rey y su tio el infante don Juan.

El chubasco les habia cogido fuera ya de la casa, cuya puerta habia cerrado Ben-Tayde y no habia podido recogerse á ella.

Como doña Juana no habia podido volver á Valladolid, por haberla alcanzado fuera el toque de cubre fuego, tampoco pudieron entrar el rey y el infante, que se quedaron en el campo sin saber qué hacerse, si volver á la casa consabida ó hacerse abrir las puertas de la villa.

## CAPITULO X.

DE CÓMO EL INFANTE DON JUAN HUYÓ DE UN MUERTO Á QUIEN SIGUIÓ  
EL REY.

## I.

—¿Qué es esto, don Juan? dijo el rey, que estaba fuertemente contrariado, alejándose con su tío á buen paso por entre las huertas que rodeaban el arrabal. ¿Qué hacen mis merinos, mis alcaldes, que así consienten estos escándalos?

Habia allí medio mundo de gente perdida.

—Señor, contestó el infante: esta es la mala espuma de las córtes. Valladolid es una villa muy populosa, y á mas de esto, tiene Universidad y mas de veinte conventos, que atraen gran número de hampones, toda gente alegre y de mal vivir.

—Pues necesario será limpiar á este arrabal de esa inmundicia, si es que hemos de volver á él. ¿Sabeis, mi buen tío, que hemos estado á punto de que esos pícaros nos cojan en medio y nos arrastren consigo? ¿Qué habrá sido de doña Juana?

—Qué se yo, don Fernando, qué se yo, dijo el infante, que

estaba de muy mal humor, temiendo que aquello hubiese sido el resultado de una intriga.

—De seguro, doña Juana no ha podido volver á Valladolid, porque no ha tenido tiempo de llegar á él desde que sucedió ese tumulto hasta que sonó el toque de queda. Debe de andar perdida por esos campos.

—Doña Juana no se pierde tan fácilmente, dijo el infante; y además, va resguardándola gente brava.

—¿Y qué gente brava basta contra aquellos furiosos? dijo el rey. ¿No oíais cómo gritaban, cómo aullaban, cómo rugían?

—Gente alegre, y no mas que gente alegre, señor.

—No importa, dijo el rey; es necesario enviar á Benavides, á fin de que vea si está entre esa gente alegre doña Juana.

—Como queráis, señor, dijo el infante.

Y haciéndose un tanto atrás, se volvió al grupo de hombres armados que seguían al rey, y dijo:

—Venid acá, señor Juan Alfonso de Benavides.

## II.

De entre aquellos hombres, salió otro que se acercó al infante.

—Id, le dijo este, y ved si por acaso, detenida entre esos pícaros que se divierten en el arrabal, está doña Juana.

—Os advierto, señor infante, dijo Benavides, que yo no me meto solo entre esos desalmados, porque me harán pagar la costa sabe Dios cómo; es gente que no teme ni á Dios ni al rey.

—Llevad con vos seis hombres.

—Aun así es poco; será necesario inventar alguna razon para meterse entre ellos.

—Pues inventadla en buen hora, Benavides, y cumplid con lo que el rey manda, y tened en cuenta que alguna vez se ha de esponer algo por el Señor que de continuo nos honra y nos favorece.

—Tiene vuesa merced razon, señor infante, dijo Benavides; y allá voy, suceda lo que quiera.

Y no de muy buen talante, se alejó, llevándose consigo seis hombres de los de la escolta del rey.

### III.

El infante volvió, donde al pié de un copudo árbol esperaba el rey don Fernando el IV.

—¿Sabeis lo que pienso, mi buen tio? dijo el rey.

—¿Y qué pensais, señor? contestó suavemente el infante, que adulaba cuanto podia á su sobrino.

—Pienso que no es decente que nos andemos vagando por el campo y trasnochando, ni decente tampoco que vayamos á llamar á la puerta de Nuestra Señora, que no nos abririan sino dando nuestro nombre; se romperia el incógnito, se murmuraria de vos: esto no puede, no debe ser, y mientras habeis estado hablando con Benavides, se me ha ocurrido un medio.

—¿Y cuál, señor? Siempre será tan bueno como pensado por vos, dijo el infante.

—Mirad, tio, contestó el jóven rey: á dos tiros de ballesta de este sitio, está la ermita de Nuestra Señora del Cármen, y un poco mas allá, el campo cerrado de esos capitanes aventureros incógnitos, que se han puesto de una manera tan estraña y tan sin que los paguemos, á nuestro servicio.

—Y bien, dijo el infante.

—Paréceme, que á quien con tanta lealtad y tanto desinterés se ha prestado á servirnos, podemos confiar sin recelo las personas del rey y de un infante de Castilla.

—Me parece lo mismo, señor, contestó el infante; pero á propósito de esa compañía franca, ¿qué juzgais del incógnito de sus capitanes?

—A fé que no lo sé, ni es fácil dar con ello; porque si tan leales son, ¿por qué no muestran el rostro para que los recompensemos.

—Yo creo que la señora reina vuestra madre y mi hermana, conoce por lo menos á uno de ellos.

—¿A cuál, tío?

—Al caballero del Aguila Roja.

—¿Y de qué sacais eso?

—De que vuestra señora madre miraba de una manera singular á aquel caballero, como quien queria reconocerle.

—Pues si le queria reconocer, no le conocia, ó por lo menos, no tenia seguridad de quién fuese, dijo el rey; y esto echa por tierra lo que se dice de que la reina mi señora paga de su peculio esa compañía franca, y que si sus capitanes se encubren es para que no se sepa que son antiguos servidores de la reina.

—¿Quién sabe quiénes serán? Lo que yo sé deciros en confianza, es que la mirada fija á través de su antifaz en mí del enlutado caballero Sin nombre, me causó una sensacion que no podria esplicaros sino diciéndoos que me pareció experimentar algo de lo que sentiria un hombre á quien mirase un alma del otro mundo.

—¿Por aparecidos teneis á esos dos capitanes encubiertos? dijo con un acento singular el rey, acento en que se notaba una sombra de pavor.

—No afirmo que sean almas del otro mundo, pero sí que son personas á quienes conozco mucho, porque ellas mucho me conocen: la manera que tenian de mirarme, no me deja duda.

—¿Y creéis que podemos correr algun peligro poniéndonos en manos de esa gente?

—Creo, por el contrario, que son lealísimos servidores vuestros y muy obligados á la reina.

—Paréceme que se acerca alguien, tío.

—Sin duda es Benavides que vuelve; veamos: ¡hola, Benavides! ¿sois vos? añadió don Juan dirigiéndose á un bulto que se acercaba.

—Sí, señor infante, soy yo, contestó Benavides acercándose.

## IV.

—Y bien, ¿qué noticias traeis de doña Juana de Lara? dijo el rey.

—He entrado en una especie de infierno en que se divierten ruidosamente una multitud de diablos y de diabras; me ha sido forzoso empezar por darles un florin para que no se desmandasen y me hiciesen pagar de mala manera el piso; he preguntado despues, y me han dicho que una que parecia dama por su traje y por el acompañamiento que llevaba, se habia ido escoltada por algunos hombres de armas de un capitán enmascarado que llevaba sobre la sobrevesta un pájaro rojo: ítem mas: me han dicho que el caballero del pájaro se llevó consigo á otros dos caballeros muy galanos, que con sus respectivos escuderos se habian metido riñendo en la calle de Mari-Ponce.

—Bien, dijo el rey; razon mas para que vayamos al campo cerrado del caballero del Aguila Roja. Id vos delante, Benavides; llegad á la poterna de ese campo, llamad y decid á la guarda que un camarero del rey quiere hablar con el caballero del Aguila Roja.

Benavides tiró para adelante.

El rey y don Juan siguieron escoltados á lo largo por algunos hombres.

## IV

## V.

—Esperemos aquí, dijo el rey cuando hubieron llegado á la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

Se habian detenido cabalmente por la parte de la ábside, junto á la puerta secreta de la mina, por donde se penetraba en el alcázar mayor.

Apenas se habian detenido, se oyó un ligero rechinamiento.

Como comprenderán nuestros lectores, aquel rechinamiento le habia causado al abrir la puerta secreta el conde don Lope, que volvía de su grave entrevista con la reina.

El infante don Juan y el rey se volvieron.

Estaban tan próximos, que á pesar de lo oscuro de la noche, vieron una abertura mucho mas lóbrega en el muro de la ermita, é inmediatamente el infante fué tropezado por un bulto negro.

Era don Lope que acababa de salir, sin reparar, á causa de la oscuridad, en los bultos del rey y del infante, con quien tropezó.

—¡Vive Dios! exclamó este: ¿quién sois?

Y tendiendo la mano, asió un brazo de don Lope, cabalmente el brazo derecho.

—Este hombre tiene el brazo derecho mutilado, dijo el infante.

—Sí, contestó el conde don Lope con voz tonante; me le mutilaron en Alfaro, donde vos debísteis morir conmigo.

Y al decir esto, sacó de debajo de su manto un farol que llevaba escondido, y echándose atrás con un enérgico movimiento de cabeza el capuz, se alumbró el semblante.

—¡Las tumbas arrojan sus cadáveres! exclamó el infante con los cabellos erizados de espanto.

Y sin ser poderoso á otra cosa, dominado por el pavor, huyó.

## VI.

El rey quedó inmóvil, mirando atónito al conde don Lope, á quien no conocía, y que continuaba iluminándose el semblante.

Bajó al fin el farol, le ocultó bajo su manto, y dijo:

—¿No os espantan los aparecidos, señor?

—Al hijo de mi padre no le espantan ni los muertos ni los vivos, contestó valientemente el rey.

—Bien se muestra la sangre de donde venís, dijo el conde; y puesto que nada os espanta, ¿quereis venir á hablar con un alma del otro mundo entre aquellos árboles?

—Sí, dijo el rey.

Y tiró hácia los árboles que don Lope Diaz de Haro le habia indicado, y que dejaban ver su negra masa á alguna distancia.

Los de la escolta del rey le siguieron.

La puerta secreta se habia cerrado por sí misma en el momento en que habia salido el conde don Lope.



## CAPITULO XI.

### DE CÓMO EL REY DON FERNANDO EL IV TENIA BASTANTE VALOR PARA ESCUCHAR LAS RAZONES DE UN MUERTO.

#### I.

Metiéronse entre los árboles.

En uno de ellos cantaba monótonamente un cuclillo.

El viento despacible, frio, corria entre los árboles, produciendo un zumbido lúgubre, que armonizaba de una manera imponente con el tristísimo canto del pájaro y con el sordo rumor de las hojas.

Estos siniestros ruidos se levantaban entre un silencio profundo.

El rey era bravo y no temblaba; ni aun sentia el menor asomo de miedo, á pesar de encontrarse solo con aquel misterioso personaje, del que habia huido lleno de pavor el infante don Juan, que tenia reputacion de alentado.

La oscuridad de la noche era mas densa entre los árboles.

Apenas veia el rey el bulto del conde don Lope, que se ha-

bia detenido y permanecía inmóvil delante de él y á poca distancia.

## II.

—¿Quién sois? preguntó con altivez el rey.

—Pedid mi nombre al infante don Juan, contestó el conde; él os dirá que yo soy un aparecido.

—¿Un aparecido! exclamó con asombro, pero no con miedo, el rey.

—Sí, vuestra señoría está hablando con un muerto.

—Y ese muerto, ¿ha olvidado su nombre?

—No ciertamente; este muerto ha sido gran privado de vuestro padre, y el serlo tanto, le costó la vida.

—¿Dónde morísteis?

—En Alfaro.

—¿A manos de mi padre?

—No; bajo las espadas y las mazas de los ballesteros.

—Entonces no sois el traidor Diego Lopez de Campos, á quien mi padre mató de tres espadadas en la cabeza.

—Ese era mi primo, contestó el conde; yo soy vuestro tío, marido de la hermana de vuestra madre, el conde don Lope Diaz de Haro.

—Pues si tal sois, y á mí os apareceis, de parte de Dios os pido que digais qué quereis y á qué venís.

—Quiero que en bien de mi alma escucheis las razones que quiero y debo deciros.

—Hablad, que yo os responderé.

—¿Respondereisme en verdad? Jurádmelo.

—Yo os juro por el nombre de Dios no responder á lo que me dijéreis con palabras vanas y mentirosas.

## III.

Hubo un momento de silencio, despues del cual el conde don Lope dijo:

—¿Qué haceis, señor, de noche, fuera de los muros del Alcázar y de la villa, en compañía del infante don Juan, que es vuestro enemigo y enemigo del género humano?

—Por mi tío, muy querido y muy leal para mí, le tengo.

—Es cierto; sois un mozo muy adelantado para vuestra edad, y por mas que os han criado muy bien, vuestra madre y vuestro ayo el maestre de Calatrava, don Ruy Perez Ponce, habeis heredado el genio aventurero, audaz y voluntarioso de vuestro padre.

—¡Por Dios vivo! exclamó con impaciencia y con altivez el rey.

—Habeis heredado tambien de vuestro padre lo violento y lo irreducible á las buenas razones. Os olvidais de que quien os habla en nombre de Dios y por vuestro bien, es un alma del otro mundo, contra la cual nada podeis.

El conde se mantenía á alguna distancia del rey, y este no podia saber si lo que tenía delante era cuerpo ó sombra.

Nadie dudaba entonces acerca de los aparecimientos, ni se estrañaba que los aparecidos, siendo almas del otro mundo, hablasen y tuviesen forma visible.

## IV.

—Continuad, dijo el rey.

—Respondedme en verdad como habeis jurado: ¿por qué estais fuera del Alcázar y de la villa á estas horas? ¿por qué os he

visto acompañado del infante don Juan? ¡á qué infamia, á qué torpeza ó á qué aventura os ha conducido?

—Amo á una ilustre dama, á una hermosísima dama, contestó haciéndose una gran violencia el rey.

—¿Y vuestra esposa doña Constanza?

—Aún no hemos sido unidos en uno; ella tiene ocho años y yo trece; aún faltan cuatro para nuestra union.

—¡Impureza y escándalo, abominaciones del infante don Juan; los niños llevados por la adulacion y por la traicion á prematuros vicios!

—¡Vicios! exclamó vivamente contrariado el rey; yo amo como á mi hermana á esa dama.

—¡Como hermana! ¡Ah! ¡La corrupcion no se apodera fácilmente del corazon de los niños! Aún es tiempo de que aprovecheis mis consejos; tengo derecho á dároslos, porque soy vuestro tío y porque obedezco un mandato de Dios. Los reyes deben tener el corazon limpio de toda impureza, porque son la justicia, y no se avienen bien la injusticia y la impureza. Los reyes deben ser muy precavidos y no deben dar oído fácil á la adulacion traidora que halaga sus pasiones, para hacerlos esclavos de sus vicios y dominarlos por estos. Si el rey no es la representacion de Dios sobre la tierra, no es buen rey; y el hombre no puede asemejarse en lo posible á Dios, sino nutriendo su corazon con la fé, con la justicia, con la caridad, con la magnanimidad, con la prudencia, con la fortaleza. Los favoritos son la carcoma que corroe el corazon de los reyes, y las mancebas la mortal ponzoña que los corrompe. El rey no es rey para satisfacer sus apetitos, sino para gobernar con justicia, caridad y fortaleza sus reinos. El rey que no es grande en la virtud, no merece serlo. Tomad ejemplo de vuestra madre, que es la virtud misma; de vuestra madre, sin la cual vos no seriais rey, ni podríais haber hecho vuestro privado á vuestro tío el torpe infante don Juan. ¿Qué dolor no causareis á vuestra madre, á vuestra buena y noble madre, si os llama y la dicen que no estais en el Alcázar, y si luego sabe que os habeis salido de la villa con el infante don Juan á aventuras amorosas, indignas, que no corresponden

á vuestra edad, indignas de vuestro sér de rey, criminales en quien ha jurado su fé á la purísima doncella su esposa, que pasados pocos años será con él en uno, y su contento, y su alegría, y su amor, y la madre de sus hijos?

—Yo tengo un hermano y dos hermanas bastardos, contestó balbuceando y aturdido el rey: don Alfonso, doña María y doña Teresa Sanchez, habidos por mi padre en doña María, señora de Ucero, su combleza <sup>1</sup>.

—Dios perdone á mi cormano el rey don Sancho por la injuria que hizo á mi buena hermana la reina doña María. No imiteis vos, don Fernando, los pecados de vuestro padre; no cometais la impiedad sacrílega de disculparos con ellos, porque habreis ofendido su memoria, sin salvar vuestra fama. Buscad mas bien sus virtudes y acrecedlas si os es posible, y sobre todo rogad por él á Dios que le perdone; sed bueno y hacéos si os es necesario mártir, como vuestra madre, y ofreced á Dios todas vuestras tribulaciones, todos vuestros trabajos por las almas de aquellos á quienes debeis la vida y la corona que ceñís.

—Yo no soy malo, dijo con la voz apagada el rey, dominado por la severidad de las palabras y por el vibrante acento del conde.

—No lo sois, dijo este, pero llegareis á serlo, si os agradais de las lisonjas y de las malas artes de hombres como vuestro tío el infante don Juan, que quiere hacer de vos el escabel de su grandeza, y que tiene fija la mirada codiciosa en vuestra corona para arrancárosla á la primera ocasion favorable. ¿Cómo podeis fiar en un hombre que no se sabe si es cristiano, judío ó moro, porque no tiene ni Dios ni ley; en un hombre á quien hubiera matado por traidor vuestro padre, á pesar de ser su hermano, si no lo impidiera vuestra madre, la del gran corazon, la de la gran virtud; en un hombre que, no bastándole la rebeldía contra el rey, se rebeló contra Dios, valiéndose del horror de la naturaleza, cuando ante los muros de Tarifa degolló á vista del mísero padre al hijo niño, cuya muerte selló el heroismo de Al-

<sup>1</sup> Manceba de hombre casado.

fonso Perez de Guzman; en un hombre que, acogido por el rey de Granada Mojammet-el-Ansarí, le burló, robándole su hija predilecta; en un hombre que, apenas muerto vuestro padre, se pasó á Aragon, hizo causa comun con vuestros rebeldes primos los infantes de la Cerda, os tomó los reinos de Leon y de Galicia y se llamó rey de ellos en daño y ofensa vuestra? ¿Cómo sois tan insensato que á ese traidor mal nacido amais y respetais y os dejais guiar por él, por el camino de vuestra perdicion?

—Mi tio, contestó el rey, está arrepentido de sus culpas; me ama, ama á mi madre.

—Sí, como el carnicero ama á la oveja. ¡Ah! el gran corazon, el clementísimo corazon de doña María, todo amor, todo misericordia, que consiente sobre la tierra y bajo su mano á hombre cuya existencia es una ofensa viva de la justicia.

—¡Oh! exclamó el rey procurando rehacerse.

—Os está hablando la eternidad por mi boca, príncipe, exclamó con voz potente el conde. Callad, callad, oid, obedeced, apartaos de esa mujer á quien os han arrojado para que sea vuestra sirena, para que os adormezca en el deleite, os enerve, os corrompa, os envilezca y os mate.

—Esa mujer es un ángel de Dios, exclamó el tenaz mancebo.

—¡Angel de Dios, y os seduce! ¡ángel de Dios, y habeis llegado á ella por medio del infante don Juan! ¿Quién es esa mujer? Su nombre.

—Doña Juana Nuñez de Lara, contestó el rey, vuelto á dominar por la severa energía de don Lope, á quien creia un alma del otro mundo.

—¡Doña Juana Nuñez de Lara! exclamó don Lope: don Juan Nuñez y don Alvaro se unen con el infante don Juan y contra vos conspiran, y olvidados de su honor, se valen contra vos de las seducciones de su hermana. ¡Oh! ¡infamia, vileza, maldicion! ¿Y qué hace, qué dice, qué piensa el marido de esa mujer, el infante don Enrique vuestro tio, vuestro tutor? Vos, casado, amais á una mujer casada, os prestais dócilmente á las asechanzas de vasallos traidores, y haceis traicion en su honor á vuestro tio, á

aquel bajo cuya tutela os puso vuestro padre. ¡Rey! no provoquéis la ira del Señor, no busquéis una mala hora en que Dios levante de sobre vuestra cabeza su mano y os mate de mala muerte, y sin que podáis arrepentiros de vuestras culpas, como me mató á mí. Mirad no os veais un dia como yo me veo, viviendo en pena y causando horror á la sombra. ¡Arrepentíos ó temblad!

Y el conde, no creyendo oportuno prolongar aquella escena por temor de que un incidente cualquiera viniese á destruir su terrible prestigio fantástico, se hizo rápidamente algunos pasos atrás, y desapareció entre los árboles.

El rey permaneció por algun tiempo aterrado, silencioso é inmóvil; se recobró al fin, y gritó:

—¡Ah de los míos!

Acudieron inmediatamente los de su escolta, y el rey salió con ellos de la arboleda, en la firme creencia de que le habia hablado por permission de Dios el alma de su tio el conde don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, muerto á mano airada por su padre el terrible rey don Sancho.



## CAPITULO XII.

DE CÓMO EL INFANTE DON JUAN ENCONTRÓ Á ZAYDA FATIMA Y NO LA  
CONOCIÓ.

### I.

El infante don Juan no se habia apercebido de la abertura de la puerta secreta de la ermita de la Virgen del Cármen; por lo mismo, no habia perdido para él nada de su pavoroso efecto la aparicion del conde don Lope, á quien no podia considerar mas que como un alma en pena, puesto que le habia visto morir en Alfaro.

Tal fué el terror que se apoderó del infante, que hasta que se detuvo á mucha distancia de la ermita, no pudo ni aun darse razon de sí mismo.

Los árboles le parecieron espectros sombríos, envueltos en la sombra, que se movian, que se inclinaban hácia él, que adelantaban para asirle; parecíale que la tierra se movia bajo sus piés, que se abria, que le tragaba; la reposicion de su pavor fué la caida en un pavor mas terrible, en el de la razon.

—¡Oh! exclamó: todo se vuelve contra mí, los cielos y la tierra: ¡ah! los muertos salen de sus sepulcros y me persiguen: el conde don Lope Diaz, mi suegro, sí, yo le he visto, le he sentido: ¡su brazo! ¡su horrible brazo sin mano! ¡sus ojos! ¡que centelleaban entre la sombra, se reían de una manera infernal! ¡qué quieres de mí, conde don Lope? ¡por qué me buscas? ¡por qué me persigues? ¡no he pagado solemnes sufragios por tu alma? ¡no te he vengado! ¡Ah! no he podido vengarte: una larga prision, la cólera de mi hermano, mi fuga á Africa, ¡Tarifa!..... ¡Oh! ¡Tarifa! ¡Por qué eres tú mas cruel, don Lope, que aquel niño que yo degollé delante de su padre? ¡Ah! ¡por qué pienso esto? Mi razon se va perturbando, me acosa el remordimiento; tal vez lo que he creído ver, lo que he creído sentir, no ha sido mas que un delirio de mi fantasía. Iba yo pensando en que llegaría un dia en que mi sobrino se volvería contra su madre; contra su madre, que me ha salvado tantas veces la vida, que me ha perdonado tantas veces. ¡Ah! pero la corona..... mis sobrinos los de la Cerda han sido escludidos, mi sobrino don Fernando es bastardo, el Papa no ha dispensado, no dispensará los parentescos que existian entre sus padres; Aragon y Francia se oponen á ello, un bastardo no puede ser rey, la corona de Castilla es mia, yo soy el hijo tercero del rey don Alfonso: ¡qué beneficios tengo yo que agradecer á los que me roban la corona, ni cómo he de resignarme á ser vasallo de mis vasallos? ¡por qué estas dudas, por qué estos temores, por qué estos remordimientos? ¡Ah! me voy tornando débil, voy perdiendo la cabeza; sí, sí, un delirio mío, uno de esos momentos en que no sé lo que por mí pasa. ¡Para qué tenia que buscarme el alma en pena del conde don Lope? ¡Causé yo su muerte? ¡No caí en la celada que nos prepararon á los dos? ¡Me hubiera salvado, si doña María no hubiera estado en el alcázar de Alfaro? No, no, yo no debo nada al conde, como no sea que se vuelva contra mí ofendido en nombre de su hija, por el insensato amor, por el amor mortal que siento por Zayda Fatima. ¡Ah! ¡mi cabeza! ¡mi corazon..... ¡Pero qué es esto?

El infante tembló de los piés á la cabeza.

Se habian oido pasos de hombres que se acercaban rápidamente.

Era Juan Alfonso de Benavides con los hombres del rey, con quienes habian ido al campo cerrado á decir al caballero del Aguila Roja que el rey queria hablar con él.

Detrás de Benavides venia Zayda Fatima con seis de sus escuderos.

## II.

El infante, convenciéndose al fin de que los que se acercaban no eran fantasmas, sino hombres, y recordando el mensaje que se habia enviado al campo del caballero del Aguila Roja, exclamó:

—¡Ah de los que llegan! ¡sois los del rey?

—Sí, señor infante, contestó Benavides, reconociendo por la voz á don Juan.

Zayda Fatima le reconoció tambien.

—¡Oh! exclamó para sí; ese hombre.....

Y volviéndose rápidamente á Alfon Gil, su alférez, que la acompañaba, le dijo:

—Ya sabeis que el caballero del Aguila Roja tiene hecho voto de silencio para los estraños, y que se ha mandado guardar el secreto á toda la gente, só pena de cuerda; con que hablad vos por mí lo que fuere menester con ese señor infante, como habeis hablado con el caballero que ha venido de órden del rey.

—Descuidad, capitán, que así se hará, contestó Alfon Gil.

## III.

A este tiempo ya habian hablado Juan Alfonso de Benavides y el príncipe don Juan, y enterado este de que venia allí el

caballero del Aguila Roja, capitan de la compañía franca del campo de los Molinos, adelantó y dijo:

—Guárdeos Dios, caballero; buenas noches; el rey nuestro señor se encuentra por accidente fuera de Valladolid; no quiere llamar á sus puertas dando su nombre, y ha pensado pasar la noche en vuestro campo. Qué, ¿no contestais? añadió despues de un momento de silencio, en que habia esperado en vano la respuesta de Zayda Fatima.

—Señor infante, dijo Alfon Gil: no estrañeis que mi capitan no os conteste, porque tiene hecho á Dios solemne voto de silencio.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo el infante; me habia olvidado ya de la estraña circunstancia de que uno de vuestros capitanes es mudo, y de que el otro no tiene nombre: pero si sois vos el encargado de llevar la palabra, hablad.

—Señor infante, contestó Alfon Gil: de esto, poco hay que hablar, porque dicho se está que el rey puede disponer de todo lo que es de sus vasallos: puede, pues, adelantar su señoría, que para hacerle homenaje y resguardarle viene mi capitan mudo con algunos hombres de armas.

—¿Y vuestro capitan Sin nombre? dijo el infante.

—Anda fuera del campo, señor, contestó Alfon Gil.

—Y es el caso, dijo don Juan, que el rey se ha apartado de mí y que no sé por dónde anda.

—Y bien, contestó Alfon Gil; vuestra merced haga lo que le parezca.

—Paréceme, dijo el infante, que lo mejor seria que saliesen del campo gentes con antorchas á buscar al rey.

—En buen hora, contestó Alfon Gil; y para ello dénos su merced licencia á mi capitan y á mí para que al campo volvamos.

—Id, y cuanto antes, salid con las antorchas; aquí esperamos para buscar, cuando volvais, á su señoría.

## IV.

Zayda Fatima, su alférez y los soldados que la acompañaban, se volvieron al campo.

Zayda Fatima entró en la gran tienda que habia en el centro.

En ella, entre sus dueñas, estaba la desconsolada doña Juana Nuñez de Lara.

Desconsolada, porque la aventura en que se encontraba la contrariaba demasiado, se veia obligada á pasar la noche fuera de su casa, espuesta á que la llamase la reina, á que la visitase cualquiera de sus altos amigos, y se supiese que se habia perdido.

Zayda Fatima se acercó á ella y la dijo:

—El rey viene á pasar la noche como vos en mi campo, y es necesario que no os vea en él; yo no autorizo ni puedo autorizar estos amores criminales; hacedme tambien la merced de no revelar á nadie que me habeis oido la voz: se ha dicho á la reina, al rey, á los servidores que acompañaban á sus señorías, que yo tengo hecho voto solemne de silencio; no quiero que se sepa que tal voto no existe: callad, ó me tendreis vuestro enemigo.

—¡Oh! callaré cuanto querais, señor mio, dijo la Palomilla, que tomando por un mancebo á Zayda Fatima, se habia sentido súbitamente inflamada por él.

Esto quiere decir que doña Juana Nuñez de Lara no conocia á Zayda Fatima, porque habia andado ausente de la córte en sus tierras, ó acompañando en sus expediciones á su marido, en el tiempo que Zayda Fatima habia estado en ella.

## V.

Zayda Fatima hizo que Alfon Gil condujese á doña Juana, á sus dueñas y á sus criados á su tienda, que como alférez de la

compañía la tenia superior á las otras, y que pusiese en ella guardia para que nadie entrase ni saliese.

En cuanto al músico, esto es, al infante don Pedro de Aragon con sus escuderos, y Alvaro de Estúñiga con los suyos, se les habia encerrado en distintas tiendas y puéstoseles guardia.

## VI.

Zayda Fatima, enmascarada, acompañada de Alfon Gil y de treinta escuderos con antorchas, salió del campo y se dirigió adonde habia dejado al infante don Juan, á quien encontró con Benavides, y seis de los hombres que habian escoltado al rey.

A la luz de las antorchas, el infante don Juan examinó profundamente á Zayda Fatima, ¿quién era, quién podia ser aquel caballero que servia á la reina y de tal manera se encubria, teniendo por compañero en el mando de su gente á otro encubierto, del cual no se conocia ni aun el nombre?

Este mismo tenaz incógnito demostraba que aquellos caballeros que de tal modo se encubrian, y que eran bastante ricos para mantener á sueldo una compañía tan fuerte y tan numerosa, y para haber levantado un tan buen campo cerrado, debian ser muy principales, muy importantes, muy conocidos, en una palabra.

El infante don Juan pasaba lista en su memoria á todos los caballeros amigos ó enemigos de la reina, que podian hacer aquello, y los encontraba repartidos acá ó allá, en Castilla, en Portugal, en Aragon ó en Francia, sin que faltase ninguno.

El infante tenia, por decirlo así, el alta y baja de todos los traidores y de todos los leales; conocia á todo el mundo; así es que se aturdia, no pudiendo descifrar el logogrifo viviente que se le presentaba en Zayda Fatima y en su compañero.

El aparecimiento de don Lope Diaz de Haro se relacionaba en la imaginacion del infante con aquellos dos caballeros incógnitos.

De improviso se le ocurrió una idea al infante don Juan; ó los de la compañía no conocían á sus capitanes, ó los conocían demasiado; en ese caso, el infante podía saberlo todo; habia reconocido á Alfon Gil.

Ya hemos dicho que Pero Rojo con su banda de aventureros habia estado al servicio del infante don Juan, cuando este se llamaba rey de Leon.

Por Alfon Gil podía saber de seguro el infante quiénes eran los dos capitanes.

## VII.

—Y bien, caballero encubierto, dijo á Zayda Fatima; vamos á buscar á su señoría, que debe andar perdido por esos campos.

Zayda Fatima hizo con la mano derecha y con la cabeza la señal de adelante, y se pusieron en marcha por un caminejo de atravesía que conducía desde el campo cerrado de la compañía franca, al arrabal de los Molinos.

Cuando hubieron adelantado algun espacio, Zayda Fatima se detuvo, se llevó su bocina á los labios, y dejó oír un toque particular de llamada.

—Ya que por vuestro voto no podeis hablar, dijo el infante, hablais con vuestra bocina.

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Así se entiende el capitan con nosotros, dijo Alfon Gil; así nos manda; atentos á su bocina, avanzamos ó retrocedemos, acometemos ó nos retiramos; bajo su bocina, hacemos todos los movimientos militares; cuando necesita comunicarnos otras órdenes, nos las da por escrito; es decir: me las da á mí, que soy su alferez, y yo las hago cumplir.

—De modo que vos, dijo el infante, dirigiéndose á Zayda Fatima, reducís vuestro voto á que no se os oiga la voz?

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Debeis, pues, ser muy conocido en la córte, y debe importaros en gran manera el que no os conozcan.

Hizo Zayda Fatima una señal negativa.

—¿Qué es, pues, esto?

Zayda Fatima levantó la cabeza y la mano al cielo, como diciendo:

—Lo quiere Dios.

—¿Y quiere tambien Dios, dijo el infante comprendiendo la intencion de Zayda Fatima, que vuestro compañero en mando se llame el caballero Sin nombre?

—Sí, afirmó con la cabeza Zayda Fatima.

—Estos misterios arguyen mal, dijo severamente el infante.

Zayda Fatima hizo una enérgica señal afirmativa con la mano y con la cabeza, y luego llevó bravamente como en señal de quien arroja un mentís y está pronto á sostenerlo con las armas, la mano á la empuñadura de su espada.

—Perdonad, no he querido ofenderos, contestó el infante.

Zayda Fatima saludó como satisfaciéndose de la esplicacion que se le habia dado.

## VIII.

A este punto sobrevinieron de acá y de allá algunos ballesteros perfectamente armados que habian acudido al toque de llamada de Zayda Fatima.

Eran los escuchas nocturnos esparcidos fuera del campo cerrado.

Zayda Fatima ordenó por señas á Alfon Gil interrogase á los ballesteros.

—¿Habeis visto, dijo á estos Alfon Gil, á un caballero acompañado de algunos hombres?

—Allá, hácia la Enramadilla, hemos visto pasar hace poco algunos bultos, dijo uno de los ballesteros; pero no sabemos si son caballeros ó no.

A este tiempo, uno de los escuchas que estaba algo avanzado de los otros, lanzó un vigoroso ¡quién va?

—El rey, contestó á poca distancia una voz enérgica; la voz del mismo don Fernando.

## CAPÍTULO XIII.





### CAPITULO XIII.

ZAYDA FATIMA SE ENTIENDE POR SEÑAS CON EL REY DON FERNANDO EL IV  
Á PROPÓSITO DE LA ESPADA DE DON JAIME EL CONQUISTADOR.

#### I.

Acercóse este, y dijo con acento entre acre y burlón á su tío:

—¿Qué es esto? ¿habeis parecido ya, señor infante? Yo creia que no habíais de parar de correr hasta la fin del mundo.

Esto lo habia dicho particularmente el rey al infante don Juan.

—¿Sabeis, contestó éste, que lo que yo he visto es para poner espanto al mas bravo?

—No me lo ha puesto á mí.

—¿Cómo, señor!

—Yo me quedé con el aparecido.

—¿Y habeis hablado con él?

—Sí por cierto, y el tiempo bastante para que haya podido decirme muchas y muy buenas cosas.

—¿Y era en efecto un aparecido?

—¿Pues no! ¿qué otra cosa que un aparecido quereis que sea

aquel conde don Lope Diaz que murió tan bien muerto y tan de mala muerte en Alfaro, bajo las espadas y las mazas de los buenos ballesteros hidalgos de mi padre?

—¡Con que era él, en efecto! dijo no pudiendo disimular su pavor el infante don Juan.

—Sí, él era, mi buen tío, dijo el rey; y por cierto que antes de desaparecer, como desaparecen las almas en pena, me dijo muy buenas cosas.

—¿Y qué cosas os dijo, don Fernando?

—Mirad, tío, contestó el rey: este vientecillo se va haciendo á cada momento mas fresco y mas húmedo, lo que no puede ser bueno para mis cuartanas; tengo además sueño; ha pasado la hora en que yo acostumbro á recogerme. Señor caballero del Aguila Roja, don Gutierre de Silva, añadió el rey con esa retentiva que suele ser tan comun en los reyes volviéndose á Zayda Fatima: guiad á vuestro campo resguardándonos.

Zayda Fatima tiró de la espada en honor del rey, y le saludó, hizo una seña á sus gentes, y los ballesteros, armando las ballestas, rodearon al rey.

Alfon Gil, con quien habia hablado en voz baja y á hurtadillas Zayda Fatima mientras el rey hablaba con el infante don Juan, adelantó hácia el campo, acompañado de algunos hombres con antorchas.

Los otros que antorchas llevaban, rodearon á los ballesteros que rodeaban al rey.

Se emprendió la marcha; detrás iba el infante, pensativo y mohino, por decirlo así, y tras el infante, Benavides con los hombres de la escolta del rey.

## II.

—Rica espada gastais, dijo este viendo á la luz de las antorchas la que en la mano llevaba Zayda Fatima; mostrad.

Zayda Fatima entregó su espada al rey.

Era como de cinco cuartas, de hoja muy ancha en su nacimiento, agudísima en su punta, fuerte, acanalada, acicalada y al parecer de corte muy duro.

La empuñadura se componia de un pomo, cuanto bastaba para la mano, de dos gabilanes largos y curvos, y era de oro macizo.

—¡Ah! exclamó el rey tomando la espada por la hoja y examinando la empuñadura. Esta es la espada de un rey; corona real en el pomo; en la cruz las barras de Aragon; por el otro lado un rey en silla de justicia. Parece que esta imagen de rey es la misma que se ve en el gran sello de la cancillería de Aragon del tiempo de don Jaime I. ¿Cómo ha venido á vuestras manos esta espada, señor caballero del Aguila Roja? añadió el rey, que continuaba examinando prolijamente la empuñadura de la espada.

Zayda Fatima hizo con el brazo derecho un movimiento, como el de quien combate; luego con los brazos una mímica que indicaba un hombre caido al suelo; luego la accion de arrancar á aquel hombre su espada, y despues la de ceñírsela.

—¡Ah, ya! dijo el rey; comprendo; esta es una prenda de victoria.

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Qué calidad era la de esa persona? preguntó el rey.

Zayda Fatima hizo en el aire un círculo sobre su cabeza.

—¿Rey? preguntó el de Castilla.

Zayda Fatima hizo con la mano una señal que queria decir: mas bajo.

—¿Infante?

Zayda Fatima afirmó.

—Tal vez don Pedro, contestó con un acento en que vibraba algo de cólera el rey. Ese que dicen anda de incógnito por Castilla y aun por nuestra córte, pretendiendo le tome por marido la reina mi señora.

Hizo una nueva señal afirmativa Zayda Fatima.

—¿Fuísteis vos quien le venció?

Nueva señal afirmativa de la jóven.

—¿Dónde? preguntó el rey.

Zayda Fatima se volvió y señaló en el espacio, en la dirección de la Selva del Abrojo.

—No os comprendo, dijo el rey; es mucha cosa vuestro voto de silencio.

Zayda Fatima señaló al campamento que ya estaba cerca, y luego con la mano derecha sobre la izquierda hizo la señal de escribir.

—Sí, eso es mejor, dijo el rey; así nos comprenderemos.

Y devolviendo la espada real á Zayda Fatima, siguió marchando en silencio.

### III.

Poco despues atravesaban la poterna del campo cerrado.

La compañía, aunque sin caballos los hombres de armas y sin arneses, ni mas que las lanzas en que se apoyaban y los escudos que tenían embrazados, se estendia á los dos lados de la calle, por la cual se llegaba á la gran tienda, situada en el centro del campo.

De trecho en trecho, entre estos hombres, habia uno con una antorcha.

Las trompas, las trompetas y los atabales batian una magnífica y enérgica marcha guerrera.

El rey entró en la tienda.

Quedáronse á su puerta Zayda Fatima, los ballesteros que habian escoltado al rey, el infante don Juan, Benavides, y los hombres de la escolta particular de don Fernando.

—Entrad, mi buen tio, entrad, dijo el rey; no os quedeis ahí á la puerta; este vientecillo va haciéndose cada vez mas frio, ó es que á mí me entra el frio de la cuartana.

Don Juan entró.

—Señor caballero, añadió el rey dirigiéndose á Zayda Fatima: haced que cesen esos instrumentos: con el silencio de la noche, y como está Valladolid tan cerca, puede ponerse en armas la villa, suponiendo otra cosa. Que se recojan vuestros bravos soldados; no quiero dar mal rato á nadie: en cuanto á vos, esperad á que os llame.

Zayda Fatima se retiró, cayó el tapiz de la tienda, y el rey y el infante quedaron solos.

—Señor espadero, atañid el rey dirigiéndose á Xayda Fatima, hazed que cesen esos instrumentos: con el silencio de la noche y como está Valladolid tan cerca, puede ponerse en armas la villa suponiendo otra cosa. Que se recojan vuestros platos soldados, no quiero dar mal rato á nadie: en cuanto á vos espadero, que os llame.

Xayda Fatima se retiró, cayó el zapir de la honda, y el rey y el infante quedaron solos.

### III

Después de haberse retirado el rey y el infante, quedaban solos en la plaza de Valladolid. El rey se puso á mirar á la reina y á sus hijos, y se acordó de lo que le había pasado en la noche anterior. Se acordó de la conversación que tuvo con Xayda Fatima, y de lo que le dijo. Se acordó de la mirada que le echó, y de la sonrisa que le mostró. Se acordó de todo, y se puso á pensar en lo que debía hacer.

De repente se acordó de lo que le dijo Xayda Fatima, y se puso á pensar en lo que debía hacer.

Después de haberse retirado el rey y el infante, quedaban solos en la plaza de Valladolid.

El rey se puso á mirar á la reina y á sus hijos, y se acordó de lo que le había pasado en la noche anterior.

Se acordó de la conversación que tuvo con Xayda Fatima, y de lo que le dijo. Se acordó de la mirada que le echó, y de la sonrisa que le mostró.

Se acordó de todo, y se puso á pensar en lo que debía hacer.

Después de haberse retirado el rey y el infante, quedaban solos en la plaza de Valladolid.

## CAPITULO XIV.

EN QUE EL INFANTE DON JUAN EMPIEZA Á VER EN SU SOBRINO DON FERNANDO, ALGO DE SU HERMANO EL REY DON SANCHO EL BRAVO.

### I.

—Sentáos, mi buen tío, sentáos, dijo el rey, que habia tomado asiento en unos ricos almafares de terciopelo ó belludo, como se decia entonces, que al fondo de la tienda formaban un semi-círculo, tras una mesa en que habia una lámpara de hierro de cuatro mecheros y de muy buena labor, y recado de escribir. No quiero que os canseis, os estimo mucho.

El infante se sentó.

—¿No os parece que todo esto huele á moruno? dijo el rey: mirad los rapacejos y las briscaduras de oro de estos almohadones; las labores de los paños de la tienda; los tapices de la puerta por donde se entra y los de esas dos de los costados, y la alcatifa<sup>1</sup>, que no puede ser mas hermosa. ¿Tendrá algo de moro ese capitán mudo?

—No lo prueba, señor, por lo menos, el que sea moruno,

<sup>1</sup> Alfombra.

todo lo que aquí se ve. Lo que esto prueba es la riqueza de ese capitán, que ha tenido oro bastante para comprar todo este lujo á los mercaderes judíos, contestó el infante, que estaba gravemente meditando.

—Y bien: ¿qué os parece de ese capitán y de su compañero el caballero Sin nombre, á quien por cierto no hemos visto esta noche?

—Páreceme, contestó el infante, que para vos, y privadamente, les hiciésteis romper su voto y esplicarse, porque esos votos pueden ser un pretexto de la traición.

—No me parece justo, contestó el rey, tratemos de tal modo á quienes tan leales y tan generosos se nos muestran: dejémoslos estar, que ya tendremos tiempo de ver, y no nos rindamos tan fácilmente á los temores de traición. ¿Queréis creer que también me ha hablado de traiciones el alma en pena de mi tío el conde don Lope Diaz de Haro?

—¿De traiciones os ha hablado, señor? dijo con cierto aturdimiento el infante don Juan.

—Sí por cierto, mi querido tío, contestó el rey mirando profundamente al infante; y de traiciones vuestras.

Demudóse el infante y exclamó con acento ronco y tembloroso, en que se notaba una cólera mal reprimida:

—Solo un alma en pena, á quien no se puede arrancar la lengua, se atrevería impunemente á acusar de traición contra vuestra señoría, á vuestro tío el infante don Juan.

—Pues tantas traiciones vuestras me ha recordado mi buen tío don Lope, contando entre ellas la que hicisteis á don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, que, perdonad, pero me ha hecho sentir recelos acerca de vos.

—Ved lo que decís, señor, contestó ya de muy mal talante don Juan.

—Páreceme que os encolerizais contra mí, mi buen tío, dijo el rey poniéndose pálido y mirando de una manera centelleante á don Juan.

—Me encolerizo contra los que me calumnian, no contra vos, contestó reprimiéndose el infante.

—Tened en cuenta, dijo el rey, que los muertos están en el mundo de la verdad, y no pueden ni calumniar ni mentir.

—¿Estais seguro, señor, de que ha sido el aparecido quien os ha hablado?

—Sí por cierto: ha sido mi buen tío el conde don Lope, á quien mató por traidor mi padre en Alfaro. A no ser que no muriera allí el conde, lo que no creo, porque hubo muchos testigos de aquella muerte, y se hicieron al conde don Lope Diaz grandes exéquias, y se le enterró con gran pompa en el panteon de sus mayores; y desde que tengo uso de razon, estoy oyendo hablar de esa muerte á los que me rodean, y por cierto que un dia me dijo mi buena madre:—Hijo mio don Fernando, no lleveis nunca vuestras iras contra los traidores hasta el punto de llamarlos á vuestro Alcázar y engañarlos y matarlos allí de mala muerte, como hizo vuestro padre, que Dios perdone, con mi cuñado el señor de Vizcaya, que en esto aparece mas la crueldad que la justicia, y mas que el castigo la venganza, y no aprovecha el escarmiento, sino que irrita; con otras muchas cosas que me dijo la reina mi señora, que es una santa, y mas valiera que no lo fuera tanto. Por ello, y por tantos testimonios como tengo de la muerte de mi tío don Lope Diaz de Haro, digo que esta noche se me ha aparecido su alma en pena.

—Murió, murió, dijo con la voz opaca y cobarde el infante; yo vi su mano asida aún al puñal con que quiso matar á mi hermano, separada de su brazo, caida en tierra; yo vi el raudal de sangre que de aquel brazo mutilado salia; yo vi al conde por tierra, aplastada la cabeza por las mazas de los ballesteros. Murió, sí, murió.

—Pues ya veis, mi buen tío; los muertos no pueden mentir.

—¿Y sabeis acaso, señor, dijo el infante, si está condenada el alma del conde don Lope, que murió inconfeso en una mala hora de odio, de cólera y de traicion? ¿Sabeis si esa alma condenada y traidora en vida continúa siendo traidora en muerte? ¿Sabeis si quiere que vos me sacrifiqueis como á él le sacrificó vuestro padre, para que mi alma condenada le acompañe en pena cuando vaga entre las tinieblas de la noche?

—Oid, mi buen tío, dijo el rey, que estaba cada vez mas pálido; si llego á convencerme de que me haceis traicion, os mato, á no ser que el ángel de vuestra guarda ponga entre vos y yo á mi madre para que os salve una vez mas.

—¿Pero qué horrores, qué infamias os ha dicho de mí esa sombra maldita?

—Mirad, mi buen tío: segun lo que hemos sabido, está aquí, en este campo, mi prima, mi hermosa prima doña Juana Nuñez de Lara. Voy á mandar que os la entreguen; lleváosla, y que no la vuelva yo á ver mas. Salid, infante don Juan; mandad al caballero del Aguila Roja que entre, y esperad, para obedecer lo que yo os mande.

El infante salió aturdido, y poco despues entró Zayda Fatima.

CAPITULO XV.

EN QUE ZAYDA FATIMA HACE ALGUNAS IMPORTANTES REVELACIONES Y DA ESCOLENTES CONSEJOS AL REY.

El rey se ponía á cada momento mas pálido y tiritaba de una manera sensible.

Zayda Fatima conocia demasiado la enfermedad del jóven príncipe; es decir, aquellas tenaces cuartanas que no se curaban con nada, y que estaban sostenidas tal vez por la intemperancia en el comer y en el beber, que no habia podido corregir, á pesar de todos sus esfuerzos, de todas sus persuasiones, la reina doña María.

Era verdaderamente esta señora desgraciada: como reina, luchaba contra ambiciones indómitas; como madre, veia que su hijo primogénito habia heredado el carácter violento, voluntarioso y antojadizo de su padre.

El valetudinario estado del rey reconocia por causa lo indómito de su carácter.

—¿Hace frio, caballero? preguntó á Zayda Fatima Fernando IV.

Zayda Fatima se acercó á la mesa, tomó un pergamino y escribió en él lo siguiente:

—Tanto como frio, no señor.

—Pues yo le siento, y grande, señor caballero, dijo el rey leyendo lo que acababa de escribir Zayda Fatima.

—Las cuartanas, señor, escribió la jóven: no debiérais salir de noche, ni venir á estos lugares de ribera, que son muy húmedos.

—¿Sabeis que yo adolezco de cuartanas? preguntó el rey.

—¿Y quién no lo sabe, señor? escribió Zayda Fatima. Además, yo he oido decir á don Kag, físico que fué de vuestro padre y que ahora lo es de vuestra señoría, que las cuartanas os serian funestas, si no os prestábais al remedio.

—¿Conoceis á don Kag?

—¿Quién no conoce á ese famoso médico judío?

—Creo que sois de la córte mas de lo que parece.

—Yo no soy ni he sido nunca de la córte, sino del rey.

—Lo cual no es lo mismo: pero sin ser de la córte, esto es, sin ser de los traidores, habeis podido vivir en ella y entre ellos.

—Si pretendéis descubrir mi incógnito con estas preguntas, nada conseguireis, escribió Zayda Fatima de una manera nerviosa.

—Paréceme que os impacientais, dijo con altivez el rey.

—Yo no puedo impacientarme contra el rey mi señor.

—¿Por qué no decís, contra el rey mi señor natural?

—Porque no es mi señor natural vuestra señoría.

—¿Quién es pues?

—No puedo revelarlo.

—Yo os lo mando.

—Vuestra señoría no es el Santo Padre.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que el mismo voto solemne que me obliga á guardar silencio, me obliga á ocultar mi nombre y mi patria.

—No insisto, caballero, no insisto, dijo el rey, ni os pregunto tampoco quién sea ese vuestro compañero que se llama el caballero Sin nombre y que se encubre tal como vos.

—Si vuestra señoría me lo preguntara, no podría responderle.

—Pero podeis responderme bien y cumplidamente á otras preguntas; por ejemplo: ¿qué personas estrañas hay en vuestro campo esta noche?

—Una dama.

—¿Quién es esa dama?

—Doña Juana Nuñez de Lara.

—¿Dónde la habeis encontrado?

—En una casa miserable y entre gente perdida, en el arrabal.

—¿Creeis que esa dama haya ido á esa casa deliberadamente?

—No sé si seria capaz de ir; pero esta noche ha ido por acaso.

—¿Creeis que doña Juana sea capaz de perderse entre estudiantes, soldados, aventureros y hampones?

—Yo creo capaz de todo á una casada que ofende á su marido.

—¡Oh! exclamó el rey: está de Dios que todos hayan de reprendermé esta noche. ¿Sereis vos tambien un alma en pena, capitán?

—Puede ser. ¿Pero por qué habla vuestra señoría de almas en pena?

—Decidme: ¿habeis conocido acaso al conde don Lope Diaz de Haro?

—No ciertamente, señor; pero he oido hablar mucho de él.

—Ved que ya habeis llenado ese pergamino.

Zayda Fatima enrolló el que acababa de escribir, y sujetándole en su cinturon, tomó otro pergamino, y esperó para escribir que la hablase el rey.

—¿Qué habeis oido decir del conde don Lope? dijo el rey.

—Lo que dice todo el mundo, escribió Zayda Fatima; que era un traidor y que hizo muy bien en matarle vuestro padre, como hizo muy mal vuestra madre en impedir que el señor rey don Sancho matase al infante don Juan.

—¡Vos tambien! dijo el rey.

—Digo lo que he oido.

—¿No conoceis al infante don Juan?

—No señor.

- Entonces no conocéis á nadie.
- Conozco lo bastante para ponerme decididamente y hasta morir al servicio de la señora reina doña María.
- ¿Os conoce la reina?
- No.
- Debeis ser muy ricos vuestro compañero ó vos.
- Hemos encontrado un tesoro, y le hemos destinado al servicio de vuestra señoría. Si con la gente que tenemos á sueldo, no bastare, asoldaremos mas, y mientras vivamos no dejaremos crecer á los traidores.
- ¿Por qué os habeis puesto sobre Valladolid?
- Porque en el Campo grande, escribió Zayda Fatima, tiene su campo la fuerte mesnada don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya; porque don Juan Alfonso de Haro, señor de los Cameros, acampa la suya en el Espolon, y entre estos dos tienen tambien su fuerte campo don Juan Nuñez y don Alvaro Nuñez de Lara: todos, con color de servir á la reina, de la que toman crecidos sueldos, la tienen sitiada; y no es esto solo: los infantes de la Cerda, con un ejército de Aragon, á cuya cabeza suena el infante don Pedro, andan por tierras de Leon, ocupándoos villas y fortalezas y amenazándoos. El rey de Portugal adelanta por las Estremaduras con color de favorecer á los de la Cerda, olvidándose del pleito homenaje y del deudo que tiene con vos, por vuestro casamiento con su hija la infanta niña doña Constanza; pero en realidad buscando las villas y castillos que pide á vuestra madre, como condicion para dejar de hacerla la guerra. El infante don Enrique, vuestro tio, allá en Andalucía pacta traiciones con el rey de Granada. El de Aragon y el de Francia oprimen al Papa para que no os legitime, manteniendo así las esperanzas del infante don Juan, vuestro tio, acerca de la corona, y las de acrecentamiento de los traidores. Las rentas reales se emplean en pagar á los ricos hombres y á sus caballeros, con cuyas lanzas no puede contarse, y la reina no tiene una sola lanza suya en quien poder fiar. Todos se vuelven codiciosos y alevos contra una viuda y un niño; todos tienden las manos crispadas de avaricia sobre vuestra herencia, y se olvida la patria,

y se alienta á sus enemigos, y aun se pretende abrir por Tarifa las puertas de España al bárbaro Yacub. Se da ocasion á un dia tan funesto como el de Guadalete, y no bastando tanto, tanta infamia de la codicia contra la patria y contra el rey, un infante de Aragon, don Pedro, se atreve á buscar el tálamo sin manchilla de vuestra madre.

—¡Vive Dios, caballero! exclamó el rey. Dadme, dadme ese pergamino que acabais de llenar, para que yo le guarde, para que le lea continuamente, para que me embravezca leyéndole, apurando la amargura de que está lleno.

Zayda Fatima enrolló el pergamino, le entregó al rey, tomó otro y escribió.

## II.

—En tal estado las cosas de Castilla, no es dudosa la decision que deben tomar los leales. Combatir, luchar, morir por la patria y por el rey, si es necesario. El caballero Sin nombre y yo somos leales, y por eso, con nuestra brava compañía franca, nos hemos puesto frente á los infames, á los miserables, á los alevosos, que no obedecen al rey sino cuando medran por su obediencia, y siempre dispuestos á rebelarse en busca de nuevos medros.

—Quiero conoceros, exclamó el rey; quiero recompensaros; yo echo sobre mí por ante Dios, por ante el Santo Padre, la responsabilidad del rompimiento de vuestro voto.

—Sois débil, señor, escribió Zayda Fatima; vuestro tio el infante don Juan halaga vuestras pasiones, y hace de vos lo que quiere.

—¡Os engañais! exclamó el rey: yo soy hijo de mi padre, y no era ciertamente la debilidad la falta que podia achacarse al rey don Sancho el Bravo. Yo he creido en las protestas de arrepentimiento y amor del infante don Juan; yo, en la nobleza de mi alma, no he podido creer se albergase tanta alevosía en un

caballero: me ha hablado esta noche una voz de la eternidad, ha tocado mis ojos una mano misteriosa, y les ha dado luz; he reconocido que me dejaba arrastrar por mis pasiones, y me he hecho atrás en la senda de perdición que seguía: podeis descubrirnos á mí sin temor, caballero; quiero conoceros, quiero recompensaros; yo os doy mi palabra de rey de que nada arriesgais; y en prueba de ello, de que soy otro del que era, ó mas bien de que he reconocido que no debo hacer lo que hacia, llamad á mi tío el infante don Juan.

—¿Y para qué? señor, dijo Zayda Fatima rompiendo al fin el silencio, pero acercándose al rey y en voz baja, para evitar la oyese si escuchaba junto á la puerta de la tienda el infante don Juan.

—¿Esa voz! exclamó el rey: yo conozco mucho esa voz; pero no puedo atinar; no, no, imposible: vos, un capitán de aventuras, un capitán bravo; no, no puede ser.

—Sí, sí señor, respondió Zayda Fatima: me conoceis mucho, me habeis visto durante tres años todos los dias al lado de vuestra madre; pero hablad bajo por Dios, no sea que os oigan: yo soy.

—¿Sois vos en efecto, dijo el rey en voz contenida, doña María de Granada?

—Yo soy.

—¿Y vos habeis combatido como un esforzado hombre de armas! exclamó con asombro el rey.

—Dios ha fortalecido mi corazón y mi brazo.

—¿Oh Señor! exclamó el rey, tú eres sabio é incomprensible, tú fortaleces al débil y debilitas al fuerte. ¡Oh qué asombro! una dama como vos, convertida en un terrible soldado. Id, doña María, llamad al infante don Juan; yo guardaré vuestro secreto; pero por lo que diga á mi buen tío, quiero que comprendais hasta qué punto me he arrepentido.

—No debeis avisar al que se duerme en la traición, al que sueña creyendo en la debilidad de aquel á quien quiere hacer su víctima; la prudencia es la virtud mas necesaria de los príncipes; cuando se conoce al alevé, cuando acusarle de su alevosía



LA BUENA MADRE.

Yo soy.



puede producir un acto rebelde, cuyas consecuencias acaso no puedan evitarse, la prudencia aconseja el silencio, el disimulo: no mostreis al infante don Juan que recelais de él; por el contrario, confiadle mas y mas: sobre todo, no tengais rubor de vuestra madre, de vuestra noble madre, que es vuestra mejor amiga; confesádselo todo y seguid sus consejos. Su señoría os aconsejará infinitamente mejor que vos. En cuanto al infante don Juan, en vez de llamarle para decirle lo que no debéis decirle, llamadle para manifestarle que os vais á recoger, y que él puede recogerse: veamos si sabeis disimular, si haceis de manera que nada sospeche el señor infante. ¿Me permitís que llame, señor?

—Llamad.

Zayda Fatima se llevó la bocina á los labios y produjo un sonido largo y vibrante.

### III.

Inmediatamente se levantó el tapiz que cubria la puerta y apareció Alfon Gil.

Zayda Fatima le indicó con un ademan que escuchase al rey.

—Suplicad de mi parte, dijo el rey á Alfon Gil, al infante don Juan entre á verme; id.

Alfon Gil se inclinó profundamente y salió.

A poco entró el infante don Juan.

### IV.

Su mirada recelosa se fijó profunda y penetrante en Zayda Fatima, que estaba de pié é inmóvil al lado de los alfafares, en que se recostaba el rey.

—¿Habeis logrado, señor, dijo con su audacia peculiar el infante don Juan, que el buen caballero del Aguila Roja deje de ser mudo?

—No por cierto, mi querido tio, contestó cariñosamente el rey; se me ha explicado muy mal por señas, y se ha mantenido inflexible en cuanto á no romper su voto: me ha dicho, por señas siempre, y sabe Dios cuánto trabajo me ha costado entenderle, que solo por mandato del Santo Padre rompería su silencio; y como yo no soy Papa ni tirano, he tenido que reducirme á quedarme con toda mi curiosidad; pero no tengo duda de la lealtad de este buen caballero: ha sido una buena suerte que habiéndonos cogido el toque de queda fuera de Valladolid, y no queriendo hacernos abrir las puertas por nuestro mandato, para evitar murmuraciones de gente menuda, el que hayamos encontrado cerca el campo de este buen capitán.

—De estos dos buenos capitanes, señor, dijo el infante don Juan, que no cesaba de mirar con insistencia á Zayda Fatima; porque aunque aquí no hay mas que uno, son dos.

—Es verdad, dijo el rey: tambien me ha hecho comprender, aunque con trabajo, por señas este caballero, que el otro anda por ahí fuera rondando, como buen capitán, para seguridad del campo.

—¡Ah! segun eso, se teme algun peligro.

—No sé, no sé, contestó el rey; lo que sé, mi buen tio, es que aquí estamos muy bien.

—Como pudiéramos haberlo estado en el campo de don Juan Nuñez, ó en el de don Juan Alfonso de Haro, ó en el del señor de Vizcaya, don Diego.

—Indudablemente, tio, indudablemente; pero ya que estamos aquí, acomodémonos; es ya tarde, tengo sueño, y vos debéis tenerle tambien; mañana muy temprano entraremos en la villa encubiertos. Caballero, llamad á ese servidor que entró antes.

Zayda Fatima tocó de nuevo la bocina, y se presentó otra vez Alfon Gil.

—Aposentad lo mejor que sea posible, le dijo el rey, al señor infante don Juan. Buenas noches, tío.

—Muy buenas noches, señor, contestó el infante con acento concentrado y lanzando una última y profunda mirada á Zayda Fatima.

Despues salió, seguido de Alfon Gil.

## VI.

—¿Qué os ha parecido, doña María? dijo el rey: ¿he disimulado bien?

—En primer lugar, os suplico, señor, no me llameis por mi nombre, porque mis soldados me creen un mancebo y no una mujer, y no sabemos quién escucha: el infante don Juan está receloso: muchos de los soldados que me sirven le han servido á él y los conoce: mucho será que yo no tenga que hacer una justicia.

—¡Ah! ¿justicia delante de mí?

—El capitan tiene jurisdiccion y mero mixto imperio sobre sus soldados; de otro modo, ¿cómo se gobernaria á la gente de guerra, toda brava y maleante?

—No pretendó entrometerme en vuestra jurisdiccion, caballero, dijo el rey; pero decidme, repito: ¿he disimulado bien?

—No tanto, no tanto como hubiera sido necesario: la lealtad de vuestro corazon se aviene mal con el fingimiento; habia algo de trémulo y de enojado en vuestra voz: no importa; eso, cuando mas, puede haber sido una sombra de sospecha para el se-

ñor infante: voy, si me lo permite vuestra señoría, á llamar otra vez.

—Llamad, llamad en buen hora, caballero, dijo el rey.

## VII.

Zayda Fatima hizo sonar de nuevo su bocina.

Por aquella vez, Alfon Gil tardó algo mas en presentarse.

Apareció al fin.

—¿Y el infante? le preguntó Zayda Fatima.

—En la tienda del caballero Sin nombre, contestó Alfon Gil.

—Poned escuchas alrededor de la tienda, dijo Zayda Fatima; que en el momento en que el infante salga de ella avisen con un toque de corneta: id, cumplid bien y volved al momento, tengo que preguntaros.

Alfon Gil, al oír el tono enérgico y aun puede decirse amenazador de las últimas palabras de Zayda Fatima, se puso pálido y tembló de los pies á la cabeza.

Salió.

## VIII.

—¿Por qué se ha turbado ese hombre? dijo el rey.

—Porque si no me ha hecho traicion, ha pensado por lo menos en hacérmela, dijo Zayda Fatima; lo he leído en sus ojos: el infante ha estado hablando con él desde que se separó de vuestra señoría.

—¿Ah! ¿es posible? dijo el rey.

—Como es posible que yo haga con ese hombre un escarmiento.

—Y hareis bien, dijo el rey: á los traidores no se les puede, no se les debe perdonar; se les castiga á sangre. ¿Pero puede haceros traicion ninguno de vuestros soldados? ¿No decís que no os conocen sino como un mancebo?

—El infante don Juan sospecha: basta con que le hayan dicho que yo no tengo hecho tal voto de silencio, que tengo los ojos negros y la color morena, negro el cabello, que represento cuando mas veinte años; con esto basta para que el infante don Juan me tienda asechanzas para aclarar una punzante sospecha que debe habersele ocurrido: han podido, además, decirle que al caballero Sin nombre le falta la mano derecha, que es viejo y dominador.

—¿Qué decís! exclamó el rey: ¿al caballero Sin nombre le falta la mano derecha? ¿Sabeis su nombre?

—Sí, y le sabe la reina mi señora, contestó Zayda Fatima; pero la reina mi señora guardará profundamente el secreto como debe guardarle vuestra señoría.

—Le guardaré, le guardaré, dijo el rey.

—Pues bien, señor, desvanézcase todo el misterio: el caballero Sin nombre es el conde don Lope Diaz de Haro, á quien mató vuestro padre.

—¿Cómo! exclamó el rey levantándose: ¿el conde don Lope Diaz de Haro vive?

—Sí, vive.

—¿Luego no ha sido su alma en pena la que se nos presentó á mi tío y á mí junto á la ermita de Nuestra Señora del Cármen, haciendo huir aterrado á don Juan y llevándome consigo á una espesura cercana, donde me dijo cosas terribles? Por él, por él hablaba yo cuando os dije que me habia hablado una voz de la eternidad.

—Pues por voz de la eternidad tenedla, señor, porque nadie sabe el secreto de la existencia del conde don Lope, mas que la reina mi señora, vuestra señoría y yo.

—¿Pero cómo, cómo han podido creer que murió, no habiendo muerto? Si estoy cansado de oír á mi tío cómo sucedió aquello y cómo le rompieron la cabeza á mazadas los ballesteros, y

que se le hicieron luego grandes exéquias, y que se le llevó con gran pompa á sepultar al panteon de los Diaz de Haro.

—Le salvaron sus criados sacándole vivo aún del alcázar de Alfaro, y mataron á un viandante, á quien cortaron la mano derecha y le magullaron la cabeza y le vistieron las ropas de su señor, y le entregaron como si su señor fuese, queriendo con esta traza evitar que, airado vuestro padre, mandase le remataran, si sabia que era vivo.

—Todo esto parece increíble, dijo el rey.

—Pues nada es mas cierto que la existencia del conde don Lope, y quiera Dios que por una traicion de mi alférez Alfon Gil, no sepa el infante don Juan que el conde vive.

## IX.

Entró en aquel momento en la tienda Alfon Gil, y permaneció inmóvil á dos pasos de la puerta.

—Acercáos, le dijo Zayda Fatima: ¿qué aconteció há un mes justo despues de la media noche en la Cruz del Camino, junto á la Selva del Abrojo?

La voz de Zayda Fatima era vibrante; la actitud, terrible y amenazadora.

Alfon Gil se arrojó de rodillas á los piés de Zayda Fatima.

—Yo no os he hecho traicion, dijo.

—Pero y bien, bien, preguntó el jóven rey, que estaba escitado por la curiosidad; sepamos qué fué lo que sucedió esa noche junto á esa cruz.

—Lo que sucedió, gran señor, contestó Alfon Gil, fué que dos antiguos compañeros nuestros que se llamaban Ciervo-veloz y Farfan, fueron ahorcados de la cruz por traidores.

—Pues fueron muy bien ahorcados, dijo el rey: lo mejor que se hace con un traidor, es colgarle.

—Pero yo no he hecho traicion á mi capitan, aunque se ha pretendido obligarme á ello.

—¿Lo veis, señor? dijo Zayda Fatima.

—Alzad, dijo el rey, y decid quién ha pretendido obligaros á que hagais traicion á vuestro capitan; os lo mando yo.

—El señor infante don Juan, dijo temblando Alfon Gil.

—¿Y por qué medios queria obligaros?

—Ofreciéndome dinero; pero yo me disculpé con el señor infante diciendo que nada sabia acerca de mi capitan el caballero del Aguila Roja, sino que era muy bravo, que nos pagaba bien y que tenia hecho voto de silencio y de no quitarse el arnés, ni comer á manteles, hasta que no hubiese un solo traidor enemigo del rey y de la reina.

—Gracias, caballero, dijo el rey: y no habiéndoos vos vendido por dinero, ¿tentó algun otro medio el infante don Juan?

—Sí señor.

—¿Cuál?

—No me atrevo á decirlo á vuestra señoría, porque vuestra señoría me mandará castigar.

—¿Sabe algo el infante don Juan por lo cual se os deba castigar á sangre?

—Maté á un hombre que me mancilló á una mujer á quien amaba.

—¿Le matásteis con alevosía?

—No señor, le maté frente á frente y con peligro, pero le maté en lugar realengo.

—Sí así fué, yo os doy por quito, dijo el rey, pero con juramento por vuestra alma de que es verdad lo que habeis dicho.

—Por mi alma lo juro, señor.

—¿Habeis prometido al infante don Juan decirle lo que sabeis acerca de vuestros dos capitanes?

—No señor; pero tenia miedo de que el infante, que sabia lo que he confesado, hiciese me acusasen de ello, y le prometí revelarle lo que sabia, pero en aquel momento me llamó la corneta del capitan.

—Pues bien, dijo el rey; id, decidle cualquier mentira, y te-

ned en cuenta que si por algo se descubre que habeis hecho traicion á vuestros capitanes, yo, el rey, me torno á vos y os mando ahorcar.

—Callaré, callaré, señor.

—Idos.

Alfon Gil salió.

El rey volvió á reclinarse en los almafares.

En aquel momento apareció en la puerta de la tienda un monje negro.

Al ver al rey, retrocedió.

—Entrad, entrad, conde don Lope Diaz de Haro, dijo el rey; ya sabemos que no sois un alma en pena.

## CAPITULO XVI.

## II

EN QUE EL CONDE DON LOPE DEJA DE SER PARA EL REY UN ALMA  
EN PENA.

—¿Qué es esto? dijo don Lope con acento severo y adelantando lentamente hacia el rey.

—Esto es, dijo el rey en voz baja y contenida, que la buena doña María de Granada y de Molina no ha querido tener secretos para mí.

—En buen hora, dijo el conde: doña María es prudente y debe haber tenido razon bastante para esta revelacion; pero yo hubiera querido que siempre me hubiera juzgado vuestra señoría un alma en pena; se teme mucho á una voz que se cree salida de la eternidad.

—Nada temais, mi buen tio, dijo el rey; y os llamo tio, y bueno, porque creo que no habeis mentido en lo que me dijisteis como alma en pena allá abajo entre los árboles: que os pesaba en el alma de vuestras antiguas traiciones.

—Nunca alentara yo la soberbia y la ambicion, y otra seria

la suerte de estos reinos, y otra la herencia que hubiérais recibido, señor; porque á veces, la lealtad de un poderoso inclina la balanza de la suerte en favor del rey y del reino: pero la soberbia es un mal pecado, y la ambicion una embriaguez que acaba por causar la locura: el horror ha sido conmigo, señor; me he arrepentido, y hé aquí que os rindo pleito homenaje y os juro una lealtad sin límites, como la juraria al señor rey vuestro padre si viviese.

Y el conde se echó atrás el capuz del hábito, se acercó al rey, se arrodilló y le besó la mano.

## II.

—Mal os trataron los ballesteros de mi padre en Alfaro, dijo el rey, al ver las profundas cicatrices que el conde tenia en la cabeza.

—Justicia hizo en mí, aunque violenta, el señor rey vuestro padre, dijo el conde: pero, no podia ser de otro modo; yo levanté la aleve y sacrílega mano, armada del cuchillo, sobre mi rey y mi señor natural, y si vos, su hijo, me mandárais matar por aquello, justicia haríais.

—Alzad, tio don Lope, alzad, dijo el rey: por muerto os doy y no os mato: además, para mataros tendria necesidad de decir que sois vivo, y faltaria á mi juramento de guardar el secreto de vuestra existencia: un rey no debe faltar á lo que jura.

—Si el perjurio es miserable en un hombre cualquiera, es imperdonable en un rey: Dios no puede perdonar ni ayudar á un rey perjuro: pero sin faltar á vuestro juramento, podeis decirme:—Morid, y yo mismo me daré la muerte.

—Creo bien que mi padre al veros convertido os perdonara, y yo os perdono en nombre de mi padre.

—¡Oh! ¡Dios os lo pague, señor!

—Pero decidme, conde: ¿por qué guardar el secreto de vuestra existencia? Si volviérais á la vida lo sentiria mucho vuestro

hermano don Diego, porque al fin se quedaria sin el Señorío de Vizcaya; pero se alegraria mucho vuestra esposa, la buena doña Juana Alfonso de Molina, mi tia, que ha dado pruebas de amoros tanto, que á poco mas mi padre la envia á acompañaros: bien es verdad, que desde que sacrificó á vuestro hijo, empeñándole en vuestra venganza, y desde que vuestro hermano don Diego obligó á mi madre á que le diese el Señorío de Vizcaya, que mi padre os quitó, vuestra esposa se ha puesto de nuestro lado, y nos sirve bien.... no sirviéndonos mal; cierto es que no puede hacernos daño, pero hay que agradecerla que no murmura de nosotros, y que visita á mi madre y que reza con ella.

### III.

El rey hablaba con una mal encubierta ironía, lo que probaba que no habia perdonado muy de corazon, á aquel viejo traidor arrepentido.

Y en efecto, por grande que fuese el arrepentimiento del conde don Lope, Fernando IV no podia mirar muy bien á un hombre que de tal manera habia esclavizado en los tiempos de su tiránica privanza á su padre, y que habia acabado por levantar contra él la mano alevosa.

El conde guardó silencio y permaneció con la cabeza inclinada.

Era la mayor prueba que podia dar de su completo cambio de carácter, de su humildad, en una palabra, de su completo arrepentimiento.

—¡Qué! dijo el rey: ¿nada me decís acerca de vuestra vuelta á la vida para todo el mundo?

—Yo morí en Alfaro, contestó el conde, y vuestra señoría debe seguir teniéndome por un alma en pena, por un aparecido.

—Bien, sea así, dijo el rey; porque, á la verdad, si os presentáseis de nuevo en el mundo, si dijérais: héme aquí, yo no he muerto, yo me veria obligado á matar al que hizo contra mi pa-



dre una tan gran traicion como la que vos hicísteis: bien está así: no hablemos mas de esto. En cuanto á vos, doña María, ¿por qué no os quitais vuestro antifaz, como se lo ha quitado el conde don Lope?

Zayda Fatima se quitó su antifaz.

—¡Oh! sí, vos sois, exclamó el rey; aún dudaba: ¿cómo creer en esta trasformacion? ¡Y tan hermosa como siempre! ¿Os acordais, doña María, de cuando mi madre, estando vos á su lado y siendo yo mas pequeño, me daba sobre sus rodillas leccion de latin? A mí se me hacia mas ligera la leccion cuando vos estábais delante.

—¡Oh! sí, me acuerdo de aquellas hermosas veladas en que, siendo vos mas niño, crecía al lado de vuestra buena madre. Aquellos eran unos tiempos tranquilos para la reina, para vos, para mí: en el interior del Alcázar, con la paz doméstica, nos consolábamos de las irritaciones, de las continuas contrariedades de lo exterior. Y digo que nos consolábamos, porque yo siento como mias las penas de la noble reina vuestra madre; ella lo ha sido mia, lo es aún, y yo la venero, la amo despues de Dios y sobre todo en la tierra.

—¡Oh! bien se conoce, doña María, bien se conoce, dijo el rey que no cesaba de mirar á la jóven: vuestro amor á mi madre es completamente desinteresado.

—Ella me amparó noblemente cuando no tenia adonde volver la cara, que no lo encontrase todo cerrado y oscuro. Ella ha sido para mí un ángel de misericordia, y mil vidas que tuviera las daria por ella.

—Y ella os ama, doña María, ella os ama; con mucha frecuencia os nombra y se duele de no veros.

—Sobrevino en mal hora el infante don Juan, y acabó nuestra paz: vuestro tio exigia, por razon de su próximo parentesco con vos, la guarda de vuestra persona, y la reina se vió obligada á acceder, por amor vuestro, cuando era mas breve y mas barato haber tomado por rebelde la cabeza al infante.

## IV.

—Vuestra buena fé y la grandeza de vuestra alma, dijo el conde don Lope, que como vemos nada habia contestado á las acres palabras del rey, no sabemos si por humildad ó por respeto, os hacen imprudente: herir á un hombre tan poderoso, tan próximo pariente del rey como el infante don Juan, hubiera sido dar la señal del esterminio de todos los traidores; porque ¿qué razon habria para tomar la cabeza del infante don Juan, y no tomar la de todos los otros infantes y ricos hombres rebeldes, si no por lo que hacen ahora, por lo que han hecho antes? Esto no puede hacerse sino de un solo golpe y contando con una gran fuerza. Ya se lo he aconsejado yo á la reina, porque no veo la salvacion posible para la patria, si no se empieza por el esterminio de todos los ambiciosos, de todos los miserables, sea cualquiera el bando á que pertenezcan. La salud de la patria ante todo; repetid, señora, el dia de Alfaro, la he dicho; convocad córtes á Valladolid; reunid en ellas á todos vuestros enemigos, que son á la par enemigos de la patria; y cuando todos estén juntos, echáos sobre ellos con vuestras lanzas; esterminadlos, poned sus cabezas en estacas en las plazas y en los caminos, que harto lo merecen, y sed una vez reina, y haced que os respeten dentro y fuera. Pero la reina tiene horror á la sangre, confia demasiado en Dios, y él quiera que cuando se acuda al remedio, no sea ya tarde. O todos ó ninguno: herir á uno solo, seria aterrar á los demás, y hacer que, olvidados por el momento de sus diferencias, acometiesen unidos, formidables, invencibles, á una reina que mataba. ¡Ah! no, no, doña María; en muchas ocasiones, la debilidad, la paciencia, el sufrimiento, son una gran fuerza. La reina, mi cuñada, se espanta al solo pensamiento de una matanza tal como la que seria necesaria para restablecer la autoridad real. Teme que la llamen tirana, además de que su gran corazon la aparta de lo horrible, y no atreviéndose á tanto, es

demasiado prudente para no provocar, con ejemplos aislados de rigor, una lucha demasiado peligrosa. Hay que admirar como corazon y como prudencia á la gran reina doña María.

—Tio don Lope, dijo el rey, que habia escuchado atentísimo al conde: tened por no dichas las palabras que antes me oísteis: hubieran convenido á un traidor hipócrita; pero acabais de convencerme con lo que me habeis dicho de vuestro sincero arrepentimiento, de vuestra conversion, y veo claramente en vos una acrisolada lealtad. No hablemos mas de esto; pero por lo que me habeis dicho, creo que mi madre sabe que aún vivís y que hablais con ella. Espero que la reina mi señora no sepa estas aventuras mías, que no volverán á repetirse. Yo os lo juro.

—Espero que así sea, dijo con cierta autoridad don Lope, porque así debe ser. Nada sabrá de esto la reina doña María; pero no conviene que acabeis de pasar la noche fuera del Alcázar, y voy á conducirlos á él.

—Será necesario dar mi nombre para que se abran las puertas de la villa, dijo el rey, y yo no quiero esto.

—Yo tengo para entrar en el Alcázar una puerta, en la cual no hay guardas, contestó don Lope.

—¿Una puerta oculta!

—Sí tal. ¿Ignorais que yo fuí gran privado de vuestro padre? ¿que para mí no tenia secretos? Por esta razon conozco muchas minas que salen al campo, no solo del alcázar mayor de Valladolid, sino de otros alcázares de Castilla. De otro modo, ¿cómo pudiera haber hablado yo con la reina doña María, sino conociendo una entrada oculta del alcázar mayor?

—¿Y dónde está por el campo la entrada de esa mina? dijo el rey.

—En la ermita de Nuestra Señora del Cármen por fuera, á la parte de la ábside.

—Ahora comprendo vuestra aparicion, conde, que hemos tenido por cosa del otro mundo el infante don Juan y yo. ¿Y dónde está dentro del Alcázar la puerta de esa mina?

—En la galería de los Apóstoles.

—¿Y quién mas que vos conoce esa mina?

—La reina y doña María de Granada, que ha pasado por ella: vos la conoceréis muy pronto.

—Quiero también conocer, y cuanto antes, esta misma noche, todas las salidas y entradas ocultas del Alcázar.

—Las conoceréis, y para ello, marchemos al momento.

—Aún tengo que hacer algo aquí.

—¿Y qué es ello? permitidme que os lo pregunte.

—En este campo están mi tío el infante don Juan, doña Juana Nuñez de Lara, y además dos caballeros que se entraron riñendo en el arrabal de los Molinos, y que prendió en una mala casa doña María de Granada.

—Dejad, dejad eso para nosotros, señor, dijo Zayda Fatima. Doña Juana Nuñez y el infante don Juan se volverán mañana á Valladolid, y el infante no sabrá qué pensar cuando vuestros camareros le digan que antes de la media noche os habeis recogido en vuestra cama, y cuando se informe y sepa que durante la noche no se ha abierto ninguna puerta del muro.

—Bien, iremos, dijo el rey; pero quiero saber quiénes son esos caballeros que habeis preso, sin duda por algo.

—Esos caballeros, señor, son, el uno el infante de Aragon don Pedro.

—¡Ah! ¡el infante de Aragon! ¿Con que era cierto lo que decian de que andaba de incógnito por nuestra córte?

—Sí señor.

—¿Y quién es el otro caballero?

—Alvaro de Estúñiga, paje de la reina mi señora.

—¿Y por qué reñian el infante y el paje?

—Porque el infante se habia puesto de la otra parte del Es-gueva, bajo los miradores de su señoría, á darla música.

—¡Oh! exclamó el rey: yo recompensaré al paje y castigaré al infante; quiero verle.

—No por cierto, señor, dijo Zayda Fatima; no debeis vos verle; yo le castigaré; iremos de infante á infante, él de Aragon, yo de Granada; descuidad, que don Pedro saldrá de Castilla, si sale, arrepentido de haber entrado en ella.

## V.

El rey, dominado por la influencia que sin pretenderlo ejercian sobre él tanto el conde don Lope como Zayda Fatima, se levantó y dijo:

—Marchemos.

—Quedáos vos, doña María, dijo el conde; yo solo acompañaré al rey.

—Adios, doña María, adios, dijo este, y hasta que nos volvamos á ver, que deseo no sea tarde.

—Adios, señor, dijo Zayda Fatima, acompañando al rey hasta fuera de la tienda.

## VI.

El conde don Lope, envuelto completamente en su hábito, calada la capucha y en paso firme y rápido, llegó hasta la poterna, seguido del rey, y á una señal del conde, la poterna se abrió; lo que demostraba que los aventureros reconocian en el conde á uno de sus capitanes, aunque fuese en hábito de monje.

Nadie acompañó al conde y al rey.

Adelantaron solos á través del oscuro campo, hácia la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

Cuando llegaron á ella, el rey dijo:

—¿Quién vive en esta ermita?

—Dos ermitaños anacoretas, señor, contestó el conde.

—¿Y no conocen esos ermitaños esta entrada secreta?

—No señor, contestó el conde, porque los ermitaños están reclusos por una reja que impide la entrada en la ermita, y que no se abre sino cuando uno de ellos está enfermo ó muere.

—¡Santos varones! dijo el rey.

—Siempre está uno de ellos en adoracion de la santa imagen, contestó el conde, y vuestra señoría puede verlo si quiere.

—Veámoslo, dijo el rey.

Y dieron la vuelta, y se colocaron delante de la reja, y á la opaca luz de la lámpara que ardia en el interior, vieron á uno de los eremitas prosternado, echado boca abajo y en cruz delante de la Virgen, que estaba en un retablo gótico.

—¿Sabeis que es muy hermosa esta ermita? dijo el rey en voz natural, á pesar de lo que el ermitaño no hizo el mas leve movimiento.

—Dió la idea para ella vuestro abuelo el señor rey don Alfonso el Sabio, dijo el conde, y así es que tiene, aunque pequeña, ábside como las basílicas, y si hiciera luna y pasara esta por detrás de la ermita, veríais las hermosas vidrieras de colores que cierran las ventanas de la ábside.

—Nunca habia visitado esta ermita, dijo el rey; pero prometo venir á visitarla, y hacerla mercedes, y darla privilegios, y aumentar hasta una comunidad el número de los ermitaños: esto, cuando pudiere; ahora soy menor de edad y pobre, y la señora reina, mi madre, tiene harto en qué pensar, y ya por sí y por mí, ha servido á Dios haciendo grandes fundaciones piadosas.

—Aquí hay un cepillo donde se echa limosna para los ermitaños y para el culto de la Virgen.

—Huélgome de que me lo hayais dicho, dijo el rey.

Y sacando su bolsa, que no estaba muy bien provista, puso en el cepillo algunas doblas de la Banda.

En lo cual podia decirse hacia un gran sacrificio, porque la casa real estaba hasta tal punto pobre, que don Simuel, almarife ó administrador de la reina, solia decirla con mucha frecuencia:

—Háse tenido que traer de fiado esta semana la carne, el pescado, la caza y la vitualla para la mesa de vuestra señoría.

Así es, que Fernando IV, dejando seis ú ocho doblas de la Banda en el cepillo de los ermitaños de Nuestra Señora del Cármen, hacia un enorme sacrificio, puesto que se esponia á que al

dia siguiente, cuando pidiese dinero para su bolsillo particular al almojarife de su madre, don Simuel, este le dijese: no tengo ni una *meaja* <sup>1</sup>.

Bien es verdad, que en estos apuros, el infante don Juan, que tenia dinero fresco, acudia al socorro de su sobrino; pero por las circunstancias en que el rey se encontraba colocado desde aquella noche, no podia ni queria recurrir á su buen tio carnal.

Quedábale sin embargo su otro buen tio segundo el infante don Juan Manuel, que tambien tenia dinero fresco, porque la reina le pagaba, no para que dejase de ser desleal, que nunca lo habia sido gravemente, sino para que no lo fuese.

## VII.

El rey y el conde se retiraron de la verja, y el buen ermitaño, que habia oido aquella conversacion que no se habia recatado, oró á la Virgen para que intercediese con Dios por la buena ventura del rey.

Entre tanto, habian llegado el rey y el conde á la lápida que servia de puerta en la parte exterior de la ábside de la ermita.

El conde oprimió el resorte, y la puerta se abrió con un sordo ruido apenas perceptible, dejando ver un fondo mucho mas oscuro que la noche.

—Estremece el pensar en que un traidor puede conocer estas entradas secretas de nuestro Alcázar dijo el rey.

—Afortunadamente, señor, dijo el conde, solo la conocen dos leales, y ahora vuestra señoría.

—¿Y hay otras?

—Sí, sí señor.

—Pues vamos, conde, vamos.

<sup>1</sup> Moneda ínfima de cobre, cuyo valor equivalia á la quinta parte del valor de nuestro maravedí.

—Espere vuestra señoría: para atravesar la mina es necesario hacer luz, y voy á hacerla.

Se oyó á poco el golpe de un eslabon sobre una piedra, se vieron relucir algunas chispas entre lo oscuro, y al fin apareció un punto rojo.

Sintió luego el rey el acre olor del azufre, y vió su luz lívida.

A poco estaba encendido un farolillo.

El rey se volvió hácia la parte por donde habia entrado, y solo vió una gran losa de piedra ásperamente cortada.

El conde habia cerrado la puerta antes de encender la luz.

—Descendamos, dijo el conde; voy delante para alumbrar á vuestra señoría.

Y empezó á bajar por un estrechísimo caracol de piedra.

#### VIII.

—Esta mina, dijo el conde, es solo para hombres; pero las hay por la cual puede marchar un hombre de armas con la lanza al hombro, llevando su caballo del diestro.

—¿Y hácia dónde caen minas como esa? dijo el rey.

—Esa mina, por la que puede entrar y salir gente de armas, nace en los sótanos del segundo patio del alcázar mayor, donde están las paneras y las bodegas, y va á dar á la huerta de San Benito el Viejo, que está diametralmente opuesto.

—¿Es decir, que se atraviesa por bajo de Valladolid?

—Exactamente, señor.

—Y decidme, conde: ¿es muy honda esta escalera?

—Aún tenemos que bajar otros dos tantos.

—¿Ah! pues llevo contados ya sesenta escalones.

—Cabalmente, señor; la escalera tiene doscientos.

—¿Y á qué tanta profundidad?

—Hay que pasar por debajo del Esgueva, y se ha querido

sin duda evitar la influencia del agua sobre la bóveda de la mina.

—¿Sabeis que á cada momento se huele peor?

—Es natural, dijo el conde: hay una gran humedad, y falta ventilacion.

—Debe de haber aquí reptiles.

—Los habia, señor, pero los hemos ahuyentado doña María y yo: todo esto estaba lleno de telas de araña; pero las pusimos fuego, dejando abierta la puerta de la mina por la parte de la ermita de Nuestra Señora del Cármen, y aconteció que los arañones y los lagartos y las culebras huyeron, entrándose muchos de estos animales en la ermita, y los ermitaños, por esto y por el humo acre y nauseabundo que envolvió durante algunas horas á la ermita, me dijeron al dia siguiente que el demonio habia ido á visitarlos y á tentarlos la noche anterior.

—¿Y qué otra cosa habian de creer esos buenos y sencillos varones? dijo el rey.

—En efecto, señor: eso debió ocurrírseles al verse envueltos por aquel humo infecto y asaltados por culebras, sapos y arañas, que de todo esto tenia gran poblacion la mina; como que desde que se labró no se habia usado.

—Aún debe de quedar algo de esas alimañas.

—Indudablemente, señor, aún quedan algunas cáncanas que se mecen sobre sus largas patas cuando ven la luz, y alguna culebra que de la luz huye; por lo demás, la mina está limpia, y vea vuestra señoría que entramos en ella.

## IX.

Esta mina era como de una vara de ancho y dos y media de alta, fabricada con gruesos ladrillos y pavimentada de piedra tosca.

Esta mina estaba revestida de salitre petrificado,

—¿Es muy larga? preguntó el rey.

—No, no señor, porque va en línea recta.

—Pues marchemos deprisa, dijo el rey.

Diez minutos despues, llegaron al pié de la otra escalera, y pasados otros diez minutos, á lo alto de ella, junto á una puerta secreta.

—Hemos llegado, señor, dijo el conde: en abriendo esa puerta, pasaremos á la galería de los Apóstoles; por lo mismo, voy á apagar la luz, á entreabrir la puerta, y á ver si en la galería hay gente.

Hechas estas dos cosas, el conde dijo:

—La galería está de todo punto abandonada: podeis pasar sin inconveniente, señor.

El conde y el rey entraron en la galería de los Apóstoles, y la puerta secreta se cerró.

—No, no señor, porque yo en línea recta...  
 —Pues marchemos despacio, dijo el rey.  
 Diez minutos después, llegaron al pie de la otra escalera, y  
 pasados estos diez minutos, á lo alto de ella, junto á una puerta  
 secreta.

—Hemos llegado, señor, dijo el conde en silencio, sin que  
 se pasasen á la galería de los Apóstoles, por lo mismo voy á  
 apagar la luz; á entrarán la puerta y á ver si en la galería hay  
 gente. El rey miró al conde con una mirada que  
 quería decir: «¿estas cosas se hacen así?»  
 —Hemos llegado, señor, dijo el conde en silencio, sin que  
 se pasasen á la galería de los Apóstoles, por lo mismo voy á  
 apagar la luz; á entrarán la puerta y á ver si en la galería hay  
 gente. El rey miró al conde con una mirada que  
 quería decir: «¿estas cosas se hacen así?»

—Hemos llegado, señor, dijo el conde en silencio, sin que  
 se pasasen á la galería de los Apóstoles, por lo mismo voy á  
 apagar la luz; á entrarán la puerta y á ver si en la galería hay  
 gente. El rey miró al conde con una mirada que  
 quería decir: «¿estas cosas se hacen así?»

—Hemos llegado, señor, dijo el conde en silencio, sin que  
 se pasasen á la galería de los Apóstoles, por lo mismo voy á  
 apagar la luz; á entrarán la puerta y á ver si en la galería hay  
 gente. El rey miró al conde con una mirada que  
 quería decir: «¿estas cosas se hacen así?»

—Hemos llegado, señor, dijo el conde en silencio, sin que  
 se pasasen á la galería de los Apóstoles, por lo mismo voy á  
 apagar la luz; á entrarán la puerta y á ver si en la galería hay  
 gente. El rey miró al conde con una mirada que  
 quería decir: «¿estas cosas se hacen así?»

IX.

Este día era como de una vez de nuevo y con él vino á la  
 cabeza de administrarse y colibril con granos de azúcar, á la  
 cabeza de administrarse y colibril con granos de azúcar, á la  
 cabeza de administrarse y colibril con granos de azúcar, á la  
 cabeza de administrarse y colibril con granos de azúcar, á la

## CAPITULO XVII.

## DE LO QUE HIZO CON SUS PRISIONEROS ZAYDA FATIMA.

Apenas habian salido del campo el rey y el conde don Lope, Zayda Fatima hizo sonar su bocina: presentóse poco despues Alfon Gil.

—Dad gracias á Dios, dijo Zayda Fatima, de que el rey nuestro señor ha tenido misericordia de vos, que por mí, yo os ahorco sin compasion.

—El infante don Juan es un demonio, dijo Alfon Gil; ofrece y amenaza á un tiempo; y como ofrece mucho, y lo que amenaza lo cumple, y como yo estaba cogido por aquella muerte que hice, estuve á punto de revelar de miedo.....

—¿Y qué le hubiérais revelado?

—Lo único que podia revelar, capitán; que no sois mudo, que sois jóven y hermoso, que van y vienen del Alcázar al campo y del campo al Alcázar mensajeros de la reina, que el caballero Sin nombre es manco del brazo derecho, que tan pronto se

viste de fraile como de luto, y que siempre lleva bajo el hábito y bajo el luto coselete, puñal y espada, cuando no arnés completo, que vos no os desarmais nunca, ni para dormir, que comeis frugalmente y sin manteles, y que tenéis mucho dinero.

—¿Y le habeis dicho algo de eso?

—No señor, porque no tuve tiempo.

—Pues alegráos, si nada de eso le habeis dicho, porque con la mínima parte de eso que dijérais al infante don Juan, le hubiérais dicho tanto, que yo no hubiera podido menos de ahorcaros para desagraviarme en lo posible del daño que me hubiérais causado; y como no sé lo que habrá en esto, os prendo. ¡Hola! añadió Zayda Fatima.

Apareció uno de los soldados de la guarda de la tienda.

—Llevad al encierro al alférez, le dijo Zayda Fatima, y que se le guarde allí sin dejarle hablar con nadie hasta que yo avise. Espero, Alfon Gil, que podré sacaros muy pronto: id.

Alfon Gil salió.

Lo que habia llamado encierro Zayda Fatima, era una gran barraca destinada á cárcel del campamento; como que donde hay muchos hombres, es frecuente la necesidad de encerrar alguno para hacer justicia.

## II.

Zayda Fatima volvió á llamar y se presentó otro soldado.

—Echadme para acá, le dijo Zayda Fatima, á mi aposentador.

El soldado salió.

Poco despues entró un hombre, á quien ya conocimos en otra ocasion.

Este era Gutierre Mesa, aposentador, repostero y cocinero de Zayda Fatima, constituido en su categoría militar en uno de los cabos ú oficiales superiores de la compañía.

—Juraria yo á diez vírgenes y á diez mil santos, Gutierre

mi tocayo, que por nada del mundo me harás tú traicion dijo Zayda Fatima.

—Ni porque me pusiesen un cuchillo á la garganta, capitan, dijo Gutierre: pero ¿por qué me dice eso vuesa merced?

Como se ve, Zayda Fatima se hacia dar tratamiento de infante, porque entonces la casa real estaba entre merced y señoría.

El tratamiento de alteza vino mucho despues para los reyes, y el de majestad lo tienen los de España solamente desde el emperador Carlos V.

Hoy tiene señoría cualquier don Fulano á quien se concede una cruz: los tiempos han variado mucho.

Hemos hecho esta ligera digresion, para que nuestros lectores no eruditos no estrañen el que la noble reina doña María la Grande, tuviese el mismo tratamiento que hoy tiene un juez de primera instancia, y que á los infantes se les honrase con ese su merced que dan nuestros campesinos á cualquiera, y los portugueses á todo el mundo.

Bien es verdad que en esto de tratamientos, los portugueses son el *non plus ultra*; ellos han encontrado el secreto de que todas las mujeres sean señoras escelentísimas.

Pero en los tiempos de nuestra narracion, el tratamiento de señoría representaba lógicamente el supremo dominio, y era alto y espresivo, como era tambien espresiva y honorífica la merced con que se distinguia á los infantes.

Entonces, y mucho tiempo despues, ricos hombres de alto linaje, señores de horca y cuchillo, se llamaban simplemente el hombre bueno Fulano de Tal, y Fulano de Tal, sin don que le precediera, se llamaba el caballero viejo en lides y de solar hidalgo.

Hoy que nos hemos montado democráticamente, todo el mundo se llama don Fulano, y hay peste de escelencias y señorías; tanto da igualarse por lo alto como por lo bajo; la cuestion es que todos seamos iguales, y lo somos ¡vive Dios! altísimos y aun altisonantes.

El pícaro licenciado de presidio ha dejado su chaqueta al to-

mar la licencia, se ha puesto su levita y su *chistera*, se llama don José, y se pasea por las Cuatro Calles muy tieso, con su baston de hierro bajo el brazo. Echad mano á vuestro reló cuando paseis junto á él, lo que no impide que sea un escelente ciudadano con *don*, y que tenga un aspecto completamente *comme il faut*.

La igualdad es muy cómoda; andamos siempre, en cuanto al aspecto y al sonido, entre semejantes, entre hermanos, lo que constituye la fraternidad; y como de estas dos situaciones nace la libertad, hé aquí que se realiza en la práctica aquel lema que tantos creen irrealizable, de libertad, igualdad, fraternidad: adelante.

### III.

—Tráeme á esos dos presos, que tan bizarramente vestidos encontramos anoche en aquel bodegon del arrabal, dijo Zayda Fatima.

Gutierre Mesa salió, y volvió á poco con el infante don Pedro y con Alvaro de Estúñiga, que continuaban mirándose de reojo y con grandes deseos de acuchillarse.

Zayda Fatima habia vuelto á ponerse su antifaz.

Gutierre Mesa habia dejado solos con ella á los dos presos.

—No os mando dar un trato de cuerda, señor paje, dijo Zayda Fatima, para que en adelante no os metais á campeón de su señoría la reina sin su permiso, por la buena intencion con que lo habeis hecho; pero os apercibo para que no volvais á hacerlo, y os mando que en el momento salgais de mi campo y os vayais á pasar lo que queda de noche adonde mejor os pluguiere.

—Eso de darme á mí un trato de cuerda, dijo sulfurado Alvaro de Estúñiga, está por ver, que no hay quien me trate á mí de esa manera mientras yo tenga espada al cinto.

—Distraido andais, dijo Zayda Fatima, porque ni espada ni puñal al cinto traeis.

—Verdad es, que cuando me prendieron me desarmaron, dijo Estúñiga.

—Pues tened por seguro que quien os desarmó puede desoyuntaros, y salid de aquí y que os den vuestras armas y las den á los que con vos vinieron, y os echen fuera del campo y no se hable mas; y cuenta que á nadie conteis lo que ha sucedido esta noche, porque si tal haceis, á vos me torno, como dice el rey mi señor, y no lo pasais bien. ¡Hola, Gutierre Mesa!

Entró el aposentador.

—Idos con este caballero, dad á él y á su gente las armas que se les quitaron, y echadlos á la hora fuera del campo. Id.

—Espero que nos volveremos á ver, señor capitán, y que ajustaremos cuentas, dijo Alvaro de Estúñiga.

—Pues id apuntando para que no se os olvide ninguna partida, dijo Zayda Fatima; pero salid.

Alvaro de Estúñiga lanzó una tremenda mirada de reto á Zayda Fatima, y salió; pero apenas habia salido, exclamó dándose un golpe en la frente:

—¡Ventrículo del diablo! con la cólera no he reparado hasta ahora..... esa voz.....

Y quiso volver á entrar en la tienda.

En efecto, Zayda Fatima se habia descuidado, se habia olvidado de que Estúñiga la habia conocido mucho como paje de la reina.

—¡Eh! ¡Adónde vais? le dijo Gutierre Mesa.

—Voy á decir cuatro palabras á vuestro capitán.

—No há lugar, señor caballero, dijo Gutierre Mesa; mi capitán me ha mandado que os dé, y á vuestra gente, vuestras armas, y os eche, y eso va á ser y nada mas.

—¡Y estais seguro, dijo Estúñiga, que vuestro capitán es capitán y no capitana?

—¡Bah! vos estais loco, dijo Gutierre Mesa: ¡capitana! ¡mujer don Gutierre de Silva! ¡que si quieres! y da cada lanzada que parte un roble. ¡Jesucristo! y hace zurrar de cuerda á un milite por la falta mas mínima, que cuando no es mínima, le ahorca; y refrena y rige á un caballo que no hay quien le monte sin ve-

nir al suelo; ¡buena hembra nos dé Dios! descuidáos y os raja de arriba abajo como si fuérais un papel. Id, si no, á tomarle á la niña la barbilla. Vamos, vos bebisteis en el arrabal mas de lo necesario, y no sabeis lo que decís, señor caballero; eso no tiene nada de particular; cuando yo levanto el codo mas de lo que es menester, no digo mas que tonterías; como que quien habla entonces no es uno, sino el vino, que es un tonto.

Hablaban esto mientras atravesaban el campamento para ir á la cárcel, donde estaban los cuatro escuderos de Estúñiga.

—¿Y decís que es buena lanza vuestro capitan?

—¿Qué si es buena lanza! Dadle una barreada de Milan, y la romperá en el aire como si fuese de vidrio.

—Eso tambien lo hago yo, dijo Estúñiga.

—No digo que no, y que Dios os aumente la fuerza: teneis traza de ser pollo de buena casta, como mi capitan, ni mas ni menos, que tiene así, la edad que teneis vos; pero una mujer, á no ser que Dios lo mande, no hace lo que hace mi capitan: mirad, y acabemos de hablar, porque ya estamos á la puerta del encierro, y voy á soltar á los vuestros y á daros vuestras armas y á echaros fuera: un dia, un renegado, á quien mi capitan habia tomado á sueldo en Medina del Campo, uno que no se sabia de dónde era, pero fornido y con buena pinta de hombre de armas, quiso alzarse con el santo y la limosna, y nos amotinó parte de la gente: ¡qué habia de hacer una mujer lo que hizo entonces mi capitan! salió de la tienda con la adarga abrazada y empuñada la maza de armas, y á este quiero, á este no quiero, mató á tres ó cuatro, estropeó á ocho ó diez, descoyuntó al renegado, despidió de su servicio á los descontentos, se enterró á los muertos, fueron los heridos á curarse donde pudieron, y aquí paz y despues gloria: á ver si eso lo hace una mujer.

—Teneis razon, dijo Estúñiga; pero decidme: ¿vuestro capitan es muy hermoso?

—¡Ah! eso sí: la mujer mas hermosa del mundo puede tener envidia á su cara.

—¿Es morena?

—¡Dale! dijo Gutierre Mesa: moreno será, no morena.

—Hablo de la cara, dijo Estúñiga.

—Pues sí señor; mi capitán tiene la cara morena.

—¿Y los ojos negros?

—Que sí.

—¿Y el pelo negro y rizado y muy sedoso y muy reluciente?

—Sí señor.

—Pues bien; no digo que vuestro capitán sea capitana; lo que digo, es lo que no digo; bueno, echadme fuera á mis escuderos, dadlos nuestros broqueles, nuestros puñales y nuestras espadas, y no se hable mas.

#### IV.

Un cuarto de hora despues, Estúñiga, al frente de los suyos, fuera ya del campo de Zayda Fatima, adelantaba hácia el arrabal de los Molinos, donde pensaba acabar de pasar la noche.

—¡Sí será! ¡si no será! decía: la voz es la suya, las señas convienen, el semblante hermosísimo, la color morena, ojos y cabellos negros, y la estatura y el bulto y aquel coselete tan reelevado, todo parece demostrar; pero ese valor, esa fuerza..... Y bien, los moros crían á sus hijas como salvajes: mi buen padre me contaba que allá en los tiempos de su mocedad, á poco de nombrarle los de Santiago comendador de Viedma, le defendió un castillo y la frontera de Granada una mora, mujer de un infante, mucho mejor que se la hubiera defendido un morazo; y no así como se quiera, detrás de las murallas, sino saliendo á combatirse cuerpo á cuerpo y de poder á poder: ¡diablo, diablo! Y bien, si es, que sea, mejor. Era muy amiga de su señoría la reina: si es ella, á la reina sirve; pues se encubre, encubrirse la importa: callemos como muertos, y no digamos á nadie, ni á mi doña Mencía, lo que hemos sospechado.

Y entrándose en el arrabal, se metió luego en el burdel de Marilinda, donde seguian comiéndose y bebiéndose las doblas del infante de Aragon, y habia una zambra infernal.

A Alvaro de Estúñiga no le espantaba nada; tenia el carácter mas á propósito para que, á pesar de lo caballero, fraternizase con él la gente alegre y maleante.

## V.

Volvamos á la tienda de Zayda Fatima.

Apenas habia salido Estúñiga, la jóven se quitó el antifaz, y dijo mirando á don Pedro con ojos centelleantes:

—¿Me conocéis?

—Sí, os conozco, caballero, contestó el infante, que creia hombre á Zayda Fatima; lo que demostraba que el infante don Juan Manuel habia sido prudente: vos sois el capitan de los soldados francos de la Selva del Abrojo.

—El que os venció.

—No puedo negarlo.

—El que os juramentó.

—Lo que se jura bajo la presion de la fuerza, no obliga.

—Disculpas de la infamia, contestó con energía Zayda Fatima; ningun honrado deja de preferir la muerte á jurar lo que no ha de cumplir.

—Entonces, nadie hay honrado hoy, contestó el infante; porque todo el que oprimido jura lo que no quiere, se libra del juramento en cuanto la opresion cesa.

—¿Y si ahora yo os arrojara á los piés una espada y tomara de vos el desagravio del juramento á que me habeis faltado?

—Venga la espada en buen hora, dijo el infante.

—Diria vuestro hermano don Jaime el de Aragon que se os habia matado aquí en Castilla á traicion, y yo no quiero que se

diga esto. Os mataré cuando esteis al frente de una hueste, cuando para llegar á vos tenga que atropellar por una espesura de lanzas enhiestas, cuando en nuestro alrededor vuela la muerte, ruja el estrago; ahora no: lo que voy á hacer ahora es enviaros preso á ese ejército aragonés que en el reino de Leon, favorecido por traidores, espera al rey de Portugal, que avanza con poderosa hueste por la Estremadura.

—¡Preso yo! exclamó el infante.

—Pues qué, ¿no lo estais? ¿no os prendí ya otra vez? ¿No veis que llevo al costado la noble espada de vuestro perínclito abuelo el gran don Jaime el Conquistador?

—Yo os arrancaré esa espada al arrancaros el corazon, dijo el infante, y esto será en cuanto me vea libre y os pueda haber á las manos, infante de yo no sé donde.

—De casa tal y tan buena como la vuestra, dijo Zayda Fatima; lo que no se sabrá nunca, por mi voluntad á lo menos; y abreviemos: salid y esperadme, que no tardaremos en encontrarnos.

Y tocó su bocina.

Entró uno de los cabos de la guarda.

—¡Hola, Miguel Ceballos! dijo Zayda Fatima: á cabalgar con veinticinco hombres: llevadme entre lanzas á este señor infante de Aragon y á los escuderos que con él han sido presos, al reino de Leon, donde está el ejército aragonés, y en llegando á la frontera, soltad al infante y á los suyos, y volvéos, que no quiero que por ser vosotros pocos os tomen presos: tres dias para ir y tres para volver. Gutierre Mesa os dará los dineros que sean necesarios. Id.

El infante de Aragon adelantó hácia Zayda Fatima, y la dijo, trémulo de coraje:

—Llegará un dia en que me pagareis con usura todo lo que me habeis hecho sufrir.

—En buen hora, contestó Zayda Fatima: cuidad no os cobre yo con creces lo que me habeis ofendido.

El infante salió, y con él Miguel Ceballos.

—Ya es hora, dijo Zayda Fatima asomándose á la puerta de

la tienda y mirando á las estrellas, que apenas se vislumbraban en el oscurísimo cielo: la alborada viene; descansenos.

Y entrándose en la tienda, levantó los tapices de la puerta de la izquierda del interior, y armada como estaba, se arrojó en un magnífico divan que en un pequeño recinto habia.

Dormia poco despues como aquel que tiene la conciencia tranquila y fé en su fuerza de voluntad.

CAPITULO XVIII.

EN QUE EL CONDE DON LOPE CONTINÚA DICHIENDO AL REY MUY BUENAS COSAS.

I.

Una vez en la galería de los Apóstoles, el rey tomó hácia la izquierda, seguido del conde don Lope.

Al estremo de la galería pasó por una saleta á una antecámara, y de allí á su cámara.

La servidumbre se habia retirado ya; así es que ni el rey ni el conde encontraron á nadie.

—Debeis conocer mucho esta cámara, mi buen tio, dijo el rey; como que era la cámara de mi padre.

—Y en ella he velado muchas noches al lado de su señoría, ayudándole á gobernar sus reinos.

—Decid mas bien, que gobernando vos á los reinos y al rey.

—Bien caro pagué mi soberbia, dijo el conde.

—Es cierto, y no hablemos mas de esto, dijo el rey; si deservísteis á mi padre, en cambio, despues de vuestra resurreccion, habeis servido muy bien á mi madre, y en este momento

me estais sirviendo con grande lealtad. Pero sentáos, mi buen tío, sentáos; debéis estar cansado, y necesito que tomeis algun reposo para que me mostreis esas otras minas.

—Perdonad, señor, pero estoy bien así, dijo el conde.

—¿Qué, no os sentábais en otro tiempo á par de mi padre?

—Sentábame entonces por soberbio.

—Sentáos, pues, ahora por obediente.

El conde don Lope se sentó, pero manteniendo la actitud del vasallo respetuoso.

## II.

—Decidme, tío, mientras los dos descansamos: ¿qué os parece de mi otro tío el infante don Juan?

—Paréceme, señor, vuestro mas crudo enemigo.

—De modo que, como debemos librarnos de nuestros enemigos, y de la mejor manera que nos libramos es matándolos, debo matar al infante don Juan.

—Es demasiado próximo pariente vuestro para que no se os achacase á crueldad: á mas de esto, vos no gobernais el reino; quien le gobierna es vuestra noble madre: amadla, obedecedla, seguid sus consejos, y todo os sucederá bien, porque Dios protege á los buenos hijos. En cuanto al infante don Juan, no le aviséis, no os demostréis desconfiado de él; por el contrario, oidle, procurad engañarle, y avisad de todo lo que os dijese, de todo lo que os aconsejase á vuestra madre: á los traidores, cuando no puede herírseles en la cabeza, no debe avisárseles, para que no oculten con el disimulo la traicion: os lo repito: confiad en todo y para todo en vuestra madre, que si ella no os salva, si ella no asegura la corona en vuestra cabeza venciendo á vuestros enemigos, nadie puede salvaros.

—Mi madre está acosada por todas partes.

—No importa, la protege Dios y la ayuda la fé de su corazon; esperadlo todo de la reina.

—¿Y la tempestad que nos amenaza? Todo se vuelve contra nosotros.

—¿Es la primera tempestad que os ha amenazado terrible, y que se ha deshecho por la grandeza de vuestra madre? ¿No os acordais de aquellas primeras córtés en Valladolid, en que el reino os reconoció por rey, á pesar de los Laras, de los Haros, de los Pimenteles, de todos los ricos hombres, en fin, vendidos los unos al infante don Juan, otros á los infantes de la Cerda, y muchos de ellos codiciosos de recibir un alto precio por su lealtad interesada? Aquello se deshizo como el humo: desde entonces acá, en tres años, ¿cuántas traiciones no han sobrevenido? ¿cuántas malas artes no se han empleado contra vuestra madre, contra vos? Y decidme: ¿no se ha deshecho todo, no continuais siendo rey, no gana cada dia mas en autoridad vuestra madre, no se dividen y se ensangrientan mas y mas los unos contra los otros, los ambiciosos? ¿por qué, pues, desconfiar? Los aragoneses serán vencidos, señor, yo os lo prometo, antes de que el rey de Portugal pueda juntárseles; y cuando haya sucedido esto, el rey de Portugal, que se creerá débil para combatir solo con vuestra madre, se volverá á sus tierras, renunciando á las villas y castillos que pide en la frontera, no contento con el buen dote que se ha dado á su hija la infanta doña Constanza, vuestra esposa.

—¿Una esposa de ocho años! dijo el rey, cambiando con la veleidad de los niños el curso de la conversacion.

—Pero que dentro de cuatro, vos habreis cumplido diez y ocho, será una garrida doncella de trece, criada por vuestra madre, que la ama como si fuera su hija, y que ya veis no la separa un punto de sí, y la infanta es hermosa y muy crecida, y os ama y llora porque vuestra madre no la deja que esté á cada momento á vuestro lado.

—Y yo la amo tambien, tio, pero como á una hermana.

—¿Ay! ¿cómo se conoce que á despecho de vuestra madre, y por lo terrible de las circunstancias, está á vuestro lado el infante don Juan! ¿el niño hecho antes de tiempo hombre! ¿el niño arrastrado á torpezas! Recordad lo que os dije cuando me juzgábais un aparecido entre la oscuridad de la noche y la espesura

de los árboles: reconocéos, uníos á vuestra madre, obedecedla, respetadla; solamente de ese modo podeis llegar á ser un gran rey: quien no escucha los consejos de su madre, no ama la justicia, no oirá mañana los consejos de los leales, sucumbirá á sus pasiones, y Dios levantará de sobre él su mano. ¡Ay de aquellos á quienes abandona la mano de Dios!

—Sí, sí, teneis razon, mi buen tio, dijo el rey: el infante don Juan es un protervo, y no es á él á quien debo oír, sino á mi madre, á mi buena madre, á quien tanto debo; yo os prometo seguir vuestros consejos; pero hemos descansado ya, y quiero que me mostreis alguna de esas minas.

—¿Por qué no lo dejamos para otra noche, señor? es ya muy tarde.

—No importa, no importa; tiempo me queda para dormir: llevadme á San Benito el Viejo por esa larga mina, por donde caben hombres de armas.

—Voluntarioso como su padre, murmuró el conde. Y se levantó, obedeciendo al rey.

—Habeis dicho que á esa mina se entra por los sótanos del patio de las paneras y de las bodegas.

—Así es, señor.

—Pues vamos allá.

—Habrán de vernos los guardas y habremos de pedir las llaves de los sótanos.

—¿Qué importa? Echáos bien el capuz sobre la cara, ocultad vuestro brazo mutilado; no creerán otra cosa sino que sois un monje.

—Obedezco, contestó el conde.

Y siguió al rey que salió de su cámara por otra puerta distinta de aquella por donde habia entrado.

Atravesó una antecámara y una saleta, y llegó al fin á una galería, donde ya encontraron guardas de los ballesteros hidalgos de maza.

## III.

De la galería salieron á los anchos corredores del patio de Honor, seguidos por dos pajes con luces y cuatro ballesteros, que, segun costumbre, siempre que el rey salia de su cámara, le acompañaban.

Bajaron por las magníficas escaleras, y atravesando una grande arcada, entraron en el segundo patio.

## IV.

Este patio estaba muy lejos de asemejarse al ostentoso patio de Honor.

En vez de aquellas arcadas labradas, ornamentadas, afligranadas, en que aparecia un precioso bizantino en el punto de su transicion al gótico, se veian robustos pilares y arcos sencillos, desnudos, deprimidos.

En las galerías del patio habia de trecho en trecho puertas por las cuales se bajaba á las bodegas.

—Pedid, señor, dijo el conde, la llave de una puerta que hay bajo el hueco de la escalera por donde se sube á los graneros.

El rey envió á buscar aquella llave.

Cuando se la trajeron, por consejo del conde hizo se retirase al segundo patio la gente que le acompañaba, y solo con el conde, que iba alumbrando con una antorcha que habia tomado de las manos de un paje, se dirigió hácia un ángulo del patio, en que habia una grande arcada.

En la parte interior de aquella arcada empezaban unas anchísimas escaleras de piedra.

El conde buscó en el hueco de aquellas escaleras una pequeña puerta de hierro, la abrió con sumo trabajo, porque la cerradura de su cerrojo estaba muy premiosa á causa de la humedad, y una vez franca la puerta, se encontraron en unas estrechas escaleras de caracol.

—¿Y decís que por aquí puede salir un hombre á caballo? dijo el rey.

—Por aquí, señor, dijo el conde, se baja á los sótanos del Alcázar, en los cuales habia antes una ancha salida al patio, que fué cegada.

—Veamos, adelantemos, dijo el rey.

Bajaron aquellas escaleras, que eran profundas, y se encontraron en los infectos sótanos.

El conde los atravesó en parte, ahuyentando con la luz de su antorcha los murciélagos que allí anidaban, y despues de haber vuelto y revuelto por una sucesion de arcadas, de haberse detenido en algunos lugares y de haber observado con atencion, se inclinó sobre el suelo, examinó profundamente y dijo al rey:

—No tengo mas que una mano y necesito servirme de ella; perdonadme, señor, si os ruego que tomeis esta antorcha.

El rey la tomó.

El conde desnudó su puñal y profundizó con él en el suelo.

—Sí, dijo, aquí hay hierro; pero este hierro está podrido: mejor, mucho mejor.

Y descubriendo con su puñal una gran parte de una compuerta de hierro, cubierta superficialmente con una capa de tierra viscosa, hirió la plancha de hierro, que estaba tan oxidada, que se rompió con facilidad.

En poco tiempo el conde abrió en aquella plancha podrida un agujero bastante para que pudiese pasar holgadamente una persona.

## V.

—Dadme la antorcha, señor, dijo bajando por aquella abertura, á fin de que yo os alumbre por la parte de adentro.

El rey dió la antorcha al conde, que por la parte de adentro alumbró.

Inmediatamente al agujero que el conde habia abierto, empezaba una rampa bastante pendiente.

El rey pasó por el agujero, y siguiendo al conde empezó á descender por aquella rampa, cuya inclinacion no era tanta que no pudiera superarla un caballo.

—Ahora lo comprendo, dijo el rey: hé aquí una soberbia mina, por donde bien puede entrar un bravo refuerzo para el Alcázar.

—El señor rey don Alfonso, vuestro abuelo, lo habia previsto todo; tanto le acosaron las rebeldías.

—¡Las rebeldías! exclamó el rey: temo que no se acaben nunca, porque nuestros buenos vasallos se han acostumbrado de tal manera á ellas, que si no se rebelan, no viven bien.

—Cuando llegueis á vuestra mayor edad, dijo el conde, adelantando siempre, gobernad en justicia, hacéos amar de vuestros vasallos por el bien que les hayais hecho, sed inexorable para con los traidores, y todo os irá bien.

—Pero para matar á todos los traidores, mi buen tio, dijo el rey, por lo que yo veo y entiendo seria necesario matar á toda Castilla.

—Herid las cabezas mas altas, y las otras se bajarán ante vos.

—¿Sabeis, tio, que seria necesario hacer cosas horribles? ¿Qué se diria de un rey que matase á sus parientes próximos?

—Dirian de ellos, no del rey, si los habia matado con justicia.

—Muy terrible habeis resucitado, tio.

—El que fué traidor, conoce demasiado á los traidores.

—Paréceme, tio, que por esta mina adelante viene un vientecillo que huele á traicion.

—Esperad, dijo el conde deteniéndose; puede ser que hayais acertado, cuando solo pensábais decir un gracejo: esta mina va á dar á San Benito el Viejo; don Frotardo, su abad, es muy antiguo amigo y muy gran deudo de don Diego Lopez de Haro, mi hermano, y don Diego Lopez de Haro, mi hermano, y mi otro hermano don Juan Alfonso, ven con sobrecejo lo que con vos priva el infante don Juan.

—No privan ellos menos, contestó el rey; la verdad es que yo los acojo muy bien.

—Pero no están tan cerca de vos como lo está el infante don Juan, y temen que este acabe por hacer de vos quiteis el Señorío de Vizcaya á don Diego, para darlo á doña María, mi hija, esposa del infante don Juan.

—¡Ah! hasta ahora no me habeis hablado de mi hermosa prima doña María, conde.

—No ha venido á cuento, señor, aunque la amo mucho, como que es mi hija: en mal hora la casé con el infante don Juan.

—¿En mal hora, y por su casamiento con mi tio ha sido no sé cuánto tiempo reina de Leon?

—Por lo cual se ha hecho ambiciosa, y por lo tanto infeliz. Pues como os decia, señor, mi hermano don Diego no puede mirar sino con un gran recelo, el que el infante don Juan prive tanto con vuestra señoría, porque está viendo la reclamacion que, si no un dia otro, hará el infante don Juan del señorío de Vizcaya, á nombre de su mujer.

—Y si esto aconteciera, conde, ¿qué creéis que deberia yo hacer?

—Obrar en justicia; esto es, dar á mi hija lo que es suyo: porque en verdad en verdad, si el señorío se dió á mi hermano don Diego, fué porque con él se compraron sus servicios, y porque entonces mi hija, rebelada como su esposo, se llamaba reina de Leon. Se temia que mi hermano, por su próximo paren-

tesco, se pusiera de parte del infante don Juan; y como mi hermano, con señorío ó sin él, es muy poderoso y muy temible, se le dió lo que quiso, no tanto para que fuese amigo, como para que no fuese enemigo.

—¿Sabeis que ya es cosa grave el reinar en estos tiempos?

—Siempre ha sido cosa grave el reinar; como que hay que contentar á todos, ó estar en guerra á muerte con todos.

—¿Y la lealtad?

—¿La lealtad! ¡y quién es leal de balde? Desengañáos, señor: leal hay que no se venderia por un tesoro, y que sin embargo se vende á una honra, á un halago: cada hombre tiene su precio.

—Entonces, conde, no puedo fiar en vuestra lealtad.

—Yo, señor, no soy un hombre; soy un alma en pena que, sirviendo al rey y á la justicia, busco el perdon de Dios.

—Siempre un premio.

—Pero un premio imperecedero.

—¿Y creéis que ese abad don Frotardo puede favorecer á los desleales?

—Sí, si le ofrecen un privilegio mas para San Benito el Viejo.

—¿Queda mucho de la mina, conde?

—No, no señor; ya vamos tocando á su fin.

—¿Y adónde sale la mina?

—A una gruta que hay en la huerta de los Benitos.

—Es posible que la salida esté tan difícil como hemos encontrado la entrada.

—No, no señor; por esta parte la mina no tiene mas puerta que la maleza.

—Parece que me da algo de aire libre en la cara.

—Eso es, señor, que estamos cerca de la salida: en efecto, ya empieza la cuesta.

## VI.

Y así era la verdad: la rampa empezaba en aquel punto, tan pendiente como la otra que correspondía á la parte del Alcázar.

Cuando hubieron llegado á lo alto, encontraron obstruida la mina, ó mejor dicho, cortada por una especie de muro de maleza, pero tan tupida, que parecía impenetrable.

El conde y el rey, impulsados por un mismo pensamiento, desnudaron las espadas, y gracias á lo ancho y á lo tajante de las de aquella época, lograron abrirse paso; y era de ver cómo el conde usaba de su mano izquierda, con la misma seguridad con que hubiera podido usar de la derecha, y con la misma fuerza.

—¡Diablo! dijo el rey reparando en ello; pues no puede decirse que al dejaros manco en Alfaro os pusieron fuera de combate: todo se reduce, conde, á que cambiéis vuestro escudo al brazo derecho, que para esto bien os sirve, y que hirais con la mano izquierda: habeis debido de ser muy buen hombre de armas, mi querido tío.

—Y espero serlo aún si llega el caso; pero estamos ya en la huerta de los Benitos.

—¿Hemos salido de la gruta?

—Sí señor, atrás la hemos dejado.

—No he reparado en ello.

—Es una gruta de hiedra y de verdura, sostenida por los troncos y las ramas de algunos árboles; pero tan espesa, que ni entran el sol, ni el aire, ni aun la lluvia: yo creo que la vieja hiedra, entrelazada y retorcida, se ha convertido en una pared: recuerde si no vuestra señoría lo que nos ha costado abrimos una entrada.

—Es inmensa esta huerta, dijo el rey; pero parece hermosísima: se oye mas de una corriente de agua.

—Los buenos monjes Benitos se buscan todas las comodida-

des que pueden sin ofender á Dios, y á Dios no ofende el que hayan rodeado su convento con las hermosuras de la naturaleza: hay aquí claras fuentes para que con su murmurio hagan encantador el silencio de la noche, y para que sus corrientes rieguen las flores y las hortalizas; hay grandes estanques donde se crían el galápago, la anguila, la trucha, el salmon, el cangrejo, en lo que tampoco se ofende á Dios; hay largas espesuras de árboles por donde pasear á la sombra, y grutas de follaje que convidan á la meditacion.

—Pues tío, me parece que en Castilla viven mucho mejor los monjes que los reyes.

—A los reyes los ha hecho Dios para que sean mártires de su deber, ó se condenen faltando á él: para un rey no hay reposo posible: es el padre de una inmensa familia llena de necesidades, á las cuales tiene que atender: un monje no tiene otro cuidado que el de la salvacion de su alma, ni mas familia que él mismo.

—Pero tiene la caridad, el socorro á que le obliga su sagrado ministerio acerca de sus hermanos.

—Eso se queda para los religiosos andantes que tratan y hablan con todo el mundo, no para los monjes que viven encerrados en sus monasterios, sin salir de ellos ni ver en ellos á nadie mas que á sus compañeros.

—Entonces, conde, si aquí no puede entrar nadie, no puede haber aquí conciliábulos de traidores, y estoy advirtiendo una cosa.

—¡Qué, señor!

—Que se oye así como rumor de voces que hablan calorosamente, y entre aquellas ramas estoy viendo, á lo lejos, en la parte baja del monasterio, la luz que se filtra á través de los vidrios de colores de una gran ventana.

—Creo no engañarme, señor, si digo que esa es una de las ventanas de la sala de Capítulo.

—¡Ah! ¡luz y gente esta noche en la sala de Capitulo de San Benito el Viejo! Paréceme, tío, que nos han llamado como con bocina, y que vamos á oír y ver muy buenas cosas.

—Puede ser, señor.

—Y decidme: ¿qué hago con los monjes si conspiran contra mí? porque este es asunto árduo: esos milites de Cristo no dependen de mí, sino del Papa.

—En los tiempos de revueltas, señor, el clero, tanto regular como secular, procura como todos engrandecerse, mandar, dominarlo todo: hay que tener paciencia, y sobre todo mucho tino; no confundir lo que es de Dios con lo que es de los hombres; no consentir que la ambicion, la intemperancia y la soberbia se guarezcan impunemente bajo los ornamentos sacerdotales; velar á un tiempo por la inmunidad del rey y del reino, evitando que ningun poder extraño usurpe lo que no le pertenece, y por la pureza del dogma y de la disciplina eclesiástica: á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César: la traicion, las malas pasiones y los crímenes deben perseguirse allí donde quiera que se encuentren, y que lo sagrado de la investidura no encubra lo miserable ni establezca la impunidad: asuntos son estos gravísimos en que debeis evitar, de una parte, como rey católico, la heregía, y de otra, como rey justiciero, la injusticia: respetad lo sagrado, respetadlo siempre, pero acometed el crimen en el hombre, y castigadle con tanta mas energía cuanto menos debiera el hombre castigado ser criminal.

—¡Ah! muy soberbios andan nuestros monjes y nuestros prelados.

—Pues hé aquí la gran cuestion: amparáos para ello del Papa; á él y solo á él corresponde reformar los vicios en que haya caido ó pueda caer el clero arrastrado por la ambicion y por las pasiones mundanas, á que no debiera dar oidos, porque la mision del sacerdote pertenece al espíritu, á lo eterno, á lo incontestable, á lo absoluto, á lo santo, y no debe inmiscuirse en lo terrenal, en lo material, en lo percedero.

—Adelantemos, adelantemos, tio, á ver si esos santos varones están rezando ó conspirando.

—Veámoslo, señor, pero recatemos nuestros pasos á fin de no ser sentidos, y adelantemos con cuidado, no sea que haya en la puerta vigilantes, aunque bien me parece que no, porque los





LA BUENA MADRE.

Callemos, pues, dijo el rey.

muros son muy altos y tienen por defuera cava y barbacana, y no han podido suponer los buenos monjes que nadie éntre por la huerta.

—Valia un mundo mi abuelo el rey don Alfonso el Sabio, dijo el rey; y bien se conoce su buen ingenio en esto de haber hecho minas para su alcázar de Valladolid, y minas que den á monasterios de monjes.

—Me parece, señor, que seria oportuno guardáramos silencio.

—Callemos, pues, dijo el rey.

Y adelantaron sin hablar ni una palabra mas y recatando cuanto pudieron sus pasos, hácia la gran ventana, cuyos vidrios de colores trasparentaban la luz del interior.

COMO LA ESCALERA DE LA BUENA MADRE, DEL REY DON ALFONSO EL SABIO, Y DE LA ESCALERA DE LA BUENA MADRE, DEL REY DON ALFONSO EL SABIO.

A medida que salian de la repared de los árabes, sentaron los descubiertos por espacio del edificio de la abadia, y al fin aparecieron tres personas que se hallaban en un lugar donde antes habian estado iluminados al tráfuz; pertenecian, en efecto, aquellas tres personas a la parroquia de la sala de Capitulo de San Bañte el Vago.

Estaban con hijos sus alcaides, que se podía ver desde arriba, sin embargo, lo que acontecia dentro; impidiendo, sin embargo, la cantidad de los vidrios coloridos que interceptaban la vista.

Encontró el rey una mira en un pequeño claro producido por la rotura de un vidrio, miró al interior, y se puso pálido de cólera.

En la sala de Capitulo con las banderolas por adentro lampara de hierro, tomo i. de volas de cera, y en los capidales sacados



## CAPITULO XIX.

### CÓMO LA TRAICION SE AMPARABA DEL SILENCIO Y DE LA SOLEDAD DE LAS ABADÍAS.

#### I.

A medida que salian de la espesura de los árboles frutales, se iba descubriendo mas espacio del edificio de la abadía, y al fin aparecieron tres grandes ventanas de igual tamaño, cuyas vidrieras estaban iluminadas al trasluz: pertenecian, en efecto, aquellas tres ventanas á la magnífica sala de Capitulo de San Benito el Viejo.

Estaban tan bajos sus alfeizares, que se podia ver desde afuera, sin empinarse, lo que acontecia adentro: impedíalo, sin embargo, la densidad de los vidrios coloridos que interceptaban la vista.

Encontró el rey una mira en un pequeño claro producido por la rotura de un vidrio, miró al interior, y se puso pálido de cólera.

La sala de Capitulo estaba iluminada por su gran lámpara de hierro, cargada de velas de cera, y por los candelabros, cargados

tambien de velas, de una larga mesa cubierta con un tapete de velludo carmesí con adornos de oro, teniendo detrás, y sobre sí, un dosel, en el que se veia un gran crucifijo de tamaño natural.

## II.

La sala era marcadamente bizantina y de un gran lujo, dorada y pintada la piedra, labrada peregrinamente, con grandes tablas en que se veia pintada la vida de San Benito y con una orla sobre los sillones capitulares, que eran de roble, primorosamente labrados, cuya orla se componia de retratos de los sucesivos abades mitrados de San Benito el Viejo, cuya fundacion se remontaba á los tiempos del señor de Valladolid, el conde don Pero Ansurez, fundador del monasterio.

La techumbre, de roble primorosamente entallado, dorado y fileteado, era un tesoro artístico.

Los monumentos de tal género se han perdido casi todos: el tiempo, único revolucionario que reconocemos, los ha destruido, sepultándolos en el caos de lo pasado.

## III.

Lo que habia hecho palidecer de cólera al rey, era el haber visto que en la gran silla abacial, y presidiendo á todos los hombres que con hábitos ó sin ellos se encontraban allí, estaba el mismo que el dia anterior por la mañana se habia llamado su grande amigo, su lealísimo vasallo, y le habia prometido ir en persona con su estandarte y con sus lanzas á combatirse con los aragoneses que, proclamando á los infantes de la Cerda, se habian entrado por el reino de Leon.

Este caballero era don Juan Nuñez de Lara.

A su derecha tenia á don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, alférez mayor del rey y comendador de la órden del Templo.

Y á su izquierda, su hermano don Juan Alfonso Lopez de Haro.

Por bajo del estrado, donde estaban estos sillones con estos señores, en escalon mas bajo y á una regular distancia, delante de una barra que corria á lo ancho de la sala, habia la larga mesa con cubierta de velludo carmesí de que hemos hablado, y sentados á sus dos extremos, como secretarios, vió el rey á Martin Gil de Aguilera del un lado, miserable ingrato que debia la vida á doña María Alfonso de Molina, que le salvó del furor de su esposo Sancho IV.

—Hé aquí lo que se gana con favorecer traidores, exclamó el jóven rey; el traidor va siempre á la traicion como el rio va á la mar.

Al otro extremo de la mesa, y tambien como secretario, vió el rey á don Lope Gonzalez de Aytona, mayordomo del infante don Juan Manuel.

—¡Viene por sí ó por su señor! exclamó acreciendo en su cólera el jóven príncipe.

Y continuó mirando y reconociendo á los que en la sala habia.

A la derecha de don Diego Lopez de Haro, estaba don Frotardo Sanchez de Villamanrique, abad mitrado de San Benito.

A la izquierda de don Juan Alfonso Lopez de Haro, vió á don Nuño Gonzalez de Lara.

A la derecha de don Frotardo, á don Remon Falque, señor de Cardona, marido de doña María Alvarez, hija de don Juan Alfonso Lopez de Haro.

A la izquierda de don Nuño Gonzalez de Lara, á don Juan Alfonso de Alburquerque, alférez mayor de Portugal, venido á Castilla con la reina doña Constanza.

Todos estos señores ocupaban las sillas del frente de la sala de Capítulo.

A la derecha y á la izquierda habia monjes y caballeros, á

los cuales no conocian ni el rey ni el conde, que atisbaba tambien á través del vidrio roto.

## IV.

Quando el rey llegó y se puso en acecho, llevaba la palabra don Juan Nuñez de Lara.

—No hay espera que prudente sea, decia; apoderado se há del ánimo del rey el infante don Juan, la reina le escucha y se somete á sus consejos, y nada bueno podemos esperar de un hombre que todo lo quiere para sí: la ocasion no puede ser mas propicia: don Jaime II rompe con un ejército, acaudillado por el infante don Pedro, su hermano, por las fronteras del reino de Leon, trayendo consigo á don Alfonso de la Cerda, y proclamándole rey de Castilla; camina hácia Mayorga, villa cuya posesion importa mucho, porque puede ser el abrigo de un ejército que amenace á Castilla. El rey de Portugal se entra por las Estremaduras; el rey de Francia se pone sobre la frontera de Navarra; el rey de Granada amenaza de una parte á Tarifa y Algeciras, y de otra al reino de Jaen: ¿con qué cuenta doña María para repeler toda esta tempestad que se la viene encima? Con nuestras lanzas, caballeros. ¿Y qué ha hecho la reina para merecer nuestra ayuda? ¿por qué, si quiere favorecernos, favorece al infante don Juan contra todos nosotros, y contra el tutor del rey el infante don Enrique? Pues qué, ¿no sabemos lo que es el infante don Juan? ¿no sabemos que su lealtad al rey es un antifaz con que encubre su ambicion? ¿que su único objeto es apoderarse de la corona por un golpe de mano, y que si esto logra, para asegurarse por medio del terror, no dejará sobre nuestros hombros nuestras cabezas? ¿Habrá quien dude de que ha llegado el momento de que sostengamos á don Alfonso de la Cerda, cuya legitimidad es notoria, como hijo de bendicion del infante don Fernando, hijo primogénito del señor rey don Alfonso? ¿Y hay quien desconozca que el rey, así como sus hermanos, está,

segun nuestras leyes y libres fueros y costumbres, escluido de la sucesion á la corona, á causa de bastardía, puesto que no se han dispensado por el Santo Padre los parentescos que anulaban la union de don Sancho y doña María, haciendo de esta union, no un consorcio legítimo, sino un amancebamiento?

## V.

Rugió sordamente el rey, y el conde don Lope hubo de asirle para que, rompiendo la vidriera, no se lanzara dentro de la sala.

—Estáos quedo, señor, dijo el conde; nosotros somos dos y ellos muchos; no deis un gran dia de triunfo á los traidores, que tal vez os mataran si en esta ocasion entre ellos os vieran.

—¡Oh! ¡infames! ¡infames! exclamó el rey: conspiran contra nosotros y están cargados de nuestros beneficios: teneis razon, mi buen tio, es necesario matar, matar, y siempre matar.

—Pero en buena ocasion y en buen tiempo, señor, dijo el conde; cuando la sangre de los traidores no pueda producir retoños: continuemos, continuemos escuchando.

## VI.

Al decir sus últimas palabras, interrumpió don Juan Nuñez de Lara su discurso como para darle mayor efecto, y estuvo callando y como quien descansa de un vigoroso esfuerzo todo el tiempo que emplearon en su breve diálogo el rey y el conde.

—Por la atencion con que me escuchais, continuó don Juan Nuñez de Lara, pareceme que encontráis razonable todo cuanto he alegado.

—Sí, sí, sí, se oyó acá y allá en las bocas de todos sordamente.

—Cuando los pareceres son conformes, dijo don Juan Nuñez, es inútil insistir en la conveniencia de lo que debe hacerse; paréceme que ha llegado el caso de contar nuestras fuerzas. ¿De cuánta gente de guerra disponeis, don Diego Lopez de Haro?

—Mi mesnada y la de mi hermano don Juan Alfonso, contestó el señor de Vizcaya, montan á trescientos hombres de armas, doscientos rocines y dos mil peones.

—Bien, dijo don Juan Nuñez; á esto pueden añadirse los quinientos hombres de armas y los tres mil ballesteros de las mesnadas de mi hermano don Nuño y mia: ahora bien, don Juan Alfonso de Alburquerque: ¿con cuánta gente de guerra viene vuestro amo el rey de Portugal para cobrar el pleito que trae con la reina doña María, sobre villas y castillos en Estremadura, como dote de su hija doña Constanza?

—El rey, mi esclarecido é invicto señor, contestó con una inflada prosopopeya Alburquerque, trae seiscientos feroces caballeros, espanto de quien los mira, y seis mil terribles ballesteros, con muchos y buenos ingenios y máquinas de guerra; y en verdad os digo que tal y tan buena gente es, que aunque el rey mi señor no tuviera quien con él se ligara para este hecho, de la propia manera venceria, y quizá mas prontamente.

—Nadie pone en duda, dijo don Juan Nuñez de Lara, la gran pró, los grandes merecimientos y el prepotente esfuerzo de los hidalgos portugueses; pero tanto mejor si á esos leones se agregan algunos miles de perros de presa. Veamos ahora, señor Remon Falque, señor de Cardona, con cuánta gente viene en nuestra demanda el señor rey de Francia.

—Trae su señoría, contestó el catalan francés, ochocientos gendarmes, trescientos ginetes y diez mil peones.

—¿Y qué noticias se tienen de la gente que trae el rey de Aragon, abad don fray Frotardo?

—Poca caballería, pero buena, contestó el abad: ocho mil ballesteros montañeses y gran fuerza de máquinas de guerra.

—¿Y qué ayuda nos envia el rey de Granada, don Lope Gonzalez de Aytona, que segun creo andais trayendo y llevando cartas al infante don Enrique?

—El rey de Granada, contestó Aytona, no nos envía gente: en Castilla se mira mal á los moros por la desconfianza que de ellos se tiene; pero moverá guerra por el Andalucía, y pondrá cerco á Tarifa para entretener por allá á las fuerzas de don Alfonso Perez de Guzman y á las de la caballería de Santiago.

—Veamos, veamos cuánta gente resulta, dijo don Juan Nuñez de Lara.

Martin Gil de Aguilera, uno de los secretarios que habia ido anotando el número de la gente de guerra enunciada, halló que toda ella sumaba veintitres mil doscientos hombres, divididos en la forma siguiente: mil setecientas lanzas, quinientos ginetes y veintiun mil peones, con gran número de máquinas de guerra.

—Pues ¡sus! dijo don Juan Nuñez de Lara: no esperemos ni un momento mas.

Y se levantó.

—Todas las palabras que se dijese serian inútiles; levantemos nuestros campos esta misma noche los que los tenemos cerca de Valladolid, y marchemos sobre Mayorga.

—Marchemos, exclamaron todos.

## VII.

En aquel momento se oyó un estruendo, un estrépito especial: la mitad de una vidriera de la ventana del centro habia venido á tierra, y por ella habia saltado, dentro de la sala, el conde don Lope Diaz de Haro.

Se habia echado atrás la capucha, habia desembarazado su brazo sin mano de la manga del hábito, y en medio del estupor general, porque la mayor parte de aquella gente, que le conoció en otro tiempo, le habia reconocido, en particular sus dos hermanos y don Juan Nuñez de Lara, exclamó con voz potente, entrecortada por una carcajada convulsiva:

—Sí, sí, llevad á cabo una nueva traicion; id sobre Mayorga; allí os esperan la ira y la maldicion del Señor.

Aún no había acabado el conde de pronunciar estas palabras, cuando la sala se quedó completamente desierta.

Todos habían huido: para todos, el conde don Lope Diaz de Haro era un muerto levantado de su tumba, un aparecido.

### VIII.

Apenas impulsados por el terror habían dejado libre la sala de Capítulo los conspiradores, saltó dentro de ella, pálido y demudado y con todos los signos fisiológicos de un león hambriento, el rey don Fernando IV.

Habían quedado sobre la mesa los pergaminos en que habían escrito los secretarios.

El rey se apoderó de ellos.

—¡Ah! dijo: aquí tengo sus cabezas.

—No podeis cobrarlas todavía, exclamó el conde; dejad, dejad que fructifique en ellos el terror que les ha causado mi aparición: irán sobre Mayorga, sí, pero irán aterrados, desalentados, y cuando nos metamos entre ellos, los mataremos como ovejas. Salgamos de aquí, y salgamos cuanto antes, señor; dejad, dejad ahí esos pergaminos, que para nada nos sirven; es necesario que no vean nada que destruya el pavor que les ha causado mi aparición; seguidme, yo os lo ruego.

El rey siguió al conde don Lope, que volvió á salir por la vidriera rota, así como el rey.

Atravesaron la huerta, tan solitaria y tan silenciosa como antes, llegaron á la gruta de verdura y entraron por la mina.

—Y bien, dijo el rey; mañana verán este agujero abierto en esta espesura, penetrarán por él y llegarán hasta mi alcázar.

—Este agujero, señor, puede cerrarse aparentemente con las mismas ramas de la espesura, y no repararán tan fácilmente en ello.

Y el conde, asiendo las ramas de los costados, destegiendo hiedra, hizo como si dijéramos un zurcido en aquel rompimien-

to, cobró la antorcha que habia dejado arrimada á la pared, y se perdió con el rey en el fondo de la tenebrosa mina.

## IX.

Era el amanecer cuando el rey entraba en su cámara y se recogia, y el conde don Lope, por la galería de los Apóstoles, entraba en la mina que conducia á la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

En aquel mismo punto levantaban sus campos don Juan y don Nuño de Lara, don Diego y don Alfonso Lopez de Haro, y dejando á Valladolid, marchaban en abierta rebeldía á unirse al ejército aragonés, que estaba ya dentro del reino de Leon.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

to cobró la antorcha que había dejado arrojada á la pared, y se  
perdió con el rey en el labo de la tempestad misma.

IX

En el amanecer cuando el rey entraba en su cámara y se re-  
cogía, y el conde don Iago, por la kaxeta de los Apóstoles, en-  
traba en la mina que conducía á la ermita de Nuestra Señora  
del Carmen.

En aquel mismo punto levantaban sus campos don Juan y  
don Nuño de Lara, don Diego y don Alonso Iago de Haro, y  
destacando á Valladolid marchaban en abierta rebelión á unirse al  
ejército aragonés, que estaba ya dentro del reino de León.

—

—

FIN DEL LIBRO SEQUENO

El rey se levanta y sale á buscar á don Juan de Guzmán.

—

—

—

## CAPÍTULO PRIMERO.

# LIBRO TERCERO.

## EL CERCO DE MAYORGA.

Había empezado el mes de agosto, y las tardadas ya frías; por las noches se levantaba del Pisuerga una leve neblina. El invierno se anticipa en Castilla la Vieja.

Habían pasado cerca de tres meses desde los acontecimientos en que termina el libro anterior.

El rey de Portugal no se había unido á los aragoneses que asediaban á Mayorga, villa fuerte en los confines del reino de León; se mantenía en las Estramaduras cercando villas y castillos, que tomaba porque la reina no había enviado al poder enviar allí ejército alguno; y había dejado estas villas y estos castillos entregados á los escuadros numerosos de defensa de sus tenientes.

Allá en el Andalucía, el infante don Enrique, observado siempre por Guzmán el Bueno, nada podía hacer en su proyecto de volver á Tarifa el rey de Granada, á pesar de que había estado en esta ciudad tratando largamente de ello con el rey Mojammet-el-Ansurí.



## CAPITULO PRIMERO.

### DE CÓMO ANDABAN LAS COSAS EN CASTILLA.

#### I.

Habia empezado el mes de agosto, y las tardes eran ya frescas; por las noches se levantaba del Pisuegra una leve neblina.

El invierno se anticipa en Castilla la Vieja.

Habian pasado cerca de tres meses desde los acontecimientos en que termina el libro anterior.

El rey de Portugal no se habia unido á los aragoneses que sitiaban á Mayorga, villa fuerte en los confines del reino de Leon; se mantenia en las Estremaduras cercando villas y castillos, que tomaba porque la reina no habia enviado ni podido enviar allá ejército alguno, y habia dejado estas villas y estos castillos entregados á los escasos recursos de defensa de sus tenientes.

Allá en el Andalucía, el infante don Enrique, observado siempre por Guzman el Bueno, nada habia podido hacer en su proyecto de vender á Tarifa al rey de Granada, á pesar de que habia estado en esta ciudad tratando largamente de ello con el rey Mojammet-el-Ansarí.

Los dos hermanos don Juan y don Nuño de Lara, despavoridos por la tremenda aparición, que tal la habían juzgado, del conde don Lope en la sala de Capítulo de la abadía de San Benito el Viejo, así como don Diego y don Juan Alfonso de Haro, habían llegado, es cierto, á las fronteras del reino de Leon con intento de unirse al aragonés; pero habido consejo entre aquellos ricos hombres, determinaron que puesto que Dios les había avisado por medio de una aparición tremenda que el cerco de Mayorga que se intentaba debía serles funesto, era un temeridad ir contra la voluntad de Dios, y que mejor sería dejar pasar las circunstancias, y que los aragoneses solos, ó con el rey de Portugal, hiciesen lo que pudiesen.

Tomado este acuerdo, don Diego y don Juan Alfonso de Haro se fueron para Vizcaya, si no leales, desrebelados, y don Juan y don Nuño de Lara con Remon Falque se fueron al señorío de este último, que como sabemos era Cardona, en la Cataluña.

La estratagema del conde don Lope Diaz había producido su efecto, privando á los aragoneses, ó lo que es lo mismo, privando á don Alfonso de la Cerda, que había entrado con voz de rey de Castilla en Leon, de dos poderosísimos auxiliares, cuya defecion no influyó poco para que el rey de Portugal no avanzase, quedándose con su hueste á las puertas de su reino dispuesto á meterse en él si venian mal las cosas.

## II.

Pero los aragoneses no podían ya retroceder, y además el infante don Pedro, su caudillo, estaba irritado y empeñado.

Miguel Ceballos, con veinticinco hombres de armas de Zayda Fatima, había cumplido su encargo llevándole á la frontera del reino de Leon, y soltándole en ella con los escuderos que con él habían sido presos en el arrabal de los Molinos.

Don Pedro era demasiado bravo para olvidar el reto que tenía empeñado con el caballero del Aguila Roja.

Impulsábale sobre todo el violento amor que le inspiraba sin quererlo la reina doña María, y este amor se justificaba demasiado.

Doña María Alfonso de Molina estaba en lo mejor de su vida, en la fuerza de su juventud, como que apenas contaba treinta y cuatro años, y era hermosa, espiritual, y mas que hermosa, atractiva sin pretenderlo, de una manera irresistible.

El amor, la ambicion, el empeño, todo concurría á exacerbar al infante: para él era innegable que, tomada la ciudad de Burgos, proclamado en ella rey de Castilla el infante don Alfonso de la Cerda, apoderado el rey de Portugal de media Estremadura, sosteniendo el rey de Granada en la frontera del Andalucía una cruda guerra, privada la reina de defensores, desamparada, agobiada, sin esperanza de ningun género, sucumbiría al único recurso que la quedaba, esto es, su union con el infante don Pedro, que la procuraría una fuerte alianza con don Jaime de Aragon.

De lo que resultaba, atendidos los proyectos del infante, que don Alfonso de la Cerda no era otra cosa que un pretesto, del que se usaba y aun se abusaba.

### III.

Ahora bien: el infante don Juan, alarmado por el cambio brusco que se habia efectuado para con él en el rey, que á pesar de los consejos que don Lope Diaz de Haro le habia dado, no habia sabido ser prudente, conociendo que el rey le aborrecia y que le acechaba, sintió miedo viéndose abandonado por sus deudos por parte de su mujer, los Haros, y por sus aliados por parte de la Palomilla, los Laras, y se escapó con su mujer y con sus hijos de Valladolid, llevándose cuanto tenia, yendo á incorporarse con los aragoneses, y tomando de nuevo el título de rey

de Leon, de Galicia y de Sevilla, que habia abandonado poco antes.

Por su consejo, el infante don Pedro, que habia pensado marchar directamente á Burgos, volvió al proyecto de apoderarse de Mayorga, que por su posicion cerca de la frontera de Leon, y por su fortaleza, era un excelente centro de operaciones.

Mayorga fué sitiada, pero la reina habia tenido tiempo de abastecer la villa y de ponerla bajo el mando de dos ricos hombres de probada lealtad, llamado el uno Diego Ramirez de Cifuentes, y el otro García Fernandez de Villamayor, con mucha y buena gente de guerra, los cuales llegaron antes que la hueste aragonesa, que se encontró con la villa cerrada y puesta en defensa.

#### IV.

Los altos muros y las fuertes torres de pedernal de Mayorga, eran para aquellos tiempos inespugnables, y en vano fueron las *cabritas*, las *gatas* y demás máquinas de guerra de que iban muy provistos los aragoneses.

Y vinieron dias, y tan reciamente defendieron la villa los dos ricos hombres y los hombres de armas de la reina y los vecinos, que los aragoneses fueron un dia y otro rechazados, y hubieron de contentarse con tomar las villas de Oter de Humos, Villagarécía, Tordesillas, Medina de Rioseco, La Mota y Villafafila.

Habia, además de los que defendian la villa por dentro, un lobo suelto fuera de ella.

Este lobo, al cual podia llamársele bien leon, era la compañía franca de Zayda Fatima, esto es, del caballero del Aguila Roja y del caballero Sin nombre.

Tomaban una de las pequeñas villas circunvecinas los aragoneses, y allá se iba sobre ellos Zayda Fatima, los acometia, los

echaba, causándoles grandes pérdidas, y sin retener la villa, de la cual solian apoderarse otra vez los aragoneses, se marchaba á otra, de la cual, parte de los aragoneses estaban apoderados, y sucedia lo mismo.

La intencion de Zayda Fatima, ó mas bien del conde don Lope Diaz de Haro, no era librar una batalla campal y decisiva con todo el grueso del ejército aragonés, lo cual hubiera sido una temeridad á causa de la desproporcion de las fuerzas, sino acometer á los enemigos en detalle y causarles continuas bajas, que aumentaban imponderablemente las que producía la brava defensa de la villa.

Pretendióse mas de una vez por el infante don Pedro coger con todo el grueso de la hueste aragonesa á la compañía franca; pero esta escapaba, yéndose á embestir allí donde parte de la hueste de Aragon ofrecia probabilidades de triunfo.

Era Zayda Fatima un enemigo formidable, incansable, tenaz: ese irritante enemigo que no comete imprudencias, que rehuye el combate cuando, aceptándolo, no puede menos de ser vencido, que acecha y acomete sobre seguro.

A mas de esto, Mayorga no hubiera podido resistir por falta de mantenimientos, á no haberse constituido en proveedora de ella Zayda Fatima.

## V.

Habia dias, uno tras otro, en que ninguno de los campos aragoneses era molestado por aquel enemigo volante, por decirlo así: esto consistia en que de dentro de la plaza se habia avisado á Zayda Fatima de que escaseaban las vituallas.

Entonces Zayda Fatima, saliéndose de la periferia del cerco, se iba á las villas inmediatas, cargaba acémilas de cuanto era necesario, y esto sin que para ello se la hubiera dado ni un solo maravedí; y cuando se habia abastecido lo bastante, volvía una noche, acometía crudamente uno de los campos aragoneses,

y mientras duraba el combate, los acemileros entraban en la villa y la proveían.

## VI.

En estas escaramuzas, perdía, como era necesario, gente Zayda Fatima; pero por cada hombre que se perdía se reponían dos perfectamente armados y montados, que los cabos de Zayda Fatima iban á tomar á sueldo con las bolsas bien llenas á Burgos y aun á Valladolid, que hervía entonces, como hemos dicho, en aventureros.

Muchos de los que en la noche de marras estaban en el figon de Marilinda cuando entró en él Zayda Fatima, habían tomado sueldo en su compañía, enganchados por sus cabos, y entre ellos, aquel bachillerote que parecía ser el jefe de los hampones asistentes al arrabal.

## VII.

Un día se maravilló Zayda Fatima al ver que uno de sus soldados, agigantado, formidable, estaba soltando una exhortación en latín á un aragonés que tenía bajo su rodilla, y al cual, acabada la exhortación, le cortó la cabeza con su cuchillo, arrojándola luego como un proyectil á un grupo de aragoneses y aventureros que combatían á pié firme á poca distancia.

Un momento después, se decidió la batalla.

Los aragoneses huyeron dejando un considerable número de muertos y heridos, y el aventurero latino, recogiendo su lanza que tenía en el suelo, acudió á su caballo que estaba inmóvil, no lejos de él, montó, tomó del arzon una bota de vino, y se puso á beber tranquilamente.

—Venid acá, le dijo Zayda Fatima; yo os he visto alguna vez.

—Créolo bien, *quia nemo uvi ego sun intrat sine.....*

—Alto, alto, dijo Zayda Fatima; habladme á mí en romance liso y llano y dejáos de latines, no sea que lo tome á burla y os asiente la mano.

—Decia, pues, mi noble, mi egregio, mi invicto capitán, señor caballero del Aguila Roja, contestó el bachiller, que nada tiene de estraño que vuesa merced recuerde haberme visto, porque nadie entra adonde yo estoy que en mí no repare, á causa de mi humanidad corpulenta y de un no sé qué atractivo de que Dios me proveyó en sus altos juicios, y vuesa merced me vió, hará como cosa de un mes, una noche, en un burdel y con brava compañía, en el arrabal de los Molinos de Valladolid.

—Ciertamente, dijo Zayda Fatima recordando; ¿y qué érais entonces vos?

—Entonces era yo bachiller en derecho civil y canónico en la universidad de Valladolid, y vivia á espensas de un tío canónigo que me daba algun por qué, aunque escaso; pero habiendo muerto el canónigo mi tío, y habiéndole heredado, héme quedado pobre.

—¿Tan poca hacienda os dejó vuestro tío el canónigo?

—No verdaderamente, que dejóme tres molinos en el Pisuerga, seis casas en la villa y quinientas aranzadas de pan llevar, con unos cuantos miles de ducados viejos; pero aunque dejárame las tercias y las alcabalas del rey, y los pontazgos y barcazgos de siete reinos, y las minas de Golconda, y el sol metido en una redoma, durárame á mí lo que dura la luz del relámpago; que Dios ha hecho los dados, y los náipes, y las mujeres, y las bizarrías, y las galas para derretir dineros, y yo me dije: Melchor, vamos á cuentas: tú puedes vivir como un buen hidalgo todos los dias de tu vida, pero lleno de privaciones y de disgustos por no gozar lo que gozar se puede: ¿á qué quieres tú andar peleando con los renteros, y cuidando de paneras llenas de grano, y de bodegas llenas de vino, si tú no has nacido para eso? ¡Sus! oros son triunfos; cambia en dinero molinos, casas y

tierras, y esto súbito, en un solo dia, en una sola hora, en un solo minuto; y así fué, que caliente todavía el cadáver del buen tío, metiéronme en mi posada no sé cuántos talegos de dinero; y tal bebí, tal comí, tal enamoré, tal jugué, tanto fué el furor con que yo me dí á gastar, que no parecia sino que al dinero le nacian alas y escapaba por no tratarse conmigo, y á los ocho dias cabales encontréme sin dinero, sin ropa, sin amigos, y lo que es peor, con deudas, aunque esta peoría no es para mí sino para aquellos que, creyéndome todavía rico, me prestaron, y que no volverán á ver sus dineros en todos los dias de su vida. Así pues, echóme el gancho uno de vuestros cabos, ofrecióme, porque era grande y fuerte y decia que yo servia para meter miedo, aunque no fuese para otra cosa, cuatro maravedises de sueldo al dia, encajóme sobre las bayetas un arnés, me puso debajo un caballo, me entregó una lanza de media legua de andadura, como la estais viendo, y esta adarga aquí presente, con la cual se puede tapar la plaza mayor de Valladolid, trájome, llegué, aprendí en dos dias el oficio de la guerra, y por lo que acaba de ver vuesa merced, me parece que sirvo yo para algo mas que para meter miedo.

—¿Y cómo os llamais, buen mozo? dijo riendo Zayda Fatima.

—Llámome Melchor Zancudo, para servir á Dios, al rey mi señor y á vuesa merced.

—Pues ¡vive Dios! que por lo que os he visto hacer en la pelea, os aprovecho: mientras combatíamos vino al suelo mi estandarte, á causa de haber muerto mi alférez Alfon Gil, por castigo sin duda de Dios, que no quiere traidores: rodando ha andado el buen estandarte de soldado en soldado mio durante la pelea, y quiero que le tenga quien sepa y pueda sustentarle: sois además hombre de buen ingenio, y me servireis para mucho. Vamos, ya han recogido nuestros heridos, y nos retiramos; antes de que nos retiremos, voy á entregaros ese estandarte, que os confío, seguro, por lo que os he visto hacer, de que le mantendreis con honra.

Y Zayda Fatima, llamando á uno de sus cabos, que tenia el

estandarte, y delante de su gente formada, entregó con gran solemnidad el estandarte al alférez Melchor Zancudo, que parecia entonces mas grande á causa de lo que le habia inflado la vanidad.

Hemos consignado este episodio, porque nuestro Melchor Zancudo es, como verán nuestros lectores, un importantísimo personaje de esta verídica historia.

### VIII.

Cuando Melchor, por sus merecimientos como hombre feroz, ascendió á la categoría de alférez del muy noble caballero del Aguila Roja, hacia cabalmente un mes desde que los aragoneses, acaudillados por los infantes don Pedro, don Juan y don Alfonso, habian emprendido el sitio de Mayorga.

La reina, viendo que con sus propias fuerzas no podia dispar tan grande y tan amenazador nublado, contemporizó todavía, hizo como que olvidaba las nuevas injurias que la habian hecho los Haros y los Laras, y las traiciones y las malas artes del infante don Enrique, y les escribió cartas pidiéndoles fuesen á su lado á defenderla de sus enemigos.

Acudió el primero el infante don Enrique, que veia malo lo de Tarifa, á causa de la presencia de Guzman el Bueno, y cuando llegó á Valladolid, sin parar en ninguna otra parte, se fué al Alcázar y encontró á la reina oyendo misa en la capilla.

Acabada la misa, y recibido el infante por la reina en su cámara, este la dijo:

—Ya veis, señora, con cuánta lealtad y apresuramiento vengo de las Andalucías, donde importaba mucho que yo estuviese, llamado por vos, que decís os encontrais en gran cuita, y bien veo que esto es cierto, porque teneis sobre vos al rey de Aragon, y al de Portugal, y al de Granada, y contra vos al infante don Juan, á don Diego de Haro, á don Juan Nuñez de Lara y otros muchos ricos hombres y caballeros de gran poder y cuan-

tía; y ved cómo se encuentra vuestra hacienda, lo uno porque el rey mi señor es muy mozo aún, y vos viuda, y yo viejo y cansado, por lo que podrá suceder muy bien os tomen el reino y se lo repartan: pero ya os dije en buen tiempo, y torno á decíroslo ahora, que si vos quisiérais bien podría remediarse todo, con que al fin, y viendo de qué manera se ponen las cosas, triunfáseis de vuestros enemigos y reinase vuestro hijo.

—Bien veo la enemiga con que me tratan el rey de Aragon, el de Francia, el de Portugal, el de Granada; lo desleales que me son parientes y vasallos, y Dios sabe cuán sin derecho es esto; pero fío en la misericordia de Dios que él me ayudará, y todo cuanto yo pueda hacer porque reine mi hijo, lo haré.

—Repito lo que ya os dije antes, señora: mujer manceba sois y con hijo mozo, á la que cumple casarse y tener en un buen marido consejo y defensa: y si vos hiciérais lo que hicieron otras reinas mozas que quedaron con hijos, y casárais con el infante de Aragon, todo terminaria felizmente para vos y para vuestro hijo, y vuestro hijo reinaria, y vos os veríais servida y respetada.

—Maravíllome mucho, contestó la noble reina, de que os atrevais á repetir lo que nunca decirme debiérais, atendiendo al parentesco que conmigo os une: y no hay por qué traerme á mí para lo que me habeis aconsejado ejemplos de reinas que obraron mal, que yo he tomado y tomaré el ejemplo de las que obraron bien, y fueron muchas que quedaron mozas y viudas con hijos pequeños, señaladamente de mi linaje, y las ayudó Dios. Y estad seguro de que si yo supiera que por manchar la memoria del rey mi amado esposo habia de ser rey sin contradiccion de nadie mi hijo, y aunque ganara con ello otros tantos reinos mas que los que le dejó su padre, yo no lo haria, y que mas quiero vivir buena con lo que Dios quisiese, que no con gran poder y con grande honra haciendo lo que tan malamente me aconsejais, y confío en Dios que mas ayudaré á mi hijo siendo buena, que olvidándome de mi decoro, del amor de mi esposo y de la dignidad de mi hijo.

## IX.

Esto disgustó grandemente á don Enrique, que veía su provecho en que la reina casase con el infante de Aragon, porque de este modo podria apartarla del rey, y apoderarse de él, y gobernar á su antojo, y medrar hasta donde la sed de su ambicion le movia.

Llegaron pocos dias despues don Diego de Haro y don Juan Nuñez de Lara con sus armas y sus caballos, y no vinieron don Nuño Gonzalez de Lara porque estaba muy doliente en Burgos de la enfermedad de que murió, ni don Juan Alfonso de Haro, que dijo que no queria venir mientras no le diesen el señorío de los Cameros, á que decia tenia derecho.

La gente que habian traído los que vinieron, se halló que eran cuatro mil de á caballo; y queriendo ir todos los hidalgos y ricos hombres de mesnada que allí venian con don Diego y con don Enrique á levantar el cerco de Mayorga, don Enrique no lo consintió, porque por nada del mundo queria ir contra los aragoneses, y alegó por pretesto que necesitaba ir á Granada á procurar la avenencia de aquel rey con el rey de Castilla.

Hacia esto don Enrique por poner discordia en la gente de armas que estaba reunida de una parte, y de otra por ir á vender al rey de Granada la villa de Tarifa, á cambio de grandes riquezas.

Pero viendo esto la prudente reina doña María, y por entretenir á don Enrique, tomando pretesto de que la ciudad de Zamora no estaba muy tranquila, le dijo fuese allá con el rey, y que despues de sosegada Zamora, hiciese lo que quisiese; y fueron á Zamora, pasando por Segovia, y en las dos ciudades acogieron con gran entusiasmo al rey, y pasaron en cada una de ellas ocho dias, despues de lo cual se volvieron á Valladolid, donde la reina entretuvo aún á don Enrique con el pretesto de que no queria quedarse sin el auxilio de sus consejos.

Tal era el tutor del rey don Fernando; tales arrimos tenia su buena madre la reina doña María de Molina.

## X.

Quedó sola la reina con don Diego Lopez de Haro y don Enrique; y viéndose tan acometida y tan desamparada, envió á su hijo el infante don Felipe, que era de pocos años, á Villalpando; á Palencia á su otro hijo niño, el infante don Pedro; á Toro al otro infante niño don Enrique; á Toledo la infanta doña Beatriz, y á Guadalajara á la infanta doña Isabel.

Esto hacia la sagacísima reina para enaltecer la lealtad de aquellas villas y ciudades: no podia defender á sus hijos; necesitaba además quedarse libre para combatir, y les entregaba sus hijos para que los guardasen.

No podia hacerse mas: doña María Alfonso de Molina se batió ya á la desesperada, resuelta á todo.

Despues de esto habló con los concejos de Castilla, que estaban reunidos en Valladolid, mostróles en qué situacion se encontraba el rey su hijo, que esperaba defendiesen como leales, y ellos lo juraron y se volvieron á sus villas, quedándose de nuevo la reina sola con don Diego Lopez de Haro, y el infante don Enrique.

Algunos dias despues llegaron don Juan Ozores, maestre de Santiago, Pero Diaz de Castañeda, y Fernan Ruiz de Saldaña, con alguna gente de armas, y ofrecieron pleito homenaje á la reina, diciendo que querian ponerse á su merced, porque el otro camino que seguian no era derecho.

Recibiólos muy bien la reina, y mandó á Pero Diaz de Castañeda á la villa de Carrion, y á Fernan Ruiz á la villa de Saldaña.

## XI.

Empeoraron por entonces las cosas.

El rey de Aragon en persona con un fuerte ejército invadió el reino de Murcia, cuyas villas y castillos, por consejo de sus habitantes, que eran catalanes, se le entregaron, á escepcion de Lorca, Alcalá y Mula, en que habitaban castellanos.

Al mismo tiempo, el rey de Granada hacia una cruda guerra en la frontera, resistido por don Alfonso Perez de Guzman el invencible, que mantenía á raya á los infieles, á pesar de que no le sobraban fuerzas.

## XII.

Entre tanto los infantes don Juan, don Pedro y don Alfonso, que tenían cercada la villa de Mayorga, viendo que no la podían tomar, enviaron mensajeros al rey de Portugal pidiéndole que viniese á ayudarles.

Y el rey de Portugal, no considerando el deudo que tenía con el rey de Castilla y la pleitesía de ayudarle y de que le había tomado las villas de Serpia, Mora y Moron, sin desafiarle se puso en marcha con todo su poder para ir á ayudar á los que cercaban á Mayorga, como quien quería separar los reinos de Castilla y de Leon, y tomar su parte en el de Galicia.

En tal estado estaban las cosas á principios del mes de agosto.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

## IX

Empués que entonces las cosas.

El rey de Aragón en persona con un fuerte ejército invadió el reino de Murcia, otras villas y castillos, por consejo de sus habitantes, que eran catalanes, se le entregaron, á excepción de Lora, Alcañiz y Mira, en que hablaban castellanos.

Al mismo tiempo el rey de Castilla la había que eruda guerra en la frontera, resistido por don Alonso Perez de Guzman el invencible, que mandaba á raya á los moros, á pesar de que no le sobraban fuerzas.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

## XII

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Entre tanto los infantes don Juan, don Pedro y don Alonso, que tenían eruda la villa de Majorca, viendo que no la podían tomar, enviaron mensajeros al rey de Portugal, pidiéndole que viniese á ayudarles.

Y el rey de Portugal, no considerando el dolo que tenía con el rey de Castilla y la pobreza de ayudarle y de que le había tomado las villas de Beja, Moura y Alentejo, sin desahogar se puso en marcha con todo su poder para ir á ayudar á los que combatían á Majorca, como quien quería ayudar los reinos de Castilla y de Leon, y tomar su parte en el dolo.

Al tal estado estaban las cosas á principios del mes de agosto.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

Algunos de los señores de la corte de don Alonso.

## CAPITULO II.

EN QUE EL AUTOR RETROCEDE EN SU RELATO, PORQUE ASÍ LO RECLAMA  
LA CLARIDAD DEL ASUNTO.

## I.

El sitio de Mayorga continuaba con grande encarnizamiento: á medida que la hueste aragonesa menguaba por las continuas bajas, se aumentaba el empeño de sus capitanes.

Las escaladas se repetían, inútiles siempre.

Las máquinas combatían en vano aquellos gruesísimos muros construidos con fragmentos de pedernal, como se ven ahora en los restos que de ellos quedan.

La peste negra que vagaba por Castilla, habia empezado á diezmar el campo aragonés, aconteciendo el fenómeno de haber respetado á los habitantes de la villa.

Teníase esto á milagro; se atribuía, tanto el que las acometidas de la numerosa hueste enemiga fuesen inútiles, como el que solo entre ellas se cebase la peste, á las rogativas de los frailes, á las oraciones de las monjas, y sobre todo á la decidida proteccion que el cielo dispensaba á la reina doña María,

## II.

Zayda Fatima estaba tanto dentro de la villa defendiendo sus muros, como fuera acometiendo los campos enemigos ó protegiendo la entrada de vituallas.

Tampoco en los soldados de Zayda Fatima habia un solo caso de peste, pero sí muchos de traicion.

Con frecuencia, Zayda Fatima se veia obligada á ahorcar á alguno ó á algunos de sus soldados.

Llegó el caso de que no pudiese reposar sin una fuerte guardia.

Generalmente, mientras Zayda Fatima dormia por un breve espacio, velaba en su tienda el conde don Lope.

## III.

Las asechanzas contra Zayda Fatima venian desde el principio del sitio.

Consistia esto en una conversacion que tuvo el infante don Juan al amanecer de aquella noche que pasó en el campamento de Zayda Fatima con Gutierre Mesa, que fué el encargado de poner al infante en libertad.

—Y bien, le dijo el infante; ¿qué ha pasado esta noche en el campo?

—Pasar, nada: han estado aquí presos, como vuesa merced, una dama y dos caballeros; la dama se ha ido al amanecer con sus dueñas y sus criados, honradamente acompañada por gente del campo, y los otros dos caballeros, al uno se lo ha llevado preso con veinticinco lanzas mi compañero Miguel Ceballos, y

al otro, de órden del capitan, le eché yo fuera: y ¡qué aprensiones tenia el tal señor! ¿pues no se le puso en la cabeza que mi capitan era mujer?

—¡Bah! dijo el infante, que tenia una gran serenidad y ocultaba profundamente lo que sentia: ¡mujer vuestro capitan! es necesario estar loco para pensar en esto. ¿Y quién era ese señor que levantaba á vuestro capitan tal calumnia?

—Un jóven muy buen mozo y muy ricamente vestido, que á lo que creo es paje de la reina.

—¿Y qué motivos tenia ese señor para creer mujer á vuestro capitan?

—Manías; como no fuera porque mi capitan es muy jóven y muy hermoso, tan hermoso como pudiera serlo una mujer, y porque tiene unos ojos negros que encantan; pero eso es que Dios ha hecho muy buen mozo á mi capitan.

—Teneis razon, dijo el infante; lo que vuestro capitan ha hecho y está haciendo no es de mujer, sino de hombre y de muy hombre. ¿Y qué mensaje traeis para mí?

—Que vuestra merced puede irse á Valladolid cuando quiera, y si desea que se le resguarde se le resguardará.

—Me basta con mis escuderos, contestó el infante.

—Y con los del rey, que aún están ahí, contestó Gutierre Mesa.

—¡Cómo! pues qué, ¿su señoría no está en el campo? dijo el infante.

—No señor, se fué ya despues de la media noche con el caballero Sin nombre.

—¡Ah! ¿y dónde estaba el caballero Sin nombre que yo no le he visto?

—Andaba fuera.

—Decidme, amigo: el caballero Sin nombre ¿suele ponerse hábito benedictino?

—Sí señor, contestó Gutierre; eso lo sabe todo el mundo; y cuando no se pone el hábito benedictino, se pone una sobrevesta de luto, porque es de lana blanca sin ningun otro color ni adorno.



—Y decidme, porque creo yo conocer al caballero Sin nombre: á ese caballero ¿le falta la mano derecha?

—Yo no sé decir á vuesa merced si le falta ó no, porque yo nunca se la he visto; la tiene siempre escondida bajo la manga del hábito ó de la sobrevesta.

—Entonces no es quien yo creo, dijo el infante.

—Nada tiene de estraño, dijo Gutierre Mesa, que al caballero Sin nombre le falte la mano derecha, porque ha debido estar en muchas lides; dígolo, porque cuando monta á caballo parece un grande hombre de armas.

—De esos los hay por todas partes en Castilla, y vos teneis trazas de serlo muy bueno.

—Como que me he hallado en mas de treinta batallas campales, y siempre, dicho sea en buen hora, he salido de ellas sin que el hierro me toque á la carne.

—Suerte habeis tenido.

—Llevo yo siempre un escapulario de la Vírgen del Cármen, y tengo en él tal fé, que con él sobre el pecho iria á meterme sin miedo en el infierno. Pero como decia, tan buena pinta de hombre bravo y de buen capitan tiene el caballero Sin nombre, que no cuesta trabajo creer que en algun lance apretado le echaran la mano al suelo.

—Puede ser, puede ser que en algun lance apretadísimo le aconteciese esa desgracia. Pero vamos: puesto que vuestro capitan me despide de este modo, soltad á mi gente y á la del rey, y conducidme hasta la poterna, á fin de que me la franqueen: vuestro capitan debe de tener en vos una gran confianza, porque pareceis muy leal.

—Teneis razon; por nada del mundo venderia yo á mi capitan.

—Como no fuera que le vendiérais sin pensarlo.

—Estad seguro de que no, ni en sueños puedo yo pensar en una traicion; yo no vendo á aquel cuyo pan cómo, ni soy como esos señores que se rebelan cuando el rey no les da lo que quieren, y que para servir á su señoría necesitan que se les pague á peso de oro.

—Teneis razon, dijo el infante; hombres leales como vos son inapreciables: vamos, vamos, que ya entra bien el dia y deben estar abiertas las puertas de la villa.

## IV.

Algunos minutos despues, el infante, acompañado de Benavides, y seguido de sus hombres y de los del rey, salia del campo, y por un mal caminejo se dirigia á Valladolid.

—¿Sabeis, Benavides, dijo el infante, que esta noche han sucedido cosas extraordinarias?

—Ya lo creo, señor infante, contestó Benavides. ¿Dónde está el rey? Paréceme que no habrán querido quedarse con su señoría esos capitanes.

—El rey ha vuelto solo esta noche á Valladolid con el caballero Sin nombre, dijo el infante.

—¿Y cómo es que su señoría ha arrostrado por dar su nombre para que le abran las puertas de la villa, cuando mostraba tan viva repugnancia á ello?

—Al rey nos le han vuelto, Benavides.

—¿Bah! la Palomilla tiene mucha fuerza para con su señoría, el rey la adora, y ella ha sabido manejarse de tal modo, que hará del rey lo que quiera.

—Sin embargo, Juan Alfonso, dijo el infante, el rey puede haber encontrado alguna otra hermosura mas incitante que la de doña Juana.

—¿Y cuál, si gustais, señor?

—¿Os acordais de doña María de Granada?

—¿Oh, Dios mio! exclamó Benavides: ¡la infanta mora! ¡la amiga de la reina!.....

—La misma.

—Hermosísima, sobre todas las hermosuras que he visto, señor infante; pero doña María desapareció: hay quien cree que su padre el rey de Granada, que la adoraba y que la habia malde-

cido por su fuga, envió emisarios sagaces que, á lo que se cree, supieron apoderarse de ella y llevársela á Granada: tal vez á estas horas, la pobre infanta esté encerrada en alguna torre de la Alhambra, si no es que en su furor la ha matado su padre.

—Ni está encerrada, ni muerta, ni mucho menos en Granada, dijo el infante, sino libre y campando por su respeto en estos reinos de Castilla.

—¿La habeis visto, señor?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el campo de donde acabamos de salir.

—¡Ah! se enamoró tal vez del caballero del Aguila Roja y se escapó con él. ¿Quién habia de creer esto de la zahareña virtud de doña María?

—Nada tiene de estraño, contestó el infante, que doña María ame con toda su alma y sobre todas las cosas al caballero del Aguila Roja, porque lo primero que en este mundo amamos, es á nosotros mismos.

—¿Qué es lo que quiere decir vuestra merced? exclamó maravillado Juan Alfonso Benavides.

—No quiero decir, sino digo, contestó el infante, que el caballero del Aguila Roja y doña María de Granada son una misma persona.

—¿Tanto se aman!

—No seais torpe, Benavides; voy á explicarme clarísimamente: el caballero del Aguila Roja no es hombre, sino mujer, y esa mujer es doña María de Granada.

—¡Imposible! exclamó Benavides: los soldados del campo, con quienes he hablado, cuentan de su capitán cosas terribles, cosas que hacen de él un hombre formidable.

—No hay nada mas valiente, ni mas fuerte, ni mas cruel que una mujer cuando se olvida de su sexo, dijo el infante: á mas de eso, los moros crian á sus hijas de una manera brava, y tanto mas, cuanto son de mejor linaje. Dios os guarde de una mora granadina; están acostumbradas á la sangre: era necesario que viéseis vos unas fiestas en Bibarrambla: se rejonean toros;

perecen mas de cuatro caballeros en las terribles astas, sin que ninguna dama empalidezca; las cañas producen encuentros formidables, caidas de hombres que son hollados por los caballos; con mucha frecuencia se ven pasar por la ciudad los heridos y los muertos de algun combate contra los cristianos. Estos espectáculos de sangre hacen muy bravas á las mujeres granadinas: además, los moros nobles llevan á sus hijas á la montería, y con mucha frecuencia acompañando á su harem, á la guerra: los moros de por acá no son como los de la otra banda: en Marruecos, la mujer está encerrada, y si sale alguna vez á la calle, siempre despues de haberse casado, va cubierta de los piés á la cabeza, revuelta esta con la toca y sin dejar ver mas que un ojo, y aun así á medias: las granadinas entran y salen, llevan el semblante descubierto, se van á los cármenes á solazarse y estar en ellos mezcladas con los hombres, asisten á las zambras y van á las mezquitas; viven, en fin, como nuestras castellanas, porque de la misma manera que hemos tomado nosotros costumbres suyas, ellos han tomado costumbres nuestras.

—Gran maravilla sería que vuesa merced no se hubiese engañado, dijo Benavides.

—Tan no me he engañado, le respondió el infante, que veo que el rey se ha enamorado de doña María de Granada, y nos ha hecho completamente inútil á doña Juana Nuñez. Pero ved que llegamos á la puerta de Nuestra Señora. Procurad sacar de los guardas si ha entrado esta noche por aquí el rey, si no porque os lo digan, por la manera con que os lo nieguen: yo sigo delante y os espero en mi casa.

Y entrándose el infante con los suyos por la puerta de Nuestra Señora, dejó en ella con los del rey y harto pensativo á Benavides.

## V.

—¿Quién ha entrado por aquí esta noche despues del toque de queda? dijo de improviso Benavides á uno de los guardas,

con la autoridad que le daba su privanza con el rey, que todos conocían.

—Nadie, señor, contestó tan naturalmente el guarda, que Benavides se convenció de que nadie había entrado por la puerta de Nuestra Señora.

Siguió adelante, llegó al Alcázar y se metió en el cuarto del rey.

—¿Y su señoría, Sandoval? preguntó á uno de los camareros.

—Está durmiendo, contestó Sandoval; hace poco entré á ver si la lámpara lucía bien, y su señoría dormía profundamente.

—¿Pues por dónde ha entrado su señoría en el Alcázar? dijo para sí Benavides: que el rey entrase en Valladolid por cualquiera de las puertas y valiéndose de alguna industria, no lo extraño; pero estoy seguro de que el rey no daría su nombre para que le bajasen el puente, á la puerta del Alcázar, porque al toque de queda se llevan las llaves á su señoría la reina, y sería necesario ir á pedírselas, á lo cual de seguro no se espondría el rey. ¿Qué es esto, Señor, qué es esto? No lo entiendo; lo que entiendo es que esto basta para volver loco á cualquiera; porque pensar en que la reina puede tolerar trasnochos y malas costumbres del rey, es pensar en lo imposible; esto es de todo punto extraño: ¿qué habrá aquí?

Y Benavides se aturdió como todos los cortesanos, cuando ven en el palacio de sus señores algo que no se explica por sí mismo.

### CAPITULO III.

EN QUE SE VE Á CUÁNTOS PELIGROS ESTABA ESPUESTA ZAYDA FATIMA.

#### I.

Aquel día supo don Juan que don Diego Lopez de Haro, su pariente por parte de su mujer, y su hermano don Juan Alfonso de Haro, y don Juan Nuñez de Lara, y don Nuño Gonzalez, habian desaparecido, poniendo fuego á sus campamentos del Campo Grande y del Puente Mayor.

Envió á sus servidores á todas las puertas de la villa, y resultó que por ellas, desde el toque de queda al toque de alba, no habia entrado nadie.

Envió espías al campo del caballero del Aguila Roja, y los espías volvieron y le dijeron que aquel campo habia sido abandonado, que habian desaparecido las tiendas, que ardian las barracas, y que se podia pasear libremente dentro de su estacada.

Esto significaba que todo el mundo se ponía en movimiento para tomar parte en la lucha.

## II.

El infante don Juan se fué á ver á doña Juana Nuñez, y la encontró de todo punto cambiada, distraida, oyendo de mala gana el nombre del rey, y hablando hasta por los codos del caballero del Aguila Roja.

—No hay que contar con esta loca, dijo para sí el infante; sobrepone sus caprichos á su ambicion: vámonos á ver á mi cuñada.

## III.

La reina habló ardientemente con el infante don Juan, le puso ante los ojos la situacion en que se encontraba, desamparada de todo el mundo, sin dineros, sin soldados, sin mas amparo que el de Dios, sin mas apoyo que el de los pocos leales que la quedaban, y le escitó á que con la autoridad que tenia, como tio carnal del rey, levantase en Valladolid la gente que pudiese y se fuese detrás de los Haros y de los Laras, y los combatiere, antes de que pudiesen unirse á la hueste de Aragon y la robusteciesen.

Púsole ante los ojos cuántas veces le habia favorecido, cuántas le habia librado de la muerte, y que se lo habia perdonado todo: la violencia que pretendió ejercer contra ella la noche en que moria Sancho IV, como el haber usurpado á su sobrino el reino de Leon y haber tomado autoridad y nombre de rey contra todo derecho: apeló al grito de la sangre, á la generosidad del honor, á todo cuanto puede apelar una madre desventurada que ve en peligro la vida de su hijo.

El infante don Juan prometió mucho, pero con la torcida intencion de obrar todo al contrario de lo que prometia.

Apareció ante la reina generoso y aun admirable, y dejándola consolada, porque el infante don Juan podia hacer mucho, puesto sinceramente de parte del rey, se fué á ver á este, á quien encontró acariciando á un azor mudado que tenia en el puño, y con el que se entretenia dándole á comer moscas, que cogia con gran paciencia y con gran destreza y al vuelo Juan Alfonso de Benavides.

Como la estacion era avanzada y habia gran follaje alrededor, abundaban las moscas y los moscones, que son compañeros inseparables del verano.

## VI.

—¿Cómo es que os separásteis de mí, señor? dijo suavemente el infante don Juan.

—La corriente, tio, la corriente, contestó el rey, dando á su azor una gran mosca de cabeza azul que acababa de cazar Benavides: sin saber cómo me he encontrado en mi cámara y en mi lecho. ¿Y sabeis que son unos buenos pájaros los Haros, los Laras, los Alburquerque, los Falque y qué se yo cuántos otros? Si se convirtieran en moscas haríamos que las cazara Benavides, que se pinta solo para esto, y saldríamos del paso haciendo que se las almorzase Valeroso; pero son unos moscardones de coselete duro y agujon fuerte, que el diablo que los eche mano: para ello se necesitaria una red que no tenemos, gracias á Dios; quiero decir, un ejército de buenos y leales caballeros como vos, mi buen tio.

Crejó encontrar el infante una espresion duramente hostil y friamente sarcástica en las últimas palabras de su sobrino.

—Dios da su derecho á quien le tiene, contestó el infante.

—Pero es necesario confesar, tio, dijo el rey, que nuestro derecho nos viene bien torcido. Tomad, Benavides, á Valeroso, y ponedle en la percha; me canso de todo.

Y dió el azor á Benavides, que se fué con él.

—¿Y qué haceis, infante don Juan, qué haceis que no re-  
tumban ya nuestras trompas por todo Valladolid llamando gen-  
te de guerra? ¿Creeis que esto tiene espera? ¿creeis que si los de-  
jamos engordar y robustecerse podremos con ellos? ¡Vive Dios  
que nos hemos quedado solos, sin mas que cien ballesteros hi-  
dalgos y los doscientos malos rocines y los quinientos peones  
cansados que están en el Alcazarejo!

—¿Y la compañía franca del caballero del Aguila Roja, se-  
ñor? ¿No fiais en la lealtad de ese caballero y de su conjunto, el  
que se apellida el Sin nombre?

Miraba profundamente el infante al rey al pronunciar estas  
palabras.

—Sí que confío, dijo el rey sosteniendo mal la tenaz y pro-  
funda mirada del infante; pero ellos son pocos y los otros son  
muchos: es necesario ayudar á los leales.

El infante don Juan prometió al rey levantar en armas me-  
dia Castilla y ponerse á su frente, y se fué, no para cumplir su  
promesa, sino para cargar en acémilas todo lo precioso que en  
su casa tenia, para marcharse aquella noche, como lo hizo, con  
su mujer y sus hijos y unirse á los rebeldes.

## V.

Ya hemos dicho los medios á que apeló, viéndose tan des-  
amparada la reina doña María.

Vengamos ahora á las asechanzas de que era objeto Zayda  
Fatima, y que la obligaban á cuidar de su seguridad.

De una parte la acosaban emisarios de su padre, que habia  
trocado de tal manera el amor que la habia tenido en aborreci-  
miento, que no pretendia menos que apoderarse de ella para  
castigarla á sangre.

Ya Zayda Fatima se habia visto obligada á dominar una in-

surreccion de parte de sus soldados, motivada por un renegado que habia tomado bandera en la compañía en Medina del Campo.

Este renegado era un moro granadino que, habiendo sido hecho cautivo en uno de los combates de los moros con los cristianos en la frontera de Granada, se habia enamorado en Jaen, donde le habia vendido el soldado que le habia cautivado, de la sobrina del canónigo que le habia adquirido como esclavo.

Enamoróse á la par la sobrina del cautivo, que era muy buen mozo, burlaron la vigilancia del canónigo, le robaron y se escaparon á tierras de Castilla, en donde, convirtiéndose el moro, se bautizó y se casó con su amante para desarmar al airado tio, cuya pingüe herencia en tierras, que no habian podido traerse los prófugos, debia heredar la sobrina.

Pero aconteció que esta murió á poco de haberse casado; que nuestro renegado gastó bizarramente el dinero robado al canónigo, y que se encontraba sin blanca cuando Zayda Fatima levantó bandera en Valladolid para asoldar gente al servicio de la reina.

Rodriguez, que tal apellido con el nombre de Pablo habia tomado el renegado, conoció á Zayda Fatima en el momento en que la vió, porque Hamete-el-Zeirí, que así se llamaba el renegado antes de cristianarse, habia pertenecido á la guardia del rey de Granada, y por esta razon conocia mucho á Zayda Fatima.

## VI.

Ocurriósele la idea de una gran ganancia á Rodriguez, y pidiendo con un pretesto licencia de algunos dias á Zayda Fatima, y obteniéndola, se fué á Granada, se presentó en la Alhambra y dijo al alcaide de la Puerta Judiciaria:

—Si tú quisieras, walí, ganar una gran recompensa, dirias á

nuestro escelente señor Mojammet, á quien Dios prospere, que aquí está uno de sus soldados que fué hecho cautivo hace un año en la batalla de Arjona, que ha andado por tierras de Castilla, que ha encontrado á la noble infanta Zayda Fatima, su muy querida hija, y que le trae noticias de ella.

El walí no esperó á que se lo dijese dos veces Hamete-el-Zeirí.

Público era el duelo que el rey de Granada habia hecho por la desaparicion de su hija, y notoria la recompensa que daria al que le llevase noticias de ella.

Así es, que el walí se llevó á Hamete á los alijares, donde estaba el rey de Granada, al que encontraron en un magnífico jardin entreteniendo su tristeza, que no le abandonaba un punto desde que perdió á su hija predilecta, con echar pan á los ánades de todos colores que poblaban un clarísimo estanque.

Dió el walí el mensaje, púsose pálido el rey al escucharle, despidió al walí, y llevando al renegado á una galería tan primorosa, que parecia hecha de marfil, le dijo, mostrándole el generalife, la Alhambra, el Albaicin, la ciudad, la vega, los montes, todo lo que se veia desde allí:

—Tráeme mi hija, y te entrego toda esa maravilla.

—Tu hija, señor escelso é invencible, contestó Hamete, no es tan fácil de traer como tú piensas, porque la rodean leones.

—¿Y qué leones son esos que la rodean? dijo con desprecio Mojammet: ¿los castellanos, á quienes yo venzo siempre que se ponen al alcance de mi lanza?

—Tu hija la noble infanta Zayda Fatima, señor, contestó Hamete, no es ya una débil mujer, sino un leon bravo.

—Ya sé, ya sé, dijo el rey, que despues de haber estado tres años al lado de la noble reina de Castilla, ha desaparecido, no se sabe con quién ni por qué.

—Yo no sé nada de eso, señor, contestó Hamete: lo que sé es que, habiéndome llevado mis desventuras á Medina del Campo, viéndome pobre, desesperado y desconsolado, y habiendo levantado bandera para tomar gente á sueldo un capitán de aventuras, me presenté á él, y juzga cuál seria mi sorpresa cuando

en aquel capitan reconocí á tu hija, la alegría del cielo, la luz de la hermosura, el arcángel del sétimo cielo, Zayda Fatima.

—¿Y no te diste á conocer á ella?

—No, por el Dios Altísimo y Único, contestó Hamete; porque como todos tus esclavos, señor, sabíamos lo que habias llorado á tu escelente hija, yo dije para mí en cuanto no tuve duda que era ella: disimularé, y á la primera ocasion iré á decir al rey mi señor que su hija está en Castilla con el nombre del caballero del Aguila Roja, y como capitan de una brava compañía franca.

Ardió la mirada del rey Mojammet.

—¿Cómo! dijo: ¿la sultana Zayda Fatima es capitan de una compañía franca? ¿ella, convertida en un guerrero formidable, porque no puede serlo menos el que gobierne á esos tigres castellanos, á quienes no podemos echar mas allá de nuestras fronteras! ¿Y cómo esas rudas gentes obedecen á una mujer?

—Por mujer no la tienen ni la conocen, contestó Hamete, sino por un fuerte mancebo, tan esforzado y tan diestro en armas, que fué bastante para matar en buena lid y de un bote de lanza al que era capitan de aquella gente, y para hacerse aclamar y respetar como capitan por la compañía.

—¿Y con qué dineros mantiene la sultana Zayda Fatima esa gente de guerra? preguntó el receloso Mojammet.

—Debe tener tesoros, porque en Medina del Campo tomó á sueldo mucha gente y buena, así de á pié como de á caballo, y la proveyó de armas y de cuanto era necesario para hacer la guerra; y tan bien armada y montada está esta gente, y es tan escogida y tan dura, que difícilmente podrá encontrarse otra compañía franca ó de rey tal y tan buena como la del caballero del Aguila Roja, que así se llama la sultana Zayda Fatima.

—¿Y por quién tiene esa gente la sultana?

—Por la reina doña María.

—Y dime: ¿no hay ningun hombre á su lado tal, que pueda decirse que ella le ame?

—No, señor invencible, porque al lado de la sultana, y como otro capitan de la compañía, no hay mas que un caballero viejo

de larga barba blanca, que unas veces lleva sobre las armas sobrevesta de luto, y otras viste hábito de fraile benedictino.

—La edad no impide el amor de las mujeres, contestó con voz ronca Mojammet-el-Ansarí.

—La sultana no se quita el arnés nunca, mas que de tiempo en tiempo, para mudarse las vestiduras interiores; vive sola en su tienda; en ella, despues del toque de queda, no entra nadie ni hay nada que indique que ese caballero anciano sea amante de la sultana.

—Dios sabe lo oculto, dijo el rey: cuando las mujeres se olvidan de la vergüenza, cuando atropellando por todo abandonan su padre y su familia, no hay que esperar nada de ellas: yo te agradezco el que hayas venido á avisarme el paradero de la sultana, y te mando que vuelvas allá y hagas de modo que de ella te apoderes y me la traigas: para que puedas obedecer mi mandato, llevarás contigo mucho oro para que pagues á aquellos cuya ayuda necesites para llegar al intento. Ahora, véte.

## VII.

Al dia siguiente, con cartas del tesorero del rey de Granada para judíos de Valladolid, en que se les mandaba diesen á Hamete cuanto dinero necesitase, partió aquel de Granada, y tomó la vuelta de Valladolid, llegando á él al décimo dia.

Nuestros lectores saben que se urdió contra Zayda Fatima en su mismo campo una conspiracion para apoderarse de ella; pero, como tambien dijimos, Zayda Fatima deshizo por la fuerza aquella conspiracion, ahorcó y mató á los principales conspiradores, y si no ahorcó á Hamete, fué porque este tuvo la suerte de escapar.

## VIII.

Pero no habian cesado por esto las persecuciones contra Zayda Fatima.

El infante don Juan sabia que ella era el caballero del Aguila Roja, y no habia ocasion en que la compañía franca entrase en combate con la gente del infante don Juan, sin que muchos hombres escogidos no se lanzasen como fieras sobre ella, escitados por la gran recompensa que habia ofrecido el infante á los que tomasen preso al caballero del Aguila Roja.

Pero fuése providencia de Dios, fuése el grande esfuerzo de Zayda Fatima, que parecia tambien providencial, fuése que sus aventureros se sacrificasen por su capitan, la verdad era que los hombres escogidos por el infante don Juan para aquella empresa, ó eran muertos, ó tomados á prision, en vez de ser ellos los prendedores.

De estas asechanzas se salia bien porque se rechazaban á lanzadas.

Pero habia otras asechanzas sordas mucho mas dificiles de evitar.

Estas asechanzas provenian de Hamete-el-Zeirí, ó si queremos, de Pablo el Renegado, que provisto en gran manera de dinero y recatándose, habia logrado seducir á algunos de los aventureros de Zayda Fatima.

Sucedió en una ocasion que Zayda Fatima, despues de haber cenado y haberse recogido, se aletargó de una manera profundísima.

Inmediatamente algunos de los soldados que daban la guardia á la tienda de Zayda Fatima, y que estaban vendidos á Hamete, sorprendiendo á los pocos que no lo estaban, y matándolos en medio del silencio de la noche y del reposo del campo, penetraron en la tienda, envolvieron á Zayda Fatima en una alfom-

bra, y salian con ella, cuando una casualidad inesperada impidió el logro de esta traicion.

Esta casualidad fué que el infante don Juan, ansioso tambien por su parte de apoderarse de Zayda Fatima, y siendo la noche muy oscura, pretendió sorprender su campo, y marchando solamente con peones para escalar la estacada, acometió bravamente y de improviso; pero tan buenos soldados eran los aventureros de Zayda Fatima y tan vigilantes cuando de guardia estaban, especialmente de noche, que los escuchas esparcidos fuera del campo sintieron venir al enemigo, le dejaron pasar, y antes de que hubiera llegado á la estacada, tocaron sus bocinas, se replegaron, y unidos, acometieron á los del infante don Juan por la espalda.

Eran los del infante muy buena gente, y mandábalos además Ben-Tayde.

Salieron por la poterna gran número de los de la compañía franca, y se trabó un combate encarnizado.

Las voces, las bocinas, el chasquido de las ballestas, el crujir de las armas, los alaridos, el estruendo, en fin, del combate, pusieron de improviso en armas todo el campo en el momento en que los traidores sacaban aletargada de su tienda á Zayda Fatima.

Acudió el conde don Lope, que tenia su tienda junto á la de Zayda Fatima, en el brazo derecho una adarga, en la mano izquierda una espada, y llegó á la tienda de Zayda Fatima á punto en que la sacaban los raptos.

Al ver el conde al escaso reflejo de la lámpara del interior, que de la tienda de Zayda Fatima salian soldados con un bulto, oyendo aquel estruendo de combate, creyó que en el campo habia estallado una insurreccion, y que los soldados robaban la tienda.

Arrojóse á cuchilladas sobre ellos, los arrolló, y miró el bulto, que al huir habian dejado sobre el suelo, encontrándose con Zayda Fatima aletargada.

Metiéndola adentro, acudió al lugar donde resonaba el combate, que cesó muy pronto, porque las gentes de don Juan habian

sido bravamente rechazadas, y se convenció de que lo que habia causado la alarma no habia sido una insurreccion, sino una acometida del enemigo.

Este no habia pasado de la poterna, á la cual no habia podido llegar: ¿cómo, pues, habia soldados de la compañía muertos junto á la tienda de Zayda Fatima, y el conde habia encontrado á esta fuera de ella envuelta en una alfombra?

Llamóse á don Tobías, hebreo, que asistia como médico en la compañía franca, y examinando á Zayda Fatima, declaró que habia sido aletargada con beleño, á juzgar por el sabor que tenia el agua que habia quedado en el jarro de plata en que bebia Zayda Fatima.

Esto exculpaba á Gutierre Mesa, repostero, proveedor y cocinero de Zayda Fatima.

El narcótico no habia sido en la cena; se habia puesto en el agua, y era probable hubiesen hecho esto los de la guardia, que habian matado á sus compañeros que no habian tomado parte en la traicion.

El alférez Melchor Zancudo, que habia nombrado á los de servicio, sacó un papel y buscó los nombres de los que habian sido puestos de guardia en la tienda del capitán.

Compulsó luego, por decirlo así, los cadáveres, y halló que los traidores eran seis, cuyos nombres dijo.

Confirmó la traicion el que cuando se buscó á estos miserables, no se les encontró.

Sin duda habian saltado la estacada durante el calor del combate y se habian ido á la hueste enemiga.

No habia, pues, á quién castigar.

Don Tobías dió á Zayda Fatima algunas fricciones con una especie de licor rojo, la hizo aspirar un pomo, volvió en sí Zayda Fatima, y se maravilló cuando la contaron lo que habia acontecido.

—En efecto, dijo Zayda Fatima; al beber el agua noté que tenia un sabor nauseabundo; pero en los campamentos no hay que reparar en el sabor de las aguas; se tienen como se pueden: gracias á Dios que no se ha llevado á cabo una infame traicion.

## IX.

Desde entonces la guardia de la tienda la daban hombres de confianza, mandados alternativamente, ya por Melchor Zancudo, ya por otros dos de los cabos con cuya fidelidad podia contarse, y además de esto, mientras dormia Zayda Fatima, velaba, como hemos dicho, en su tienda el conde don Lope.

Cuando se tocaba á cabalgar para ir á arremeter con los aragoneses, no se separaban de Zayda Fatima, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, el conde don Lope y Melchor Zancudo, con su estandarte, que en el momento de arremeter retenia en la mano izquierda, y armado con una formidable maza, abria un portillo en las mas cerradas filas del enemigo.

Un dia, un peon se deslizó junto al caballo de Zayda Fatima, y le puso un abrojo entre la silla y la grupa, en el momento en que las trompas de la compañía tocaban á arremeter.

Aquel hombre habia sido sin duda grandemente pagado, cuando se atrevia á un hecho tan temerario: y no fué esto solo, sino que al deslizarse á lo largo del caballo, cortó, con una pequeña segur que llevaba en la mano, una de sus riendas.

Apercibióse Zancudo, pero por pronto que quiso acudir al castigo de aquel infame, ya este habia escapado como un gamo hácia los aragoneses, que en escuadron cerrado esperaban sobre una pequeña loma.

Zancudo arremetió antes de que arremetiese todo el escuadron obedeciendo al toque, pero no pudo alcanzar al que huia.

Entre tanto, el caballo de Zayda Fatima, aguijado por el abrojo y sin gobierno, partió desbocado, apenas hubo hecho aquel hombre su mala hazaña, hácia el escuadron enemigo.

La velocidad de un caballo cuando se desboca, es infinitamente superior á la de los otros que van regidos.

El escuadron aragonés se abrió y cogió en medio á Zayda Fatima, emprendiendo en el momento la retirada.

—¡Voto á cribas, y á cien truenos, y á Júpiter, y á Baco! exclamó el bachiller alférez en cuanto vió aquello: que nos le lleven, señor caballero Sin nombre, que nos le roban; que él solo, aunque es bravo como un leon, no puede valerse contra tantos. ¡Aquí de los puños y del coraje!

Y espoloneando á su caballo y dando la rienda y haciendo lo mismo el conde y lo propio las lanzas de la compañía, á revienta caballo, sin reparar en tropiezos ni en obstáculos, y perdiendo algunos ginetes en aquella violenta corrida, alcanzaron á los aragoneses.

Arrollaron, desordenaron, y al fin el conde y el bachiller lograron llegar adonde estaba Zayda Fatima, fatigada del rudo pelear y herida en muchas partes.

Era la primera vez que Zayda Fatima habia sido herida.

Esto causó un gran furor en su gente, que se ensañó contra los aragoneses, en los cuales hizo una gran matanza, y es fama que el mismo infante don Juan, que habia asistido á aquella especie de celada, escapó milagrosamente á uña de caballo del furor del alférez bachiller Zancudo, que estuvo á punto de meterle una lanzada por la espalda, á vuelta de los latines que le encajaba, viendo que no podia detenerle á que se volviese á pelear hablándole en castellano.

Pero como quiera que el infante se aproximase al escuadrón de lanzas aragonesas que cargaba en su socorro, el alférez revolvió su caballo y se volvió con los suyos, poco dispuesto á que de él, cogiéndole solo, se burlasen los enemigos.

## X.

Prevínose que de allí en adelante el caballo de Zayda Fatima fuese encubertado de mallas, y que por riendas llevase cadenas.

Entre tanto, Zayda Fatima, porque sus heridas tenían alguna gravedad, fué conducida á Mayorga, en cuyo castillo la aposentó con grandes consideraciones, debidas á quien tan bien servia á la reina, el rico hombre Garci Fernandez de Villamayor.

El conde don Lope, por su parte, envió un correo á la reina, que estaba en Valladolid, harto apesurada por lo que acontecia y por lo que la pedian los Haros y los Laras para servirla, avisándola del mal estado en que se encontraba el caballero del Aguila Roja.

## CAPITULO IV.

### LO QUE HABLARON UN ABAD Y UN PRIOR.

#### I.

Era una hermosa tarde del mes de agosto, y una muy hermosa huerta: la del convento de Dominicos de San Pablo de Valladolid.

Cerca del portalon de la huerta que daba á la calle, bajo un tupido emparrado, junto á una puerta que conducia á una hermosa y fresca sala baja, donde habitaba el prior, sentado en un ancho sillón de roble, delante de una pequeña mesa en que habia conservas de monja, y en una jarra de búcaro agua enfriada en un pozo, estaba un señor con traje entre eclesiástico y seglar, como de cincuenta años, de complexion delicada, de fisonomía espresiva y benévola, de mirada inteligente, muy pálido, y con el cabello entrecano.

Hablaba con él, sentado en otro sillón, del otro lado de la mesa, con voz estentórea, á pesar de que la contenia, un religioso robusto, de buena estatura al parecer, aunque no podia juz-

garse bien de ella por estar sentado; de buen color, buen semblante, mirada viva y profunda, y dotado al parecer de grande inteligencia.

El primero de estos personajes era don Nuño Perez de Monroy, canceller y tesorero de la reina doña María, y abad de Santander.

Era el otro don Lope Lopez de Cifuentes, maestro doctor en sagrada teología y cánones, y prior de los Dominicos de San Pablo.

Dos pajes, con el mismo lujo que podian gastar los de un gran señor ostentoso, con las armas de Santo Domingo sobre el pecho, servian la mesa.

Un lego, sentado en una banqueta junto al portalon que estaba abierto para que corriese bien el aire, daba la guardia para impedir penetrasen perros ó mendigos, por lo cual tenia junto á sí una larga caña de escoba, no para los mendigos, que esto no hubiera sido caritativo, sino para los perros.

Del mismo modo tenia órden de no dejar penetrar ningun profano, á no ser aquellos caballeros que de antiguo eran conocimiento de la comunidad.

Don Nuño comia poco, á pesar de que las conservas eran esquisitas; se comprendia que se prestaba á comer por no desairar el agasajo que de tan buen talante le habia ofrecido el prior.

—Desganado andais y pensativo, señor don Nuño, dijo el prior, notando el poco apetito y la abstraccion del canceller de la reina.

—¿Y cómo quereis que ande, dijo este, si lo que sucede es para desesperar á un santo? ¿Adónde van? ¿qué quieren? ¿en qué sueñan esos que se revuelven contra el rey legítimo? No pararán hasta hacer trizas esta desgraciada patria. ¿Qué les importa á ellos de todo, si medran? Esto es escandaloso, don frey Lope: me he venido del Alcázar aburrido, desesperado, harto de leer cartas en que piden á la reina por servirla ricos hombres y caballeros mal nacidos, villas y lugares y castillos, de tal manera, que para tener reino es necesario quedarse sin él. Nada, nada, me dije; á ver á mi amigo don frey Lope me voy, á pasear un

momento por la hermosa huerta del monasterio, y á beber una poca de agua fríisima del pozo. ¡Y qué reina, señor, qué reina! ¡y que la traten así esos malsines! ¡Una reina que se ha quedado pobre, no solamente por sostener los derechos de su hijo, sino por evitar sacrificios á sus reinos! ¿Quereis creer, don frey Lope, que de las muchas y riquísimas alhajas que la reina habia heredado de sus mayores, y que valian un tesoro, no la ha quedado mas que un vaso de plata y una sortija, y esto porque en aquel vaso de plata bebia cuotidianamente su vino el rey don Sancho, y la sortija porque es su sortija de desposada? Por lo demás, la reina come con trinchante de hierro, en escudilla de barro y no gran comida. Y lo que viste, ya lo veis, tocas y hábito, y para los dias grandes tiene guardado un traje de vellorí con poco oro, y una diadema de plata: una santa, don frey Lope, una santa, á quien Dios ilumina, porque la verdad es que entre tan recias tormentas, ella ha sacado á salvo á su hijo; pero esta de ahora es negra, y no sé, no sé lo que sucederá si don Diego y don Juan Nuñez no se avienen con la reina, y los aragoneses toman á Mayorga y se van sobre Burgos, y el de Portugal viene á sitiarnos á Valladolid.

—Esperad, esperad, don Nuño, dijo el prior, que si á tanto llegan las cosas, nosotros saldremos con el Cristo en las manos á levantar hasta las piedras por la reina.

—¡Ah, don frey Lope, que cuando Dios no quiere no hay Cristo que valga! Ya salieron en Tordesillas la otra vez los padres franciscos con el Santísimo Sacramento en las manos á detener á los portugueses, y estos adoraron al Santísimo Sacramento, pero tomaron la villa. No vayais con Dios ni con los santos á detener á los ambiciosos, porque están condenados y atropellarán por todo, aunque sepan que por atropelladores de lo divino y de lo humano, van á dar, cuando se mueran, de cabeza en los infiernos.

—Contra Dios nadie prevalece, dijo el prior.

—Así es la verdad, contestó don Nuño, y en Dios confío que él dará á la noble reina en esta tribulacion la victoria, como se la ha dado en otras. Pero cuán inútil es el sacrificio de su señoría.

—¡Inútil! ¿y por qué?

—¡Ah madre, madre heroica, madre mártir! el rey.....

—¿Qué decís del rey?

—Retirad esos pajes, contestó don Nuño.

—Idos á jugar á la huerta, hijos míos, hasta la hora de vísperas en que os ireis al coro, dijo el prior.

Los dos pajecillos partieron, saltando como dos podencos á quienes se suelta la trahilla.

## II.

—¿Qué decís del rey? repitió don frey Lope.

—Su señoría no es malo; tiene grandeza y buenos pensamientos, pero es, de una parte iracundo, de otra débil; no puede sufrir que se le reprenda; á pesar de sus pocos años, se cree ya hombre, le pesa la tutela, no sabe contrariarse ni la voluntad ni el apetito, y sus cuartanas, esas tenaces cuartanas que se van haciendo peligrosas, provienen de su intemperancia en el comer y en el beber. No está nunca mas satisfecho que cuando le ponen delante mucha carne, y en vano don Kag y don Abraham le advierten; en vano su madre le amonesta; se irrita y es necesario darle gusto; y no es esto lo peor, sino que carece absolutamente de prudencia, quiere llevarlo todo á sangre y fuego; es hijo, en fin, de su padre, el que se rebeló contra el rey don Alfonso, el que mató vasallos por su mano. Abandonado á la ira, el rey no vivirá mucho, y es posible que muera de mala muerte; me lo dice un presentimiento tenaz: el mismo presentimiento tiene la reina, y sufre y llora la pobre mártir: ¿qué va á ser del rey y de sus reinos, me dijo un dia no pudiendo contener su dolor, cuando deje de estar bajo mi tutela? ¡Bah! ¡bah! esto es muy doloroso.

Y el buen abad se limpió dos lagrimones que se le habian saltado.



LA BUENA MADRE.

Idos á jugar á la huerta, hijos míos...



—Su señoría es muy mozo aún, dijo el prior, y los buenos consejos y la buena crianza que le da la reina le corregirán.

—No há muchos dias corrió por el Alcázar, puñal en mano, á su camarero Guillen de Meneses porque no encontró el desdichado pronto el capacete que le habia pedido, y á no ampararse de la reina hasta el punto de abrazarse á ella, le mata. ¿Cómo creéis que el rey acabe en bien, si tal hace en su mocedad y bajo tutela? Y luego, que es su mayor amigo el que mas le adula, el que mas le complace; tenia antes por favorito á su tio el infante don Juan, y ahora parece que se inclina á don Juan Nuñez de Lara, que se aprovecha de la ocasion, y cada dia exige mas de la reina.

—Prometo rogar á Dios todos los dias, en el acto de la consagracion, dijo el prior, porque se moderen esas funestas inclinaciones del rey.

—Dios os pague vuestra buena intencion, don frey Lope, y él os oiga, que bien lo habemos menester. ¿Y qué se dice de aquel aparecido, don frey Lope, vos que sabeis todo lo que se dice en Valladolid?

—Pues se dice nada menos, contestó el prior, que don Lope Diaz de Haro no ha muerto, lo cual, ya veis, es un dislate, porque todo el mundo sabe que murió, y que murió bien, aunque le mataron mal: cosas del vulgo, que es capaz de creer que los asnos vuelan si se lo dicen; ¡y ahí es nada, de otra noticia que corre por Valladolid!

—¿Y qué noticia es esa, don frey Lope?

—Una noticia increíble: figuráos que afirman que ese caballero del Aguila Roja que tanto y tan bien está sirviendo á la reina en el cerco de Mayorga, es una mujer, y no así una mujer como se quiera, hombruna y atravesada y zahareña, de las cuales bien se puede creer cualquiera fiereza, sino una dama, y no solamente dama y delicada, sino una infanta; en una palabra, dicen que es aquella infanta mora que apareció no se sabe cómo en la córte la misma noche en que murió el rey don Sancho, y se cristianó y se llamó doña María de Granada y de Molina por el madrinazgo de la reina, y fué doncella noble de su señoría, y

desapareció hace algunos meses, creyéndose por todos que la habian robado algunos emisarios del infante don Juan, que dicen andaba enamorado de ella.

—¿Y vos qué decís, don frey Lope?

—Digo que no puede ser: ¡cómo! ¡aquella dama tan vergonzosa, tan tímida!.....

—Don frey Lope, la verdad sea dicha: las mujeres son cosa de que no entendemos mucho nosotros por nuestro estado; pero acordémonos de que el diablo tentó, perdió y trasformó á Eva, nuestra comun madre, y que desde entonces el diablo anda tentando á las mujeres y cambiándolas de lo que son en lo que nadie hubiera creído pudiesen ser, á mas que hay muchos ejemplos de mujeres que han combatido en la guerra con tanta ó mas pujanza que los hombres, sin contar con las mujeres fuertes de la Sagrada Escritura, que de esto no puede dudarse.

—¿Sabeis vos algo, señor don Nuño? dijo el prior mirando fijamente al canciller.

—Saber! no, respondió este; pero nada estraño, porque todo es posible mediante la voluntad de Dios.

### III.

Se oyeron en aquel momento trompetas y atabales, lo que no inquietó á los dos eclesiásticos, porque aquellos timbales y aquellas trompetas no significaban otra cosa sino que se acercaban el rey ó la reina en córte.

Pusiéronse, sí, vivamente de pié, y llegaron cuanto de prisa pudieron al portalon.

## CAPITULO V.

EN QUE SE VE EL TERRIBLE ALIADO QUE DIOS HABIA CONCEDIDO Á LA  
REINA DOÑA MARÍA.

### I.

El apuro del prior fué terrible cuando vió que del cortejo real que venia por la calle arriba, en direccion al convento, se destacaba un ginete y adelantaba á media rienda hácia el portal.

—Pues sus señorías vienen aquí, señor don Nuño; de otra manera, no sé para qué habia de venir á buscarnos ese señor escudero del rey; ¡y sin haber avisado!

—Pronto, hermano Pánfilo, id, avisad á la comunidad que salga con palio. ¡Válgame Dios, señor! ¡Y se va reuniendo gente! Mirad, mirad cómo aclaman á la reina: el buen pueblo ama á su señoría. Guárdeos Dios, caballero, añadió dirigiéndose á un ginete perfectamente montado y galana y bizarramente vestido á lo hidalgo, que acababa de refrenar á su caballo junto al portal.

—Señor prior, dijo el ginete: sus señorías el rey y la reina

vienen á orar ante el Santísimo Cristo de los Desamparados que se venera en la santa iglesia de San Pablo.

—Vengan sus señorías muy enhorabuena, dijo el prior; pero á fé á fé que me cogen desprevenido, y la comunidad tardará en reunirse, y no se podrá hacer á sus señorías el recibimiento que les es debido.

—Sus señorías dispensan á vuestra paternidad, contestó el escudero del rey: que Dios os guarde, padre.

—Él vaya con vos y os bendiga, caballero, contestó el prior. Y recejando el escudero su caballo, cuando estuvo á alguna distancia, le revolvió y fué á incorporarse á la régia comitiva, que estaba ya muy cerca.

## II.

La gente crecía, y muy pronto estuvo lleno de ella el ancho espacio que se estendía delante del monasterio y de la iglesia de San Pablo: se oía un murmullo sonoro que de tiempo en tiempo rompía en una aclamacion.

Es posible que aquel inmenso popular hubiera aclamado de igual modo á don Alfonso de la Cerda ó al infante don Juan con tal de que se les hubieran presentado llamándose reyes y con la corona en la cabeza.

Lo que aquella multitud aclamaba, como sucede casi siempre, era al rey, no á la persona.

Las multitudes son como el mar: cualquier viento fuerte las levanta en olas, venga de donde viniere; esto importa poco.

Llámase con cierta propiedad masas á las multitudes, porque son inertes, sin movimiento propio y propensas siempre á ceder á cualquiera influencia.

Esto significaban las aclamaciones del popular de Valladolid agolpado en el ancho espacio que se estendía delante del monasterio de San Pablo, que veía ante sí dos testas coronadas en medio de un aparato de córte al son de trompetas y atabales.

## III.

Los trompeteros y los atabaleros llegaron, y haciéndose á un lado, se detuvieron delante del portalon de la huerta.

Detrás venia una nube de caballeros, de los que, manteniéndose leales, pertenecian á la casa real.

Luego algunos ballesteros de maza á caballo.

Despues, conducidas por mulas enjaezadas, llevadas del diestro por palafreneros de la casa real, cuatro literas, en torno de las cuales iban algunos caballeros.

Por último, una escolta de ballesteros hidalgos de maza, á caballo tambien, cerraba la comitiva.

## IV.

La primera litera adelantó, llegó junto al portalon, la abrió uno de los altos dignatarios de la córte, y salió la reina doña María sencillamente vestida, con uno de aquellos trajes de vellorí, de que habia hablado don Nuño, con tocas, y con la diadema de plata sobredorada, que era una de las pocas alhajas que le habian quedado.

La reina se dirigió afablemente al prior y á don Nuño, su canciller, en tanto que de otra litera salia el rey, tambien muy sencillamente vestido, y llevando en la cabeza un birrete con diadema.

De las otras dos literas salieron doña Juana Nuñez de Lara, dama de la reina, y el ama de esta, Mari Fernandez, que era ya bastante entrada en años.

Pajes y camareros echaron pié á tierra, y vinieron á formar el séquito de los reyes.

## III

## V.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio, dijo el prior, besando primero la mano á la reina y despues al rey, y qué desprevenido que me cogen vuestras señorías! Mientras que la comunidad se reúne....

—¿Y qué importa eso? dijo la reina: yo no me pago de las cosas aparentes; yo busco la lealtad y el afecto, y sé que los encuentro aquí. Pero adelante; la huerta debe estar hermosísima, y quiero recrearme en ella. Entremos.

El prior echó á andar hácia adentro; la reina iba junto á él por acaso. El rey iba detrás, y junto á él, por acaso tambien, ó por haber avanzado demasiado, iba doña Juana Nuñez de Lara.

El rey aún no habia perdido su aficion por la Palomilla, ni esta habia renunciado sus proyectos respecto al rey; todo consistia en que este, impresionado por los consejos del conde don Lope, irritado por la conducta desleal del infante don Juan, habia hecho un desaire á la Palomilla, no teniendo para ella ni aun la consideracion de enviar á informarse acerca de su salud, ó de si la habia acontecido algo la noche aquella de las aventuras del arrabal de los Molinos.

Como el infante don Juan habia dejado el servicio del rey su sobrino para volver á tomar el título de rey de Leon, de Galicia y de Sevilla, habia faltado un intermediario para poner al rey en contacto con doña Juana.

Esto no podia ser en el Alcázar, aunque la Palomilla era dama de la reina, porque en el Alcázar, tanto las damas como las doncellas ó meninas, estaban severamente vigiladas, reducidas casi á la estrechez de la clausura, mientras en el Alcázar estaban, por las dueñas de la reina.

La virtuosa y severa doña María no toleraba en su Alcázar aproximaciones de damas y caballeros. Así es que desde aquella noche no habian vuelto á verse la Palomilla y el rey.

Pero el rey no se habia olvidado de ella.

Por el momento, habian influido en Fernando IV los consejos del conde don Lope Diaz de Haro; pero los consejos de los viejos fructifican poco en el ánimo de los niños.

El hombre necesita de la esperiencia propia para conocer la verdad de la esperiencia ajena.

Fernando IV, por otra parte, era voluntarioso, y estaba en esa edad peligrosa del tránsito de la adolescencia á la juventud, en que tan fácilmente se vicia el hombre. Los amores de Fernando IV con la Palomilla eran tanto mas peligrosos, como que no teniendo nada de impuros, nada habian perdido de la soñada poesía del amor del alma; y no se crea por esto que aquellos amores, aunque puros, tenian nada de espirituales.

El rey se sentia embriagado por la escesiva hermosura de doña Juana.

Para el rey, la suprema felicidad era sentir sobre sí la satánica mirada, la incitante sonrisa de la Palomilla; asir sus manos y quedarse absorto en la contemplacion de tanta belleza horas enteras; oir aquella voz opaca, dulce y ardiente que le juraba un amor eterno.

Así, pues, no dejó de pensar en la Palomilla, á pesar de los consejos de don Lope, que se fueron gastando, y pudieron al fin mucho menos que el incitante recuerdo de doña Juana Nuñez de Lara.

Esta no habia prescindido tampoco de su ambicion, y á pesar de que estaba en la córte su viejo marido, con el que no habia contado para su intriga con el rey, aprovechó aquella ocasion que junto al rey la ponia.

## VI.

La huerta era frondosísima.

Delante del rey y de doña Juana iba la reina, en gran con-

versacion con el prior de los Dominicos y con el abad de Santander.

Mari Fernandez, nodriza de la reina, iba por respeto muy detrás del rey y de doña Juana.

Algo mas atrás de Mari Fernandez seguian los caballeros de la servidumbre interior.

El rey y doña Juana podian hablar lo que quisiesen sin ser oídos.

—¡Cuánto os habeis olvidado de mí, señor! dijo doña Juana: desde aquella noche funesta en que sin saber cómo me vi envuelta entre gente perdida, habeis sido para mí como si os hubiérais muerto.

—¿Y qué fué de vos aquella noche, doña Juana? dijo el rey.

—Qué habia de ser de mí, sino que me tuvieron encerrada toda la noche con mis dueñas en una tienda de soldado, y por la mañana me dijeron, sin meterse en cortesías, que ya estaban abiertas las puertas de la villa y que podia irme cuando quisiese.

—¿Y no hablásteis con nadie?

—Sí, sí señor, dijo afectando una indiferencia que no sentia doña Juana, porque recordaba, creyéndola hombre á Zayda Fatima, con mas amor de lo que hubiera sido justo: hablé con un capitan enmascarado que tenia en la sobrevesta, bordada en seda roja, un águila volante.

—¿Y qué os pareció ese capitan, señora?

—Ni mal ni bien, contestó doña Juana.

—Pues sois sumamente descontentadiza, dijo el rey; porque ese capitan es un jóven hermosísimo, que por cierto está sirviéndonos á maravilla en el cerco de Mayorga.

—Tenia cara y aliento de bravo, dijo doña Juana.

—¿Y no os parecen esas prendas dignas de la estimacion de una mujer tal como vos?

—En Castilla, señor, abundan los caballeros alentados, y no hay por qué interesarse por uno porque lo sea: ahí teneis á mi marido, que ha estado siendo el terror de los moros de Granada, y los ha dejado descansando con su venida.

—No tanto, no tanto, doña Juana; que allá se queda mi no-

ble vasallo don Alfonso Perez de Guzman, á quien sobrenombran el Bueno por lo de Tarifa.

—Sí, es verdad, contestó con cierto desden doña Juana; pero los moros se alegran de no tener ya mas que uno de los dos enemigos que antes tenían, y el menos formidable, porque dicen que como don Alfonso Perez ha vivido tanto entre moros, se entiende bien con ellos.

—Ahí vereis, dijo el rey con un punzante sarcasmo; pues sin haber vivido nunca entre moros vuestro marido, segun fama, se entiende mucho mejor con ellos que don Alfonso Perez de Guzman; como que afirman que si vuestro marido ha dejado aquella tierra ha sido aburrido porque Guzman el Bueno no le dejaba que vendiera á Tarifa al rey de Granada.

—Esas son calumnias, señor, de que nadie está libre, contestó doña Juana; la verdad es que si don Enrique pretende vender á Tarifa, por la que el rey de Granada ofrece tesoros, no es ciertamente para quedarse con lo que el rey de Granada dé por aquella villa, sino para tener dinero bastante con que defender como tutor vuestra corona.

—Pues si para defender mi reino me le vende, ¿sobre qué vamos á reinar cuando mi buen tutor haya vencido á nuestros enemigos?

—Buena conversacion me traeis, dijo doña Juana, despues de un siglo en que no nos vemos.

—Tráigoos esta conversacion, dijo el rey, y no otra, porque me parecis muy distraida y no tan contenta conmigo como otras veces: sin duda pensais en otro hombre: puede ser que en el caballero del Aguila Roja.

Púsose vivamente encendida doña Juana, porque el rey habia dado en el blanco.

En efecto, doña Juana estaba enamorada de Zayda Fatima, creyéndola un hermoso mancebo, y de una manera grave, maldiciendo el cerco de Mayorga, que impedía al caballero del Aguila Roja aproximarse á la córte.

—Paréceme que he acertado, dijo el rey.

—¿Y en qué habeis acertado, señor?

—En que estais enamorada como una loca, doña Juana.

—Teneis razon; amo mucho mas de lo que debiera amar, contestó doña Juana, lanzando una traidora mirada al rey.

—No, no es á mí á quien amais, dijo Fernando IV; vuestro amor es el caballero del Aguila Roja, y me alegro ¡vive Dios! me alegro; en la misma persona á quien amais, teneis el castigo de la traicion que me habeis hecho, porque yo he nacido para que todos me sean traidores, todos, hasta la mujer á quien amo.

—Pero ¿qué estais diciendo, señor? exclamó doña Juana: yo no os comprendo: ¿quién os ha dicho que yo amo á ese capitan de aventuras?

—Lo encendida que os habeis puesto cuando os lo he nombrado.

—¡Que me he puesto encendida! Pues mirad, no he reparado en ello. Si me he puesto encendida, ha sido sin duda por el amor que me inspirais.

—¡Eh! ¡silencio! me parece que mi madre anda mas despacio, y que pretende oir lo que hablamos; yo os enviaré á vuestra casa á mi camarero Juan Alfonso de Benavides, á fin de que os entendais con él, y veamos el medio de que volvamos á vernos en aquella tan silenciosa y bella casita del barrio de los Molinos.

—Tened en cuenta, señor, que mi marido vive ahora conmigo.

—Juan Alfonso de Benavides es muy prudente, y no faltará con qué entretener á don Enrique cuando sea necesario que nosotros nos veamos.

Y como la reina se detuviese, el rey y doña Juana cesaron en su conversacion.

## VII.

La reina se habia detenido, porque al llegar á la puerta que desde la huerta comunicaba con el claustro, habia visto avanzar

á la comunidad, formando dos hileras, con hachas encendidas en la mano, el guion de la órden con sus ciriales á la cabeza, y al fin sostenido por seis religiosos, el palio.

La reina adelantó, saludó afablemente á los religiosos, y en particular á algunos de ellos á quienes conocia personalmente, y poniéndose bajo el palio con el rey, y tomando, así como este, en las manos un cirio encendido, y tomando cirios doña Juana, Mari Fernandez y los caballeros de la alta servidumbre que acompañaban á la reina, dieron procesionalmente la vuelta al claustro, y entraron en la iglesia por la puerta del Perdon, que á él correspondia.

Repicaban entre tanto las campanas, sonaba el órgano; la iglesia, que habia sido abierta, estaba llena de una inmensa multitud.

La reina penetró en la capilla del Santísimo Cristo de los Desamparados, en la cual se habia improvisado una iluminacion, y los religiosos, fuera de la capilla, formando calle y arrodillados, con su prior al frente, acompañados del órgano, cantaron una solemne rogativa porque Dios amparase al rey y á la reina, al niño y á la viuda.

A la reina no le quedaba otra cosa que el amparo de Dios.

En vano habia pretendido consolarla é inspirarla confianza durante su conversacion por el huerto el prior: la reina veia claro: habia que comprarlo todo, lealtad y lanzas, y no tenia dinero ni de qué hacerlo.

Los señores á quienes se daban villas y castillos para que defendiesen al rey, en cuanto se apoderaban de los castillos y las villas, y ponian guarda en ellos, volvian á rebelarse, sin duda para que por su nueva sumision les volviesen á dar villas y castillos.

Así lo habia hecho Fernan Perez de Castro, que despues de obtener la villa y castillos de Monforte de Lemus, abandonó á la reina y se perdió en cuantas traiciones son imaginables, lo que no impidió que sobre aquella donacion real los Fernandez de Castro tomasen el título de condes de Lemus, como si hubieran arrancado al enemigo á escala franca y con perdimiento de

su sangre y sirviendo á la patria, los muros sobre que titularon.

Así han nacido muchas grandezas en Castilla, y casa hay que se enorgullece de su origen, que debiera avergonzarse de él; que los títulos honran á toda una descendencia cuando generosamente se han adquirido por un Alfonso Perez de Guzman el Bueno, ú otro semejante; pero ante la luz de la historia hay otros que son un padron de infamia, porque han nacido de una traicion.

La usura esplotaba cumplidamente á la pobre reina doña María, y sucedíale lo que sucede con el dinero que da la usura, con los servicios que la daban aquellos usureros señores; no la lucian, ni nunca salia de miseria.

Por eso, en vez de cobrar cabeza á cabeza tanta infamia, como hubiera sido mejor, se arrojaba anegada en lágrimas, acosada por todas partes, desprovista de toda esperanza, en nombre de su hijo, á los piés del Santísimo Cristo de los Desamparados.

Rezaban con ella los religiosos y el pueblo, el buen pueblo de Valladolid, que siempre ha sido tan leal á sus reyes, mereciendo por esto ser por tanto tiempo la vieja córte de Castilla.

Aquello era solemne y conmovedor.

Reina, rey, prelados, caballeros, pueblo, esperaban de un momento á otro ser cercados por el rey de Portugal, por el rey pérfido que olvidaba por su ambicion el deudo que tenia con el rey don Fernando IV, y las solemnes promesas de alianza que le habia hecho, y avanzaba sobre Valladolid, que no tenia fuerza para defenderse.

La reina se habia preparado al combate enviando á los infantes sus hijos menores á las villas y ciudades que ya hemos indicado, con objeto de despertar su entusiasmo, y habia pretendido enviar al rey á Toledo; pero bien aconsejada, desistió de ello.

Sus mas leales servidores la pusieron ante los ojos que mas la respetarian sus vasallos rebeldes que venian acompañando y ayudando al rey de Portugal, unida á su hijo, que separada de él,

## VIII.

Acabó la solemnidad religiosa, y la reina salió con el rey bajo palio procesionalmente por la puerta principal del templo.

La multitud que se agolpaba fuera aclamó con frenético entusiasmo.

En aquel momento, abriéndose paso por entre aquella multitud, apareció un ginete rudamente armado, cubierto de polvo y de sudor.

Era no menos que el bachiller alférez del caballero del Aguila Roja, Melchor Zancudo, que traía un pergamino enrollado en la mano, y que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Plaza, plaza! ¡quiero ver á la reina! ¡victoria por Castilla contra Aragon!

A estas voces, la reina se detuvo pálida de emocion, y mandó dejasen llegar hasta ella á aquel ginete que tan fausta, tan inesperada noticia voceaba.

## IX.

Zancudo llegó á caballo junto al palio, echó pié á tierra, y besó la mano á la reina.

Esta le alzó.

Zancudo, conmovido á la vista de doña María, se olvidó de hacer acatamiento y besar la mano al rey.

No se reparó en esto, ni eran para que en ello se reparase las circunstancias.

—¡Qué decís de victoria sobre los aragoneses? exclamó con ansiedad la reina.

—La peste negra, señora, exclamó con sobrealiento aún Zancudo.

—No os hablo yo de la peste negra, que es una calamidad horrible, exclamó vivamente la reina, sino de nuestra victoria sobre los aragoneses.

—Pues bien, señora, la victoria nos la da la peste negra.

—Milagro, exclamó el prior de San Pablo.

—Sí, milagro, dijo Zancudo; vos lo habeis dicho muy bien, padre, sin saberlo, porque el milagro consiste en que la peste se ha encerrado en el campo de los aragoneses, y no ha entrado ni en Mayorga ni en las villas circunvecinas, ni aun en las alquerías.

—¡Dios mio! repitió la reina, mas pálida aún.

—Milagro notorio, repitió el prior: el cielo se pone en defensa de vuestra señoría.

—Hablad, hablad, concludid, dijo la reina á Zancudo.

—En conclusion, señora: hace cuatro dias don Gutierre de Silva, el caballero del Aguila Roja, fué malamente herido en un recio combate que tuvimos con los aragoneses.

—¡Y qué, y qué? ¿está en peligro el caballero del Aguila Roja?

—Sí, noble señora, sí; ha cogido algunas lanzadas: su oficio no es para otra cosa; y si no acudimos pronto el Sin nombre y yo, allí se acaba la historia de don Gutierre; pero eso sí, habia matado lo menos diez aragoneses: en fin, el caso fué que le sacamos de allí, primero á testarazos, y luego á puñados, y le llevamos á Mayorga: nada de esto hubiéramos venido á decir á vuestra señoría, porque no merece la pena de molestar á un rey la muerte ó el peligro de un capitán; pero es el caso, que al dia siguiente, y apenas amaneció, los atalayas de la puerta de Santa María de la villa, vieron que se acercaba á los muros un ginete con el casco puesto en la punta de la lanza, como en señal de parlamento: abriósele, y de que entró, empezó á gritar: ¡frailes, frailes que nos ayuden á bien morir! ¡la peste negra! ¡cuatrocientos han muerto esta noche, y mas del doble están espirando ahora! y qué quiere vuestra señoría, como que somos cristianos, y la religion nos manda perdonar á nuestros enemigos cuando los vemos en peligro de muerte, allá salieron los padres

capuchinos de la Penitencia, que son ciento y la madre, y los carmelitas descalzos y los franciscanos cenicientos, que todos eran pocos para la gente que moria, y yo me fuí allá tambien á ver cómo aquellos bravos se las habian con la peste; y era un dolor ver, señora, á un balletero como un gigante vacilar, bambolearse como un hombre borracho, caer y morirse en menos tiempo que el que se necesita para rezar tres credos: y esto, acá y allá, por todas partes: allí no habia soldados, sino muertos, apestados, y hombres de rodillas levantando las manos y los ojos al cielo, y haciendo votos al Señor de dejar de haceros la guerra á vos y á vuestro hijo si los libraba de la peste. *Ergo victoria pro nobis.*

La reina tenia la cabeza inclinada sobre el pecho: cuando cesó de hablar Zancudo, la alzó y dijo:

—Victoria terriblemente obtenida: ¿y qué pergamino es ese que traéis, caballero?

—Desde ahora, que así me llama vuestra señoría, señora, contestó Zancudo asiéndose del cabello, que la ocasion le presentaba: este pergamino le ha escrito el caballero del Aguila Roja por mano del caballero Sin nombre, que dicho sea de paso, tanto está al lado de su compañero como en el campo aragonés, acudiendo á los apestados: es mucha la caridad del Sin nombre: no en balde lleva siempre, cuando no el arnés de guerra y el luto, el hábito de San Benito.

La reina tomó el pergamino y le leyó.

Luego le dió á leer al rey.

Despues, tornándose hácia el prior, le dijo:

—Volvamos á la iglesia, padre; oremos, roguemos á Dios por nuestros hermanos, que están apestados.

Y se volvió hácia la iglesia.

—¡Hermanos! dijo Zancudo que se habia quedado inmóvil: ¡cómo se conoce que á su señoría no le han sentado la mano los aragoneses! ¡buenos hermanos nos dé Dios, y estoy yo todavía torcido de este hombro de la mazada que uno de esos buenos hermanos me arrimó cuando salvamos al capitan! pues aunque la peste los hubiera cogido á todos, hasta á los caballos, y no

hubiera quedado uno para contarlo..... Bien dicen, que su señoría es una santa. ¡Pero qué diablos hago yo aquí entre toda esta gente que me sofoca? ¡y que no hace calor que digamos! á una posada, Melchor, á una posada, á comer, á beber y á descansar, y mañana nos iremos al Alcázar á ver á la reina, á recordarla que nos ha llamado caballero, á fin de que nos lo haga bueno, y á ver si sobre esto la sacamos algo qué.

Y Zancudo montó á caballo, se abrió paso entre la multitud á duras penas, llegó á la carrera de San Francisco, y en un callejon sin salida se metió, y luego en la posada de la Cruz de San Juan que en el fondo del callejon estaba.

Pero no habia reparado el bachiller en que á la larga le habia seguido un paje de casa noble, á juzgar por sus divisas.

## CAPITULO VI.

### LO QUE OYÓ UN PAJE ESCONDIDO DETRÁS DE UN TAPIZ.

#### I.

Apenas habia desensillado y echado pienso á su caballo Zancudo, metídose en un lóbrego aposento, tirado en un rincon las armas y medido con la vista avara el fementido lecho que debia prestarle descanso, cuando la Maritornes del meson se presentó á la puerta.

—¡Ya me persigues! exclamó Zancudo de muy mal humor y con muy poca galantería: perdone por Dios, hermana.

—Miren el abadejo mal curado y con qué cosas sale; para el siglo de mi madre si le demando yo ni tengo por qué demandarle, sino que ahí ha venido un paje de casa principal, de rico hombre lo menos, y ha preguntado por el soldado que acababa de llegar de Mayorga, y dice que quiere hablaros.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo Zancudo: ¿paje de casa principal tenemos? Llegue al punto, que lo que de casa principal venga no puede ser malo, y no haga esperar á ese hidalgo, mi alma, que podrá aburrirse y marchar con el recado.

—Pues á subirle voy.

—Pues cuidado no se os caiga.

—Subiráse él, y si cae, á cargo suyo irá; y á fé á fé que es como un oro.

—Miren la fregona, dijo el alférez á espaldas ya de la moza, que se habia ya alejado, y estirándose el sayo de cuero sudado que vestia, para no parecer tan mal: ¡á mí paje de casa grande! De seguro paje de la reina que me envia algo bueno en albri-cias de las buenas nuevas que le he traído: bien dicen, que la reina doña María es una bendita; pues catad ahí que la reina, agradecida del mal rato que yo me he dado para venir á decirla que los aragoneses se mueren como estorninos, me llama para hacerme caballero y darme una encomienda y alguna villa ó castillo con tierras de buena renta para que salga yo de miseria; bien es verdad que, tomarlo yo con una mano y derretirlo con la otra, será cosa de un santiamen; pero, en fin, habremos pasado otro dia bueno. ¡Hola, señor hidalgo! añadió saliendo á la puerta, porque habia sentido pasos: venid acá, que se os espera para haceros honra, y si quereis beber y comer, vino creo que habrá en este meson y alguna empanada de liebre ó cabra.

—Muchas gracias, dijo un paje como de veinte años, muy vivo, y al parecer muy truhan, que acababa de acercarse: no puedo detenerme ni un momento; vengo únicamente á suplicaros, de parte de quien me envia, esteis aquí para la hora de queda, en que yo os traeré una carta. Eso si sabeis leer.

—¡Pues no he de saber leer, cuerpo de mí, exclamó Zancudo, si soy graduado!

—Paréceme á mí, dijo el paje, que vos y yo andamos así á la par en grados de pícaro.

—Tenga la lengua, no sea que yo me desperece, que eso de pícaro no lo paso.

—Pues pase el soldado por lo de entendido, y no haya cuestion.

—Eso es otra cosa, que buen entendimiento no tengo por qué negarlo; entendámonos, pues. ¿Quién os envia?

—Teneis muy buena suerte,

—Nada importa ahora que yo tenga la suerte buena ó mala; lo que yo necesito saber es qué persona os envía á mí.

—Eso lo sabreis á la queda, cuando recibais la carta, si es que en la carta os lo dicen.

—¿Pero no sabeis vos quién os envía?

—Sí que lo sé, pero no quiero decíroslo.

—Mirad, señor paje, que le estais buscando tres piés al gato.

—Bien sé que tiene cuatro, hidalgo; pero esto ni quita ni pone para que yo os diga que no os diré quién me envía á vos.

—Debe de ser una mujer, mejor dicho, una dama, cuando con tal recato andais.

—Haced cuenta que es dama y caballero, y fraile y seglar, y lo que querais, porque yo nada os digo, y tened paciencia, que yo vendré á la queda, y ahora, adios, que estoy haciendo falta.

Y el paje saludó picarescamente y se fué.

## II.

Huyéronsele el sueño, el cansancio y el hambre, que todas estas cosas sentia Zancudo, á causa de aquel estraño mensaje.

Y desde aquella hora, que era cerca del oscurecer, hasta que sonó el toque de queda ó cubre fuego, no podemos espresar cuántas vueltas y revueltas dió á su imaginacion Zancudo, cuántas reflexiones hizo, cuánto esperó á que sonase el toque de queda, y cuánto se desesperó esperando.

Al fin, como no hay plazo que por largo que sea no se cumpla, sobrevino el toque de cubre fuego, á punto que Zancudo acababa de devorar una especie de potaje de habas secas con tocino, salpicado con un rico vino pardillo de la tierra.

A la primera campanada que partió de la inmediata iglesia de Santiago, Zancudo se puso violentamente de pié, se estiró y

se fué á abrir la puerta del aposento, como si el paje hubiera sido tan exacto que hubiese estado ya esperando.

No tardó, sin embargo, mucho, porque aún duraba la vibración de la última campanada del toque de cubre fuego, cuando se oyeron pasos en las escaleras, apareciendo poco despues el paje en cuestion.

—Gracias, dijo al entrar en el aposento, porque me habeis esperado; verdad es que esperarme os convenia; no importa, gracias.

—¿Qué diablo de bulto es ese que traeis debajo de vuestra capa? dijo Zancudo: ¿es alguna cosa mala?

—No muy buena para este tiempo, contestó el paje, porque da calor; pero supongo que os habeis venido á la ligera, y como vamos á correr una aventura en que necesitaremos encubrirnos, me he traído esta capa debajo de la mia.

—Pues mirad, dijo Zancudo, no viene muy mal, porque como ya estamos en agosto, las noches se van haciendo frescas. ¿Y no traeis para mí mas que esta capa? añadió poniéndosela.

—Sí señor que sí, dijo el paje sacando de su sayo un pergamino enrollado: tomad, y ved con cuán rica sortija está sujeto ese pergamino.

En efecto, el pergamino enrollado estaba dentro de una magnífica sortija de oro, con un rico rubí intenso, ó sea carbunco.

Zancudo quitó la sortija al pergamino, se la puso en un dedo y leyó lo siguiente:

«Una dama muy principal necesita hablaros; seguid al que os dé esta carta, pero no hagais juicios temerarios, porque no es por vos por quien os llama: sed prudente, y sabed que en ello os va ó mucha fortuna, ó una paliza y lo que hubiera lugar.»

Zancudo se rascó la estremidad de la oreja izquierda; no le parecia ya la aventura tan buena como antes: sin embargo, tuvo paciencia, guardó el pergamino, se arregló la capa y el birrete, y dijo al paje:

—Os sigo.

—Pues andando, contestó el paje.

Y salió del aposento, cuya puerta cerró por fuera Zancudo, guardándose la llave, porque aunque no tenía que guardar otra cosa que sus armas y el caparazon de su caballo, eran tales aquellos tiempos, que las armas escaseaban y se las deseaba.

### III.

Salieron á la carrera de San Francisco, siguieron por ella hasta la calle de Santiago, pasaron junto á la universidad, el palacio episcopal y la catedral, y llegando al Esgueva y frente al puente de Cancelada, el paje llegó á un postigo de una gran tapia, sobre la cual se veian gigantescos árboles.

—A ver si sois prudente y recatais vuestros pasos cuando hayamos entrado, observó el paje; mirad que os poneis en peligro.

—Recataréme yo cuanto sea necesario, dijo Zancudo, no por mi peligro, sino por el de la persona que me llama.

—Pues adelante, dijo el paje.

Y abriendo sin ruido el postigo, entró, y tras él Zancudo.

Se encontraron en un humbroso huerto, por el cual adelantaron bajo los árboles, hasta llegar cerca de una fuente.

—Sentáos, que aquí hay poyos de piedra, dijo el paje, y esperad á que venga yo á buscaros.

Y el paje se alejó.

### IV.

Llegó al muro de una gran casa y á una puertecilla abierta en él, puesta sobre dos escalones.

Por aquella puertecilla se entró á unas escaleras de ojo inmediatas á ella, subió como treinta peldaños, tomó por un pasadizo estrecho y penetró en una habitacion oscura.

Pero en el fondo de ella, á través de las aberturas de un tapiz, se veia luz; y no solamente se veia, sino que se oian dos voces, una de hombre y otra de mujer, que hablaban alternativamente.

—¡Ah! exclamó el paje: la señora no está sola, está con ella su merced.

Este tratamiento que el paje daba á la persona que junto á su señora sentia, demostraba que esta persona era no menos que un infante.

En efecto, era don Enrique el Senador, porque la casa donde estamos era la de la Palomilla, y esta era la dama que con don Enrique hablaba.

Acercóse el paje para escuchar, porque todos los criados adolecen de este achaque, especialmente los de confianza, como parecia serlo el paje, atendida la mision que le habian encomendado.

## V.

—Todo se vuelve contra mí, decia el infante: yo tenia confianza en que los aragoneses apretarian de tal modo sobre Mayorga, que la reina se veria reducida á casarse con el infante de Aragon para que su hijo no perdiese el reino, y.....

—Ya veis, ya veis, contestó la Palomilla; Dios ayuda á doña María: no tiene soldados con que combatir á los aragoneses, y Dios echa sobre ellos la peste.

—Ya lo sabia yo eso desde esta mañana por un correo que me envió á mata-caballo el infante don Pedro, y habia tomado mi resolucion.

—¿Y qué resolucion ha sido la vuestra, mi amado esposo?

—Lo que yo tenia pensado en Castilla; esto es, casar á la reina con el infante de Aragon, para tener con esto motivo y hacer que el reino la quitase la tutela del rey y quedar yo solo gobernando el reino, no puede ser: me torno á lo de Andalucía,

y he de vender al rey de Granada á Tarifa para aumentar mi estado y el vuestro, que no son tanto que convengan á un infante, hijo de rey: y tan resuelto estoy, aunque no he querido decíroslo hasta ahora, que esta misma noche, y sin despedirme de la reina, me pongo en camino: ya veré yo cómo me gobierno con don Alfonso Perez de Guzman, que está empeñado en que Tarifa no se venda, á pesar de que yo le digo que el rey necesita mucho dinero, y que si hoy vendemos á Tarifa por los cuentos de doblas que nos ofrece el rey de Granada, mañana la cobraremos, quitándosela al rey moro por fuerza de armas.

—Y si entregais al rey los dineros que el rey moro pague por Tarifa, ¿qué vais ganando?

—Las villas y castillos que me da en la frontera de Granada el rey moro por adealas de esta venta.

—¡Ay, señor mio! dijo la Palomilla: pues id cuanto antes, que me placiera mucho tener villas y castillos en esa hermosa Andalucía.

—¿Qué! ¿vos no os venís?

—No, no señor: yo me quedo, yo hago falta aquí, al lado de la reina, para ayudaros con mis buenos oficios.

—Mirad no sea que, como dicen, querais quedaros al lado del rey.

—¿Y quién dice eso? Otra nueva calumnia, otra infamia; un niño. ¡Bah! vos estais loco: los años os han reblandecido los sesos. ¡Yo! ¿doña Juana Nuñez de Lara manchar mi estirpe? Calláos, que no quiero ofenderme, porque eso no lo dice nadie mas que vuestros celos.

—Dicen, recargó el infante don Enrique, que mi sobrino el infante don Juan os traia y os llevaba y disponia de vos y de vos se aprovechaba para sus intentos.

—Pues ved que bien le han salido sus intentos al infante don Juan.

—Han cambiado los sucesos, y ha tenido que irse: ¿qué iba á hacer solo con la reina, habiéndola abandonado vuestros hermanos y don Diego de Haro? hundirse con ella, ¿no es verdad? Don Juan no es de los que se están en una casa que amenaza

ruina: á esto se lo lleva el diablo, doña Juana; á la reina la echan; no la puede ver nadie; ella es la causa de todas las miserias, de todas las calamidades que afligen á Castilla.

—¡Que no la puede ver nadie, y esta tarde la aclamaban rabiando, como si no hubieran nacido para otra cosa que para decir: viva la reina, y viva y reviva!

—Cuatro pícaros pagados que vocean, y tras de los cuales vocean los tontos, que son muchos: que no hubiera venido la peste sobre los aragoneses, que hubiesen tomado á Mayorga, apoderándose de Búrgos, proclamado allí al infante don Alfonso y venídose acá, y veríamos á quién victoreaban los de Valladolid, si á Fernando IV y á su madre, ó al señor rey don Alfonso el Onceno. Pero esa peste que ha venido sobre los aragoneses no es mas que un respiro: esto se hunde, yo os lo aseguro; es necesario aprovechar el tiempo, vender cuanto antes á Tarifa, tomar esas villas y castillos que nos dá el rey moro, y despues.... que suceda lo que quiera. Me parece bien que vos os quedeis para ayudarme al lado de la reina: además, que no quisiera yo que os viesen en Granada, donde voy: sois muy hermosa, doña Juana: podria enamorarse de vos el rey moro mas que de Tarifa, y encontrarme sin saber cómo en un encierro y vos en otro, por mas que el vuestro fuese muy bello, en el harem de la Alhambra.

—¡Ah! no me digais eso, don Enrique; me dais pavor. ¡Oh, Dios mio! ¡yo, mujer de un rey moro! idos, idos solo: no es prudente que yo os acompañe, ni por lo que yo puedo hacer aquí, ni por lo que allá pudieran hacer con nosotros si yo fuera: ¡y cuándo pensais iros?

—Ya os he dicho que sin despedirme de nadie, entré dos luces, cuando abran las puertas de la villa.

—Pues entonces, no os descuideis, que teneis que dar muchas órdenes á vuestros servidores y preparar muchas cosas.

—¡Oh, sí! como que yo no pensaba moverme tan pronto: ¡infierno! la peste en el campo aragonés, la imposibilidad del cerco, el triunfo momentáneo, sí, pero al fin triunfo de la reina: ha nacido con buena estrella: cuando se la cree cercada por todas partes, sin amparo, se va á rezar al Cristo de los Desampa-

rados, y se encuentra con que ya el Cristo ha cuidado de ella y ha matado á rayos, si no ha habido otro medio, á sus enemigos.

—Pues entonces, si Dios la ampara, don Enrique, mejor es servirla bien para sacarla mas, que ponerse frente á ella, porque como Dios la ha amparado hasta ahora, la amparará siempre.

—Es que Dios se cansa, contestó impiamente el infante; es que Dios dice: ayúdate y te ayudaré; es que no se puede confiar siempre en milagros; es que un dia puede venir la tempestad tan de recio y tan de improviso, que no se encuentre recurso; es que á la reina no puede servirla nadie, porque como la reina no pone fuera de combate á ninguno de sus enemigos, no hay quien se atreva á ayudar francamente á la reina para ser perpétuamente combatido: ya antes de casarme yo con vos, cuando vuestro hermano don Nuño Gonzalez se desnaturó porque no le dieron lo que queria, aconsejé yo á la reina le cogiese y le descabezase, á fin de evitar que otros ricos hombres se nos viniesen con que se desnaturaban é iban á aumentar las fuerzas del enemigo: ¿y sabeis lo que me dijo la reina? Dejadle, está obcecado: él se arrepentirá y volverá: no se puede, doña Juana, no se puede servir á una reina que todo quiere hacerlo con la dulzura y la misericordia, y que cuando se ve apurada apela á las rogativas. La echarán, no tengais duda de ello, la echarán, y tal vez muy pronto, porque esto anda malo, y es necesario que antes de que la echen hayamos hecho nosotros lo que nos conviene. No; si no estáos quedo, y nos encontraremos cuando menos lo pensemos por puertas, sin tener adonde volver la cara y perseguidos y asendereados, y tal vez degollados, por haber servido á la reina: lo que yo hago es lo que debe hacer todo hombre prudente.

—Hareis bien, don Enrique, y harto se conoce la gran experiencia que habeis adquirido en vuestra larga vida.

—De la cual veintiseis años han sido de prision, y todo por haber servido á otro muy virtuoso y humano y misericordioso, á Conradino. ¿Y qué adelanté con servirle? que á él le mataron y á mí me encerraron, porque me temieron: no quiero que me suceda otra vez, y no volverá á suceder. Adios, doña Juana, re-

cogéos si os place, segura de que no vendré á turbar vuestro sueño; me despido ahora definitivamente de vos: allá, desde el Andalucía, os enviaré frecuentemente correos con lo que hubiere: haced vos lo mismo á fin de que yo sepa lo que sucede por aquí.

—Lo haré, señor mio, lo haré, dijo doña Juana; id con Dios, él os ayude y os torne pronto á mis brazos, que os amo mucho.

—Adios, señora, adios, y espero que nos volveremos pronto á ver y con buen suceso.

Y el viejo marido abrazó friamente á la jóven esposa y salió.

Doña Juana se quedó murmurando:

—Él se va, y sin despedirse de la reina; yo tambien me voy; creerán que me he ido con él.

## CAPITULO VII.

EN QUE SE VE QUE ZANCUDO TENIA MAS AMBICION QUE LO QUE ERA DE  
ESPERAR.

### I.

Zancudo se desesperaba, sentado junto á la fuente, bajo la espesa sombra de los árboles, oyendo el monótono rumor de la caída del agua, y no muy tranquilo, porque, en fin, la casa en que se encontraba parecia grande, debia haber en la servidumbre gente dura, y no era muy impresumible una paliza, si por un azar cualquiera le encontraban dentro y metido á hurto; y luego, segun él decia, para qué diablos le llamaban si tardaban tanto.

Por último, se oyó por un sendero el crujido de un brial de seda que determinaba el paso de una mujer que avanzaba rápidamente.

—¿Está ahí el que ha sido llamado? dijo doña Juana, que ella era.

—Sí, noble señora, contestó poniéndose de pié Zancudo.

—¿Sois el caballero que ha llegado esta tarde de Mayorga?

—Sí, noble señora.

—¿Sois de la compañía franca del caballero del Aguila Roja?

—Soy su alférez.

—Valiente debeis de ser, cuando sois alférez de tal capitan.

—No soy manco.

—¿Y como sois valiente sois callado?

—Un poco, señora mia, un poco; podeis echar en mí todo cuanto querais, segura de que no saldrá á luz.

—¿Qué sucede en Mayorga? dijo doña Juana, sentándose en el mismo poyo en que habia estado sentado el alférez.

—En Mayorga sucede, señora, que los vivos se mueren, y que á los muertos los entierran.

—Eso sucede siempre; pero dicen que hay una peste horrenda en Mayorga.

—No dicen la verdad: en Mayorga, cuando yo me vine, no habia ningun apestado; la peste estaba en el campo aragonés.

—Dicen que terrible.

—Sí señora, sí, espantosa; ni el *Kirie eleison* alcanza á los apestados.

—¿Gran milagro!

—Sí á fé, y beneficioso para nosotros, que no sabíamos qué hacernos ya con los aragoneses: hace cinco dias me dieron á mí tal mazada en un hombro, que aunque soy poco menos fuerte que el acero, estoy que no puedo hacer movimiento por la izquierda que no me duela, y ando bismado que da lástima.

—¿Y vuestro capitan? ¿No ha salido mal parado en esta campaña?

—¿Ah, señora! mi capitan tiene un hachazo en la cabeza.

—¿Dios mio! ¿y cómo vive? exclamó anhelante doña Juana.

—Vive porque el hacha tuvo que partir el almete y el capuz de mallas, y por lo tanto no pudo partir la cabeza; pero la herida es grave, muy grave; tiene además una lanzada en un muslo y otra en la espalda, bastante profundas, y seis ó siete menos graves: necesariamente, como que en la guerra no se va á coger pasta-flora.

—De modo, que vuestro capitan está muy en peligro.

—Señora, contestó exagerando el pícaro de Zancudo, mi capitán, si no ha muerto á estas horas, estará en las últimas.

—¡En las últimas, decís! exclamó con un afán infinito doña Juana.

—¡Sí señora, sí, y esta es una gran desgracia! exclamó compungidamente Zancudo: ¡qué va á ser de nosotros sin nuestro capitán!

É hizo como que lloraba.

La Palomilla, que era vivamente impresionable, que se enamoraba de imaginación y que había hecho su sueño de Zayda Fatima, creyéndola hombre, se aterró.

—Pues yo quiero ir, dijo, adonde está vuestro capitán, para hablarle si está vivo, para cuidarle, para llorarle si ha muerto.

—Y bien, señora, dijo Zancudo, cuando queráis os monto á la grupa de mi caballo, que es un corcel muy fuerte, y partimos.

—No hay necesidad de tanto: esperadme mañana en la primera venta que encontreis después del Puente Mayor, y uníos á mí como si no me conociérais; habladme, haremos el viaje juntos, yo iré con mis servidores.

—¿Y en qué os conoceré, señora?

—En que iré montando una hacanea rucia.

—Muy bien, señora.

—Ahora idos, y para que tengáis afición en servirme, tomad.

—¿Ha de ser necesariamente mañana el día de la partida, señora? dijo Zancudo tomando una bolsa que doña Juana le había dado, y por cierto bien repleta.

—Necesariamente mañana al amanecer, contestó doña Juana; y si fuera posible antes, antes sería.

—Es que, señora, yo tengo que hacer mañana en Valladolid.

—¿Y qué tenéis vos que hacer en Valladolid mañana?

—La reina me ha llamado caballero, y cuando un rey llama caballero á un hidalgo, caballero le hace, porque un rey no puede ni debe mentir.

—¡Ah! ¿con que vos queréis ser caballero?

—¡Ah! sí señora: los caballeros hoy medran mucho; porque suponed que yo con cuatro cuartos que vos me deis ó que me dé mi capitán ó que coja en el saco de una villa, armo á quince ó veinte buenos mozos, me voy sobre la frontera de Granada, husmeo, encuentro una villa poco defendida, la sorprendo, la gano, se la entrego al rey mi señor, y como ya soy caballero, el rey mi señor me hace rico hombre de la villa, y con la gente de la villa y los pechos que me paguen, aprovechando una guerra de Castilla con Aragon ó Portugal, que eso sucede todos los dias, parto á sus fronteras con un buen golpe de lanzas y con algunos buenos ingenios, embisto otra villa, y la tomo, y cádate aquí que crezco y soy un rico hombre respetable; y luego, el señor rey me necesita un dia, y yo no le sirvo si no me da lo que le pida, y acabo por fundar señorío y echar título y tener vasallos, de modo, que el uno por arriba y los otros por abajo, me dan lo que yo necesito gastar para estar contento: sin contar con que tanto puedo crecer y tanto puede necesitarame el rey mi señor, que me casen con una infanta y sea yo infante, de donde corriendo el tiempo y muriéndose tal vez los que impidan que la infanta llegue á ser reina, catad ahí que yo puedo ser rey.

—¿Sabeis que no sois ambicioso? *ambicioso no dirá no Y*—

—¿Y qué ejemplo nos han dado todos nuestros ricos hombres? ¿qué eran ellos hace cien años? Cuidado, señora, que yo sé la historia de todo el mundo: ahí teneis á los Pimenteles y á los Castros y á los Perez de Viedma y á otros tantos, cuyos abuelos fueron pelaires, mucho mas pelaires que yo, y tosedles ahora: ¿y qué han hecho? artimañas y gatadas y servir malamente á todo el mundo por el dinero, y aun hoy, andan por ahí hechos bandidos, robando castillos indefensos y entrándose por villas abiertas, y quedándose con ellas sin verter una sola gota de sangre, y pagando sus lanzas, no de su bolsillo, sino del bolsillo del rey y del bolsillo de todo el mundo, y atesorando doblas y haciendo alcázares y fundando monasterios, hecho todo con lo que no es suyo, y volviéndose al sol que mas calienta, sin tener ni honra ni temor de Dios. Pues mirad, valgo yo mas que ellos, y á mas que ellos me atrevo á llegar haciendo menos trapace-

rías, y vertiendo mas mi sangre y sirviendo mejor á quien me pague. Y mirad que á hidalgo no hay quien me pase á mí delante, que los Zancudos venimos del arca de Noé.

—Ya lo creo; como que Noé encerró en el arca macho y hembra de todo género de bicho, y debió encerrar cigarrones.

—No cigarrones, señora, respondió un poco amostazado el bachiller, que la palabra Zancudo es corrupcion de la palabra caldea Zanka, que quiere decir preeminente entre los preeminentes, y Zanka, segun la genealogía de mi familia, era hijo de una concubina, de un biznieto, de un hermano de Noé.

—¡Por Dios, Zancudo! exclamó doña Juana; que estamos perdiendo el tiempo: en otra ocasion me relatareis de cabo á rabo toda vuestra genealogía, cuyo ilustrísimo origen yo no os niego: caballero quereis ser, seréislo, y de órden, y con una encomienda, si me servís bien, que no há menester del amparo de un rey el que tiene el amparo de un Lara.

—¡Ah, señora! vos sois de la nobilísima estirpe de los Laras, vos venís de aquellos siete egregios infantes, ó tal vez del perínclito Mudarra, palabra árabe corrompida, que quiere decir *el Vengador*.

—Dejémonos, dejémonos de genealogías, Zancudo, y vamos á lo que importa: soy en efecto doña Juana Nuñez de Lara, esposa del infante don Enrique el Senador, grande amiga de la reina y aun del rey; me importa mucho ir á Mayorga, me intereso grandemente por vuestro capitan el caballero del Aguila Roja; parto mañana al amanecer; esperadme como os he dicho mas allá del Puente Mayor, en la primera venta, y hacéos el encontradizo, y habladme como si no me hubiérais hablado nunca: sírvaos de señal para conocerme el que irá cabalgando en una hacanea rucia, no lo olvideis: en cuanto á lo de caballero, tened ya por calzada la espuela de oro: idos, y adios: mas allá, siguiendo por ese sendero, encontrareis al paje que hasta aquí os ha traído.

—Adios, pues, señora, y hasta mañana al amanecer,

## II.

Doña Juana se apartó, se alejó, se perdió entre el silencio el ruido de su brial, y Zancudo, siguiendo por el sendero que doña Juana le había indicado; encontró á poca distancia un bulto.

—¿Sois vos el que me ha traído y ha de echarme fuera? dijo Zancudo.

—Yo soy, contestó el paje.

—Pues vamos andando; y si quereis que os festeje, amigo, veníos conmigo, y comeremos y beberemos juntos.

—Agradézcolo como si lo gozara, contestó el paje; pero mi señora me necesita: con que id con Dios, hidalgo, y hasta mas ver.

Y como hubieran llegado al postigo, el paje le abrió, echó fuera á Zancudo, y cerró.

Nuestro alférez, hecha la cabeza una máquina de imaginaciones, se volvió á la posada de la Cruz de San Juan, se bebió una enorme taza de vino caliente enmelado para dormir bien, y mandando le despertasen antes del amanecer, se acostó, se durmió y soñó que le casaban con una hermosísima infanta, por la cual llegaba á ser rey de la gran Tartaría.

## CAPITULO VIII.

### DE LA BUENA ADQUISICION QUE HIZO ZANCUDO EN LA ALDEA DE VILLANUBLA.

#### I.

Despertóse Zancudo sin que le llamasen con la cabeza de tanto soñar caliente, abrió la ventana, vió que el alba empezaba á desperezarse medrosa, cogió del rincon en que las habia echado sus armas, armóse, bajó á la cuadra, enjaezó su caballo, pagó la cuenta, y cabalgando, atravesó á Valladolid haciendo retemblar las solitarias calles bajo los anchos cascos de su poderoso corcel, porque Fatima tenia montados á costo y costa á sus aventureros, y llegó á la puerta del puente á tiempo que los guardas la abrian para que entrasen los abastecedores que venian con todo género de vituallas para el mercado de las aldeas vecinas.

Arremetió al trote por el Puente Mayor el alférez, siguió al galope por el camino real de Leon, y cuando el dia empezaba á aclarar, él empezaba á trepar por las cuestas de Villanubla, y

ya de dia claro, llegó al caserío de la Bambilla, donde pidió le diesen de almorzar.

—Pues como no querais huevos frescos no hay otra cosa, le contestaron.

—¿Y vino? preguntó el alférez.

—Húbole, pero avinagróse.

—Pues bebéoslo vos, dijo el alférez, que yo no tengo para qué quebrarme la color, y vengan quince ó veinte huevos, y despachemos.

Trajéronselos, sorbióselos el alférez, pagó por ellos un maravedí viejo, no porque los huevos valieran tanto, sino porque era la menor moneda que llevaba el alférez, y el del caserío no tenia trueque.

Despues de esto, nuestro hombre volvió á emprender el camino con muy buen talante, y á la salida del sol, y á la vista de villanubla, Galan, esto es, el caballo, soltó un zapato, ó lo que es lo mismo, perdió una herradura.

Notólo Zancudo, por lo que de la mano derecha cojeaba el bicho, cuando ya no era tiempo de encontrar el hierro, y soltó un rosario de votos que escandalizaron á los pinos que se levantaban sombríos á uno y otro lado del camino, que tan solitario estaba este, que no habia quien mas que los pinos de sus votos impíos se escandalizase.

Pero medio consoló á tiempo á Zancudo, próximo ya al pueblo, cierto retintin sonoro que del pueblo salia.

Era el golpe del martillo de un herrador que adobaba sobre el yunque: allá se fué Zancudo.

Llegó, en la entrada del pueblo, á la tienda del herrador, y desazonóse, porque lo que estaba el herrador adobando, eran mezquinos calces de asno.

El corcel de Zancudo tenia siete pulgadas de casco.

—¡Pues ya tenemos para de aquí al domingo que viene! exclamó Zancudo con un humor de los diablos.

—¿Y qué es lo que tenemos para el domingo que viene? contestó el herrador dejando de machacar y mirando de hito en hito al alférez.

—¿Que qué es lo que tenemos? ¿creéis vos que en menos de ocho dias podeis forjar una herradura para mi caballo, si es que podeis forjarla?

—Al caballo de Santiago le planto yo cuatro herraduras en dos periquetes, dijo irritado el herrador.

—Mirad que mi corcel es normando, y que tiene unos cascos, que cuando cogen á un hombre debajo, le tapan.

—Ya lo veo: ¿y qué?

—Que ha soltado en esa maldita cuesta una herradura.

—Apéese el buen soldado, contestó el herrador, y ya verá el tiempo que yo tardo en forjarle la herradura y ponérsela al caballo, que no parecerá sino que con ella ha nacido.

Echó pié á tierra Zancudo, arrimóse el herrador al caballo, examinóle la mano descalza y la calzada, y dijo:

—¿Quién es el mal herrador, Judas, que ha calzado este caballo, poniéndole herraje de hierro agrio, sentándoselo mal y clavándolo peor? ¿Pues bien vais para una arremetida, cristiano! Ya no me espanto yo de que haya soltado una, sino de que no haya soltado las cuatro. Vaya, vaya, Jusepillo, hijo, echa carbon en la fragua y dale al fuelle, que vamos á enseñarle á este hidalgo cómo se hierra á un caballo de esta alzada, de estos cascos y de este empuje.

Y asiendo de una barra de hierro mohoso, que con otro mucho hierro viejo tenía en un rincon, metiéndola en la fragua, encandescióla por uno de sus extremos, y dale que le das, en un santiamen forjó una herradura.

## II.

—¿Sabeis, dijo Zancudo, que hasta entonces habia estado callado, observando la faena del herrador, que vais teniendo razon?

—¿Cómo que si la tengo! Pues qué, ¿no estuve yo en la casa

del señor rey don Alfonso, y yo era, y no otro, quien le herraba los corceles y las mulas, y no habia quien á mí me ganase de todos los herradores de su señoría y.....

Y mientras decia esto, tenia ya medio forjada otra herradura.

—¿Con que servido habeis al señor rey don Alfonso, cristiano? dijo Zancudo: pues ¿y qué edad teneis vos?

—Cincuenta años cumpliré por San Martin, contestó el herrador.

—Pues á fé á fé que pareceis de muchos menos.

—Como que no me he casado, y no tengo cuidados, y me trato bien.

—¿Ah! eso es otra cosa. ¿Y cómo os llamais, buen mozo?

—Diégo Moron el Zurdo, para serviros despues de Dios.

A este punto tenia forjada la segunda herradura, y emprendia con la tercera.

—Pues sois un águila en esto del martillo, dijo maravillado Zancudo.

—¿Ah! ya vereis, repuso el Zurdo; y cuando vuestro caballo esté herrado, ya sé yo que direis que es la primera vez que le han herrado bien en toda su vida: ¿pues qué no hay mas que herrar á un caballo, y conocer cada casco como es en sí, y dar mas ó menos pujabante para no llegarle á los blandos? Vamos, hombre, ¡si creerán que ser herrador es ser cualquier cosa! ¿Por qué les vienen á los caballos las grietas, los cuartos, los agriones, si no es por los herradores judíos, que Dios confunda, que no saben dónde tienen la nariz?

Y á todo esto, forjada la tercera herradura, daba principio al forjamiento de la cuarta.

—¿Os avendríaís vos bien con doscientos corceles y veinte acémilas, hermano? dijo Zancudo, que encontraba en el Zurdo un tesoro y queria aprovecharle.

—¿Pues vaya, hombre! como que los animalitos no habian de quedarse todos descalzos en un dia: mas de cuatrocientas bestias entre caballos y mulas tenia el señor rey don Alfonso, y con todas me las entendia yo muy á mi gusto, y holgando; por-

que mirad, en una semana se forja para tres meses. ¡Vaya hombre! sí señor.

—¿Y qué diablos haceis con vuestra habilidad en esta aldea?

—Nací en ella, tira la patria, y luego, mi tío el sacristan, que santa gloria haya, dejóme unos pegujares, y labrándolos y herrando á todas las bestias de los alrededores y las que pasan, me gano bien el sustento y ahorro.

—Os echo mano, exclamó Zancudo, que de tiempo en tiempo echaba impaciente ojo al camino, por ver si venia doña Juana.

### III.

A este tiempo el Zurdo tenia ya adobada la una herradura, y emprendia con el adobo de la segunda.

—¿Que me echais mano á mí? dijo el herrador: ¿y á qué fin?

—A fin de que seais herrador y albéitar de mi compañía.

—¿Y qué compañía es la vuestra?

—La famosa compañía franca del caballero del Aguila Roja.

—Pues si la compañía es tan buena como el herrador que tiene, dijo el Zurdo, no doy por ella dos cornados.

—Pues porque el herrador que tenemos no merece serlo de nuestra compañía, y vos sois un prodigio, y la compañía es un prodigio de brava, en nombre de mi capitán os tomo á sueldo.

—¿Sabeis á quién tomáis á sueldo, si yo quiero? dijo el herrador.

—Tomo á un hombre que forja una herradura que parece que se ha caido del cielo, y que además me parece un buen mozo de pelo en pecho, capaz de darle una lanzada al mismo Roldán el francés que se viniera de Roncesvalles, donde dicen que anda en pena.

—Eso por supuesto; que si me dieran á mí convertidos en hierro, los hombres que cuando la guerra del rey don Alfonso con su hijo el rey don Sancho eché yo por la grupa del primer embite, ya habria para herrar á todas las caballerías del mundo;

pero no es eso solo; que me den á mí un jaco muriéndose, y que yo me proponga curarle, y en tres dias le pongo nuevo; y no es eso solo, que tambien soy médico, y para catar heridas no hay otro como yo, y soy saludador y zahorí, y si no venid acá y vedme en el cielo de la boca un santo Cristo negro: ¿lo veis?

—Hombre, lo que yo veo es una cosa negra junto al paladar, lo que es buena seña, porque los perros de buenos vientos y los mas finos tienen negro el cielo de la boca.

—Pase por la mala comparacion, dijo el Zurdo; pero en fin, vamos andando. A ver, Jusepillo, trae el pujabante y las tenazas y vamos á calzar á este buen mozo.

Y el Zurdo se puso á herrar el caballo.

Parecia como que las herraduras se las habian hecho á molde. Zancudo estaba encantado.

—Con que vamos, dijo, ¿os venís con nosotros?

—Mirad, todo puede ser, segun el trato.

—Pues vamos á cuentas: ¿quereis ser hombre de armas?

—No hay inconveniente, que tanto da forjar hierro como romperlo de punta. ¿Y qué sueldo?

—Cuatro maravedises viejos diarios, racion de carne y vino, y despues del quinto del capitan, á partir las presas con los compañeros.

—Bien paga vuestro capitan, dijo el Zurdo.

—Le gusta tener contenta á la gente.

—¿Y armas y caballo?

—El capitan las dá.

—Bueno; por lo de hombre de armas, me convengo: ¿y por herrador y albítar?

—Vos direis.

—Cinco maravedises viejos al mes por cada caballo, y cuatro por cada mula.

—¿Entrando el herraje y las medicinas?

—Hombre, por supuesto; porque lo que se gasta de mas en lo uno, se gasta de menos en lo otro.

—Convenidos.

—¿Y por lo de médico y cirujano?

—Eso vos direis.

—Otro tanto que por lo de hombre de armas, que tanto dá curar heridas, como hacerlas.

—Me parece que nos arreglamos.

—¿Y por lo de saludador y zahorí y astrólogo? Que no sabeis lo que eso vale.

—Poned vos la medida.

—¡Hombre! por eso, otro tanto que por médico.

—Bien. ¿Con que tenemos doce maravedises diarios y tres raciones por una parte, y por otra cinco maravedises al mes por herraje y cura de cada caballo y cuatro por cada mula?

—Eso es. ¿Y de enganche? señor soldado.

Metióse Zancudo la mano en la escarcela, sacó de ella el bolsillo que la noche anterior le habia dado doña Juana de Lara, tomó de ella seis cruzados de oro y los dió al Zurdo.

Este los miró en la palma de la mano y dijo:

—Buen oro y viejo; pero aunque esto basta para el enganche, aún falta algo, lo que valen el hierro, la fragua y las herramientas.

—Poned precio.

—Otros seis cruzados.

—Tomad.

—Falta todavía.

—¿Y qué?

—Yo no deajo á Jusepillo, que es un huérfano que recogí abandonado, para que pida limosna; además, me es útil, porque es buen muchacho de fuelle.

—¿Cuánto por Jusepillo?

—¿Qué menos se le ha de dar al desventurado que un cruzado de enganche, medio sueldo de hombre de armas y racion entera? Y luego que guisa que es un primor y cuece unas uñas de vaca con peregil y hace un salmorejo con caracoles y un salpicon que puede comerlo el mismísimo rey en persona.

—Me quedo con Jusepillo, y allá van, no un cruzado, sino dos, que tiznado y todo me parece un rapaz de buen talante.

—Dios se lo pague al señor hidalgo, dijo Jusepillo, hablando

por la primera vez, y apretando en el puño, ébrio de alegría, los dos cruzados que le habia dado Zancudo, y yéndose á mantener, sin soltarlos, la pata izquierda de Galan, que era la que faltaba por herrar.

—Pues falta todavía, dijo el Zurdo, porque como yo soy zahorí, me estoy oliendo que en cuanto acabe de herrar el corcel, vais á decirme que eche á andar con vos.

—Eso por supuesto.

—Pues bien; por un cuartago que tengo yo ahí, buen bicho, como que lo he criado yo en mi casa, y en el que haremos la jornada Jusepillo y yo, y por la montura, dos cruzados.

—Allá va.

—Item, por dejar abandonada mi hacienda y erial, la renta de cada un año.

—¿Y qué renta vuestra tierra?

—Tres cruzados.

—Eso se añadirá á vuestro sueldo.

—Item, por las semillas que se quedan en mi panera, y que no sé si podré aprovecharlas, porque no me dejais tiempo para venderlas, seis cruzados.

—Tomad, y ved si falta algo.

—Nada falta, sino que Jusepillo vaya á enjaezar el cuartago, á poner la ropa en un saco y andando.

—Pues sobre la marcha.

—Entre tanto yo voy á avisar al alcalde que se venga á entregar de lo mio, y me lo guarde y me lo cuide y me ponga las tierrecillas en renta.

—Id, y volved cuanto antes.

#### IV.

Jusepillo se metió para adentro y el Zurdo se echó para afuera.

—Y vaya si es conveniente, se quedó murmurando Zancu-

do, un hombre que hierra como este y que tiene mas oficios que dedos; he hecho un hallazgo, y luego que me parece hombre de buen ingenio y dispuesto para todo. ¡Qué! si parece que Galan descansa y que tiene mas fuerza de bien calzado que está. Pero ¡calla! polvo á lo largo del camino; la señora, ¡rayo de Belcebú! y sin poderme mover de aquí. Vamos, dejaréla pasar, y luego la alcanzaré: pero metámonos adentro para que no nos vea.

Y asiendo del caballo se metió con él en la casa del albéitar, y se cubrió á fin de que no le vieran desde afuera.

## V.

No tardó mucho en llegar y en pasar rápidamente doña Juana Nuñez de Lara.

Zancudo, que miraba con la puerta de candilejo, vió que la acompañaban gran número de pajes y criados á caballo, y que la escoltaban como una cicuentena de magníficas lanzas gruesas.

—¡Anda, anda! dijo Zancudo: ¡pues no tienen poder los Laras, que digamos! Si esa gente fuera mia, de aquí á un mes era yo rico hombre, señor de villas y lugares; pero para hacer esto, y que no lo tomen á bandidaje, es necesario ser caballero y tener empresa. Allá veremos. ¡Y que no va hermosa que digamos la tal doña Juana! ¡suerte como la de mi capitan! ¡Cáscaras! Y se conoce que está enamorada de él como una loca: con que quiten de en medio á ese señor infante don Enrique, lo cual no es difícil, porque aprovechando un dia de batalla, en un rebullicio, entre el polvo y la confusion, un buen golpe de maza no se sabe de dónde ha salido; y luego este Zurdo, que es zahorí y ensalmador, y quizás quizás envenenador: ¡quién sabe lo que puede salir de esto! Allá veremos. ¡Hola, hermano Zurdo! ¿este amigo que viene con vos, es el alcalde?

—Para servir al señor soldado, dijo un patan grave que venia con el herrador, entrándose muy cargado de capa, á pesar del calor que hacia, en la casa: aquí me ha dicho este que vos os

lo llevais á la guerra, y yo lo siento, porque era nuestros piés y nuestras manos, y para herrar no hay dos como él, ni para curar á los muchachos el mal de ojo, ni para otras muchas cosas que ya le ireis descubriendo; pero en fin, cada cual hace de su capa un sayo y Dios con todos, y mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y no digo mas, y andando, y véte tú, Zurdo, cuando quieras, que ya veo salir por ahí con el cuartago á Jusepillo: descuida por tu hacienda, que yo te la guardaré, hombre, como si fuera mia. Y con esto y con sacar las bestias á la calle y montar, y echando yo la llave á la puerta y marchándonos á la taberna para la despedida, no hay mas que decir.

Y dicho y hecho: sacó Zancudo fuera á Galan, Jusepillo fuera al cuartago, cabalgaron Zancudo y el Zurdo, saltó con la agilidad de un mono á las ancas del cuartago Jusepillo, echó el alcalde la llave á la puerta, y en buen amor y compañía se fueron á la taberna, bebieron de lo lindo, cargaron las botas Zancudo y el Zurdo, y este último, despidiéndose del alcalde y de los vecinos que á la taberna habian acudido, siguió á Zancudo, que se puso muy pronto al trote fuera de la aldea, siguiendo la carretera.

## CAPITULO IX.

EN QUE EMPIEZA Á PARECERLE AL ZURDO NO TAN BUENO EL TRATO QUE HABIA HECHO COMO HABIA CREIDO.

## I.

Subíase á mas andar el sol calentando mas de lo justo y amenazando con un dia calurosísimo.

—Es imposible, imposible de todo punto, decia Zancudo, pensando en el calor que se preparaba, que una dama tan delicada como ella pueda resistir el sol que hará dentro de dos horas: de seguro que se parará á sestear en algun otero en el camino: marchemos, sin embargo, de prisa, que despues nos pondremos al paso de la señora. Pero ¡diablo! se me olvidaba: cuando se engancha á un soldado, se le toma pleito homenaje y juramento, y yo me he olvidado de esto.

Y Zancudo refrenó su caballo, se detuvo, y dijo al Zurdo:

—Empinemos las botas.

—Empinémolas, contestó el Zurdo, que era hombre de buen tragadero.

Y las botas se empinaron, permaneciendo empinadas un espacio monstruoso.

Oíase el despeñarse del vino por la garganta.

Aquellos dos hombres debían estar huecos según el vino que les cabía.

El Zurdo dió su bota á Jusepillo, que empinó también de una manera razonable.

—Echemos pié á tierra, dijo Zancudo.

—¿Y para qué? dijo el Zurdo, puesto algo en cuidado, porque era un tuno, y se le figuró que lo que Zancudo quería era quitarle lo que le había dado, y además el cuartago, sacar las herraduras de valde y con ganancia, y dejarle atado con Jusepillo á un árbol, y tal vez zurrado.

Todo había que temerlo de los aventureros, que eran mala gente, y que tanto hacían á *boquillas* como á *cangrejos*; es decir, que tanto servían á sueldo, como se buscaban la vida salteando cuando no había quién los asoldase.

Aunque el Zurdo era hombre bravo, iba sin armas, y causábanle espanto la prodigiosa humanidad, la larguísima lanza y la inconmensurable espada de Zancudo.

—Ya lo veredes para qué quiero que echemos pié á tierra, dijo descabalgando Zancudo: acude, Jusepillo, y ten el caballo y el cuartago.

Jusepillo saltó al suelo listo como una ardilla.

El Zurdo echó pié á tierra con recelo.

—Vámonos entre aquellos árboles, cuya fresca sombra convidaba, dijo Zancudo, enderezando hácia el lugar que había indicado.

Siguióle siempre receloso y algo mohino el Zurdo.

Cuando hubo llegado Zancudo al pié de una enorme haya, se detuvo y dijo al Zurdo:

—Arrodilláos.

Y al mismo tiempo tiró de la espada.

El Zurdo dió un salto atrás, y exclamó pálido y descompuesto:

—¿Y es esto una acción hidalga? ¿Qué queréis hacer de mí?

É inclinándose rápidamente al suelo, cogió una piedra y se armó.

—Asustadizo sois, hermano, dijo Zancudo soltando la carcajada: y por habérsemeos puesto de uñas, mereceríais bien que yo os diese una vuelta de cintarazos; pero tranquilizáos, que yo no pretendo otra cosa que tomaros juramento.

Y volviendo su espada, la asió por la hoja y presentó la cruz de su empuñadura al Zurdo.

—Venid y arrodilláos, dijo Zancudo.

—Vuéltome habeis el alma al cuerpo, dijo el Zurdo, que creídome habia otra cosa, y resuelto estaba á enviaros este menbrugo de campo á las narices; pero puesto que de juramento se trata, perdonad, y arrodillome.

Y arrojando el pedrusco, llegó y se arrodilló.

—¿Jurais sobre la cruz de esta espada, dijo gravemente Zancudo, fidelidad y obediencia con todo el pleito homenaje capaz y bastante al caballero del Aguila Roja, que os ha tomado á sueldo, por Dios, por la Santísima Trinidad, por la beatísima Virgen María y por todos los santos y santas del cielo?

—Juro como se me pide, contestó el Zurdo.

—¿Sabeis que por este juramento os poneis bajo el poderío absoluto del señor don Gutierre de Silva, caballero del Aguila Roja, capitan de la compañía franca de los hermanos de la Selva?

—Lo sé ahora.

—¿Y confirmais vuestro juramento?

—Lo confirmo.

—Si así lo haceis como lo habeis jurado y por el pleito homenaje que habeis rendido, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

—Amen, dijo el Zurdo.

—Alzáos, y vamos á las botas y bebamos y démonos las manos como buenos amigos y compañeros bajo una misma bandera.

Alzóse el Zurdo, y se encaminaron adonde estaban las cabañerías.

—¿Sabeis que pienso una cosa, Zurdo? dijo Zancudo por el camino.

—¿Y qué pensais?

—En lo de buen herrador, no hay que deciros nada, que ya se ha visto, que seguro estoy que bien puedo con mi corcel, tal como le habeis herrado, correr sin temor sobre pedernales; pero en lo de zahorí, hermano, habeis dado marron, que paréceme á mí que vos adivinais las cosas cuando ya han sucedido.

—Decíslo porque me temí de vos un mal hecho, ¿no es verdad?

—Cierto.

—Es que yo no os conozco ni poco ni mucho, ni sé cómo os llamais, ni os he tentado la cabeza, ni os he puesto la mano sobre el corazon, ni os he visto la palma de la mano.

—¿Y todo eso es menester para decirle á un hombre lo que le ha de sobrevenir, compañero?

—Eso y mas, amigo.

—Pues bebamos y cabalguemos, que por el camino iremos hablando.

Bebieron, montaron, y siguieron la marcha.

—Pues ya que es necesario que vos sepais quién es un hombre para que le podais decir lo que ha de sobrevenirle, sabed que yo me llamo Melchor Zancudo, que nací hace veintiocho años, por San Juan, en Valladolid.

—¿Y nacísteis de la noche abajo ó del dia arriba?

—Nací en el punto en que empezaba el dia de San Juan, es decir, á las doce de la noche.

—Buen pronóstico: ¿y quién fué vuestro padre?

—Soy sobrino de un canónigo.

—Pero, ¿y vuestro padre?

—En todos los dias de mi vida me han hablado de él, sino cuando tenia quince años, que me dijeron que se murió y que mi madre se murió tambien, y que mi padre se llamaba Zancudo y mi madre la Polvorosa, y aquí paz y despues gloria, y yo no volví á preguntar por mi padre, porque no me gusta que me hablen de muertos: el canónigo me enseñó latin y letras huma-

nas, y entré á estudiar derecho civil y canónico en la universidad de Valladolid cuando la fundó el señor rey don Sancho IV, que santa gloria haya, y llegué á bachiller, y me divertí de veras con la gente de la Hampa, y murióse mi tio y heredé y fuí rico y gasté, y quedéme pobre, y metíme á soldado con nuestro capitan, y tal hice, que me hizo alférez, y aquí teneis que yo soy Melchor Zancudo, bachiller en derecho civil y canónico, soldado y alférez del caballero del Aguila Roja en su compañía franca de los hermanos de la Selva, y si es menester que sepais mas, aquí teneis mi mano ancha y membruda, y si no callosa como la vuestra, fuerte para la lanza, la maza y la espada, como vereis en la primera ocasion que se presente. Con que vamos, ¿qué decís de mis sucesos?

—Digo que acabareis pacíficamente y sin cuidados.

—¿Y rico?

—Con algo qué.

—Teneis razon, porque por mucho que Dios me dé, siempre acabaré yo en algo qué, si no es que acabo haciéndome sentir de medio mundo cuando me muera: ahora, yo voy á ser para vos mas zahorí que vos para mí: os estoy viendo zurrado de cuerda hasta que se os levanten seis dedos las espaldas por cualquier quisicosa.

—¿Cómo! ¡qué! ¡esplicaos!

—Suponed que un dia os presentais borracho en la compañía.

—¿Y bien, y qué! ¿pues para qué han hecho el vino?

—Para que el capitan don Gutierre de Silva mande que os atraquen de agua caliente hasta que arrojeis las entrañas, y que os den despues dos docenas de zurriagazos á lomo limpio.

—¿Y qué mas? dijo el Zurdo.

—Suponed que blasfemais de Dios, de la Virgen ó de los santos porque tengais esa mala costumbre, ó porque sin tenerla os desesperais, y que el caballero del Aguila Roja lo sabe.

—¿Y qué sucede entonces?

—Poca cosa; una friolera; que os tienen lo menos un mes con la geta hinchada.

—Pues hombre, ¿qué hace vuestro capitan con el que blasfema?

—Manda que le atén y luego que le apliquen á los labios un hierro ardiendo.

No fué ya una oreja, sino el cogote, lo que se rascó el Zurdo.

—¡Con que sí! dijo.

—Esperad aún: suponed que un dia una doncella, ó no doncella, va al capitan y se queja de que vos la habeis burlado.

—¿Y bien, y qué?

—Segun ella sea, se os dá un trato de cuerda por trataros con malas mujeres, ó si la que se queja es buena y verdaderamente burlada, os dice: elegid entre casaros con ella ó ser abaldestado.

—¡Diablo! ¡diablo! ¿Pues sabeis que es mas estrecha de lo que parece la religion en que me he metido?

—Esperad aún: si teneis el caballo sucio ó flaco, mal aderezadas las armas, mal cortantes y mal punzantes la lanza, la espada ó el puñal, os ponen á la vergüenza en medio del campo con un letrero feo en medio del pecho, os azotan y os tienen quince dias sin sueldo y á media racion.

—Bueno, bien; todo eso está muy bien, dijo el Zurdo: con perdonar el sueldo de hombre de armas estamos al corriente, y nos libramos de todos esos peligros.

—No vale: todo el que sirve en la compañía, hasta el capellan, que es un bendito, está sujeto á las ordenanzas del caballero del Aguila Roja: pero aún no he concluido: si robais lo que monta un cornado, horca; si respondeis mal con lo mas mínimo de soberbia al capitan ó á mí, que soy uno de los cabos principales ó á cualquiera de los otros cabos, horca; si levantaiis calumnia grave al capitan ó al rey, cortada la lengua; si caeis en delito de traicion y levantaiis puñal ó espada contra el capitan ó los cabos, mano derecha cortada, y horca; si herís ó estropeais á un compañero dentro del campo, horca.

—¡Pero señor! exclamó ya cansado el Zurdo: ¡vuestro capitan ahorca por todo!

—Y decid: ¿qué hacia el buen rey don Alfonso el Sabio?

—Como su señoría nos necesitaba por la rebeldía de su hijo, hacíamos lo que queríamos.

—Pues que se os olvide eso, porque quien sirve al capitán del Aguila Roja, no hace lo que quiere, sino lo que el capitán le manda.

—Pues no le sirvo, dijo el Zurdo refrenando su caballo, que aunque paga bien, puede perdonarse el bollo por el coscorron.

—¿Cómo? ¿qué es eso? Voy á deciros otra parte de las ordenanzas de la compañía franca del caballero del Aguila Roja.

—¿Y qué es ello?

—Mirad: desde el momento en que un hombre se pone bajo la bandera de la compañía, pertenece tan por entero á ella, que no puede abandonarla sin esponerse á mucho.

—¿Y estoy yo bajo la bandera de la compañía del caballero del Aguila Roja? dijo con algun cuidado el Zurdo.

—¿Pues no! ¿no acabais de jurar á mi capitán, sobre la cruz de mi espada, pleito homenaje y fidelidad y obediencia?

—Cierto que sí.

—Pues os cogen las ordenanzas del capitán de medio á medio.

—¿Y bien! ¿qué? dijo ya gravemente amostazado el Zurdo.

—Oid lo que acerca de esto rezan las tales ordenanzas. «Al soldado que abandonare sin licencia del capitán la bandera que ha jurado, donde se le coja se le ahorcará<sup>1</sup>.» ¿Qué os parece?

—No me parece muy bien.

—Y á mí me parece mucho peor el que os parezca mal: estoy viendo que voy á verme obligado á hacer con vos una de las mias. ¿Qué es esto? vos os poneis á defender á los miserables, á los traidores que olvidan sus juramentos, á los cobardes que abandonan sus estandartes, á los miserables capaces de todo, porque de todo es capaz el que se ha olvidado del honor y del temor de Dios: buscad, que no faltan, un árbol á propósito para que os ahorqueis de él, que solo ser ahorcado merece quien

<sup>1</sup> Por aquí andábamos de nuestra novela cuando empezó el fuego del 22 de junio. Continuamos el 26.

como vos piensa. ¡Ya lo creo! como que allá en los malos tiempos del buen rey don Alfonso os acostubrasteis á hacer lo que os daba la gana y á tener al rey á vuestra merced, entre las puntas de vuestras lanzas, vendiéndoo al que mas os pagaba.

—Yo fui siempre leal al rey don Alfonso, cuyo pan comia, y á mí no hay que decirme eso, que tengo mas de una herida tomada por el rey, que testifica mi lealtad.

—Pues entonces, seguid siendo leal, y no hablemos mas de esto.

—Leal soy yo, porque me sale de adentro; pero á mí no me tiene cuenta eso de ahorcar por todo: y si es todavía tiempo hábil de que yo me vuelva á mi casa, tomad vuestros dineros y dejadme ir en paz.

—Pero venid acá, tozudo y torpe que sois: ¿qué os importa á vos que se azote, se ahorque y se aballestee, si esto no se hace mas que por delitos? con no ser delincuente, no os cogen ni los azotes, ni la horca, ni la ballesta: ¿y qué se os pide? que obedezcais ciegamente las órdenes de vuestro capitán, que no conspiréis, que observeis buena conducta, que no engañéis mujeres, ni robeis á nadie, que no hagais, en fin, nada de lo que no hace ni puede hacer un hombre de bien, que no seais cobarde, ni embustero, ni borracho. ¿Qué hay de malo en todo esto?

—Verdad es tambien, dijo el Zurdo: ¿pero quién le libra á uno de una mala voluntad y de un testigo falso?

—Poco á poco, dijo Zancudo, que mi capitán es hombre de tanto ingenio como valor, y no le engaña nadie, y ya sabe él los que son buenos soldados y los que no lo son.

—Pues si eso es así, dijo el Zurdo, afirmome en el pleito homenaje y en el juramento, y me declaro ahora mas que nunca, soldado, albéitar, médico y astrólogo de la compañía del caballero del Aguila Roja.

—Pues siendo así, dijo Zancudo, yo os absuelvo, y no siento mas que el tiempo que hemos perdido en esta inútil conversacion, y que nos hacia falta para adelantar la jornada, porque tal está aquello, que un hombre como vos hace mucha falta, ya sea para herrar y curar los caballos ó los soldados, porque anda por

allí la peste negra, y es posible que haya dejado de suceder el milagro de que con nosotros no pegue.

—¿Peste negra teneis en Mayorga? dijo el Zurdo; pues afirmoos que en cuanto yo llegue, la peste negra se marcha, porque tengo yo contra ella un remedio á que esa señora no resiste.

—Y decidme: ¿teneis un medio para que crezca?

—¿Y para qué quereis que crezca esa calamidad espantosa?

—Es que hasta ahora, dijo Zancudo, esa calamidad, por milagro sin duda, no ha pegado mas que con el campo aragonés.

—Pues dejad, dejad, que si con el campo aragonés ha pegado, no cesará hasta dar cuenta de todos, y pedidle á Dios que, cuando con los aragoneses acabe, no empiece con nosotros.

DE COMO ZANCUDO ENTRO A SERVIR TEMPORALMENTE A DONA JUANA  
REINA DE LARA.



Se habian puesto de nuevo en marcha hacia poco tiempo, y en una plática sabrosa y entretenedora pasaron el camino hacia llegar al monte de Torozos, que atravesaron, viéndolo á dar al Páramo y arroyo de la Mudarra, donde á la sombra de algunos grandes árboles estaban acantonados, porque ya habia entrado el gran calor del día, algunos hombres de armas con algunas acatilladas.

Los caballos y las mulas, quitados los frenos, pasaban libremente de la fresca yerba que á la margen del arroyo crecía.

Entre unos copados árboles habia armadas tres tiendas, una de las cuales, la del centro, era mayor que las otras.

Avanzando sobre el camino, á caballo, con la adarga en el brazo, y apoyado en la lanza, habia un hombre de armas á guisa de centinela.

—¿Y la pasta negra? ¿es posible que haya dejado de crecer el  
 camilayo de que con nosotros no pegue.

—Pasta negra tenéis en Mayorga, dijo el Xandor, pues mi-  
 ra, ahora que en cuanto yo llegue, la pasta negra se macha, por  
 y que tengo yo contra ella un remedio á que esa señora no re-

—Y decidme: ¿tenéis un remedio para que crezca?

—Y para que pueris, que crezca esa calamidad espantosa!

—Es que hasta ahora, dijo Xandor, esa calamidad, por mi-  
 casado sin duda, no ha pegado mas que con el campo aragonés.

—Bien dejad, dejad, que si con el campo aragonés ha pega-  
 do, no cesará hasta dar cuenta de todos, y pedidle á Dios que

—cuando con los aragoneses acabe, no empiece con nosotros.

—Pero ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

—¿Qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué? ¿qué?

## CAPITULO X.

DE CÓMO ZANCUDO ENTRÓ Á SERVIR TEMPORALMENTE Á DOÑA JUANA  
NUÑEZ DE LARA.

## I.

Se habian puesto de nuevo en marcha hacia poco tiempo, y en una plática sabrosa y entretenedora pasaron el camino hasta llegar al monte de Torozos, que atravesaron, viniendo á dar al Páramo y arroyo de la Mudarra, donde á la sombra de algunos grandes árboles estaban sesteando, porque ya habia entrado el gran calor del dia, algunos hombres de armas con algunos acemileros.

Los caballos y las acémilas, quitados los frenos, pastaban libremente de la fresca yerba que á la márgen del arroyo crecía.

Entre unos copudos árboles habia armadas tres tiendas, una de las cuales, la del centro, era mayor que las otras.

Avanzado sobre el camino, á caballo, con la adarga en el arzon, y apoyado en la lanza, habia un hombre de armas á guisa de centinela.

Cuando vió acercarse á Zancudo y al Zurdo con su apéndice Jusepillo, el armado embrazó la adarga, terció la lanza, y saliéndose al medio del camino, dijo:

—¿Qué gente sois? ¿Adónde vais?

—Yo soy, dijo Zancudo, sin apercibir sus armas, alférez de una compañía franca al servicio del rey, y estos que conmigo vienen, también son de la compañía; y digo esto, sin saber si vos sois del rey ó no lo sois, porque yo nunca entro en tierra de miedo, ni miento, mirando á lo que puede sobrevenir.

—Nosotros no somos, contestó el armado, ni de rey ni de Roque, que quien nos paga sueldo es el señor infante don Enrique el Senador, á cuya señora esposa vamos resguardando sin saber adónde va.

—¿Cómo! ¿qué! ¿está aquí la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara? dijo Zancudo; pues huélgome de saberlo, que tenía yo deseos de conocer á dama tan principal, de quien he oído contar maravillas, y que priva mucho con su señoría la reina; y si fuera posible que yo la hablase, me alegraría.

—Pues pasad é id á aquellas tiendas que se ven allá abajo, y á los que guardan la de en medio, decidles lo que deseais.

—Agradézcoos el favor, hidalgo, dijo Zancudo, y quedad con Dios, y hasta luego, que bien me parece que hemos de ir juntos algun buen espacio de camino.

—Placeríame de ello, señor alférez, contestó el hombre de armas.

Y Zancudo, el Zurdo y Jusepillo, pasaron.

## II.

Como le habían visto hablar con el guarda los soldados que estaban sesteando á la sombra de los árboles, no se movieron; pero moviéronse, sí, los que guardaban la tienda del centro, que adelantaron cuando vieron que Zancudo y el Zurdo se acercaron á ella.

A cierta distancia diéronles el alto, y preguntáronles qué era lo que querían, á lo que contestó Zancudo:

—Señores hidalgos, yo soy alférez de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, mas conocida por el nombre de su capitán, el caballero del Aguila Roja: voy haciendo mi via hácia la villa de Mayorga, y habiéndome dicho el guarda que está allá en el camino, que aquí pára su merced la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, no he querido pasar sin hacer acatamiento á esta señora: decidla, pues, si esto es posible, que el alférez Melchor Zancudo desea besarla las manos y ponerse á su servicio.

### III.

Retiróse del grupo de guardas, uno de ellos que fué á la tienda y levantó el tapiz.

En aquel momento apareció una doncella jóven, bastante linda, dentro de la tienda, inmediatamente detrás del tapiz que habia levantado el hombre de armas.

—¿Qué quereis? preguntó la doncella al hombre de armas.

—¿Qué he de querer yo? contestó este: no otra cosa que decir á su merced que aquí hay un alférez aventurero que con su merced desea hablar, y como este puede ser el mismo por quien su merced ha preguntado en las ventas del camino, sin que nadie le haya visto pasar, por eso vengo á anunciarlo á su merced, que de otro modo no traeria el mensaje.

—Habeis hecho bien, dijo la doncella, y voy á avisar á la señora.

Y se metió para adentro.

## IV.

Doña Juana, completamente vestida, estaba echada sobre unos ricos almohadones, puestos en una especie de camilla de tigrera muy baja.

—Y bien, Cinta, dijo á la doncella, ¿qué es eso, ha llegado ya el que esperábamos?

—Creo que sí, señora, porque hay ahí un hombre que se dice alférez de la compañía franca del capitán del Aguila Roja, y ha de ser el que vuesa merced espera.

—Pues que entre al momento, dijo doña Juana.

Y se levantó de los almohadones y se puso de pié.

Tenia un traje verde de vellorí tomado de oro, y como de caza, tocas blancas de una tela semejante á gasa de plata que dejaban ver sus ricos cabellos, y un birrete de brocado con pedrería y pequeñas plumas de garza en el birrete, azules, rojas y amarillas.

Este birrete, que tenia el ala muy ancha, como para defender del sol, tenia todas las apariencias de uno de estos sombreritos de viaje que hoy usan las jóvenes, con la sola diferencia de que era muy rico; en fin, si doña Juana hubiera llevado ahuecadores, entonces no se usaban porque duraba aún en las modas la influencia de la estatuaria, hubiera parecido completamente una de nuestras elegantes, solo con mas viveza en los colores del traje, y en él bordaduras y briscaduras de oro.

Una reina no hubiera podido ir mejor ataviada que doña Juana, porque además de lo rico y de lo ostentoso de su traje, llevaba en la garganta alhaite ó collar de gruesas perlas en triples vueltas, grandes arracadas de pedrería, y ajorcas ó brazaletes de oro macizo guarnecidos de perlas, esmeraldas y rubíes.

Unos guantes finísimos, perfumados, la llegaban hasta la mitad del mórbido brazo, y en la mano izquierda tenia un ri-



LA BUENA MADRE.

La Palomilla.



quísimo ventalle de plumas, esto es, un abanico que no podia cerrarse.

Estaba gallarda y hermosísima doña Juana, y Zancudo, que no la conocia, no pudo menos de maravillarse al verla, de dar un paso atrás, y esclamar:

—¡Jesús me valga!

## V.

—¿Habeis visto al diablo? dijo doña Juana.

—No, señora, no, contestó Zancudo, que era muy galante: no he visto al diablo, sino á un ángel, y porque á su vista sobrehumana he creido morir, he pedido á Dios que me valga.

—De buen humor venís, señor alférez.

—No tengo por qué venir con mal talante, cuando vengo sirviendo á una dama tal como vuesa merced.

—Gracias: ¿y á qué hora habeis salido de Valladolid, ó en qué diablo os habeis entretenido que me habeis tenido esperando mas de una hora?

—He cogido al vuelo un pájaro que puede ser muy útil para mi compañía, porque es herrador, albéitar, médico, astrólogo, y creo, Dios me perdone, que envenenador, saludador, quiero decir, hombre que conoce las virtudes de todas las yerbas.

—En ese caso, dijo doña Juana, dejando ver algo de sinietro en su mirada, no habeis perdido el tiempo: y decidme ¿cuánto tardaremos en llegar á Mayorga?

—Segun y cómo: vuesa merced, si quiere sestear y descansar por la noche, tardará dos dias; pero yo no tardaré mas que uno, porque no pienso parar mas que dos horas para descansar y comer yo, y para que coma y descansa mi caballo.

—¿Y no puedo yo andar lo mismo? dijo doña Juana.

—Indudablemente, si vuesa merced quiere.

—Pues así andaremos, dijo doña Juana: Cinta, añadió.

Entró á poco la doncella que anteriormente y á una seña de su señora habia salido de la tienda.

—Dí al escudero Márcos Lesmes, dijo doña Juana, que entre al momento.

A poco entró un soldadote rudo y perfectamente armado, porque las gentes de los Laras que estaban en la córte, iban de continuo ricamente ataviadas y pertrechadas.

## VI.

—Oid, Márcos Lesmes, dijo doña Juana; este hidalgo es el por quien se ha preguntado en las ventas del camino; se llama el señor Melchor Zancudo, y es alférez al servicio del rey en una compañía franca que está sobre Mayorga; y como allá vamos, he determinado que el señor Melchor Zancudo sea el que comande, como capitán, mis lanzas, y el que como mayordomo gobierne á la servidumbre que he traído conmigo: entendedlo vos y hacedlo entender á todos los demás, para que le obedezcan; voy á descansar hasta el medio día, y en siendo el medio día por filo quiero partir: id con Dios.

Saliéronse el señor Melchor y el señor Márcos, porque la despedida de doña Juana les habia comprendido á los dos, y salióse poco despues toda curiosa Cinta á la parte de afuera de la tienda, yéndose detrás de los dos soldados hácia la tienda de la izquierda, á que estos se dirigian.

Aquella tienda estaba abierta en su parte superior, y por la abertura salia humo, lo que no siendo invierno y haciendo un calor de veinticinco grados, demostraba que aquella tienda era la cocina.

Dentro de ella, pendiente de una especie de aro sobre una hoguera, habia un gran caldero lleno de carne, hirviendo en un caldo aromático: caldero monstruoso, con cuyo contenido podian alimentarse muchos hombres.

Aquella era sin duda la comida de la servidumbre y la gente de armas.

Alrededor de esta hoguera y en brasas aparte, habia tartaras y cacerolas que debian contener la comida de doña Juana.

El cocinero y los marmitones estaban completamente entregados á la confeccion de la comida.

—¡Eh, buena gente! dijo entrando Márcos Lesmes, acompañado de Zancudo, que abria desmesuradamente las narices para aspirar el aromático, confortante y apetitoso olor de los guisos: mirad bien á este hidalgo y empezad por hacerle salva con algo de aquel buen vinillo de Portugal que está en esos zaques, y no os olvideis de llenar mi taza, y llenar si quereis las vuestras en señal de alboroque, porque este hidalgo, por voluntad de la señora, es el que ha de mandarnos á vosotros y á nosotros y á los pajes, y no sé si tambien á Cinta, que está ahí á tres pasos toda curiosa.

—Pues si yo mando en ella, dijo Zancudo, consolaréme de lo que necesariamente he de rabiarse por mandaros á vosotros, que á lo que me parece, mas que de santos teneis de pícaros é inobedientes; pero venga acá esa taza, que solo de verla se me ha pegado la lengua al paladar y se me han puesto las fauces secas.

Dieron una enorme taza llena de vino tinto á Zancudo, y este volviéndose á Cinta, la dijo:

—¿Quereis hacerme la merced, niña?

Cinta hizo un gestecillo torciendo graciosamente la boca, y acercándose y tomando la taza, dijo:

—Venga, porque no creais que os hago desprecio, pero yo nunca bebo mas que á la comida; á pesar de cuyo dicho, Cinta se bebió la mitad del contenido de la enorme taza.

—Parecéisme hembra de poder, dijo Zancudo, y si así bebeis cuando no bebeis, cuando bebais debeis ser un sumidero; con qué, añadió volviéndose al cocinero y á los marmitones, ya sabeis que yo mando en vosotros, pero no sabeis que estoy acostumbrado á hacer que se me obedezca, si no de buena voluntad, por virtud del sopapo; con que que no se me ponga en la triste necesidad

de lastimaros: vamos á otra parte, á que allí sepan tambien que han de obedecerme.

Y salió de la cocina dejando algo mohinos y enojados al cocinero y á los marmitones con su breve y enérgica alocucion.

## VII.

—Vamos á ver niña, dijo Zancudo juntándose al salir de la tienda con Cinta; ¿y vos estais tambien bajo mi mano?

—Yo no tengo sobre mí mas mano que la de mi señora, contestó con altivez Cinta, y para que otro tenga conmigo mano es menester que yo quiera.

—Pues siento mucho no tener sobre vos dominio, porque podeis tener por seguro que si encontraba en vos algo que arreglar lo arreglaria.

—Mire no le arreglen á él, dijo Cinta, y quede con Dios, que ya nos veremos.

Y se metió en la tienda de su señora.

## VIII.

Cinta era una asturiana blanca, pelinegra, ojinegra, robusta y mórbida, como de diez y ocho años, y bastante viva; vestia con lujo, como convenia á la doncella de confianza de una rica hembra, mujer de un infante, y era traviesa mas de lo que permite el recato femenil.

Pero, segun aseguraban todos los de la servidumbre, que tenian motivo para saberlo, honrada é inconquistable: no se sabia que hasta entonces hubiera querido á ningun hombre, á pesar de que habian andado mucho tras ella, pajes y escuderos, únicos que por su categoría de hidalgos podian aspirar á la mano de la hi-

dalgüísima María de la Cinta Santaella, que se jactaba de descender no menos que del señor rey don Pelayo.

## IX.

Márcos Lesmes presentó á Melchor á la servidumbre, á los hombres de armas, á los acemileros, á toda la gente, en fin, que llevaba consigo doña Juana, dándole á reconocer como jefe y mayordomo, despues de lo cual, y llevándose consigo algunas gustosas provisiones y una gran bota, y admitiendo en su compañía al Zurdo y á Jusepillo, los dos nuevos conocidos se fueron á la sombra de una gigantesca haya, y allí, tendidos obre la verde grama, se entretuvieron comiendo, bebiendo y platicando sabrosamente, hasta que la altura del sol les indicó que habia llegado el mediodia.

Entonces, Zancudo, empezando á usar de las atribuciones de jefe, llamó á un trompetero y le mandó tocar llamada, á cuyo son se pusieron de pié todos los hombres de armas.

Trajéronles la gran caldera de la comida, y despertada por el bélico son doña Juana, la sirvieron de comer, despues de lo cual se emprendió la marcha con intento de ir á tomar el primer descanso en el pueblo de Teso de Almenara.



## CAPITULO XI.

DE CÓMO EN LAS CRÓNICAS DE VELILLA DE VALDERADUEY EXISTE EL RELATO DE UNA TREMENDA CATÁSTROFE, QUE NO HAN PODIDO COMPROBAR LOS MAS PACIENZUDOS HISTORIÓGRAFOS, Y QUE ES LA DESESPERACION DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

### I.

Llegaron aquella noche despues de oscurecido á Teso de Almenara, y doña Juana se alojó en la casa del rico hombre que se llamaba Gimeno Diaz de Paredes, que la obsequió como era de suponer fuese obsequiada una dama tal, tan principal y tan hermosa como doña Juana Nuñez de Lara, que á mas de la prepotencia de su casa, era esposa no menos que de un infante de Castilla, tutor del rey.

Tuvo consejo doña Juana con Melchor Zancudo y Márcos Lesmes, y se determinó se permaneciese en el pueblo hasta la media noche, y se emprendiese despues la marcha para llegar á las nueve ó las diez del dia á Mayorga; y como era posible que, aunque apestados los aragoneses, tuviesen alguna gente sana y cubriesen con ella el camino real de Valladolid, se determinó tambien que Melchor Zancudo fuese delante como en descubier-

ta con ocho hombres de armas y dos acémilas con víveres, para que no tuviesen que pasar mal rato.

Hubo sarao casa del rico hombre, al que asistieron todos los hidalgos é hidalgas de la villa para cumplimentar á doña Juana: duró este sarao poco mas de dos horas: recojióse doña Juana á las diez para levantarse á las doce, y á la hora en que doña Juana se recojia, Melchor Zancudo con el Zurdo y con Jusepillo, de quienes no se despedaba, no fuera que se le escapasen, y con ocho hombres de armas, emprendió en buen paso el camino hácia Mayorga.

## II.

Sucesivamente pasaron por Berrueces, Aguilar de Campos, Ceínos, Villavicencio de los Caballeros y llegaron á Velilla de Valderaduey á las cinco de la mañana, y se detuvieron para tomar lenguas, porque este pueblo era el último por el que se tenia que pasar para llegar á Mayorga.

## III.

Zancudo se fué en derechura á la taberna, porque tanto habian bebido durante la noche él y sus hombres, que habian dado fin de las botas.

En la taberna se almorzó de lo que se llevaba y se bebió de lo que en la taberna habia; y despues de bien comido y bien bebido, Zancudo se fué casa del rico hombre que se llamaba Gudiel Fernandez de Zamora, y que como todos los ricos hombres de aquel tiempo estaba ya de punta, avivando á sus patanes para que se fuesen á la labor.

Preguntóle altivamente y en nombre del rey, Zancudo, qué noticias se tenian del cerco de Mayorga, y aunque Gudiel Fer-

andez de Zamora era altivo como todo rico hombre, se encontraba sin mesnada ni mas que dos malos rocines en la cuadra, al paso que Zancudo llevaba en sus ocho hombres de armas un pequeño ejército, contestó mansamente que nada se sabia sino que, los aragoneses, afligidos por la mano de Dios, hacia ya dias que ni aun habian pensado en hostilizar la villa, sino que por el contrario, los de la villa, que eran caritativos, habian salido para auxiliar á sus enemigos apestados.

—De modo, dijo Zancudo, que podemos ir tranquilamente á Mayorga, como si fuéramos á nuestra casa, en completa paz y seguridad.

—¿Pues y quién lo duda? dijo el rico hombre: si quereis yo os acompañaré, porque tengo necesidad de ir á visitar á un pariente mio en Mayorga.

—Gracias, dijo Zancudo, pero yo me quedo en el pueblo hasta que llegue cierta ilustre persona, por cuya seguridad únicamente os he preguntado si se podia llegar sin obstáculo á Mayorga.

—¿Es la reina esa ilustre persona? dijo todo apresurado el rico hombre.

—No es la reina ni el rey, contestó Zancudo; pero fuera de sus señorías no hay otra persona mas alta en Castilla que la persona que va á pasar dentro de algunas horas por aquí.

—¿Y quién es? ¿quién es? se apresuró á decir el rico hombre.

—Es la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, esposa del señor infante don Enrique el Senador, tutor del rey, dijo Zancudo llenándose la boca con estas palabras.

#### IV.

Sobresaltóse el rico hombre al ver que tanta grandeza iba á pasar por Velilla de Valderaduey, cogiéndole desprevenido y poniéndole en apuro.

Hay que advertir, que los ricos hombres no eran entonces lo

que fueron dos siglos despues, infanzones ó grandes de Castilla; eran simplemente el hombre mas rico de una localidad: hoy el rico hombre, se llama primer contribuyente, y su influencia y sus atribuciones, si así puede decirse, vienen á ser las mismas, porque ellos son los que son ó hacen al alcalde, los que nombran al diputado, los que gestionan en interés propio todo lo que concierne á la localidad.

Lo mismo acontecia en los tiempos de que nos ocupamos respecto á los ricos hombres, que eran mas ó menos ricos, mas ó menos influyentes en la cosa pública, segun que era mas ó menos importante ó rica su localidad.

De modo que, el rico hombre de una aldehuela, era infinitamente menos rico que el de una villa importante, y un pobre diablo comparado con los ricos hombres de las grandes villas y de las grandes ciudades; la cabeza estaba en relacion con el cuerpo: un raton no puede tener cabeza de leon, ni un leon cuerpo de raton, porque esto seria lo mismo que suponer vivos y en ejercicio una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza.

Ahora bien, el rico hombre de Velilla de Valderaduey era de los ínfimos, una cabeza de raton: su territorio se labraba con cuatro pares de mulas, y sus cosechas cabian en una panera no muy grande y en una exigua bodega.

A pesar de esto tenia su rocin, su arnés y su lanza y su piedra de armas sobre el frontispicio de su casa rural, á la que llamaba, no sabemos con cuánto atrevimiento, castillo, y que no tenia de tal mas que cuatro almenas melladas encima de la puerta.

## V.

Así es que, cuando este personaje supo que iba á llegar á Velilla de Valderaduey, una infanzona tal como doña Juana Nuñez de Lara, se sintió cubierto de sudor frio por la imposibilidad en que se encontraba de hacer á tan gran señora un recibimiento digno.

Detuvo, sin embargo, á los peones que se dirigian al campo, les mandó cortar juncia para entapizar con ella la calle Real del pueblo, por donde debia pasar doña Juana, y ramos verdes para hacerla arcos de triunfo.

Asimismo se fué á buscar al alcalde y á los del concejo; los sublevó, los alarmó: mandóse que los vecinos se vistiesen de gala y se alegrasen mucho y diesen muchos vivas, sopena de ir á la cárcel el que no obedeciese.

Convínose con el cura que él, con el beneficiado y el sacristan y el monaguillo y los hermanos de la cofradía que habia en el pueblo, saldrian con capa pluvial, guion y fagot, á recibir á la señora infanta; que con el concejo iria el rico hombre y los mejores vecinos vestidos de gala, que se repicarían la campana y el esquilon, que se saldria al encuentro de la señora infanta, que se la alojaria en la casa del rico hombre, preparada de la mejor manera posible, y que mientras la señora infanta tomaba algun refresco, se cantaria en la iglesia un solemne *Te-Deum*, y tocarian delante de la casa del rico hombre los gaiteros del pueblo, y bailarían al son las muchachas.

Dispuesto todo esto, que era lo que podia hacer Velilla de Valderaduey, el rico hombre, promovedor de todo, preguntó á Zancudo cuánto tiempo tardaria en llegar al pueblo la señora infanta.

—Cuatro horas por lo menos, respondió Zancudo.

—¡Ah! exclamó lleno de alegría el rico hombre: pues en cuatro horas soy yo capaz de volver de arriba abajo la villa.

Y se entregó con un entusiasmo heróico á activar los preparativos.

## VI.

—¿Pues veis todo eso que hace el rico hombre y lo que se desvive por festejar á la señora infanta, esposa del tutor del rey? dijo á Zancudo un labriego taimado, cachazudo y morlaco, que

estaba echado contra la pared de la casa del rico hombre; pues antes de que la peste acometiese á los aragoneses, iba y venia á su campo, que estaba á partir un piñon con ellos, y gritaba y nos hacia gritar: ¡viva el rey Alfonso! y decia á todo el que le queria oir, que no habia mas remedio que oirle, que la reina era una mala mujer y una ambiciosa, que acabaria por hacer que su hijo el rey don Fernando perdiese la corona, con otras muchas infamias que decia, y que si queríamos ser felices, solo con el infante de la Cerda podríamos serlo; y esto era porque creia que iban á ganar los aragoneses y que la reina estaba abandonada del cielo y de la tierra, que cuando vió que Dios componia las cosas de otro modo y que la peste venia sobre los aragoneses y los mataba, patentizando que Dios protegía á la reina, porque solo los aragoneses, y no otros, eran los apestados, y que morian como ovejas acometidas de morriña, y que don Diego Lopez de Haro con otros señores se iban al bando de la reina, cambió el sayo y empezó á decir que la reina era una buena mujer, y los que tenian la culpa eran los que la rodeaban, y que servir á la reina y al rey era servir á Dios, con otras muchas cosas que decia, tan contrarias de las que habia dicho antes, como son contrarios el dia y la noche, el agua y el fuego, porque este rico hombre es de los que se ponen al sol que mas calienta, y de esta manera, y sirviendo siempre al que ha podido mas, ha ido aumentando sus terrones y haciéndose riquillo, que para él, la conciencia es lo que menos importa, que está siempre dispuesto á venderla, aunque sea por poco dinero.

—Pues amigo, eso nada tiene de particular, contestó Zancudo, porque así son hoy todos los de Castilla, y hombre hay que nada tenia cuando empezaron las trabacuentas del rey don Alfonso con el rey don Sancho su hijo, que, cambiando continuamente de lugar y de parecer, se ha hecho rico y poderoso: la lealtad es cosa que no se usa, y nadie sirve al rey cuando el rey nada puede darle. Quedad con Dios, que voy á meterme con mi gente casa de este rico hombre, á ver si nos dan algo bueno que almorzar.

—¡Pues no han de daros! si servís á la señora infanta, espo-

sa del tutor del rey, dijo el labriego: os dará lo mejor que tenga en su casa el rico hombre: que os haga buen provecho.

—Sí me hará, aunque no sea muy bueno, que yo tengo grande estómago, dijo Zancudo, y se entró en la casa.

## VII.

Todo el pueblo andaba alborotado: lo primero porque habia que obedecer las órdenes del rico hombre; lo segundo, porque todos sentian una viva curiosidad por conocer á la señora infanta.

El rico hombre habia enviado alguna gente á lo largo del camino, á fin de que con humaredas avisasen la aproximacion de la señora infanta.

El cura habia puesto en la torre de la iglesia un atalaya para que en cuanto viese la señal voltease la campana y el esquilon, cuyo volteo seria la señal para que el pueblo de Velilla de Valderaduey saliese á recibir á la infanta.

Hubo sus disputas acerca de quién habia de decir una salutation á la infanta, si el rico hombre, si el cura, si el alcalde: porque el uno era el representante de los hidalgos del pueblo, el otro el de la comunidad, y el otro, en fin, el de la religion y el de un convento de monjas que en el pueblo habia y que se estaban preparando tambien para salir al encuentro de doña Juana, que como hemos dicho anteriormente, la clausura era poco rígida en aquellos tiempos.

Por último, como el cura, el rico hombre y el alcalde estaban en muy buena armonía, y cada cual tenia tan buenas razones como sus contrincantes para pretender llevar la palabra, determinóse, para evitar disgustos, que la suerte lo decidiese, y echándose en un cántaro tres pequeños pergaminos enrollados, cada uno de los cuales llevaba el nombre de uno de los aspirantes á orador del momento, agitóse el cántaro, metió la mano el

cura, á quien se dió la preferencia por lo respetable de su estado, sacó un pergamino, le desenrolló, y con mucho sentimiento suyo leyó el nombre del rico hombre.

La alegría de este se aguló en un momento.

—¿Y qué le voy yo á decir á la señora infanta? exclamó.

—Eso, vos lo vereis, dijo el cura; puesto que os ha tocado la suerte de que seais vos quien la hable, estudiadlo allá con vuestra mujer y vuestra sobrina, que lo que es el alcalde y yo, no tenemos que hacer otra cosa que añadir un amen á lo que vos digais.

—Pues ese es el caso, dijo el rico hombre, qué es lo que se tiene que decir antes del amen.

—Allá, allá vos con vuestra mujer y vuestra sobrina, dijo el alcalde, repitiendo lo que el cura habia dicho.

—¿Pero qué entienden mi mujer y mi sobrina de lo que se tiene que hablar á tales príncipes? ¿no seria mucho mejor que el señor cura, que es licenciado, lo escribiera?

—Es que yo soy muy corto de vista y no puedo escribir ni vos podeis escribir lo que yo os diga, porque no sabeis escribir otra cosa que una cruz cuando teneis que firmar.

—Aquí está el alcalde, dijo el rico hombre, que ha sido maestro de escuela y sabe escribir á las mil maravillas; y se me ocurre una cosa, que diciendo vos, señor licenciado, lo que se debe decir á la infanta, y escribiéndolo el alcalde y relatándolo yo luego de memoria, todos hemos hablado con la señora infanta.

—Sí, dijo el alcalde, pero vos os habreis llevado la loa y el agradecimiento.

—No señor, contestó el rico hombre, porque yo diré á la señora infanta que llevo la voz por lo que soy; pero que lo que digo lo ha dicho el señor licenciado, y que lo habeis escrito vos, y que yo lo he aprendido de memoria.

Esto salvó la dificultad, porque igualaba los servicios.

El cura habia pensado, el alcalde habia escrito y el rico hombre habia aprendido de memoria y habia relatado.

Empezóse, pues, la redaccion del discurso en el consistorio,

y aunque resultó muy corto, no se invirtió en ello menos de hora y media.

El cura andaba torpe y se disculpaba con que él no sabia hablar ningun género de oracion como no fuese en latin, y que el romance se le atascaba porque no tenia costumbre.

Al fin, el discurso fué hecho: sacado en limpio por el maestro de escuela, retiróse el cura para tener preparada la procesion para cuando llegase la infanta, y el alcalde emprendió la no ligera tarea de leer una y otra vez y renglon á renglon al rico hombre el discurso, á fin de que lo aprendiese de memoria, en lo cual se invirtió no menos que otra hora y media.

En esto se oyó el volteo de la campana y el esquilon, y el rico hombre y el alcalde salieron á escape del consistorio para ir á ocupar en la procesion su lugar, vestidos tal y conforme se encontraban, y no atreviéndose á ir á sus casas á vestirse de dia de fiesta, no fuera que entre tanto la infanta se les echase encima y faltasen á aquella solemnidad.

Emprendióse, pues, la marcha en el órden siguiente:

Primero, los gaiteros de la villa; despues el rico hombre, el alcalde con el concejo, y los hombres buenos; despues el guion de la parroquia y el cura con el beneficiado, el sacristan, el monaguillo, el piporro y el tamboril; luego la cofradía de los agonizantes con sus hábitos morados; despues la abadesa con la comunidad del convento de Jesus, entre la cual iban doncellas coronadas de flores, y con flores en las manos para ofrecerlas á la señora infanta.

Estas doncellas eran las hidalgas.

Despues de esto, marchaba en monton la plebe, y por último, repantigado en su corcel, con la lanza alta, la adarga embrazada, hinchado como un portugués, el alférez Zancudo, llevando tras sí sus ocho hombres de armas, y pegado á la derecha, porque de él no se despegaban, al Zurdo sobre su cuartago, llevando á la grupa á Jusepillo.

En las casas no habian quedado mas que los gatos, porque los perros acompañaban á sus amos.

Cuando la procesion salió del pueblo, no quedó en él mas

que un habitante: el que en la torre de la iglesia volteaba á badojo perdido la campana y el esquilon, y como el pobre estaba solo, rendíase, y habia largos espacios en que las lenguas de bronce no se unian al entusiasmo general.

### VIII.

Desesperábanse con estas cortaduras de campaneo el rico hombre, el alcalde, el cura, y sobre todo el sacristan, que hasta cierto punto era el responsable de aquel mal servicio de las campanas, por no haber dejado, en vez de un hombre solo, dos ó tres, y aunque esto hubiera sido fácil de remediar, y tan sencillo el remedio, no se les ocurrió tomarlo, por mas que habian dado en el ítem de la falta.

Así sucede muchas veces que se dejan sin remedio las cosas mas remediabiles del mundo, á causa de un absurdo.

Y seguia el pueblo de Velilla de Valderaduey anda que anda por el camino, alargando el pescuezo á ver si veian algo, y sin ver mas que correa y mas correa, como llaman los soldados á las carreteras.

Consistia esto en que los hombres que habian salido del pueblo, encargados de dar la señal de la aproximacion de la infanta con humaredas, se habian dado tal prisa á cumplir su comision, que se habian adelantado mas de legua y media antes de encontrar á doña Juana, ó mas bien de verla á lo lejos, habiendo dejado en las eminencias un hombre encargado de repetir la señal.

Se habia establecido, pues, una pequeña línea telegráfica, porque entonces habia telégrafos: estos telégrafos eran las torres de atalaya, sembradas por todo el país de cumbre en cumbre, estas torres hacian la señal, de dia con humaredas, de noche con llamaradas, y habia hasta cierto punto señales que consistian en que las llamaradas ó humaredas, se repitiesen mas ó menos con tales ó cuales intervalos, significando tal ó cual cosa convenida.

En la distancia de Velilla de Valderaduey, al lugar á que habian llegado los que habian recibido el aviso de la llegada de la infanta, no habia ninguna torre de atalaya, así es que ellos suplieron esta falta, dejando como hemos dicho, hombres en las eminencias, que se prepararon haciendo montones de leña seca, mezclada con leña verde, para producir un humo espeso.

## IX.

En cuanto los mas avanzados vieron á lo lejos la nube de polvo que levantaban doña Juana y su comitiva, marchando por el camino reseco por el verano, se detuvieron, hicieron su humareda, repitiéndola las otras atalayas, y diez minutos despues, empezaba en Velilla de Valderaduey el campaneo.

Salian los vecinos, y andaban y andaban sin ver nada mas que la humareda que se repetia, como que la Palomilla estaba legua y media de distancia del pueblo.

Item mas, la Palomilla se habia detenido.

El prudente jefe de sus hombres de armas, Márcos Lesmes, que con ella se habia quedado, no habia podido menos de extrañar aquellas humaredas, que para él, no eran otra cosa que una señal de alarma; porque, ¿á quién habia de ocurrírsele el entusiasmo de los vecinos del pueblo de Velilla de Valderaduey por la ilustre persona que á él se acercaba?

Era mucho mas fácil creer que los aragoneses, algo aliviados de la peste, habian avanzado algunas fuerzas hácia Valladolid, habian visto la nube de polvo que levantaban las cabalgaduras de doña Juana y de su séquito, é ignorantes de lo que pudiera ser, daban la alarma.

En esto consistia la detencion de doña Juana.

—¿Qué os parece que hagamos, Márcos? dijo no muy tranquila la Palomilla, temerosa de ser acometida. ¿Qué significa ese humo que se levanta y se repite allá y mas allá?

—¿Qué sé yo, señora, qué sé yo! contestó Márcos, que aun-

que buen soldado, estaba cuidadoso, porque no llevaba fuerzas bastantes para resistir á los aragoneses: esto me da muy mala espina; gente de guerra tenemos cerca, que al vernos hace señal: si vuesa merced me creyera, tomaríamos por este atajo que se mete por tierra algo quebrada, en donde es mas fácil la defensa, se acorta además el camino para Velilla de Valderaduey, que es el último pueblo que debemos encontrar antes de llegar á Mayorga: yo enviaré delante cuatro lanzas para que exploren y nos aseguren el camino, y así tendremos tiempo para tomar á la derecha ó á la izquierda, y escapar bien; porque el campo abierto es muy difícil que sea atajado.

—Haced, haced todo lo que sea necesario, Márcos, para que no nos suceda una desgracia.

## X.

Tomaron, pues, por un atajo que empezaba á la izquierda, abandonando el camino real, de modo, que si el pueblo de Velilla de Valderaduey habia de seguir hasta encontrar á la infanta, era muy posible estuviese andando hasta llegar á las riberas del Mediterráneo, porque doña Juana se le escapaba, cruzándose por el flanco, cubierta por la accidentacion del terreno.

## XI.

Y siguió y siguió la poblacion de Valderaduey sin encontrar nada, á pesar de que habiendo dejado de ver los atalayas la nube de polvo, habian cesado de hacer humaredas.

Las primeras se habian estinguido, faltas de un pábulo ya innecesario.

¿Quién sabia si aquella columna de polvo la habian levan-

tado la infanta con sus servidores, ó una hueste, ó una piara de cerdos, que ya era su tiempo, ó un rebaño de ovejas?

— Siguió, sin embargo, adelante el pueblo de Velilla de Valderaduey, porque aunque habian cesado las humaredas, decia el rico hombre:

— ¡A qué han de hacer mas señales, si ya han hecho las bastantes para que sepamos que la señora infanta viene? Seguidme, seguidme repitiendo la plática, alcalde, á fin de que se me quede tan bien agarrada en la memoria, que no se me escape ni una letra, cuando á la señora infanta encontremos.

## XII.

Entre tanto, los corredores que habia enviado delante Márcos Lesmes, volvieron uno á uno asegurando que en la distancia que respectivamente habian recorrido, no se encontraba peligro alguno, y así, al cabo de dos horas llegó doña Juana á Velilla de Valderaduey, y ganando cerca del pueblo, el camino real, entraron por la villa, asombrándose del profundo silencio que en ella reinaba, interrumpido solo de tiempo en tiempo por el campaneó.

## XIII.

— ¡Pero, señor, qué es esto? dijo algun tanto azorada doña Juana: ¿en este pueblo no hay nadie? ¿por qué voltean esas campanas? ¿qué sucede aquí?

Llamó Márcos Lesmes á una puerta, y nadie le contestó.

Se fué mas allá, al otro lado de la calle, llamó á otra puerta, y respondió el mismo silencio.

Siguieron hasta la plaza donde estaba la iglesia, y encontraron la misma soledad, solo que como el vecino que repicaba,

único habitante que en el pueblo habia quedado, viese en la plaza gentes de guerra, creyó posesionado del pueblo á un enemigo, dejó de repicar, y empezó con toda su alma á tocar á rebato.

Temeroso de un peligro próximo, Márcos Lesmes tomó todas las avenidas de la plaza con sus lanzas, y doña Juana se quedó en el centro con su servidumbre, sudando mas de miedo que de calor, aunque le hacia y bueno.

Al ver el de las campanas aquel despliegue militar, apretó en el toque de rebato, y hasta tal punto, que Márcos Lesmes exclamó:

—¡Lléveme el diablo! si yo tuviera aquí un solo balletero, á fé á fé que no tocaria mas á rebato ese pícaro. ¿Dónde diablos nos hemos metido? Apuesto á que dentro de poco nos toman presos los aragoneses. Pues no, es menester que el rebato cese; á la torre me subo, si no por fuera á falta de escala, por dentro, y sea lo que Dios quiera.

Y desmontando él, y haciendo desmontar á dos hombres de armas, se fué á la puerta de la iglesia, que estaba cerrada, pero antes creyó oportuno intimar la rendicion al campanero, y empezó á llamarle á voces.

Pero inútilmente, el estruendo que movian la campana y el esquilon, impedia que el que las tocaba oyese lo que le voceaban desde abajo.

No se atrevia tampoco á asomar la cabeza, no fuese que desde abajo le enviasen alguna jara, y tal era su miedo, que le parecia oír en el pueblo estruendo de combate y alaridos de moribundos hechos pedazos por el hierro, y apretaba en el toque.

Lo que oído desde allá, desde el campo, por la poblacion de la villa, entróles á todos pavor, y el alcalde dijo:

—¡Cuerpo de Judas, que nos han engañado! ¿qué añagaza ha sido la de esos hombres de armas que nos dijeron que venia al pueblo una infanta? De nuestra villa se han apoderado encontrándola sola, porque Cascarones no tocaria á rebato si no la viese negra.

—¡Pero qué estais diciendo, alcalde? exclamó el rico hombre;

¿cómo quereis que nos hayan engañado los honrados hombres de armas que al pueblo llegaron, si se han venido con nosotros?

—Para matarnos desarmados, en medio del camino, exclamó el alcalde iluminado súbitamente por esta siniestra idea: pues no, pardiez, que ellos son pocos y nosotros muchos, y ahora mismo vereis lo que se va á hacer.

Y disparándose el alcalde hácia el centro de aquella multitud, gritó:

—Las mujeres, las monjas, los clérigos, los chiquillos y los viejos, dentro; alrededor los hombres, piedra en mano, y á esos pícaros que nos han engañado para que nos tomen la villa, y se han salido con nosotros al campo para matarnos.

Soltada esta idea, cundió con la rapidez del rayo.

Hízose en un momento, no el cuadro, sino el círculo, y como todos los hombres de aquellos rudos tiempos de guerra y de estermio, eran fieros como leones, especialmente los campesinos, mas espuestos á las acometidas, en un momento empezaron á llover piedras sobre Zancudo y sus ocho hombres de armas, y tan espesa y ríciamente, que hubieron de repararse con sus adargas, y recejar y tomar campo, porque aquello no era una pedrea, sino una tempestad.

Gracias á las buenas armas que llevaban, y á que ninguno de los caballos habia recibido una contusion grave, pudieron ponerse fuera del alcance de la pedrea y agruparse y conferenciar sobre aquello.

—¿Pero están locos esos brutos? exclamó Zancudo mirando á la villa que aparecia en un peloton, sobre el cual descollaba el guion de la parroquia: ¿por qué nos apedrean de esta manera?

—Y quién sabe, señor alférez, dijo uno de los soldados: la verdad es que á mí me han metido en la adarga una lágrima de San Pedro, que me la han hecho un bollo como el puño, y me han hecho ver estrellas del dolor que me ha dado en el brazo, y si me permitís que os dé un consejo, os le daré.

—¿Y cuál?

—Que volvamos cara á ellos, y contra ellos cerremos con las lanzas bajas, á ver lo que de esa gente queda.

—Vos decís eso por lo que os duele, Pelaez, pero á mí, que no me duele nada, no me parece bien ese consejo: lo que vamos á hacer es dejarlos que recobren el juicio como puedan, y largarnos á la villa, á ver lo que en la villa sucede, porque están tocando á rebato, y ya que enristremos las lanzas y cerremos, mas honroso será que lo hagamos contra enemigos que puedan resistirnos, que contra esa multitud que no tiene mas armas que piedras; con que, ¡sús! conmigo, y á media rienda á la villa.

Y picando al caballo, seguido de las ocho lanzas, tomó la vuelta de la villa, creyendo que antes de llegar á ella tendria que habérselas con los aragoneses.

#### XIV.

—¡A ellos! ¡á ellos, que huyen y son pocos! gritaron los hombres del lado por donde huian, ó mejor dicho, corrian Zancudo y sus hombres de armas.

Y se dispararon á la carrera, deteniéndose de tiempo en tiempo para lanzar una nube de piedras que no alcanzaban á los que corrian.

La confusion era indecible, las monjas y las mujeres se habian diseminado por el campo.

El sacristan, con el guion, el cura y el beneficiado, andaban de acá para allá, con el aturdimiento del miedo, que no les dejaba tomar una direccion fija.

Los hombres seguian inútilmente el alcance de los hombres de armas.

El alcalde y el rico hombre voceaban desesperados, queriendo recoger aquel rebaño en dispersion.

Todo era trastorno, embrollo, y no saber qué hacerse.

Al fin se perdieron á lo lejos los que corrian.

Los hombres fuertes de la villa, convencidos por último de la inutilidad de su seguimiento, se volvieron.

al Recogióse, en fin, á las mujeres y á los tímidos, y se confirió en pleno sobre lo que debia hacerse.

## XV.

El toque de rebato seguia cada vez mas apresurado, como que el campanero, que no habia oido las voces, oia los fuertes golpes que con las potentes mazas descargaban sobre la ferrada puerta de la iglesia Márcos Lesmes y los dos hombres de armas que le ayudaban.

La puerta resistia y daba muestras de resistir por mucho tiempo, porque, como hemos indicado, estaba forrada de láminas de hierro.

Esto se comprende: la única fortaleza que tenia la villa contra una invasion, ya de aventureros ó bandidos, ya de una hueste enemiga, era la iglesia, de piedra toda, y fuertemente chapada la puerta.

Gracias á esto, la resistencia de la puerta dió tiempo á que llegase Melchor Zancudo y se entrase por la plaza.

Entonces se esplicó todo.

Melchor Zancudo dijo á doña Juana:

—La villa se alborozó cuando supo que llegaba vuesa merced, y quiso obsequiarla saliendo á recibirla, y para salir á tiempo, se determinó que fuesen delante hombres que, en divisando el acompañamiento de vuesa merced, hicieran señal con humaredas.

—¡Cuerpo de Barrabás! exclamó Márcos Lesmes; y yo que ví estas humaredas, y no sabia por qué las hacian, creí que de los aragoneses eran, y tomando con mi señora por un atajo, nos vinimos á la villa.

—Pues ya se sabe lo que esto es, dijo Zancudo: como en la villa no quedó ni perro ni gato que no saliese á recibir á vuesa merced, ni mas que el que repicaba las campanas, este, al ver

hombres de armas, ha creído que se entraban enemigos por la villa, y ha tocado á rebato; oído el cual por los vecinos que iban á recibir á vuesa merced, creyeron que yo los habia engañado, y se volvieron contra nosotros á pedradas, haciéndonos correr mas que á paso: porque, ¿quién que tenga alma atropella á lanzadas á una multitud indefensa? eso no lo hace mas que un cobarde de mala sangre, y gracias á Dios, yo no soy de esos.

## XVI.

Pasado el susto, echóse á reir á todo su talante la Palomilla, y riéronse todos; pero era necesario acabara aquella situación, haciendo que el campanero dejase de tocar á rebato, porque claro era que mientras aquel toque sonase, los vecinos no habian de atreverse á volver á la villa, creyéndola ocupada por enemigos.

Pero todo fué inútil: ó el campaneó cubria las voces de los de abajo, ó si el campanero lo oia, no se fiaba, y seguia tocando con mas fuerza.

—Y bien, dijo doña Juana; dejémoslos con su locura: ¿cuánto falta de aquí á Mayorga, Melchor?

—Una legua y un poco más, contestó el alférez.

—Pues en marcha, amigos míos, en marcha, y á Mayorga: id vos delante, Melchor, para ver si está seguro el camino.

Poco despues, todos estaban fuera de Velilla de Valderaduey; se habia aguado la funcion, el discurso era ya inútil, quedóse tendida la juncia por la calle Real, y sin objeto los verdes arcos de triunfo.

El de las campanas continuaba tocando á rebato.

Los del pueblo, que no se atrevian á volver á él, tomaron á buen discurso marcharse á Villavicencio de los Caballeros, villa situada fuera del camino, como á media legua de Velilla de Valderaduey.